MIENTRAS EUROPA SE DIVIDE

AMERICA SE UNE

CARAS Y CARETAS



Licor Yema de Huevo

CARAS Y CARETAS

brinda a los hogares argentinos una fórmula magistral



Hervir durante 20 minutos 1/2 litro de leche con 250 gramos de azúcar refinada y 1 vainilla. Dejar que se enfríe.



En recipiente aparte se baten 8 yemas de huevo. Una vez bien batidas se mezcla con el cocimiento anterior (el cual debe estar bien frío) y se le agregan, 150 gramos de alcohol, 100 gramos de cognac o rhum y 100 gramos de oporto o marsala. Se filtra por gasa.



(Una cucharada sopera contiene 6 gramos).

Licor a base de huevos, azúcar y vinos generosos, es un excelente tónico reconstituyente y de gran valor nutritivo.







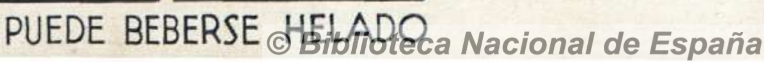
Licor Yema de huevo de sabor exquisito

FUERZA
VIGOR
SALUD

Y SOLO CUESTA
$1.94 EL LITRO







EL ARTE DEL DICTADOR

POR FRANCISCO GRANDMONTAGNE

UNIVERSAL es la creencia de que el dictador constituye la encarnación de un poder ilegal, adquirido por la violencia, por un golpe audaz, y no conferido por ninguna forma orgánica de la voluntad pública.

En los tiempos modernos no son pocas, efectivamente, las dictaduras de origen violento, por medio de pronunciamientos y cuarteladas. En la América de habla española hay sobre esto una larga experiencia. Y tampoco falta en la misma Europa, aunque en el viejo mundo este género de movimientos políticos no haya sido tan frecuente durante el último siglo como en los países de ultramar. La causa determinante de esta menor frecuencia no se debe, como creen ciertos espíritus superficiales, a que la civilización de los pueblos europeos sea superior, sino al régimen democrático americano, que si bien es más progresivo, lógico y humano que el monárquico, préstase más a los golpes de estado y al surgimiento de las dictaduras.

El primer dictador que hubo en el mundo, Tito Largio, fué completamente legal, nombrado por el senado romano. Diez años hacía que se había instaurado la república. Los partidarios del destronado Tarquino se esforzaban por reponerle en el trono. Para conseguirlo trataron de organizar un fuerte ejército, pero los plebeyos se negaron a entrar en filas si antes los patricios no renunciaban al cobro de los créditos que sobre ellos tenían. Para pelear por Tarquino había que empezar por perdonar las deudas. Aquellos remotísimos soldados romanos sólo aceptaban guerrear limpios de toda trampa. ¡Si serían dignos! Los aristócratas anhelaban la vuelta de Tarquino, pero no querían aflojar la plata, condonar las deudas a los que habían de luchar. Con tal motivo se armó un gran bochinche entre plebe y aristocracia. Y para conjurar el conflicto y sofocar las pasiones acordó el senado nombrar magistrado especial a Tito Largio, con poderes absolutos, quedando suspensas todas las demás magistraturas. El amigo Largio quedó, en suma, convertido en un verdadero dictador, con las mismas facultades omnímodas de los reyes antiguos. Podía imponer, sin intervención de otra autoridad, por su exclusiva decisión, todo género de castigos: destierros, confiscaciones, azotes y penas de muerte. El nombramiento de dictador se hacía por seis meses; tenía, pues, carácter transitorio;

pero los partidarios y los intereses creados en torno de la dictadura procuraban, como ahora, prolongarla. En materia política los instintos, en su afán de mando, han cambiado poco en el curso de los siglos. Como ahora también, los dictadores se atribuían la misión providencial de salvar al pueblo y a la república. Y de ahí el título que les dan los historiadores latinos: "magister populi". El cual tenía a su servicio el "magister equitum", o sea un jefe de caballería encargado de ejecutar los castigos ordenados por el dictador. Aquellas antiguas dictaduras, tan completas en cuanto al aplastamiento y eliminación de los opositores, eran, sin embargo, limitadas en materia económica, no pudiendo disponer a su talante del tesoro público. Las dictaduras modernas son más perfectas, más integrales, aunque sean menos íntegras, no viéndose cohibidas por esta limitación que cortaría las alas a cualquier dictador. Pues es bien sabido que lo primero para afirmar todo poder dictatorial consiste en hacer adictos por medio de un reparto previsor de puestos públicos y otro género de beneficios que formen un fuerte tejido de intereses para sostener el régimen. Según Tácito, el mejor instrumento para que pueda mantenerse cualquier género de gobierno es tener amigos agradecidos.

Los primeros dictadores en los lejanos tiempos de la república romana salieron de la clase patricia. Más tarde tuvieron también derecho los plebeyos a ser elegidos. El primero salido de este sector social fué Marcio Rutilo. Ejercieron la dictadura durante el régimen republicano, además de los dos nombrados, Cincinato, ejemplo de austeridad, Camilio, Papirio, Servilio Gemino y otros cuyos nombres han huído de mi flaca memoria. La brevedad del cargo, seis meses, como va dicho, se prolongó en Sila y César, que lograron hacerse nombrar dictadores vitalicios, forma de transición para llegar al régimen imperial. Parecido procedimiento siguió Napoleón III al convertirse de presidente de la república en emperador.

Un hombre que asume todos los poderes necesita poseer gran arte para hacerse tolerable. No pocas veces, el dictador surge en medio de la más entusiasta popularidad, cuando las desaforadas competencias de los partidos crean una atmósfera de permanente desorden, haciendo imposible todo gobierno estable que permita el desenvolvimiento pacífico de todas las actividades de un país. Estas violencias de los partidos se curan — transitoriamente, claro está, — con otra violencia mayor, que es la dictadura. La sociedad, a trueque de la paz, admite de buen grado la restricción de sus libertades. El dictador funda su poder sobre el cansancio de una agitación constante. Viene a pacificar, a poner sosiego en las pasiones, a meter en quicio la administración, a regularizar, en fin, toda la vida pública. Todos los anhelos de mando quedan sometidos al suyo absoluto. Y las buenas gentes celebran el advenimiento del dictador, freno de los tumultos y bochinches, aplaudiéndole por restablecer con mano dura la disciplina social. ¡Ahora se puede vivir, se puede respirar!...

Pero lo difícil es hacer duradera esta popularidad. Las oposiciones empiezan a encresparse. Se invoca la libertad, palabra mágica, que tanto enciende los espíritus y apasiona los ánimos; se grita en pro de la democracia, que sugiere a todo el mundo la ilusión de poder, sin mayores méritos, llegar a ocupar los puestos más altos. Poco a poco la gente cree que respira peor. La dictadura es ahogadora, porque ante la oposición creciente, aprieta las clavijas del poder. Y nace un nuevo desorden, semejante al anterior. Los partidarios del dictador — que ya ocupan los puestos mejores — le inducen, "por la salvación de la patria", a sofocar violentamente todas las rebeldías. El dictador, al asaltar el poder, anunció que su mando duraría poco, el tiempo necesario para restablecer el orden. En seguida convocaría a elecciones, para volver a la normalidad. Pero, ante el nuevo desorden que se ha producido — precisamente porque el poder dictatorial no ha cumplido su promesa de retirarse a tiempo, — la dictadura se ve en el caso "contra su voluntad" de prolongar su permanencia hasta que el orden quede restablecido. Pero como no se restablece, sino que, por el contrario, crece el desorden, el dictador no puede retirarse en medio del conflicto provocado justamente porque no se va. El dilema se rompe por dos procedimientos: la revolución, o una nueva dictadura, encabezada por otro audaz. Y vuelta a empezar el mismo juego. Rousseau, a pesar de su democratismo y de sostener que sólo en el pueblo radica la fuente legítima de todo poder, admite, en "El contrato social", la dictadura "cuando la República está en peligro". Ahora bien: para los aspirantes a dictadores este peligro existe siempre, y su providencial misión salvadora está reclamada constantemente, "como lo demostrará algún día la historia". Todo dictador usa palabras solemnes y conceptos campanudos, aunque luego la historia demuestre que no fué más que un osado, un autoritario circunstancial, o un tiranuelo vulgar.

Ya habrá advertido el lector que estamos hablando de dictaduras ramplonas, surgidas de convulsiones y desórdenes superficiales, del ajetreo, en fin, de los partidos, y no de la honda conmoción catastrófica de un pueblo. Dejemos de lado un tema que no cabe en los límites de una crónica ligera.

El arte de la dictadura, como de todo poder excesivo, es bastante difícil y requiere no poco ingenio y un gran espíritu observador, penetrante y sagaz. Dos son, entre otros muchos, los recursos principales: uno de carácter interno, consistente en que la vida sea fácil, "en la abundancia de los mantenimientos", como aconsejaba Don Quijote a Sancho al partir éste para Barataria; en promover la actividad negociante, de modo que todo el mundo gane dinero con poco esfuerzo. Las dictaduras coincidentes con crisis económicas duran poco. Sin plata, hasta el gobierno compuesto de santos resulta molesto. El otro recurso, el externo, estriba en sugerir al pueblo una ilusión de dominio, de preponderancia internacional, de brillo en el concierto de las naciones. Cualquiera de estas dos embriagueces populares — la primera, sobre todo, por ser más inmediata y positiva — hace olvidar la merma de libertades que toda dictadura significa.

Pero sólo los dictadores dotados de genio logran suministrar al pueblo una de estas dos embriagueces: abundandancia interna, o gloria externa...

Francisco Grandmontagne

San Sebastián, octubre de 1933

DIBUJO DE ALVAREZ

El monstruo de los ojos verdes

CARAS Y CARETAS

Por T. PHILLIPS



VIOLETA Armstrong era una chiquilla muy inteligente. Dotada de una sabiduría muy superior a su edad — tenía siete años — muchas veces maravillaba a las personas que la rodeaban por la sagacidad y la rebusca juiciosa de sus conversaciones.

Su mofletuda carita de querubín, encuadrada en espesos rizos de oro, despertaba la admiración de cuantos la encontraban por la calle. Pocos eran los que no sonreían al ver sus magníficos y alegres ojos azules y su pequeño labio rosado. Y menos aun eran los que pasaban a su lado sin darse vuelta a mirarla. En Kenningston, Violeta era un pequeño personaje. Los "policemen" la saludaban cuando la veían aparecer, llevando respetuosamente la mano al quepis y ella contestaba a sus saludos con un aire orgulloso. Todas las mañanas se la podía ver en Kennigtong Garden, arrastrando un cochecito donde llevaba una enorme muñeca, y conversando alegremente con la gobernanta. Allí los pintores le solicitaban permiso para copiar sus graciosas facciones y los ancianos, gentiles, le ofrecían caramelos y chocolatines. Todos cuantos la circundaban sufrían su fascinación; y en la gran casa de Queen's Gate, donde vivía, todos eran sus esclavos. Todos, exceptuando tal vez la madre. La madre decía siempre que es un error dejar que los niños sigan sus propias inclinaciones. Violeta sentía una gran devoción por su mamá, aun cuando su mamá ya no se interesaba por su "Princesa". A Violeta le parecía que esto no era gentil. La "Princesa" era la gran muñeca que la acompañaba en sus paseos; se la había regalado una verdadera princesa, en una quermese, y su papá le había dado aquel nombre. Violeta había pensado que la verdadera princesa era bastante torpe, pero le había dado las gracias con su más bella sonrisa, por lo cual la señora la había llamado "chiquita querida". Con cierta tristeza pensaba que no siempre su mamá había tenido aversión por las muñecas: antes solía ir con frecuencia a su piecita de juegos y se pasaba las horas divirtiéndose con Violeta y con la muñeca. Después sus visitas se hicieron menos frecuentes y ahora no iba más.

— Dada — dijo Violeta una noche mientras la gobernanta le ponía las ropas de dormir. — Dada, ¿qué es el monstruo de los ojos verdes?

La gobernanta que ahora le peinaba sus rizos rubios, dejó de hacerlo:

— ¡Oh, queridita! ¡No lo sé! ¿Por qué me lo preguntas?

— Porque hoy, cuando mamá saludaba al capitán Lethbridge, le oí decir que papá sufría por eso.

Miss Stevens, la gobernanta, se puso rápidamente a peinarla de nuevo.

— Tal vez mamá hablara de un gato — le contestó. — Los gatos tienen los ojos verdes, tú lo sabes, y papá no puede ver los gatos.

— No creo — insistió la niña. — No he oído hablar de gatos. El capitán Lethbridge decía: "Me parece que tu marido está muy ocupado en acumular dinero en la City, para tener tiempo de sentir celos". Y entonces mamá le contestó: "¡Psth! Cállate, que las paredes tienen oídos". ¿Qué querían decir, Dada?

— No lo sé — replicó la gobernanta confundi-

da. — ¿Quieres que te lea alguna cosa antes de que venga papá a darte las buenas noches?

— Sí, Dada.

— Entonces, te leeré el cuento del hermoso príncipe y de la pequeña muchacha perdida en el bosque. Pero debes ser muy buena y prometerme que no me interrumpirás con tus preguntas.

— Sí, Dada, te lo prometo. Pero me gustaría más que me leyeras un cuento del monstruo de los ojos verdes — agregó pensativa.

Si bien Violeta había prometido a miss Stevens no hacerle preguntas, no se obligó a cumplir la promesa sino mientras la gobernanta estaba ocupada en la lectura. Y fué así como, poco después, al venir míster Armstrong a darle las buenas noches, aquella volvió sobre el asunto que tanto le había penetrado en el corazón.

— Papá — le dijo, mientras se encogía debajo de las cobijas — ¿es verdad que tu sufres por el monstruo de los ojos verdes?

— ¿Qué cosas piensas? — le preguntó el padre sentándose al borde de la cama y mirándola con los ojos extraviados.

— Pienso que tú tienes miedo del monstruo — replicó la niña — porque mamá se lo dijo al capitán Lethbridge mientras lo saludaba. Decía que tu sufres, pero yo creo que quería decir que tú tienes miedo.

Por un instante los ojos de Armstrong relampaguearon, mientras, convulso, estrechaba las manos una contra la otra:

— Sí, tengo miedo del monstruo, hijita... mucho miedo...

— Creía que tú no tenías miedo de nada — respondió Violeta con tono de reproche. — Debe de ser espantoso. ¿Es peor que un fantasma?

— Es un monstruo con los ojos brillantes que roe y roe el cerebro del hombre hasta volverlo loco... desesperadamente loco de celos... y hasta hacerle cometer cosas de las que se lamentará hasta el fin de sus días. Pero no debo contarte esto, pues vas a soñar con gigantes, dragones y Dios sabe con qué otras cosas. ¡Duerme, ahora, queridita, y sueña con cosas alegres!

Se puso de pie e inclinándose luego sobre la niña le dió un beso en la frente, lleno de ternura. Luego salió de la habitación y entró en su estudio con el corazón oprimido por un obscuro presentimiento.

La historia de Jorge Armstrong era semejante a la de muchos hombres. Durante algún tiempo había vivido feliz junto a ella. El nacimiento de Violeta vino a ser un vínculo que los unió más aun y los amigos se sorprendieron de la armonía de aquel matrimonio al que ellos, en cambio, juzgaban desavenido. Pero desde hacía poco tiempo una barrera se había interpuesto entre ambos esposos. El padre de Jorge había muerto y Jorge debió asumir la dirección de sus innumerables negocios. Conscientemente, se entregó él a sus deberes en detrimento de la felicidad doméstica. La señora de Armstrong era una mujer vivaz y hermosa, que gustaba ir a los bailes, a las cenas, al teatro, vida ésta que Jorge ya no podía llevar. Cuando por las noches regresaba cansado de la City, no deseaba otra cosa que gozar en paz y tranquilamente con la compañía de su esposa.

Pero mistress Armstrong se rebeló. No estaba dispuesta a sacrificar sus diversiones si él deseaba continuar siendo tan egoístamente perezoso. No quería creer que el marido se sentía realmente cansado y pensaba que esto fuera tan sólo una excusa para privarla a ella del placer de divertirse. Y luego, si en verdad se sentía cansado ¿por qué no abandonaba sus antipáticos negocios? No tenía ninguna necesidad de trabajar. A todo esto, Jorge replicaba siempre que era imposible. Así, mistress Armstrong empezó a ir sola a los bailes y a los teatros. Ella decía que su marido tenía más cuidado de sus negocios que de su esposa, que todos los hombres eran egoístas y que ella, en cambio, deseaba disfrutar y divertirse. Y estaba en esta disposición de espíritu cuando encontró por primera vez al capitán Lethbridge, ex oficial de caballería, joven y simpático. El la había alucinado con sus atenciones y cuando le solicitó permiso para ir a buscarla, ella consintió. La primera visita fué solamente la inicial de una larga serie, pues ahora se veían casi a diario. Si mistress Armstrong iba a alguna cena, el capitán Lethbridge hacía todo lo posible para ser invitado él también. Si mistress Armstrong estaba en un palco del teatro, en una butaca de la platea se encontraba infaltablemente el capitán Lethbridge. Una mirada al programa de mistress Armstrong en un baile, revelaba una serie ininterrumpida de "eles". Naturalmente, la gente murmuraba y naturalmente también, tales murmuraciones llegaron a oídos de Jorge Armstrong. El reprochó a la mujer y ésta lo provocó: si Jorge hubiera sido un hombre vulgar, le habría pegado. Pero, como no lo era, no lo hizo; y entonces pareció débil.

— Lethbridge estuvo de nuevo aquí hoy — le dijo al terminar la comida, una vez que los sirvientes salieron del comedor.

— Es verdad — respondió mistress Armstrong pelando con desenvoltura una pera. — ¿Quién te lo ha dicho?

Jorge pareció no oír la pregunta.

— Parece que te has olvidado que te he prohibido recibirlo.

— Es verdad. ¿Quieres media pera?

— Entonces, me has desobedecido deliberadamente.

Mistress Armstrong estalló en una deliciosa risotada.

— No seas tan tirano, Jorge. Que una mujer deba obedecer al marido, es cosa que está fuera de moda.

— Bien, puede ser que yo sea un hombre anticuado, pero, de todas maneras, quiero que se me obedezca.

Mistress Armstrong hizo un movimiento de hombros.

— El capitán Lethbridge vendrá a buscarme para acompañarme al teatro esta noche.

— ¿Quieres provocarme?

— ¡Oh! Te ruego. No seas tan trágico. Tú no quieres acompañarme y me reprochas porque otro lo hace. Supongo que no pretenderás tenerme encerrada en casa durante todos los días de mi vida. Adoro la vida libre... divertirme. En fin, estoy habituada a hacer esta vida... y si tú no te preocupas de venir conmigo, no debes impedirme que yo busque quien me acompañe.

— Escúchame, Ena. Lethbridge no es un joven serio y la mujer que se haga ver a menudo en su compañía, se expone a ser calumniada. ¿No podrías renunciar al teatro esta noche y quedarte en casa?

Mistress Armstrong se levantó contrariada:

— No me hagas perder la paciencia — exclamó irritada. — El capitán Lethbridge estará aquí dentro de pocos minutos. Debo ir a vestirme.

Pálido el rostro y con los labios contraídos, Armstrong abrió la puerta y esperó. Ena salió sin dignarse mirarlo.

A la una de la mañana, mistress Armstrong descendió de un taxi que se detuvo frente a su casa de Queen's Gate. Subió la escalinata y abrió la puerta. Después de cerrarla tras de sí, con cautela, subió la escalera que conducía a su habitación y encendió la luz eléctrica. Abrió su "necessaire" de viaje y empezó a llenarlo apresuradamente con ropas y objetos íntimos. Se detuvo un instante y sus ojos se fijaron sobre la mesita del centro: un pliego de carta estaba atado a un candelabro. Ena atravesó la habitación y tomó el papel. Estaba escrito con grandes caracteres infantiles y al leerlos, sus ojos se le llenaron de lágrimas.

"Querida mamá: Escribo esto mientras Dada " está abajo. Dile a papá que no tenga miedo del " monstruo de los ojos verdes. He rogado al Niño " Jesús que lo proteja. ¿Vendrás mañana a ver a " la "Princesa"? ¡Hace tanto tiempo que no vie- " nes! Tuya, *Violeta*. — Papá está en su estudio, " si no se lo habría dicho yo."

La hoja cayó volando al suelo y mistress Armstrong se sentó en una silla cubriéndose el rostro con las manos.

—Queridita mía — murmuró sollozando. — ¡Hijita adorada! ¡Oh! ¡Cuán mala he sido!

Se levantó de pronto, recogió el papel y se encaminó hacia la habitación de su marido.

Sentado junto a una mesa, Jorge leía y al aparecer ella, levantó sorprendido la vista.

—Jorge — dijo Ena aproximándose al marido. — Estaba por hacer algo terrible, tan terrible, que no tengo coraje para decírtelo. Pensaba que tú ya no me amabas más y yo... yo quería huir de ti. Fuí a mi pieza para poner algunas cosas en la valija y he hallado una carta de Violeta. Hela aquí.

Jorge tomó el papel con gravedad, pero mientras leía, una sonrisa le iluminó el rostro.

—¿No crees, Jorge, que tan sólo por la felicidad de nuestra hija debemos de cambiar nuestro método de vida, procurando ser buenos amigos? Tal vez ambos hemos cometido errores en este caso. ¿Quieres que probemos?

Por un momento, Jorge Armstrong, dudó. Luego atrajo hacia sí a su mujer.

—Mujercita mía — le dijo, afectuoso. — Empezaremos una nueva vida. He sido intolerante... egoísta. Pero ahora y siempre, tu felicidad será mi solo pensamiento.

Y tomándose de las manos, bajaron contentos la escalera y entraron en la pieza donde la pequeña Violeta dormía.

Cuando Jorge Armstrong se inclinó para besarla dulcemente en la frente, la niña abrió los ojos, y, entre sueños, murmuró:

—Papá ¿todavía tienes miedo del monstruo de los ojos verdes?

—No querida — fué la respuesta. — El monstruo de los ojos verdes ha muerto.

T. PHILLIPS

TRADUCCIÓN DE J. L.



A UN TELEFONO

Por

Rodolfo Fausto Rodríguez

Negro y breve tubo, te llegó la hora.
Una bella dama me pidió te cante,
y hombre y caballero te saludo ahora:
ella, mi señora, me ha rendido amante.

Te canto, porque eres el buen confidente
de todos mis versos, de todo lo de ella;
lo que ambos soñamos, lo suave, lo ardiente,
que en nuestros amores es como una estrella.

Tú sabes de todos nuestros secreteos;
lo que nos decimos, lo que ambicionamos;
toda la alegría de esos devaneos
que son como mieles cuando nos besamos.

Eres como el lazo que une las canciones,
esas sin palabras del cantar eterno,
que hace sólo uno de los corazones,
una primavera venciendo al invierno.

Y cuando ella me habla, cuando la distancia
queda derrotada porque tú intervienes,
siento que respiro con más arrogancia:
te quiero y te envidio, pues cerca la tienes.

Sientes el contacto de su boca amada,
recibes su aliento, vives con su vida,
y sabes del roce, cuando emocionada
te oprime en su rostro, de amor encendida.

Y a veces te besa; te besa muy quedo
para que me llegue lejano y velado,
lleno de pudores, diría con miedo
de acallar mi acento que vibra exaltado.

Hablo y ella escucha. Y cuando responde
con ese gorjeo que hay en su palabra,
no sé si te acallas o el ritmo se esconde,
pero es como el puro cristal que se labra.

Plinio, el sabio que creía en la virtud de la audacia

BREVE ANECDOTARIO

Un día en que Plinio el Joven leía mientras su tío comía, habiendo pronunciado mal algunas palabras, uno de los comensales lo detuvo y le rogó que las repitiera. Plinio, entonces, preguntó a su amigo:

— ¿Entendiste lo que quería decir?

— Sí... — repuso el amigo.

— Pues, entonces... ¿para qué le has hecho repetir? Con esta interrupción hemos perdido más de diez líneas.

*** En otra oportunidad, como viera a su sobrino que se paseaba por un parque sin un libro en la mano:**

— Bien podías — le dijo, — no perder tu tiempo y leer algo a la vez que tomas aire y sol.

*** Concedía escasas horas al sueño y, durante las comidas, tenía siempre algún lector para que se las amenizara. Era enemigo de la más mínima pérdida de tiempo y cuando viajaba por tierra, en su litera, abundaban en ella los libros para leer durante el viaje, así como los útiles para escribir las reflexiones que se le ocurrían.**

Plinio el Viejo, sabio y militar, fué en vida un bello ejemplo de actividad, de devoción por la ciencia y de firmeza de espíritu. Murió en su ley, es decir, como un hombre de ciencia y como un militar. Valiente y audaz, quiso ver y saber más de lo que habían visto y conocido sus contemporáneos. Pero el volcán siniestro y traidor acabó con su preciosa existencia.



QUIÉN es el que no ha temblado de horror al recordar la suerte de Herculano y de Pompeya?

Fué en el año 79 de nuestra era cuando el Vesubio despertó inesperadamente de un letargo que llevaba siglos de duración y se consideraba indicio seguro de definitiva muerte.

Vivía entonces en Italia un gran romano, un hombre de armas y de estudio, que tenía el nombre de Plinio el Viejo (Cayo Plinio Secundo). Había cumplido los cincuenta y seis años, mas su espíritu jovial y su despierta inteligencia hacíanle aparecer como un hombre en plena juventud. Empero, se le conocía con el apelativo de "el Viejo" para distinguirlo de su sobrino, llamado Plinio el Joven, cuestor, pretor, cónsul y notable panegirista de Trajano.

El viejo Plinio, que en el año 79 ya había escrito su célebre Historia Natural, vasta enciclopedia de todos los conocimientos que poseían los antiguos sobre el mundo y los seres que lo poblaban, se encontraba en una nave de la que era comandante en la flota de Miseno. Desde su embarcación, Plinio columbró los rojizos nubarrones que cubrían todo el golfo de Nápoles. Vió salir de la cima del Vesubio una espesa columna de humo y de fuego y tuvo el presentimiento de la terrible catástrofe que amenazaba a las poblaciones diseminadas en las laderas del hasta entonces aletargado volcán.

El hombre valiente que era Plinio sintióse súbita e irresistiblemente atraído por aquel incendio. Viejo y consumado naturalista, no podía, tampoco dejar pasar cualquiera circunstancia sin intentar apagar su insaciable curiosidad de estudioso. Y, en consecuencia, dió orden a la tripulación de rumbear directamente hacia Nápoles.

Cuando llegó a tierra vió con espanto que la erupción había asumido gigantescas proporciones. Brotaban de la tierra enormes llamaradas y volaban por los aires piedras, lava y vapores irrespirables. Y, desde lo alto, derramándose sobre las poblaciones, espesa y arrolladora, la ola de ardientes lavas avanzaba con el ímpetu de un torrente incontenible, que todo lo calcinaba a su paso. Las gentes despavoridas corrían en busca de un punto seguro; hombres, mujeres y niños, mezclados con las bestias domésticas, pujaban por abandonar cuanto antes aquellas regiones infernales. Eran pobladores de Pompeya, de Herculano, de Estabias y las pequeñas aldeas que confiadamente se habían formado en las cercanías del traicionero volcán.

Plinio, llevando consigo un esclavo y su escriba, se encaminó resueltamente hacia el lugar de donde todos huían aterrorizados. En aquella espantosa destrucción él no veía la tragedia humana, sino únicamente un fenómeno geológico que quería estudiar personalmente. Sufría de asma y debió abstenerse de realizar tan peligrosa excursión; pero, ¿qué le importaba a él un peligro como aquél? Era, además de un hombre de ciencia, todo un soldado...

La ciencia impone, también, su martirio. Una comprobación, un mero detalle, demanda, a veces el sacrificio de muchas vidas. En el sabio, en el hombre de ciencia, hay siempre como el germen de un recóndito y silencioso heroísmo.

Poco antes de llegar a la costa, el piloto de la nave habíale hecho observar el peligro. "Ya las cenizas caían a montones — ha dicho un escritor de la época; — ya las piedras venían volando; los movimientos de la tierra debajo de las aguas, producían repentinamente esco-



Luego una ráfaga ardiente cortóle la respiración.

llos que detenían la embarcación, y la tierra que rodaba de la montaña prolongaba la orilla y obstruía la entrada al puerto". La prudencia aconsejaba retroceder, y tal era el parecer del piloto; pero, ya hemos dicho que Plinio desembarcó y, casi entusiasmado, pronunció aquellas palabras que luego la humanidad ha recordado y seguido como un sagrado ejemplo:

—La fortuna ayuda a los hombres audaces. Vamos a Estabias, donde se halla actualmente Pompiniano...

Pompiniano era su amigo; pero, más previsor, aprestábase, también, a huir de tan peligrosos lugares. El sabio lo vió y lo abrazó, animándolo para que lo acompañara en aquella aventura. Mientras, el peligro aumentaba, y el mismo Plinio comenzó a alarmarse ante el espectáculo de horrores y la destrucción de todo cuanto tenía algo de vida.

Uno de los esclavos que le acompañaban insistió en que se pusiera a cubierto de la lluvia de piedras y cenizas. Plinio vaciló un tanto

—Tienes razón. Descansemos un poco; luego seguiremos...

Intentó apoyarse en unas piedras; los esclavos lo sostuvieron. Luego, una ráfaga ardiente cortóle la respiración y, al instante, como fulminado, cayó para siempre. Su débil complexión no le permitió resistir aquel esfuerzo deseado por su espíritu.

No fué, empero, sólo la fatiga la que terminó con su luminosa existencia. Fueron los gases mefíticos que se desprendían del volcán y que corrían a pocos palmos del suelo. Al inclinarse, debió aspirarlos y eso produjo su muerte. Ni más ni menos, lo mismo que ocurre actualmente con la Gruta de los Perros, situada en las cercanías de Nápoles y así llamada porque, mientras las personas pueden penetrar en ella impunemente, los perros son alcanzados por los gases que cubren el suelo y sucumben envenenados.

Se deba a uno como a otro motivo, lo cierto es que en la muerte de Plinio el Viejo se nos presenta uno de los más nobles y admirables ejemplos de disinterés y espíritu de sacrificio para dar a la ciencia y trasmitir a los hombres un poco más de verdad.



CAMINOS DE FRANCIA



Por Benjamín Gibbs.

Sin saber cómo, me había puesto a cantar. Quizá fuese responsable el esplendoroso sol de Francia, o el enorme panorama que de pronto se había revelado ante mis ojos, o el hecho de que ya no me sería necesario empujar la bicicleta cuesta arriba. A mis espaldas acababa de dejar la parte más penosa del largo trayecto París-Mediterráneo, es decir, las formidables cumbres de los Alpes Marítimos. De aquí en adelante, por muchísimos kilómetros, la bicicleta rodaría sola, cuesta abajo. Ante mi vista maravillada se desparramaba toda la Francia meridional hasta el lejano Mediterráneo.

Ese sentimiento de libertad, que es el don de todo vagabundo, me había invadido. ¿Qué mejor oportunidad que ésta para prorrumpir en alegre canción? Miré a mi alrededor y no vi a nadie a quien alguna de mis notas perdidas pudiese causar daño. Canté, pues, un magnífico tango, agregándole algunas fiorituras de mi invención, y callé para resollar. Pero, en eso, ¿qué oyen mis oídos? Algo que me aterró... ¡Aplausos!

Allá, más abajo, en una de las curvas del camino, estaban mis admiradores. No había escapatoria posible; me iba a topar con ellos, pues otro camino no había, y el amor propio me impedía retroceder. Apreté los dientes, pues enrojecí de vergüenza, y le di rienda a la bicicleta.

Mi auditorio estaba compuesto por dos viejos campesinos, marido y mujer, aparentemente, e iban a pie con algunos atados al hombro.

— Ah, m'sieu, ¡qué bonita la canción, voilá...! — me largaron al pasar, y, al querer saludarlos yo a mi vez, para agradecer el cumplido, pegó una espantada la bicicleta y se precipitó contra el paredón de piedra al borde del camino.

El porrazo fué enorme. Me levanté con cuidado por si hubiera algún hueso roto, y empecé a sacarme el pedregullo de la boca y los ojos. Los dos campesinos acudieron, consternados.

— ¡Ah, m'sieu, se ha hecho un daño horrible!

— ¡Oh, no, madame!

— ¡Mais oui, oui!...

— ¡Non, non!

— Y *bueno*, "*oui*", *entonces* — acabé por decir, no queriendo destruirle la ilusión a la pobre mujer, de que me había lastimado horriblemente.

Y ella quedó encantada ante tanta fineza de mi parte. El marido había quedado inmóvil en el medio del camino, rascándose la cabeza ante la magnitud del desastre.

— ¡Parbleu! — murmuraba de tanto en tanto. — ¡Parbleu!

La bicicleta, en cambio, no decía nada. Yacía inerte sobre su costado derecho. ¿Muerta, acaso? No, era un desvanecimiento. Emocionado, le palpé los miembros a mi fiel compañera de ruta, y pude constatar que tenía una fea torcedura en el parietal derecho. ¿Qué hacer? En materia de dibujos y acuarelas me tenía por entendido, y hasta había llegado a hacer uno que otro pastel regular; pero, en cuanto a mecánica, aun estaba atrasadísimo. Dispuesto a cualquier cosa, empuñé un destornillador...

Pero a mi lado sentí un respirar vigoroso. "¡Parbleu!", decía alguien, y lo vi al paisano inclinado sobre el cuerpo de mi pobre bicicleta, con una herramienta deforme, brutal, en la mano.

— Permettez, m'sieu, permettez — me dijo. — Es cosa de nada, parbleu.

Yo cerré los ojos, desfallecía; el aldeano forcejeaba con la herramienta, la bicicleta gemía. Sólo la fe inalterable en la habilidad sobrenatural de los franceses me servía de sostén.

— Je, je, je... Era cosa de nada, ¡parbleu!

Y sentí una palmada amistosa, pero dura como patada de mula, sobre las espaldas. Miré. La bicicleta estaba nuevamente sobre sus delicadas extremidades, como si tal cosa. Se me hizo un nudo en la garganta. Hice ademán de sacar algún dinero del bolsillo.

— Ah, non... jamais, m'sieu, non, non. ¡Parbleu!

Le tendí la mano, y cuando hubo terminado de estrujármela, me volví hacia madame. Madame, entretanto, había resuelto celebrar mi escapada milagrosa. Se había acomodado a la sombra de una

enorme roca, y estaba echando la casa por la ventana. De una canasta iba sacando una enorme morcilla, pan, queso, una botella de vino...

Comimos en silencio, pues aquella morcilla ocupaba toda nuestra atención, siendo, como era, un poema a la raza porcina. Recién cuando quedó aniquilada la morcilla y vacía la botella, los dos paisanos me miraron con interés más mundano.

—¿Monsieur es acaso viajante de comercio? Inglés, alemán...

—No, sencillamente un artista argentino en viaje de estudio.

Los dos paisanos abrieron los brazos...

—¿Argentin?... ¿De Buenos Aires?

—Oui, oui.

—¡Mais non, imposible!

—Les digo que sí.

—Pero, si ellos tenían un hijo allí, en Buenos Aires, ¡parbleu! Yo tenía que conocerlo, vivía en la calle Curapaligüe. Tenía un negoce, m'sieu. Y era tan bueno, tan trabajador... Se privaba de todo, pues allá, en Buenos Aires, todo costaba tan terriblemente caro. Ellos tenían que hacer grandes sacrificios para costear los gastos del "negoce" pero luego, cuando aquello comenzase a marchar... ¡Cuando el hijo fuese un millonario "argentin"...

"Parbleu..." decía el viejo, emocionado, "voyez, m'sieu, mire hasta donde hemos llegado para hacer dinero en estos tiempos tan duros"... Y diciendo, desabotonaba su saco, y me mostraba una placa de bronce, escondida debajo de la ropa, que decía: "Apiadaos del pobre ciego".

—¿Cómo, ciego?

El viejo rió de buena gana. Algo hizo con los ojos, y se le pusieron blancos, horribles. ¿Qué más fácil? Trac, y ya estaba. Y Madame había desatado su envoltorio y me mostraba un organillo, de esos de pordiosero. Con gesto digno de director de orquesta, ella empezó a dar vuelta la manija y él prorrumpió, con voz ronca y quebrada, en la vieja canción...

¡Oh, viens poupoule... viens!

y hacía los gestos apropiados.

Yo me había echado a reír, pero de pronto me di cuenta de lo intenso del drama, de lo inmenso del sacrificio de estos ancianos, para que el hijo allá en Buenos Aires pudiera hacer frente a las exigencias del "negoce". Me explicaron cómo iban de un punto a otro, tocando el organillo y cantando ante los milores y millonarios extranjeros. Era duro, m'sieu, pero el hijo necesitaba el dinero para labrar fortuna... ¡Había que hacerlo! Ahora iban rumbo a Nice, Cannes, Montecarlo, donde ya comenzaba la estación. Todo por la gloria del hijo, "¡parbleu!"

La bicicleta ya se había repuesto del choque. Me despedí de los dos ancianos, deseándoles buena suerte. Durante mucho tiempo, como el camino descendía en grandes espirales, pude ver a los dos viejos, hasta que por fin se perdieron detrás de un promontorio. Hasta el último momento me saludaron con la mano. ¿Acaso no venía yo de "l'Argentine, capital del Brasil", donde estaba el hijo?... "¡Parbleu!"

MESES después me encontraba yo en la Riviera. Había pintado infinidad de paisajes, pero aún no había vendido ni uno de ellos. Pero estaba entusiasmado ante la variedad y la belleza de los paisajes. Creía notar bastante adelanto en mi estilo y mi técnica... pues en esa época aún tenía ilusiones. Había hecho muchas amistades entre los artistas que pululan esas asoleadas regiones. Me sentía satisfecho de la vida: ciertos ojazos negros me tenían completamente embelesado.

Un día, al regresar a la pensión donde me hospedaba, encontré sobre la mesa una carta. Poco placer me causó su lectura. Era la carta de un tal Lafourche, de Buenos Aires. No éramos muy amigos, que digamos, pero varias veces me había encontrado con él en reuniones de amigos, y en una ocasión me había hecho un pequeño favor. Se había enterado de que yo estaba en Nice, su ciudad natal, y me escribía para pedirme le hiciera un señalado servicio. Quería que fuese a visitar a su familia, que vivía en Nice, y, si me pareciese favorable el ambiente, insinuase a sus padres la conveniencia de aumentar la asignación que le remitían mensualmente. Sus padres, seguía diciendo en la carta, estaban en posición de hacerlo, y él realmente necesitaba más dinero para mantener el tren de vida acostumbrado. Yo fácilmente podría convencerlos *que aflojasen los cordones de la bolsa.*

Yo bien sabía que ningún dinero le alcanzaría jamás a Lafourche, con sus vestimentas de dandi, sus orgías en los cabarets, su garçoniére... Me disgustaba el encargo. Acordéme de aquellos paisanos que había encontrado por el camino, meses atrás, cuyo hijo trabajaba en Buenos Aires para edificar sólida fortuna. Qué contraste entre aquel muchacho laborioso trabajando día y noche en su "negoce", y este elegante y cínico derrochador... Habría querido rehuir esta obligación que me imponía Lafourche, pero le debía un favor... en fin, me vestí para la visita...

Era una casa discreta la de los Lafourche, en un barrio discreto de Nice. No había ni lujo ni pobreza. Era muy típica, esta vivienda, de franceses ahorrativos y previsores, y ofrecía llamativo contraste con la morada lujosa en que vivía el hijo. Una sirvienta, algo desgreñada, me abrió la puerta y me hizo pasar a la sala, rogando que esperase a que sus amos se preparasen en forma para recibirme.

La salita era típica de su clase; desnuda, sin pretenciones de gusto artístico. Había unos floreros de loza pintada, unos mueblecitos muy ordinarios, una alfombra algo raída, unos retratos. Allí, en un sitio bien visible, estaba el retrato de mi amigo, en una postura ultra elegante que le era familiar. Poco se ocupaba él de otra cosa que sus lujos, y vestía como maniquí. Caro les costaría todo aquello a los padres, pensaba yo, mientras merodeaba por la sala, pero, al fin y al cabo, ellos eran gente de buena posición...

Seguí curioseando por la sala mirando las chucherías de poco valor que la adornaban. Pero, de pronto vi algo que me sacudió como un latigazo. Quedé un instante dudando qué hacer, hasta que por fin, con gran cautela salí al vestíbulo, arrebaté mi sombrero, guantes y bastón de la percha, y salí apresuradamente de la casa, para no volver jamás a ella.

¿Por qué? Porque sobre un mueblecito en un rincón de la sala había visto otros dos retratos, pobres, mal sacados, baratos. Eran los padres de Lafourche, sin duda, ancianos ya, pero fuertes, sólidos, con marcado aspecto de paisanos. Y, al mirarlos, una brisa alpina parecía haber entrado en aquella salita para soplarme al oído las notas de un organillo de pordiosero y una voz ronca y quebrada, entonando el viejo estribillo:

¡Viens, poupoule, viens...!

Benjamín Gibbs

DIBUJO DE BERNABO



La carta que no llegó

Por JENO HELTAI

UNA vez, cuando todavía era muy joven y estúpido, me acaeció la aventura que sigue.

Durante una cena, mi vecina de mesa, una señora rubia y nerviosa con la cual había trabado conocimiento cinco minutos antes, se volvió de pronto hacia mí y, sin preámbulos ni rodeos, me preguntó a quemarropa:

—Dígame, ¿sería usted capaz de morir por mí?

Y me lo preguntó con una voz indiferente, diría incolora, como si hubiera querido preguntarme qué día era mañana. Y me clavó encima sus ojos grises, indagadores, como si hubiera querido leer en mi rostro la respuesta antes de que yo la pronunciara. Y mientras iba a expresarle un banalísimo "sí", que, no obstante, no me habría obligado del todo — pero que nosotros, los hombres de mundo, debemos a nuestras vecinas de mesa, — ella se apresuró a precederme, diciendo:

—No... no responda... Debo modificar la pregunta... ¿Sería usted capaz de morir conmigo?

Y su mirada era más angustiada y suplicante.

Yo me sentí turbado y no supe, al instante, qué contestar. Tuve la sensación de que se trataba de una cosa muy seria, de la cual no sería posible salir con una simple cortesía. Yo amo mi mezquina y pobre existencia y no tenía, en verdad, ningún deseo de ir en busca de la muerte con aquella señora a quien no conocía. Pero, ¿habría podido responder de otro modo que no fuera de que moriría junto con ella, con el mayor placer? Era necesario pronunciar un buen "sí", si no quería exponerme al ridículo frente a ella. Entonces, ponderadamente, seriamente, con calor y con franqueza — como si se tratase del más pequeño servicio a un amigo — le aseguré que estaba a su disposición.

La señora hizo un suspiro de alivio, y me miró, complacida y feliz.

—Sabía... sentía... que usted no iba a desilusionarme. ¿Dónde vive usted?

Le di mi dirección.

—Mañana a la tarde, a las cuatro, estaré con usted. Lo demás, lo sabrá entonces.

Y después de esto, durante el resto de la comida, no me dirigió una palabra más. En seguida de terminar la cena, desapareció con su marido, un rígido y distinguido oficial, un mayor, si no me equivoco.

La cosa comenzaba a ponerme inquieto. ¿Cómo terminaría esta historia? Antes que nada, me dirigí a la dueña de casa:

—Señora, ¿quiere tener la gentileza de decirme quién era aquella bella señora que, gracias a la suerte, era mi vecina de mesa?

—Esta vez la suerte he sido yo. La señora demostraba mucha curiosidad por usted...

—¿Y quién es?

La dueña de casa me reveló el nombre de la rubia señora.

—Su marido es el mayor — agregó todavía. —Adora a su mujer, quien, a su vez, lo adora a él.

—¿Tienen hijos?

—No.

—¿No tiene algo de raro, esa señora... o al menos, no es un poco nerviosa?

—En efecto. Es una mujer de mucho sentido, distinguidísima. Es entusiasta de todo lo bello; es una criatura exuberante, de sana y honesta alegría.

—¿Ama la vida?

—¡Algo más!... Creo que no morirá nunca. Pero, ¿usted no se ha percatado de todo esto?

—Francamente, no. La señora estaba más bien taciturna y casi no se ha revelado en su manera de ser íntima. Por otra parte, en seguida de cenar ha desaparecido.

—Pero, seguramente... ella lo buscará en breve.

"Mañana a la tarde", pensé para mí, mientras otro caballero se dirigía a la dueña de casa.

Ahora, sin embargo, comprendía menos la historia.

Y en la noche estival, vuelto a casa, pensé con alguna inquietud en el día siguiente. No sabía qué es lo que había hecho y me sentía dominado por extraños, bizarros y confusos pensamientos. Comprendía que la palabra dada, aunque hubiera sido bajo la estúpida inquisición de aquella mirada, me obligaba a cumplirla. Pasé la mayor parte de la noche escribiendo cartas, no sé a quién ni por qué.

A la mañana vi el caso más bien por el lado divertido. Estaba convencido de que la señora rubia no vendría o que, si venía, a último momento, habría renunciado a la muerte común.

Pero, a eso de las cuatro de la tarde, comencé a notar en mí un cierto malestar, y cuando sentí tocar el timbre de la puerta, empalidecí.

Con la reserva debida a la ocasión solemne, mandé a mi criado con una carta al otro extremo de la ciudad, indicándole que la respuesta no era urgente. Así, por lo menos, podríamos estar tranquilos hasta avanzada la tarde.

Yo mismo fuí a abrir la puerta. La mujer entró. Su cara estaba cubierta por un fino velo y todo en su modo de presentarse parecía más bien que concurría a una cita amorosa. Estaba alegre, briosa, esplendente, encantadora. La muerte no tenía nada de común con aquella mujer. En la mano tenía una carta. La arrojó sobre la mesa junto a mis manos. Luego se quitó el sombrero y los guantes y se abandonó en un sofá.

Permanecimos los dos en silencio. Por fin, me preguntó:

—¿Entonces, no se ha arrepentido... de lo que me ha prometido ayer?

—Ni en sueños.

—Pero, ¿no encuentra usted mucho de extraño que yo haya osado pedirle una cosa semejante?

—Es un poco extraño, realmente, pero espero que usted me explicará...

—¡Dios mío! ¡Explicar!... Yo odio a mi marido y detesto mi vida. Quiero morir. Esto es todo. Pero soy cobarde. Sola, no me animaría. Necesito de alguien, de un buen amigo, que me comprenda y que me haga el servicio de morir conmigo.

—¡Es verdaderamente hermoso y grato que haya usted pensado precisamente en mí!

—Usted bromea, ¿verdad? Y la razón está en que nosotros nos conocemos muy poco. Pero, esté tranquilo. Yo sé que el sacrificio es grande... por lo tanto, no lo quiero gratuito.

—¡Oh, señora! — protesté, como es el deber de un perfecto magnánimo imbécil — ¿qué dice usted? Todo lo que hago, lo hago desinteresadamente, sin fines egoístas u ocultos. He hecho una promesa y mantengo mi palabra.

La mujer rió con una risa extraña y sonora.

—Y debe mantener su palabra, porque si usted no lo hace, lo haría en cambio mi marido... Le he escrito una carta, diciéndole que venía a la casa de mi amante para morir con él. Si no me mata usted, mi marido nos matará a los dos...

A decir verdad, hasta entonces había considerado el caso como una diversión. Pero llegado a este punto, perdí la cabeza. Corrí junto a la mujer y le aferré las manos:

—¡Usted miente!

—¡Le juro que digo la verdad!

Y en su voz trémula yo adivinaba que aquélla era la verdad.

—Pero, ¿qué le he hecho yo de mal — surgió ahora de mi desesperación el deseo de vivir, — para morir así, por nada?

Entonces la rubia cambió de golpe. Me atrajo hacia ella, como a un niño desafortunado y enfermo, y oprimiéndome la cabeza sobre su pecho, con una voz dulce y acariciante, me susurró al oído:

—¿Qué has hecho de mal? Esto: que yo te amo mucho, mucho, y tú no lo sabes, no te has dado cuenta... Y ahora moriremos y seremos muy... muy felices...

Permanecimos largamente, mudos y felices. Esperamos la muerte. Pero la muerte no venía.

—Su marido está en retardo — exclamé después de una larga pausa.

La mujer enrojeció.

—Y no vendrá... — repuso, con voz sumisa.

—¿Y la carta?... ¡Era entonces una mentira! Y usted ha jurado...

Ella alzó las manos en señal de protesta:

—No es una mentira. Te juro que le he escrito todo, tal como te lo he dicho... Pero...

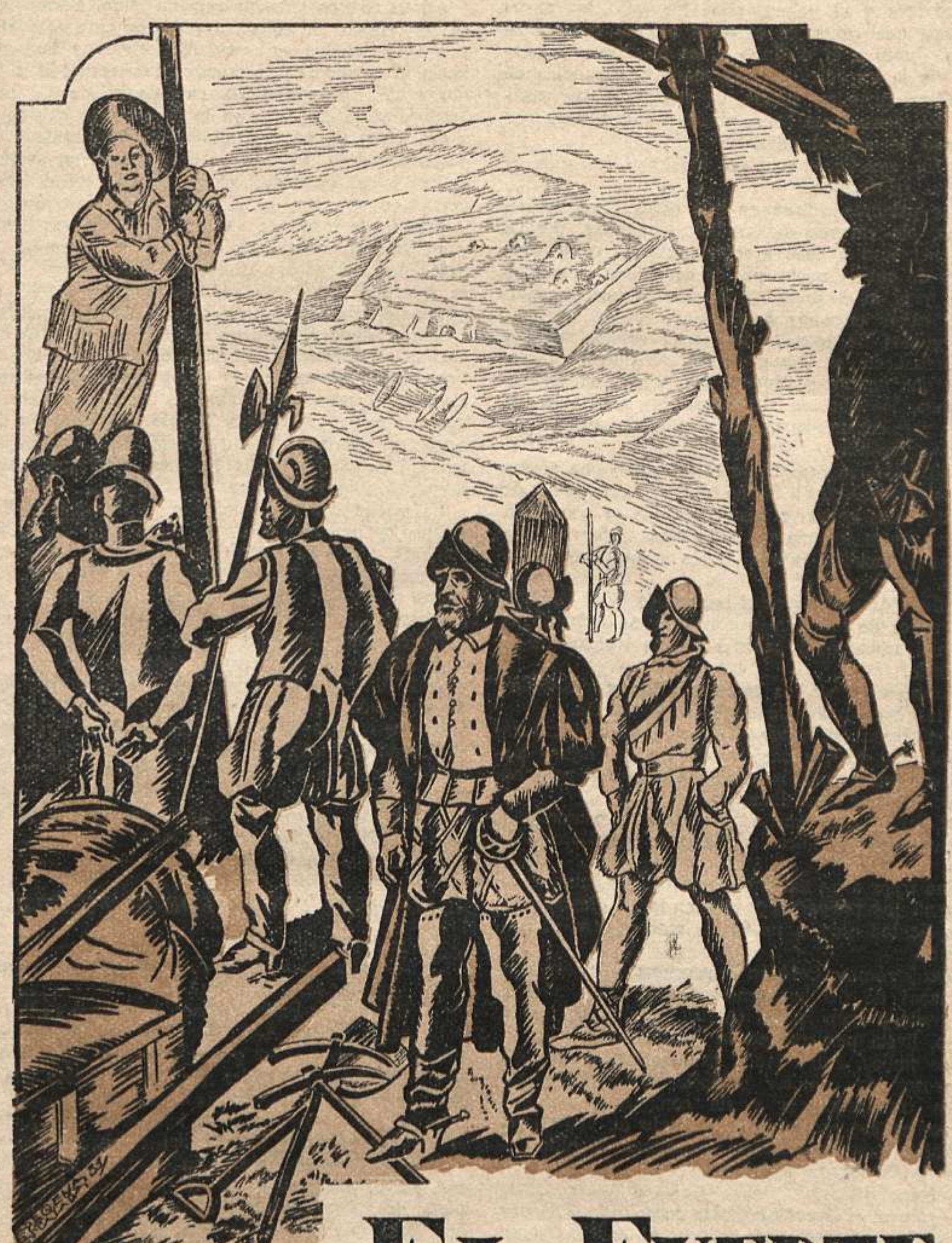
—¿Pero qué?

—La carta quedó en el correo, porque la puse en un sobre con tu nombre y con esta dirección: Poste restante... Si no lo crees, podemos ir al correo y la encontrarás allí.

JENO HELTAI

Traducción de D. M.

DIBUJO DE BATLLE



EL FUERTE DE CORDOBA DE LA NUEVA ANDALUCIA

Por LUIS ROBERTO ALTAMIRA

SU CONSTRUCCION

Cuando don Jerónimo Luis de Cabrera, asegura un versado historiador, clavó, invocando el nombre de Felipe II, un árbol "sin rama ni hoja" en el solar escogido para plaza de Córdoba, se dió comienzo a la erección del fuerte.

Yo imagino al valeroso sevillano impartiendo las órdenes. Veo su nariz de moneda antigua, su rostro empalidecido por las penurias del luengo viaje iniciado en el Perú, sus barbas obscuras y

abundantes y el yelmo, pura luz bajo los rayos solares, que cubre su estampa señoril como ninguna. Junto a él distingo a los alarifes y operarios de la expedición conquistadora, españoles de cabellera revuelta, sucios, de traza enjuta, vestidos con armaduras herrumbrosas y cohibidos por el peso de las alabardas.

—En aquella curva del riacho fabricarán el fuerte. ¿Entendido?

Sus palabras vibran en mis oídos. Son autoritarias, sin carecer de bondad, y agudas, porque está nervioso y debe arreglar muchas cosas aun, a fin de que la noche no los sorprenda en campo raso, y sí en el fondo de las cuevas que ha mandado cavar en unos barrancos.

Seguidos de mansos indígenas de los pueblos Chilisnasacate y Cantarasacate, aldehuelas decrépitas que muestran, Suquía por medio, su caserío borroso, los obreros abandonan las armas, cogen palas y se encaminan al punto señalado por el dedo de don Jerónimo.

Sobre los mogotes fulge el sol como una piedra de sortija episcopal. Vaho parecido al humo de los turíbulos envuelve sus moles que se proyectan en las aguas topacio del río; éstas saltan en las guijas y sacuden ramas, flores y pastillos de la costa.

Bullen los pájaros en el bosque, en el añil flotan centenares de halcones y elaboran las lechiguanas su miel ambarina y sabrosa en los troncos de la arboleda.

Huroneando por los barzales y las pencas avanzan los encargados de construir el fuerte.

Don Jerónimo, unido a ellos después, encabeza la patrulla. Mueve rápido las piernas, ligero los brazos y hacia todas las direcciones gira el penacho de su bacinete, cual llama de tea.

Al llegar a un ancón hacen alto y contemplan el panorama en silencio. Este es grandioso. Divino.

Uno trepa a un molle con agilidad de chimpancé, entorna los párpados y poniendo la diestra encima de los ojos, a modo de visera, otea el horizonte.

Don Jerónimo también inspecciona el lugar. Con los tacos de sus borceguíes deshace los terrones de greda y empuja los cantos que huyen, cuesta abajo, hasta perderse en la correntada.

Los indios, entre tanto, permanecen a un lado temerosos de cambiar palabra. Miran perplejos a los conquistadores y sin comprender lo que buscan en ese promontorio desnudo de vegetación y barrido por las glaciares ventolinas de julio.

—Aquí erigirán el fuerte.

—Buen sitio.

—¡Vaya, si lo es! Se divisa cuasi todo el largor del río y se dominan las casucas de esos bribones. ¡Ojo con ellos!

Un alarife — hombre diminuto e inflado como un botijo — da vuelta sobre los talones, hunde sus pupilas en la margen opuesta, examina los techos y cercos de las viviendas, las levanta y prorrumpe en un grito:

—¡Tate! ¡Ellos poseen un fuerte!

—¿Dónde?

—¿En qué punto?

—Allá...

Y estira el brazo e indica a don Jerónimo y a sus compañeros la figura grotesca del baluarte comechingón. Sus muros parduscos y endebles se alzan en la cima de una montaña, de la que se descuelga un caminito estrecho y arenoso. Este describe mil piruetas en su falda y luego desaparece en una hondonada harto azul por la lejanía.

En su rústico mirador está un indio. Permanece de pie, rígido. Se coloca a veces de cara al norte, y a veces vuelve su semblante cetrino y huesudo hacia el mediodía. Su inmovilidad recuerda a la mujer de Lot convertida en imagen de sal por desobediencia. Sostiene en la derecha un palillo, y a dos jemes de sus piernas hay enorme tambor de gastado pellejo. El caso de emergencia, un avance de las tribus enemigas, el palillo no cesa de golpetear en el cuero y los sonidos del instrumento — fragor de tormenta ya cercana — se expanden y multiplican como por ensalmo, y congregan a todos los moradores alrededor del Pucará. Allí se guardan bolas arrojadizas, arcos y jabalinas que los brujos han untado en maléficos ungüentos.

Esa mañana el lamento del tambor se dejó escuchar al diseñar la columna extranjera sobre la línea donde parece que la tierra se amalgama con el cielo. Cuando los naturales se dieron cuenta que era gente pacífica la llegada, abandonaron las armas y fueron a admirar los ricos arneses de sus cabalgaduras y sus jubones, coletos y capisayos aforrados en pieles.

La noche cae despacio, con la lentitud de las gotitas de una clepsidra. Se arropan de viuda las cumbres, tórnanse violeta los campos y las estrellas parpadean o se estremecen en el Suquía. Sus aguas rumorosas dibujan en la llanura tizona gigantesca.

En el campamento de los españoles brillan luces y se advierte mucho trajín.

Una linterna, que cuelga del extremo superior de una pica, derrama sobre el edificio a medio hacer su resplandor anaranjado. Allí es el Fuerte de Córdoba de la Nueva Andalucía. Queda retirado del Rollo. A cincuenta metros. Quizás a setenta. Cuatro soldados devoran yantar escaso detrás de sus muros, mientras dos, envueltos en capas raídas, vigilan sin descanso.

Del este sopla una brisa cortante.

LUGAR OCUPADO POR EL FUERTE

Se pregunta:

—¿Qué paraje tuvo como asiento la atalaya de los españoles?

Monseñor Pablo Cabrera reproduce en "Córdoba de la Nueva Andalucía", página 69, un testimonio de gran valor pescado por su lupa en los títulos de las propiedades que, en el pueblo General Paz, tuvieron las monjas Catalinas el año 1690.

—*"Sito* — dice — *en la rinconada que forma el río frente de la Capilla del Pilar, sud-norte".*

Y en el libro de "Mercedes" — tapas amarillentas, polvo, pergaminos con la documentación completa del repartimiento de solares efectuado por don Jerónimo a sus compañeros de conquista — se indica, además, que colindaba con la "chácara" de Tristán de Tejada:

"Un pedazo de tierra que está por bajo del Fuerte y linda por la parte de abajo con la chácara de la Iglesia Mayor".

En los pergaminos referidos agrégase también que para elevar su tapia se empleó el humus de una barranca próxima al Suquía — río San Juan y en la actualidad Primero — y situada al naciente de la porción que se confiara a la diligencia de don Luis de Cabrera.

Trasladado el Rollo por orden de Gonzalo Abreu Figueroa el día 29 de junio de 1575, el Fuerte quedó en el mismo sitio, con sus paredes de barro, su techo de cañas y su barbacana cenicienta, de ángulos gastados por los ventarrones y las lluvias que ponían sobre la nava, con harta frecuencia, redondelas de firmamento.

FRAY DIEGO DE LAGUNAS SOTO

En una de las estancias del Fuerte moraba un fraile de vida ejemplar. Su nombre era Diego. Su apellido: de Lagunas Soto.

Fray Diego había nacido en España y tomado el hábito en uno de los conventos franciscanos de Segovia, donde años más tarde subió a los altares.

Siendo joven empuñó una cruz, cubrió su pecho con una reliquia de San Francisco de Asís, a manera de coraza, y dejó los mundos civilizados para internarse en los eriales y predicar la doctrina de Nuestro Señor.

Anduvo en galeones, caminó por islas que no figuraban ni en las cartas geográficas, confesó a tripulantes heridos de gravedad por las temibles armas de asalto, durmió en las selvas y también en las prisiones de los bajeles turcos.

Tiempo después se embarcó para América, rumbo al Perú. Sobre la cabeza de muchos indios volcó allí el agua purificadora del bautismo y en la tranquilidad de los montes les enseñó a leer, a escribir y a contar. Luego se incorporó a una caravana y emprendió viaje hacia la provincia que fundara, en 1565, don Diego Villarroel, y de este punto a Córdoba. En el Fuerte actuó como capellán de los encargados de su defensa.

Su habitación — cántaro, sillas crujientes de alto respaldar, mesa con libros, estampas, jergón — después del avance de la maloca se transformaba en hospital. ¡Hombre admirable! Fray Diego, dándoles la ternura de su corazón apostólico, permanecía junto a los enfermos hasta que sanaban o hasta que la muerte plegaba los párpados entre horribles contorsiones.

Un día el santo fraile cayó sin conocimiento y con el muslo izquierdo rojo de sangre durante fiero combate.

Dos hombres lo condujeron a la estancia y lo acomodaron en su jergón.

Fray Diego, vuelto en sí y sonriendo como una Madona de cuadro italiano, sacó del pecho una bolsita de seda, abrióla y extrajo de su interior una caja de plata redonda y pequeña. Destapada, elevó con dedos temblorosos una hostia, trazó en el aire una cruz y la depositó después en su lengua, repitiendo una oración latina. Los soldados doblaron la rodilla jesuseando. Uno arrimó a los ojos un lienzo y otro enjugó sus lágrimas en el dorso de la mano.

El fraile, del color de las estatuas de mármol, movía apenas sus labios cadavéricos. Platicaba con Dios.

Por una ventanita enrejada introducíase en la estancia un haz luminoso, formando alrededor de su testa nimbo parecido al que ostentan los héroes del cristianismo en los vitrales de los templos góticos.

Afuera sonaban los arcabuces y los cañoncitos, y las esquilas doblaban por los muertos melancólicamente.

RECINTO DEL ALCALDE

En papeles harto ancianos se dice que en una de las cuadras del Fuerte español de la ciudad *suquiyana* funcionaba, también, la alcaldía. Jerónimo Vallejo, alcalde en el año 1574, pone su firma de caprichosa rúbrica, semejante a jeroglífico, en más de un auto expedido a propósito de juicios testamentarios y en títulos de encomiendas indígenas. De este modo encabeza sus escritos, corroborando el aserto de las piezas documentales que tal cosa afirman:

"En el fuerte de la ciudad de Córdoba de la Nueva Andalucía, a veinte y seys días del mes de marzo de mil quinientos e setenta y quatro" etc.

Monseñor Cabrera, en el interesante libro ya citado en otra parte de esta misma crónica, agrega que, además de recinto para el alcalde, sirvió "de punto de partida de las primeras expediciones llevadas a cabo a objeto de explorar y de sojuzgar el territorio, destacándose entre aquéllas la que guiara el mismo don Gerónimo a las riberas del Paraná, así para abrir un camino a la corriente civilizadora rumbo al Río de la Plata, como para dotar un puerto a la jurisdicción de su comando."

TRAGICO FIN DEL FUERTE

Año 1628. Las lluvias caen sin intermitencias en las sierras, aumentando y volviendo terrosas las aguas de la Cañada y del Suquía. Se lamentan los indios de los poblados, porque ellas interrumpen sus faenas y anegan sus labrantíos. En Córdoba se vive de sobresalto en sobresalto. El tañer de las campanas invitando a la misa o a la plegaria vespertina repercute en el ánimo de sus moradores como indicio de mal agüero. No se duerme. No se saborean los manjares con tranquilidad. Los abuelos, cabe a los leños ardientes de las estufas, relatan a sus nietos los detalles de grandes inundaciones habidas en los tiempos en que ellos eran mozos. Tiemblan los niños al escucharles. Lloran algunos. Preguntan con voz queda por el pavor y tartamudeantes, si pueden ocurrir tragedias iguales. Los viejos hunden sus cabezas en los hombros y enmudecen. ¿Para qué atormentar a los angelitos? ¿Para qué decirles que algo horroroso se aproxima? Mejor es callar.

Vuelan los días. Continúa gris el horizonte por las lluvias y las angostas callejas de la ciudad son charcas intransitables donde se empantanan los carruajes y las bestias. Los techos gotean, las paredes hanse humedecido hasta aflojarse y las puertas se han hinchado de tal modo que no cierran.

Monjas y frailes suplican a Dios en la penumbra de los beaterios y en las naves impregnadas de incienso para que nada terrible acontezca.

En las casonas se reza mucho también: novena tras novena y los quince misterios del rosario en la hora del crepúsculo.

Una noche los bronces eclesiásticos se balancean en las torres y los clarines del Fuerte vibran, anunciando el repentino desborde.

El Suquía brama cual león.

La Cañada ruge entre los muros del calicanto, arroja espumas hacia arriba y enseña, en el lomo de su correntada feroz, troncos, ganados y cadáveres de indígenas. Gritos, llantos, maldiciones y preces se escuchan en la ciudad de Cabrera. Velones y fogatas hieren las sombras y las aguas restallan enloquecidas contra su caserío.

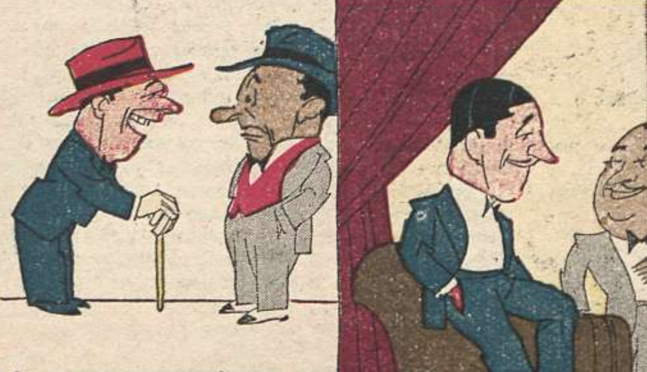
....

Amanece. La borrasca ha pasado, los torrentes han vuelto a sus cauces y el sol desliza con lentitud su pincel untado en cinabrio por las crestas de las montañas inaccesibles. Córdoba de la Nueva Andalucía es un montón de escombros. Del Fuerte, otrora orgullo de españoles, sólo resta un puntal que dialoga con el espíritu del creyente de lo fugaz y transitorio de las glorias humanas.

Luis Roberto Altamira

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

A PUNTA DE LAPIZ. por VALDIVIA



Las preguntas corrientes

—¿Qué hay de nuevo? ¿Qué cuenta?

—Centavos. En la actualidad es imposible contar pesos.

Vocación musical

—Toca tan mal el piano que le echan de todas las casas donde vive.

—¿Y ha cambiado mucho de casa?

—Infinidad de veces. Le molestan mucho las mudanzas; pero se resigna. ¡Esa es la verdadera vocación!

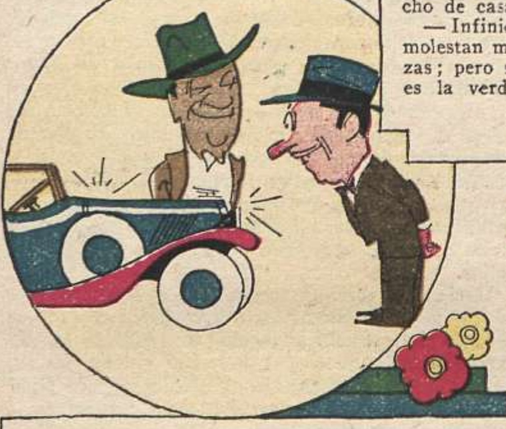
Remedio eficaz

—Las hormigas se comen mis rosales.

—Lo mismo me sucedía a mí. Por fortuna he encontrado el remedio.

—¿Y cómo ha hecho?

—He arrancado los rosales. ¡Que se embromen las hormigas!



Condiciones insuperables

—Es un lindo automóvil. ¿Le ha costado caro?

—Es una pichincha.

—¿Y cómo lo paga? ¿Por mensualidades?

—Pienso pagarlo por siglos.

Difícil de escribir

—Las ideas son muy difíciles de escribir.

—¿Por culpa de la tinta? ¿Por culpa de la pluma?

—Por culpa de la cerveza. Siempre acabo haciendo eses.



Suposiciones

—Suponga usted que no le pague la cuenta.

—No puedo suponerlo.

—Bien. Suponga usted que se la pago.

—Eso me parece bien.

—Lo creo. Pero ahora me toca a mí no admitir la suposición.



Para pasar el rato

—A ver, Federico, dinos algún chiste malo, de esos que se te suelen ocurrir.

—Conforme. Como eres tan haragán, alguien quiso darte, inútilmente, un golpe. Fué un golpe en vago.



LA BUENA MOZA

(CHACARERA)

POR FERNAN SILVA VALDES

Yo quiero a una buena moza
De los pagos de "El Perdido",
Linda pinta de chinonga
Para las ancas del pingo.

Chacarera, chacarera,
Semillita de dolor,
Para cuando nazca el trigo
Te pido conversación.

Yo quiero a una buena moza
Del paso del Río Negro
Que tiene los ojos claros
Como cachimbas de cielo.

Chacarera, chacarera,
Perfumada de cedrón,
Cuando el maizal amarille
Te daré mi corazón.
(Aura)
Cuando el maizal amarille
Te daré mi corazón.

II

Yo quise a una buena moza
Y ella me quiso, señor!
Mi nombre escribió en el agua
Y el agua se lo llevó.

Chacarera, chacarera,
Lazo de cinta punzó,
Si a la tarde sos un ángel
A la noche un diablo sos.

Yo quise a la "flor del pago",
La quise de ley, malhaya!
Malhaya, yo no sabía
Que estaba cosida a mi alma.

Chacarera, chacarera,
Acompáñame a bailar;
Cuando terminen las trillas
Te he de llevar al altar.
(Aura)
Cuando terminen las trillas
Te he de llevar al altar.

Fernán Silva Valdés

DIBUJO DE ALICIA PEREZ PENALBA

Impresiones de la señora ▼ ▼ el viaje al Brasil

El extraordinario espectáculo de la llegada. – Una alegría – El solemne tedéum oficiado en la iglesia de la

▼ Por RAUL ▼ ▼

EL EXTRAORDINARIO ESPECTACULO DE LA LLEGADA

La bahía de Guanabara ofrecía escenario de extraordinaria magnificencia a la fiesta el día de la llegada de la embajada argentina. Sus bellezas naturales que en las descripciones no pueden apreciarse ni siquiera aproximadamente, formaban el marco de más impresionante grandiosidad, susceptible de ofrecerse al viajero ansioso de fundir su emoción en la cordial acogida del pueblo hermano.

A través de la plaza Maua, a lo largo de la soberbia avenida Reina Mar y de la engalanada calle Paisandú, la muchedumbre entusiasta dificultaba el paso de la comitiva. Aplausos y vítores proclamaban la sinceridad del agasajo mientras desde los balcones sumábase el agitar de las banderas al vistoso enjambre de los trajes femeninos. La mujer brasileña, vivaz, elegante, hermosa, ennoblecía con sus sentimientos el expresivo tributo de los mandatarios a la vieja y fecunda amistad de las dos repúblicas.

LA ALEGRIA INESPERADA

De pronto llegó hasta el automóvil ocupado por las esposas de los presidentes Vargas y Justo, señoras Darcy Sarmanho de Vargas y Ana Bernal de Justo, la vibración de una voz infantil:

—¡Abuela! ¡Abuela!

Brazos amistosos levantaron a la nietita que poco antes había recibido, entre la multitud, un beso efusivo del abuelo, olvidado del protocolo y de la marcialidad impuesta por su uniforme militar, y la sentaron en el automóvil de gala, junto a los edecanes, gratamente sorprendidos.

El sentimiento afectivo acababa de triunfar una vez más sobre las exigencias oficiales. Lo comprendió así la multitud, que aplaudió entusiastamente el episodio. La señora del presidente Vargas miró sonriente y conmovida a la esposa del mandatario argentino. Sin duda pensó:

—Seremos buenas amigas... ¡Ah! Si los hombres nos escucharan con más atención, sería mucho más fácil hacer triunfar los sentimientos afectivos sobre las exigencias políticas, a veces inquietantes, sombrías, peligrosas...

BUENAS AMIGAS AL SERVICIO DE LA CONFRATERNIDAD

La impresión de ese momento de íntimas y sencillas expansiones tuvo el significado de una realidad espiritual. Las dos señoras acababan de afianzar la amistad iniciada en el puerto, junto a la nave empavesada que condujo a los miembros de la misión fraternal. Acababan de afianzar su amistad en la mutua comprensión de los sentimientos cordiales y de la bondad que en ambas constituye el estímulo de la vida.

En las almas femeninas del Brasil y de la comitiva visitante — representativa de la mujer argentina — encontraron los afanes de solidaridad internacional, de acercamiento y más estrecha vinculación, que inspiran los convenios concluídos entre las dos repúblicas y promovieron el viaje, campo propicio para fructificar en provecho de la paz, de la amistad, de la consideración y del aprecio.

Manos gentiles se encargarán en el Brasil, en el Uruguay y en nuestra patria de fortalecer los lazos de la vinculación histórica. Y en las escuelas, cuando se realicen fiestas como la celebrada en la Escuela Argentina de Río de Janeiro, la prédica fraternal hundirá sus raíces en las tiernas almas

Ana Bernal de Justo sobre y al Uruguay ▼ ▼

inesperada. – Buenas amigas al servicio de la confraternidad. Candelaria. Bendición de los Himnos de la Paz.

D O R I A ▼

▼ ▼

infantiles para que el sentimiento de hermandad crezca con ellas y se haga fuerte, robusto, inexpugnable a los recelos y desconfianzas.

Por eso me dice la esposa de nuestro primer mandatario:

— Conservo por las gentilezas de la mujer brasileña y de la mujer uruguaya la más viva gratitud. Brasileñas, uruguayas y argentinas, somos buenas y sinceras amigas, porque todas sentimos por igual la emoción de nuestras tradiciones y nuestra común aspiración de concordia.

"INVOCANDO LA PROTECCION DE DIOS"...

MIENTRAS evoca recuerdos, la señora de Justo acaricia a sus nietos, dos mujercitas y un varón que no admite disminutivo. No puede — ni intenta tampoco hacerlo — ocultar la íntima satisfacción que le produce la certeza de que su infantil alegría representa para ella y el Presidente la más preciada compensación.

— De todas las ceremonias realizadas, creo que ninguna — dice luego la señora de Justo — me produjo emoción más intensa y profunda que el tedéum oficiado por el cardenal Leme en la iglesia de la Candelaria. Me pareció que aquella comunión de los sentimientos religiosos y patrióticos adquiría el significado de un símbolo para el destino fraternal de los pueblos de América. La majestad del hermoso templo, realzada por una admirable decoración floral — *en el coro habíase construído una tribuna* ornada con flores cuyos colores eran los de las banderas de ambas naciones, — dió al espectáculo una solemnidad que difícilmente podrá ser igualada en otras ocasiones.

Colmadas de concurrencia todas las naves, mientras en las calles adyacentes desbordaba el gentío que aclamaba a nuestra patria, el cardenal Leme avanzó hacia la capilla mayor bajo el palio, rodeado por arzobispos y obispos que lo acompañaron en las oraciones del ritual hasta que se inició el tedéum, mientras una admirable orquesta ejecutaba el "Preludio", de Galli.

" Pienso — añade — que ni siquiera los espíritus descreídos habrían podido substraerse a la honda emoción de esos momentos de imborrable recuerdo.

BENDICION DE LOS HIMNOS DE LA PAZ

PERO aquella extraordinaria adhesión de la iglesia al acontecimiento político celebrado jubilosamente por el pueblo, reservaba aún más hondas y conmovedoras impresiones. Subió a la tribuna, enaltecida a través del tiempo por el verbo de prestigiosos sacerdotes brasileños, el arzobispo de Cuyabá, monseñor Aquino Correa, cuya palabra hizo vibrar en admirable armonía los sentimientos patrióticos de toda la concurrencia. Explicó el significado del homenaje religioso como una contribución del culto cristiano al afianzamiento de la paz, que inspira la política del Brasil y la Argentina y había determinado la entrevista de los presidentes.

" Terminada la brillante alocución, el cardenal Leme prosiguió el oficio, que alcanzó una intensidad emocional insospechada, acaso indescriptible, en el momento de la bendición, cuando la orquesta ejecutó sucesivamente acordes del Himno Argentino y del Himno Brasileño...

" Nosotros pensamos: es la bendición de los Himnos de la Paz".

Raul Doria

La heroica hazaña criolla del
▼ ▼ ▼ y de sus compa

El silencio del vuelo de la escuadrilla de aviones argentinos. – coraje. – Aeroplanos mercantiles y escuadrillas militares. – Morir grupo 3 no contesta". – El heroísmo de Zuloaga. – El triunfo. – de la tragedia. – Así

▼ ▼ ▼ *Por JUAN JOSE*

Tamaño del coraje

Una hazaña.

No existe otra palabra. El magnífico vuelo realizado al Brasil por nuestros aviadores militares, es una de las hazañas más heroicas del coraje argentino. A medida que se van conociendo los detalles del vuelo, mayor admiración despierta el triunfo de las alas criollas. Ha sido una victoria colosal, obtenida en silencio. Los periódicos apenas han dado la noticia. El viaje diplomático del presidente Justo, absorbió las columnas de los diarios. El ruido de las recepciones, la música de los discursos, el estruendo de las fiestas populares apagaron el glorioso murmullo de las hélices. Ya de regreso de la expedición, los veintidós hombres que la componían, bajaron de sus máquinas como si descendieran de un tranvía. Los parientes, los amigos, los compañeros, los admiradores levantaban los brazos, tendiéndolos hacia ellos en actitud ferviente de cariño. Era la alegría de verlos regresar sanos y salvos después de una aventura en que cada metro de vuelo había sido un metro de vida disputado, peleado, arrancado a la muerte. Pero, los aeronautas, impasibles, sonrientes, rígidos, burilados en el bronce de la disciplina, se cuadraban haciendo la venia. Respondían a todas las preguntas sin atribuir a su heroica odisea ni un centavo de gloria. Ante las aclamaciones jubilosas de la muchedumbre, ni siquiera sentían la vanidad de hincharse ni de abrir la cola en abanico. Se escurrían a manera de niños. Pedían permiso para reintegrarse a sus funciones militares o volvían de nuevo a los hangares para acariciar, como los gauchos, el lomo de sus pingos después de la carrera. Y allí, en medio de todos, el coronel Angel María Zuloaga — jefe de la hazaña estupenda — sonreía con plácida modestia. Los periodistas lo interrogaban para oír de sus labios la descripción dramática de aquella travesía sobre las montañas, entre las nubes, bajo las tormentas; sin un solo sitio cómodo para aterrizar; volando con aparatitos de juguete, sobre las cumbres cortadas a pique y sobre las olas del océano.

— Cuéntenos, coronel. ¿Cómo ha sido su viaje?

Todos abrían los ojos. Afinaban los tímpanos. Pero, Zuloaga, con ingenua franqueza, hamacando las sílabas en su melodioso ritmo mendocino, destruía la ilusión:

— ¿Qué quieren que les diga? Fué un viaje muy lindo, sí, pues. Nada más.

En cuanto al parte oficial de su temeraria expedición, pudiera concretarse en pocas líneas. Tiene el laconismo de los generales de Laconia:

— Salí de Buenos Aires con diez aviones y veintidós tripulantes. Regresé de Río de Janeiro con los veintidós tripulantes y los diez aviones. Ninguna avería en los aviones. Ningún enfermo entre los tripulantes...

Aeroplanos de juguetería

Sin embargo, hablando despacito con Zuloaga, en la intimidad de la familia, el cronista descubre, poco a poco, el esfuerzo mayúsculo que ha debido hacer esa veintena de hombres para llegar al triunfo.

— ¡Aventura de locos!

¿Aventura de locos? Ya pasaron los tiempos en que nuestros aviadores se echaban al espacio sin técnica ninguna. Ahora se valen de la ciencia. Pero la ciencia sola no les basta. A menudo sucede — como en este viaje de ida y vuelta al Brasil — que la técnica fracasa ante los caprichos de la

coronel Angel María Zuloaga
ñeros de aviación ▼ ▼ ▼

Héroes de bronce. — Aeroplanos de juguetería. — La técnica y el ensartado en las cumbres o en la boca de los tiburones. — "El Un telegrama al ingeniero Galmarini. — El buen humor en medio son las criollas . . .

▼ ▼ ▼

DE SOIZA REILLY

naturaleza. Toda la sabiduría de los hombres, todos los apotegmas de la ciencia aeronáutica se estrellan frente a ciertos enigmas de la atmósfera. Entonces, el aviador recurre a la sapiencia de su instinto; recurre a la valentía de sus nervios; recurre al coraje de su corazón...

Primero fué necesario planear la expedición, científicamente. Estudiar las contingencias de un viaje de conjunto. Prever las etapas posibles y probables. Puntos de abastecimiento. Maquinarias de capacidad técnica. Estudio de las diversas regiones atmosféricas: vientos, lluvias, tormentas...

— *Un viaje al Brasil* — me confiesa Zuloaga — *puede ser fácil para los aviones comerciales.*

— *¿Por qué?*

— *Porque sus máquinas son adecuadas a esa travesía. Están provistas de todos los recursos para afrontar las peripecias. Son aparatos mixtos. Si una circunstancia fortuita los obliga a descender en el mar, lo hacen sin peligro porque son hidro-aviones. Si tienen que aterrizar pueden hacerlo.*

— *¿Y ustedes?*

— Nosotros llevábamos aparatos que no podían descender en el agua. Durante muchas horas tuvimos que viajar sobre las nubes, sin horizonte, entre las montañas cortadas a pique y las olas del mar. Si nos hubiera ocurrido algún percance, no habríamos perdido tiempo en elegir: nos clavábamos de cabeza en las cumbres o nos metíamos en la boca de los tiburones que, por allí, abundan bastante...

— *¿Qué otras dificultades?*

— *Además, el viaje para los aviones comerciales no ofrece los obstáculos técnicos que deben afrontar las escuadrillas militares. Si uno de los aviones de comercio se ve obligado por una tempestad o por un desperfecto de su maquinaria, a retroceder, vuelve tranquilamente sin desdoro al punto de partida.*

— *¿Y una escuadrilla militar?*

— *Está supedtiada a la disciplina del conjunto. Cada máquina es un soldado. Debe conservar la formación, seguir la misma ruta, manteniendo siempre la más perfecta unión a través del trayecto y, por fin, llegar junto con los demás, al mismo aterrizaje. Todas estas dificultades las venció mi escuadrilla maravillosamente, a pesar de que estaba compuesta por aparatos de velocidades diferentes, de características distintas y de los tipos mas heterogéneos...*

La tragedia

Eran *nueve máquinas criollas* — salidas de los grandes talleres de Córdoba — fundados por Justo — y una sola máquina extranjera. Pero todas eran de tipos diferentes. Una ensalada rusa de máquinas volantes...

— *Los propios muchachos de la escuadrilla* — me cuenta Zuloaga — *la habían bautizado con el apodo de "La orquesta típica".*

En efecto. La mezcla de aparatos daba la sensación de una orquesta donde al lado del solemne bandoneón o de la guitarra quejumbrosa, sollozaba el serrucho o tintineaban las cacerolas de la batería.

— *Lo peor* — agrega Zuloaga — *fué la diferencia de velocidades. Mientras unos andaban demasiado despacio, los otros volaban con una rapidez desesperante.*

El avión más lento era el que dirigía el teniente 1º Carlos F. Mauriño. El valeroso muchacho antes de partir había bautizado a su pobre cafetera con el apodo filosófico de *Tenga paciencia*. Con ello se anticipaba a la inquietud de los compañeros que vo-

laban en aviones más rápidos.

—*¿Y Mauriño? No alcanzamos a verlo.*

Tenían que volverse o seguir viajando en forma de S, para darle tiempo. Por fin, allá, a los lejos, a través de las nubes, aparecía un punto negro. Era el *Tenga paciencia*...

En otro aeroplano del mismo grupo 3, —el más rápido de todos — iba un bravo señor de las alturas: el teniente 1º Garramendi. Su velocidad lo ponía de repente a la cabeza de sus compañeros. Tenía que volverse para darles tiempo a acomodarse. Iba y volvía; avanzaba y retrocedía, seguro de sí mismo, dando ventaja como muchacho bueno a las máquinas pobres. Garramendi bautizó a su avión con un nombre simbólico:

—*"Tenga confianza".*

Y, en verdad, viéndolo en los aires, sobrándolos a todos, inspiraba fe.

—*No se apuren* — parecía decirles. —*Tengan confianza. ¡Somos argentinos!*

Entre tanto, en la nave capitana, el jefe de la expedición coronel Zuloaga, dirigía y vigilaba las maniobras, valiéndose para ello de un valioso aparato radiotelefónico fabricado también en Buenos Aires...

"Tenga paciencia"

Por más fe que yo tuviera en los aviones criollos — me dice Zuloaga — *y por más seguridad que me inspirasen mis compañeros de aventura, ya podrá usted suponer en qué condiciones de espíritu estaría yo llevando sobre mi conciencia, la responsabilidad de aquel viaje, científicamente organizado, pero expuesto como todas las cosas humanas, a los designios de la Providencia. El primer momento de inquietud que pasé, fué al volar sobre el río de la Plata. Ninguno de los aparatos estaba en condiciones de volar sobre el agua. Un descenso forzoso lejos de la tierra, equivalía a una muerte segura...*

Zuloaga me cuenta con los ojos radiantes, el placer o la angustia o la nerviosidad que experimentaba su corazón de niño en aquellos diálogos sostenidos por medio del teléfono, de avión en avión. La escuadrilla se dividía en tres grupos de tres aviones cada uno.

—*¡Hola! ¿Grupo Nº 1?*

—*Sí, mi coronel.*

—*¿Novedades?*

—*Ninguna.*

—*¡Buen viaje!*

En seguida un movimiento al dial:

—*¡Hola! ¿Quién habla?*

—*Grupo Nº 2.*

—*¿Novedades?*

—*Ninguna.*

—*Felicidad.*

Un silencio.

—*Hola. ¿Grupo Nº 3?*

—*Sí, mi coronel. Sin novedad.*

—*¿Y el "Tenga paciencia"?*

—*Allá viene cinchando.*

(Al coronel Zuloaga le brillan los ojos cuando recuerda al avioncito "Tenga paciencia"). Y, en realidad, debió producir la impresión de un chico que corre detrás de los mayores.

—*¿Viene?*

—*Sí, mi coronel. Cinchando...*

"El 3 no contesta"

Después?

Evadidos de la estepa acuática del río de la Plata, cruzan sobre las cuchillas uruguayas. Más tarde las llanuras de Río Grande. Más allá montañas. Y por fin, el sitio más peligroso: el mar y las cumbres cortadas a pique.

Pasando Santos, entre la isla Grande y Río de Janeiro, es preciso volar sobre la muerte. Abajo están las púas de las montañas y las bocas de los tiburones.

—*¡Hola! ¿Grupo Nº 1?*

—*Presente, mi coronel.*

—*¿Grupo Nº 2?*

—*Presente, mi coronel.*

—*¡Hola! ¿Grupo Nº 3?*

Silencio. Silencio. Silencio. Es inútil llamar.

—*Le aseguro* — me cuenta Zuloaga — *que cuando el grupo Nº3 no respondió a mi llamado, el espanto me corrió por las venas... "No hay duda* — pensé. — *Se ha llevado por delante una cumbre"...*

—*Hola. ¿Grupo Nº 3?*

Silencio. Llamadas al Nº 1 y al Nº 2.

—*¿Han visto al 3?*

—*No.*

—*¡Búsquenlo!*

Gritos desesperados de dolor. Las ondas hertzianas más que una orden transmitían un rezo:

—*¡Búscalo, Dios mío, entre tus nubes!*

De improviso, viene una respuesta. Llega de las nubes...

—*¡Hola! ¿Quién habla?*

—*Grupo Nº 3.*

—*¿Dónde se habían metido?*

—*Vamos entrando en la bahía de Río de Janeiro.*

—*¿Los tres?*
—*Sí, mi coronel.*
—*¡Qué suerte!*
Y al coronel — viejo veterano de las nubes — se le caen las lágrimas sobre el pecho glorioso lleno de medallas. Una medalla más...
—*¿Y después?*
Ya se sabe. Todo el Brasil que levanta los brazos al cielo para recibir a sus hermanos.
Gloria. Albricias. Aplausos. Flores.
—*Todo buena cosecha* — como solía decir Rubén Darío.

Humorismo gaucho

El viaje al Brasil había sido un triunfo. Era preciso regresar. El tiempo era malo.
—*El mes de octubre* — decían los pronósticos — *se caracteriza por lluvias terribles, vientos frecuentes, neblinas que obscurecen las alturas. Es fácil llevarse por delante las cumbres. Hay que zambullirse en la niebla para saber dónde se está...*
Esperóse un tiempo prudencial. El presidente Justo estaba ya cerca de Montevideo y la escuadrilla no había logrado despegar del Brasil.
—*Hubiera sido un fracaso total* — me dice Zuloaga, — *que el presidente llegase a Montevideo, sin que la escuadrilla aterrizase al mismo tiempo que él.*
Todas las mañanas, al amanecer, el personal de la escuadrilla estaba pronto, en el campo de aviación. Lluvia. Truenos. Relámpagos. Volvían al hotel con el alma muy trite.
—*¿Partimos?*
—*¡No!*
Zuloaga no quería exponer a sus compañeros a ninguna catástrofe. Bien sabía que las máquinas más veloces, podrían esquivar los peligros. Pero ¿qué sería del "Tenga paciencia"? Prefirió demorar la salida. Comenzaron las burlas de los ironistas.
—*¿Se irán hoy?*
—*¡Bolama!*
Ya se sabe lo que quiere decir *Bolama* entre los aviadores.
En la angustia de aquellos instantes, Zuloaga — criollo de pura ley — para contener a los impacientes, envió un telegrama humorístico, con rabia, al director de la oficina meteorológica de Buenos Aires, al ingeniero Alfredo Galmarini, diciéndole:
—*"Arregle las nubes. Trate de que los vientos sean favorables. Modifique la presión atmosférica. Ordene que las nieblas desaparezcan del espacio."*
El telegrama hizo gracia entre los brasileños. Pero lo más gracioso fué que el ingeniero Galmarini contestó:
—*Conforme.*
Ese mismo día se corrieron las nubes. Salió el sol. Un día espléndido.
—*¡En marcha!*
Y la tropilla de caballitos criollos se metió en el cielo límpido y puro, como la misma pampa. Llegó a Montevideo...

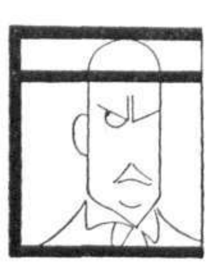
Mártires y tigres

Entre tanto, en Buenos Aires, bajo la cúpula de la metrópoli, bajo el silencio estrellado de la noche, una mujer no duerme. Ha llevado a la cama a sus dos angelitos. Luego encerrada en su habitación, al lado del teléfono, con un amplio mapa sobre el lecho, recorre con el dedo la trayectoria de su amor...
—*Ahora va por aquí...*
Es la mujer del héroe — la esposa de Zuloaga — que simboliza a todas las madres, a todas las novias, a todas las mujeres de los que entregan su vida a las nubes.
¡Admirable mujer! Ni una sola queja contra su marido; ni un solo reproche por haberse dejado llevar por el destino...
Encerrada en su pieza para que las dos hijitas no participen de su angustia, va siguiendo en el mapa el rumbo de aquel pájaro heroico.
—*Va por aquí.*
Posee un pequeño dije — un aeroplanito — que ella coloca en el sitio donde supone que ahora vuela su amor.
—*Aquí.*
De pronto, los telegrafistas del ministerio de Guerra le informan acerca del sitio donde está la escuadrilla.
—*Yo, entonces* — me dice la valiente señora de Zuloaga — *ubicaba mi pequeño aeroplano en ese sitio. Siempre tenía que hacerlo retroceder. Mis cálculos guiados por mi deseo, lo ponían siempre más allá del sitio donde estaba mi esposo...*
¡Admirable, sencilla, silenciosa tragedia la de esta mujer que, a la luz de la noche, seguía con su alma el rumbo de otra alma perdida en el espacio!
La patria se hace así, con estas mujeres — mártires — y con estos hombres — tigres...

Notas



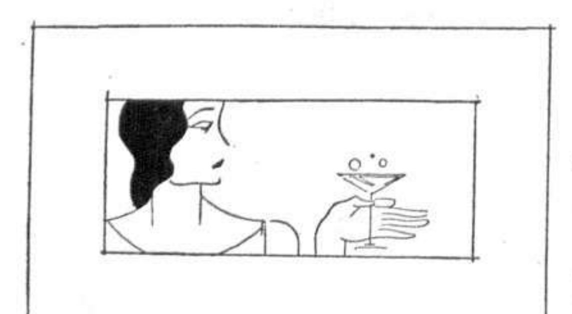
La tradición tres veces secular de la Archicofradía del Santísimo Sacramento, con sede en la Catedral de Buenos Aires, nos ha hecho rivivir — en plena cosmópolis moderna — sus capítulos plenos de reminiscencias del pasado colonial, que ha labrado en el espíritu de tantas generaciones ese su legado de fe inquebrantable que cimentara en los hogares patricios de la vieja sociedad porteña el espíritu de la moral cristiana. La conmemoración ha sido grandiosa en su solemnidad, exaltando los corazones el verbo magnífico del obispo de Temnos, inspirado siempre en los más altos ideales de paz y confraternidad humana. Como gotas de luz deben permanecer inmanentes en nuestra mente y en nuestro corazón las palabras vibrantes de unción y de amor cristiano del prelado, al que hemos de llamar siempre, con tanta justicia, pastor de almas.



"El odio — ha dicho monseñor de Andrea en su alocución magnífica — es la enfermedad moral que está matando al mundo. En el orden individual hay envidias y enemistades; en el doméstico *disensiones* y *entredichos;* en el social, rivalidades y luchas; en el político, rencores y venganzas..."

Si cada uno de nosotros, míseros humanos, abriera temblando las puertas de su pobre corazón, tal como lo expresara el prelado ilustre, dejaría que la luz inundara con su resplandor la noble entraña, disipando esos pequeños focos de sombra en los que suelen refugiarse los sentimientos subalternos... y no podrían exteriorizarse entonces, ante el comentario mundano, disensiones y entredichos de familia, envidias y enemistades que se incuban calladamente, poniéndose en evidencia en circunstancias cuya dolorosa solemnidad debería de imponer un gesto de serena conciliación.

Y, además, lectoras amigas, hay nombres respetadísimos de personalidades realmente venerables, que sellan con timbre de honor y de alta consideración social toda invitación que al público trascienda, ya sea formulada por una boda de gran tono o para rendir el último homenaje a las figuras que pasaron por la vida.





Gran actividad en embajadas y legaciones. La vida, brillante siempre, de las misiones oficiales ante nuestro gobierno ha culminado recientemente con la fiesta magnífica ofrecida por el cuerpo diplomático al primer magistrado de la Nación y a su esposa, doña Ana Bernal de Justo, acontecimiento que tuvo por marco el suntuoso recinto del Jockey Club. A esta comida de tan brillantes proporciones ha seguido una serie de agasajos con los que el mundo oficial, las personalidades mundanas de gran relieve, han querido demostrar al primer mandatario y a su esposa sus sentimientos de alta consideración y simpatía.

La señora Adela Ayarragaray de Pereda ha ofrecido una elegante fiesta a la señora de Justo, fiesta que, al congregar a los círculos más brillantes de nuestra sociedad, ofrecía el atractivo de desarrollarse en una residencia en la que se revela el gusto artístico tan depurado y la refinada cultura de la dueña de casa, que ha atesorado, al formar su *home,* verdaderas maravillas.

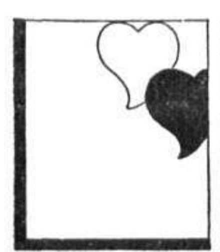
La esposa del ministro de Relaciones Exteriores, doña Rosa Sáenz Peña de Saavedra Lamas, ha ofrecido también un té en honor de doña Ana Bernal de Justo, fiesta en la que se congregara selectísima asistencia. La suntuosa morada de los esposos Saavedra Lamas, en la Avenida Quintana, ofrece a su vez un gran interés dentro de su severo decorado: en la gran biblioteca que ocupa el frente de la planta de recepción, se admiran documentos y condecoraciones — reunidos con la respetuosa veneración de los que tienen el culto del recuerdo — y que constituyen una noble ejecutoria, que pocos hogares argentinos pueden ostentar.

Expuestas en elegante vitrina, se alinean las condecoraciones concedidas por los gobiernos extranjeros al presidente doctor Roque Sáenz Peña. Cada una de ellas representa la distinción máxima otorgada solamente a jefes de estado, entre ellas, homenaje imperecedero y único, la Corona de Laurel de oro que le obsequiara el Perú, en la que cada una de sus hojas, finamente cinceladas, representa a una de las escuelas de la noble nación hermana. Junto a esta colección deslumbradora, cuyo honroso símbolo entraña ese acervo de sentimientos forjados por la admiración, el respeto y la simpatía hacia el ilustre argentino, las condecoraciones que pertenecen al canciller doctor Carlos Saavedra Lamas. Sobre ellas, dos documentos históricos: el juramento prestado ante el Congreso Nacional, uno por el presidente Luis Sáenz Peña y el otro por el presidente Roque Sáenz Peña y junto a estos documentos, reunidos por la veneración del recuerdo, las bandas presidenciales que ostentaran ambos mandatarios y el bastón de mando — magnífica ofrenda del Perú a su grande amigo el doctor Roque Sáenz Peña — por su tradición histórica y la belleza de la gema que forma su artístico puño.

Grande ha sido, al mismo tiempo, la actividad social de los miembros del Cuerpo Diplomático: almuerzos ofrecidos en el Hipódromo, tes, recepciones, comidas, en las embajadas de Italia, de Estados Unidos, de Gran Bretaña, de Chile; en las

Sociales por La Dama Duende

legaciones del Japón, de los Países Bajos, de Suecia, del Ecuador, etc.; balance interesantísimo en cuyos acontecimientos se produce tan cordial acercamiento entre personalidades eminentes del extranjero y nuestra sociedad más representativa.



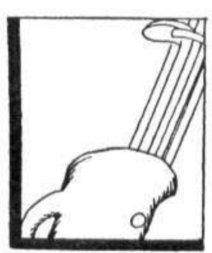
os círculos juveniles comentan cariñosamente los primeros capítulos del romance sentimental que vive una bellísima y juvenil figura de porteña que lleva apellido compuesto de gran tradición y arraigo en nuestra aristocracia. Enaltecido el primero por la actuación política de un respetado jefe de gobierno en la Provincia, y muy considerado también por la autoridad que inviste hoy ese nombre, en la investigación y reconstrucción que hace revivir para los profanos toda la sugestión evocadora del pasado, allá en el arcaico Cabildo provinciano; el segundo ha sido siempre símbolo de belleza y distinción, don que hereda la gentil figura, como feérico legado transmitido por las figuras femeninas de su familia. Tan buena como linda — y es mucho decir en este caso, — conquista con el encanto de sus ojos celestes y de su dorada cabellera y la vivaz originalidad de su trato, unánimes afectos. El grave accidente que sufriera hace algún tiempo, y cuyas dolorosas consecuencias soporta aún con ejemplar entereza, no ha logrado turbar su optimismo juvenil, luminosamente sano y alegre. Sus amigas la llaman con el cariñoso mote que hace olvidar el suave nombre de tres sílabas, que empieza y termina con la primera de las vocales.

Responde también el simpático admirador al sobrenombre con el que se denomina en Inglaterra al más pequeño del hogar, por más que pasara para él hace largos años la época de la *nursery*. Su apellido compuesto une, al de origen francés, llevado con gran prestigio en el ejército argentino, con el viejo e ilustre nombre criollo que simboliza *firmeza y constancia,* y ese símbolo ha asumido realidad magnífica en el gobernante ilustre que enalteció su nombre al investir por dos veces la suprema magistratura del país, así como en el heredero que mantiene hoy con tan gran autoridad los prestigios de su nombre en el alto cargo que le corresponde en el Poder Ejecutivo Nacional. Cumplido caballero, muy querido por sus amigos, espera el decidido admirador que ella acepte su rendido homenaje, por más que el comentario indiscreto asegure que anteriores decepciones hayan podido infundirle cierta timidez. Pero siempre se les ve juntos en el golf, en el cine y hasta en las partidas íntimas de "bridge", en las que ella lo prefiere siempre como partner.



NTRE la serie casi ininterrumpida de fiestas de grandes o reducidas proporciones, ha tenido singular animación el *cocktail party* ofrecido en la Embajada del Perú, en la que se congregó un grupo brillante de jovencitas que agasajó a la señorita Sara Barreda; Ercilia y Amalia de Anchorena, en su radiante juventud en flor; Eloísa Urquiza y Anchorena, cuyo trato revela la cultura de su espíritu; Carlota Láinez, con el interés de una personalidad que se acentúa con singular prestigio; Rosario y Mariana Grondona Sáenz Valiente, sumamente atrayentes, como las señoritas Terán Etchecopar; Carmen Avellaneda de Santamarina, con la luminosa expresión de sus obscuras pupilas; Silvia Pueyrredón y Margarita Mayer, que inician su figuración mundana: todas y cada una de ellas representan en nuestros altos círculos una tradición de abolengo, de belleza, de refinada cultura.

En la residencia de los esposos Cano-Frers, como en la de doña Adela Maderna de Frederking, en la que se renueva la suntuosa hospitalidad de otras épocas, con motivo de la próxima partida de su nieto Hervé de la Bouillerie, se han celebrado comidas ultra-elegantes. Entre las invitadas ha figurado el mismo grupo deslumbrador de juvenil belleza que acabo de mencionar y entre las interesantes figuritas cabe citar también a María Celia Cano, Stella Cárcano, Angela González Alzaga, Lucila Quesada Urquiza, María Cristina Bengolea, Juana Duhau Ham, y muchas de las que constituyen hoy la luz y la animación de nuestras fiestas aristocráticas.

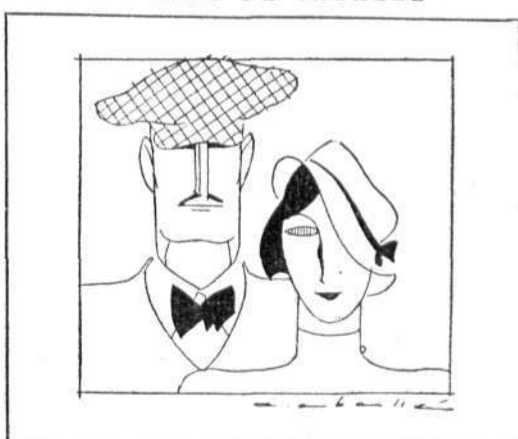


A vida deportiva elegante cuenta en sus anales con actos en los que predomina esa cordialidad espiritual, que casi podríamos clasificar como camaradería. Se deja de lado en estos casos la *morgue* características de los círculos ultra *snob* y se elimina entonces el espíritu de la *clique* exclusivista... Tal ha sido la característica de la brillante y animada comida organizada en el *Golf Club Argentino* en honor de los campeones del año 1933: la señora Maggie Harrington de Nicholson y don Alberto de Anchorena.

La impresión tan grata de esta fiesta ha de renovarse, sin duda, en las que se celebrarán durante la temporada en el elegante centro.

La Dama Duende

DIBUJOS DE CABALLÉ



El lenguaje de las manos en el arte hindú

Por RICARDO GUTIERREZ

Los atributos, las actitudes y los gestos, representan un idioma en el arte hindú. Un solo ejemplo bastaría para confirmarlo y es la estatua de Civa, el dios de la evolución, de la continuidad, de la destrucción, de la ilusión y de la luz. Pero donde se produce con mayor eficacia el precioso espectáculo de una expresión que "fusiona el ritmo del espíritu con el movimiento de las cosas vivas", es en las magníficas pinturas al fresco que decoran los muros de las grutas de Ajanta, las cuales pertenecen a los siglos VI y VII de nuestra era. La existencia terrenal con la celeste, se reúnen en un canto formidable de suprema belleza. La leyenda y la realidad caminan de la mano, con el elefante blanco que se eleva sobre el hombre en el sacrificio supremo; con la joven reina, impecable, que muere ante la imposibilidad de realizar un capricho; la divina melancolía del Bodhittsava; el cuerpo desnudo de una chiquilla. Todo es amor; perfección de los espíritus y de las formas; alcances hacia planos superiores donde parece resonar la voz grave del príncipe bueno, que fué luego la esencia de las virtudes mismas.

La coloración de los frescos amortiguada por los siglos, se desvanece dulcemente en un murmullo lejano. El sentido del color, no es una cualidad tan importante como el sentido de la expresión, dice Samarendranath Gupta. Y la expresión es lo que triunfa poderosamente en este caso, porque traduce ansias, propósitos e ideas, como al agua cristalina que no interrumpe la clara visión de un mundo en las profundidades.

Ella se agudiza en las manos. Muy pocas veces en la historia de las artes bellas, se ha llegado a una exposición tan limpia y encantadora cual en estas milenarias obras de extraordinarios maestros, que con leves señas formaron el más eficaz de los idiomas. Es la interpretación plástica de la epopeya, de la santa literatura, de la poesía lírica que hace revivir las frases de un Kalidasa, el acento solemne del drama o la frivolidad femenina de la fábula. Parecen vibrar las leyes de Manu: "La boca de la mujer es siempre pura", dicen. "La mano de un artesano es siempre pura". La tierra, la hierba, la leña, la paja, el sol, el aire, el polvo, los reyes, los miserables, todo se puede purificar. Sakuntala surge y el rey confiesa muy despacito: "Después de haber retirado de mi corazón la flecha del sufrimiento, diré: el agua de tus lágrimas que abrasaba tus labios y que en otro tiempo mi ceguedad impedía contemplar, hoy está adherida aún a tus pestañas; cuando la haya borrado quedaré libre de mi arrepentimiento."

Y esas manos aparecen. Por allí, tomando el débil tallo de una flor; por allá en el gesto simbólico del "mudra"; de pronto, ágiles, variando los sonidos de la flauta o en el golpe regular de los címbalos que marcan el ritmo metódico de las danzas. Alguna vez son sentimientos de angustia, en otros casos de certitud; luego, demanda, piedad, adoración. De pronto unos dedos están hablando, en la amorosa presión sobre el hombro desnudo, en seguida una actitud de refinamiento y, de pronto, la pasión: es la mano de un hombre, que aprieta el brazo de una mujer. Los dedos masculinos expresan el poema... La mano de la muchacha ha caído en divina aquiescencia porque su voluntad fué dominada por otra voluntad.

Ricardo Gutiérrez



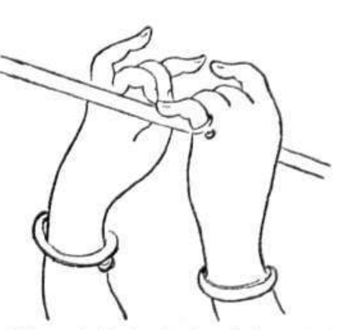
El gesto místico.



La sugestión de la danza, en el golpe rítmico del címbalo.



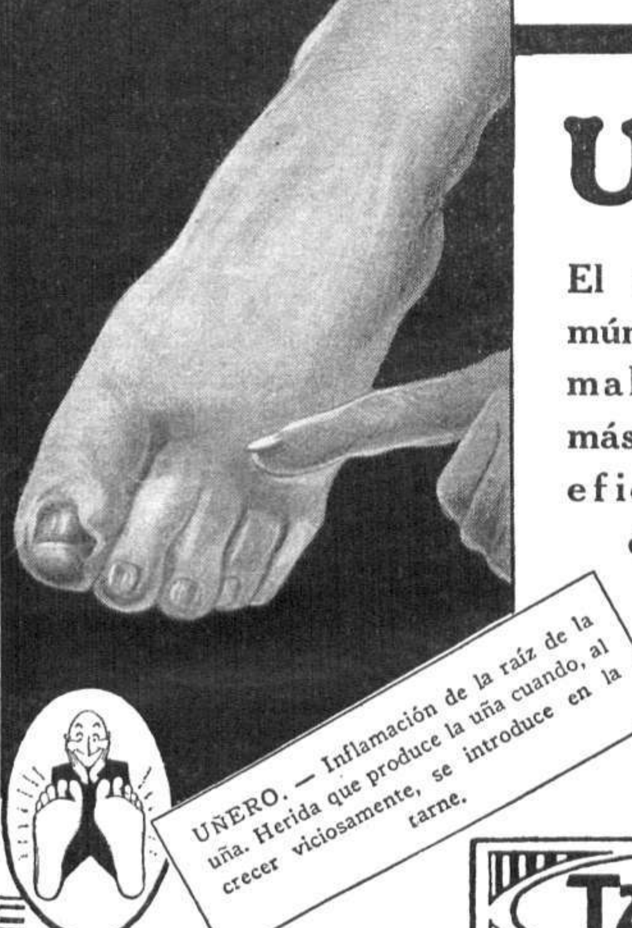
La mano que ha cortado una flor.



El movimiento de los dedos anuncia el sonido de la flauta.



El amor que domina.



Uñeros

El uñero es muy común y es uno de los males que produce más dolor. Un remedio eficaz para hacerlo desaparecer es darse, varias noches, baños de pies calientes, con un poco de



SALES SANATIVAS

Con Tarborats los tejidos se reconstituyen y se vuelven resistentes e insensibles para la uña, evitando su crecimiento interno.

El baño se debe repetir diariamente utilizando también Jabón Tarborats, colaborador de estas sales sanativas.

Con Tarborats la supuración se seca y los dolores y molestias desaparecen pronto.

En todas las farmacias a $ 2.60 el paquete y en la

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

APOSTILLAS A LA VIDA LITERARIA

Por lo regular, todo editor europeo que inicia la publicación de una colección de obras sudamericanas, entre las primeras que hace figurar en su catálogo, cuando no la primera, anota siempre al *Facundo,* de Domingo Faustino Sarmiento. Es la obra tipo. La que, sin mayores inconvenientes en lo que a derechos editoriales se refiere, les permite quedar bien con el público argentino. Es la obra imprescindible, clásica, el guión de otras, también de autores hispanoamericanos, que aparecerán o no, pero que, por las dudas, se anuncian... Y resulta que no hay obra que más daño haya hecho a la Argentina en Europa en los últimos tiempos. No por ella en sí sino por la forma tendenciosa o descuidada con que ella se presenta al público extranjero. Los cuadros de barbarie que trazó Sarmiento, huérfanos de todo comentario explicativo, de todo prólogo orientador, para las gentes que ignoran los pormenores de nuestra existencia social y cultural, resultarán siempre actuales y así, el *Facundo,* será el documento más concluyente de la barbarie argentina, puesto que se le edita sin dato alguno que prevenga a las gentes que aquello fué en una época afortunadamente remota. Pero, los editores europeos continúan en su empeño de difundir nuestras mejores obras literarias e insisten en este error de mostrar un *Facundo* que, para su cabal interpretación, en el presente, y aun entre nosotros, requiere meticulosos y abundantes comentarios.

♥

* A las muchas obras clásicas publicadas por el gobierno soviético hay que agregar ahora las completas de Puchkin.

♥

* Juan Canter, laborioso cultor de nuestra historia y al que se le deben algunas valiosas investigaciones sobre las primeras imprentas del país así como una cuidada biografía y bibliografía de Paul Groussac, publicará próximamente un volumen con el título de *Crítica histórica.* Un prólogo categórico y de enérgicos conceptos, así como interesantes notas servirá para que el lector se compenetre más de la ejemplar labor de policía historiográfica que realiza este universitario.

♥

* Las libertades que se toman algunos traductores, particularmente cuando pretenden enmendarle la plana a los autores a los cuales, a fin de no desmentir el viejo adagio, traicionan, suelen ser algunas veces pintorescas en extremo. En una reciente versión de la novela *Armancia* (?) de Stendhal, el señor Jorge Rubio, traduce: "Napoleón tarareaba constantemente, camino de Rusia, estas palabras que había oído también dichas por Porto (en la "Molinara'):

"Si bate nel mio cuore
"L'inchiostro e la farina..."

Y el traductor, al pie de la página, traduce lo que cantaba Napoleón en esta forma: "¿Habrá que ser molinero, o habrá que ser notario?"

♥

* Sobre Monteagudo, Alvaro Melián Lafinur tiene en preparación una biografía novelada, de la que ha adelantado ya algunos interesantes capítulos; Máximo Soto Hall publica un *Monteagudo* dedicado a estudiar la actuación del patricio en el norte, prometiendo muchos documentos inéditos hasta el presente. Y finalmente, M. S. Danero promete un *Monteagudo y yo,* que, naturalmente, sobrepasará los límites de la fría historiografía para penetrar en el campo literario.

♥

* Fray Mamerto Esquiú, como Monteagudo, disfrutará del comentario de varios escritores contemporáneos. Manuel Gálvez tiene en prensa un volumen con una cuidada biografía, y Carlos B. Quiroga también le dedica no pocas páginas en su obra *El paisaje argentino en función de arte.*

♥

* Este caso de Monteagudo, con varios historiadores al mismo tiempo,no es de hoy. Cuando apareció la obra de Pelliza, también el público tuvo a su alcance la interesante de Fregeiro.

♥

* Juan Pablo Echagüe publicará un volumen con el título de *Paisajes de San Juan,* al que ha puesto prólogo el crítico Juan Torrendell.

♥

* Don Francisco Rodríguez Marín ha publicado una obra en la que presenta nada menos que ochenta documentos inéditos sobre las actividades de Mateo Alemán, el autor de *Guzmán de Alfarache.*

♥

* Augusto González Castro prepara un volumen en el que estudiará la obra de los poetas argentinos desde 1900.

♥

* La Sociedad Argentina de Escritores ha publicado un número extraordinario de su "Boletín" en el que estudia el laborioso gestatorio de la flamante ley de propiedad artística y literaria, a la vez que expone la intensa labor desarrollada por la institución en este último ejercicio.

♥

* Los príncipes del Piamonte han inaugurado en el Museo de Sorrento una lápida en la que constan los nombres de todos los escritores famosos que han cantado a la ciudad. La nómina es larga y variada.

♥

* El poeta Pedro Herreros prepara una edición privada de su libro *La Argentina que yo veo.* Radicado en la localidad de Unquillo, en la provincia de Córdoba, allí recibirá los pedidos de ejemplares de la obra que sus lectores y amigos le quieran hacer.



Cambio de rumbo

Para cambiar de rumbo basta frecuentemente una pequeña maniobra. Pero si ésta no se ejecuta, o si se ejecuta mal, puede ser causa de consecuencias gravísimas. — Por esto, para hacer entrar una enfermedad en "vías de curación", es preciso elegir el medicamento creado especialmente contra la misma. Es cosa sabida en todo el mundo que el remedio especial contra el reumatismo y la gota es el Atophan. Al lado de su enérgica acción calmante posee la propiedad de expulsar el ácido úrico y hacer descender rápidamente las inflamaciones. Carece de efectos perjudiciales y es por sus cualidades el medicamento recomendado por los médicos más eminentes. Recuerde siempre:



La isla de Noirmoutier

Vestigio de las viejas orillas, la isla de Noirmoutier no está separada de la costa vandeana sino por un estrecho de setecientos metros más o menos, llamado Goulet de Fromentin. Al norte se encuentra la bahía de Bourgneuf cuyas aguas la rodean, salvo en horas de marea baja, la que descubre un pasaje seco de cuatro y medio kilómetros. Ese pasaje contiene una calzada carrozable, monolítica y cimentada hábilmente, lo cual muestra una obra importante de ingeniería. La calzada está dispuesta en condiciones de dar cómodo paso no solamente a los peatones sino a todo género de vehículos.

De una superficie de cuatro mil novecientas hectáreas, la isla tiene su mayor anchura (18 kilómetros) entre la punta de Herbaudiere y la de Fosse. Está rodeada por peligrosos arrecifes llamados Vendette, Scés, Peignes, Peres y Boeufs... La costa oeste se levanta y resiste los vigorosos ataques oceánicos, habiendo sido necesario consolidarle en algunos lugares.

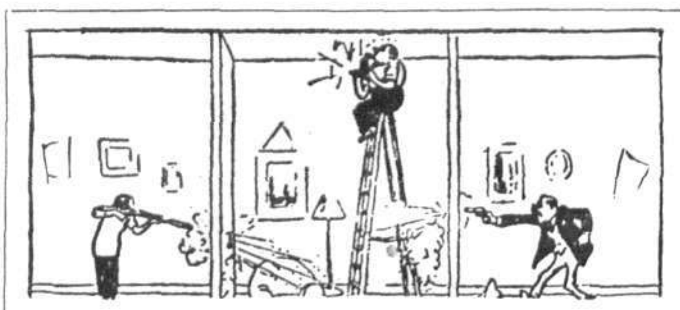
Noirmoutier está dividida en cuatro comunas: Noirmoutier, de tres mil doscientos cincuenta y cuatro habitantes, Barbatre, L'Epine y la Guerriniere, siendo la capital la más pintoresca. Su iglesia de San Filiberto, donde se mezclan todos los estilos; su viejo castillo; su plaza de Armas que vió fusilar a muchos héroes; su puerto, que desgraciadamente se hace más y más barrialoso, son dignos de atención.

El bosque de la Chaise, de ciento diez hectáreas, situado al noreste, es uno de los mayores encantos de la isla vandeana. Sus aromas dan a las brisas marinas un hálito de enamorados perfumes. Los pinares también merecen un recuerdo. Ellos acogen en el verano a muchos modestos veraneantes que buscan salud y reposo en aquellos parajes no muy manoseados por el turismo de prospectos.

Noirmoutier es una isla que merece el recuerdo de todo viajero que ame la belleza en la sencillez y la paz. ¿Pero, es que la belleza podría serlo sin ser sencilla y dulce?

Varias son las playas de la isla. Entre ellas merecen mención: la de las Damas, la de la Magdalena y la del Anse Roja.

Los principales recursos de la ínsula son sus culturas de primicias; sus espárragos y sus papas tan apreciados. Hay salitreras, y la pesca, como es natural, constituye uno de los recursos más importantes.



Cómo debe conducirse el inquilino de un departamento que siente pasión por el saxofón.

(De *Judge*, Nueva York)

♥ EL PERRO ♥

Por FILIBERTO BURGOS JIMENEZ

♥

JULIO había vuelto de la montaña, al declinar un sol otoñal, después de tres meses de ausencia.

Esteril fué la tarea en los lejanos sitios en que la dinamita partió sin cesar la roca, ellá donde era inmensa su fe en la búsqueda de la veta ambicionada.

Trabajó, trabajó rudamente incansablemente, sin noción del tiempo. ¿Haba fracasado? Y bien: era joven y bravo para disputarle el éxito a la vida.

El ingeniero quiso llegar a su casa, de sorpresa; plantarse como un chiquillo feliz, delante de Eloísa, cuyo estupor acabaría en la delicia del primer beso. Traía de la cadena un fornido mastín, que daba saltos y ladraba alegremente, con ese halago de amigo fiel que con frecuencia logran fingir ciertos hombres.

—Silencio, "Goliat" — ordenó él, en voz baja.

Y atravesando el jardín a pasos rápidos, entró en la sala, iluminada ya en aquella hora.

Bienaventuranza del retorno. Su esposa le pareció más bella de como la había contemplado en sueños, cien veces en medio de la densa noche.

Llegó hasta ella, para estrecharla entre sus brazos. Por ese instante tan sólo, olvidaría mil fracasos, y aquellos grandes ojos relucientes y aquella sonrisa que era adorable y fresca como flor matinal, fortalecerían su pecho, brindándole el indefinible estímulo de la felicidad.

Pero encontrábase allí un visitante, inadvertido aún para el ingeniero, por la emoción que le envolvía. Era Eleazar, el primo de Eloísa. Finos guantes, bastón de puño labrado, fistol que fulguraba como un astro, todo, en fin, cuanto correspondía a su presencia de marqués y a su crecida fortuna. Un breve saludo. Eleazar tenía asuntos urgentes, y estaba en pie, para marcharse.

Juntos otra vez, — diríase que para reanudar la ventura de la vida hogareña — él hizo historia de la exploración realizada en ásperos lugares.

—La suerte nos fué adversa — concluyó. — Dinero y afanes perdidos... Y un amigo menos: el pobre Matías, a quien mordió una maldita víbora.

Eloísa dejó de sonreír. Malas noticias, que no esperaba. Su voz reveló su inquietud:

—¿Quieres decir, Julio, que así tuvieron término nuestras ilusiones?

—Aquí está "Goliat" que nos vió luchar hasta lo último... ¡Ah, el noble "Goliat" fué compañero mío inseparable, desde que el veneno tornó rígido el cuerpo de su amo! Será obediente con nosotros y velará por ti cuando yo salga de casa.

Ella volvió el rostro hacía donde hallábase el animal, y lo miró con despectivo gesto.

—No me agradan los perros, observó. — Este no me inspira confianza. Nos dará sobresaltos continuos.

Julio acarició a su esposa, con paternal ternura.

—No te enfades, querida. Y, sobre todo, no hay que desesperarse. Tu cariño me dará el triunfo.

———

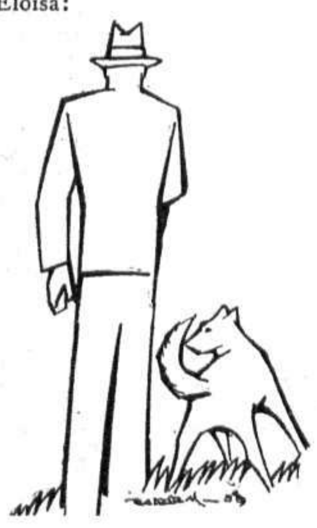
Pasaron los meses; pero no fueron los de inefable dicha, los de anhelada alegría, en casa del ingeniero.

En aquel hogar había tristeza; pesar infinito en un hombre que hubiese renunciado a todos los tesoros de la tierra, por el amor de su esposa.

Julio estaba en el diván, durante largas horas, entregado a sus cavilaciones, mientras el humo del cigarro ascendía, formando nubecillas lentas y quiméricas. Echando junto a él, no dormía el perro, sino le observaba.

—¡Mala suerte nos dejó la montaña, amigo! — decía en tanto acariciaba el lomo de "Goliat".

Más de una vez clamó Eloísa:



—¡Esta animal nos trajo la desgracia! Fracasos, pobreza, disgustos. ¡Un infierno! Hace falta otra víbora para él.

Había cambiado Eloísa. Su áurea canción ya no llenaba la casa, como en otro tiempo. El ingeniero comprendió la verdad. Ni la montaña dió mala suerte, ni el noble "Goliat" la había traído. Ella se quejaba del aislamiento a que se la quería condenar. A él absorbíale su trabajo, el trabajo que da honra, pero no riquezas. Ella necesitaba distraerse, brillar en salones aristocráticos, y Eleazar, su primo, era solícito acompañante.

Una noche, Julio esperaba a su esposa. El perro ladró en el jardín, al ruido de un automóvil que se detuvo ante la verja. La vió descender, precedida de un hombre, en quien reconoció a Eleazar. Cuando ella entró en la sala, dijo el ingeniero:

—Siéntate, Eloísa. Deseo que me escuches.

La mujer obedeció, quitándose el abrigo, sin aparentar sorpresa.

—Cuando nos casamos, — prosiguió él — ¿sabías cuáles eran mis recursos? ¿Pensaste en la felicidad exenta de lujos, en el amparo sencillo que te brindaba un hombre a quien la suerte no hizo poderoso?

—Yo vine a tu lado, porque te quería; únicamente por eso, Julio. No podrá negarlo.

—Me consta que prescindiste de tus comodidades de la casa paterna. Así fuiste para mí más adorable. Dime, entonces: ¿cómo debo interpretar tus reproches de todos los días? Yo soy el mismo, Eloísa. Te amo sinceramente, infinitamente. Tú, en cambio, huyes de esta casa, te alejas de mí. Parece que prefieres la compañía de Eleazar.

—¡Eleazar es un caballero! Cuando estuviste ausente, no fueron los tuyos quienes se preocuparon por lo que pudiera ocurrirme. Eleazar ha sido para mí un noble amigo. Eres injusto.

—Quisiera considerar siempre a tu primo, como a un caballero; pero debo decirte que la gente murmura...

—¿Qué me importa la gente?... Pero no, no es la gente; tus celos son los que gritan. Ya comprendo. Por algo ese endiablado mastín ladra tercamente, como si advirtiera ladrones, cuando yo vuelvo de noche. Tú le enseñaste a vigilarme.

—"Goliat" no ladraría si te viera llegar acompañada de tu hermano o de tu marido.

—¿Qué quieres decir?

—"Goliat" conoce a los ladrones.

Ambos guardaron silencio. Por fin, ella se puso en pie, y se dirigió a su alcoba. Julio permaneció en el diván, hasta que el sonámbulo reloj dió las tres de la mañana.

Cierta noche, el ingeniero despertó cuando el perro ladraba con extraña insistencia. Oyó de pronto un gemido del animal, agudo, entrecortado, que fué haciéndose menos perceptible, como si "Goliat" huyera hacia el fondo de la casa. Siguió el ruido de la verja, al cerrarse.

Julio había dejado la cama, y se vistió apresuradamente, y salió para inquirir lo que acontecía. La noche era de plácido plenilunio. En el instante de salvar la escalinata, en dirección al jardín, vió a su esposa, que disponíase a entrar por la puerta de la sala, y corrió hacia ella. En el umbral esperó Eloísa.

—¿Qué ha ocurrido? — interrogó el ingeniero. — "Goliat" ladró como nunca. Después le oí gemir.

Ella respondió con voz trémula:

—No te alarmes... No fué nada. Vengo de una fiesta... Ese animal, ese animalito...

—¿Qué hizo? Estás nerviosa, Eloísa.

—Me acometió, furioso, al abrir la verja. ¡Tenía que suceder esto! Me defendí con una piedra, con un arma, no sé... ¿Comprendes? Le vi convertido en un lobo. Fué algo horrible. Creo que le causé una herida.

—Muy raro ha sido que el animal te acometiera. Siempre se mostró sumiso, a pesar de tus iras.

—¡Debes creerme, Julio! Debes creerme — insistió Eloísa, llorando casi.

El ingeniero la miró, sin decir ya nada. Dejó que Eloísa entrara y él se fué en busca de "Goliat". Halló al mastín, bajo un arbusto, y a la luz de la luna pudo confirmar que estaba herido.

—No es cosa grave — dijo al fin. — Alguien pretendió hacerte callar para siempre, de una puñalada. Diste a tiempo el brinco para salvarte. Voy a curarte, "Goliat".

Eloísa abrió los ojos cuando el sol penetraba a raudales en la alcoba. Se incorporó en el lecho, blanca y hermosa, pero sin sonreír. Encima de la mesa de noche había un sobre, en el que reconoció la letra de su marido. Rápidamente lo tomó y tuvo en las manos un papel que decía:

"Querida Eloísa: Este es un día de libertad. He salido, muy de mañana, llevándome al perro. "Goliat" ladraba y daba saltos, placenteramente, a pesar de la herida que le causó un malvado, cuyo nombre no ignoras. Tiraba de la cadena en un incontenible deseo de marcharse. Decidí partir, con el perro. ¿Hacia dónde? No podría decírtelo; pero sí lejos, muy lejos de esta casa, en la cual ni yo ni él haremos falta. "Goliat" teme tus iras; yo, a un veneno semejante al que dejó rígido el cuerpo de Matías: la traición de una mujer. Adiós, Eloísa. "Goliat" está contento; yo estoy tranquilo, y tú serás feliz, infinitamente feliz"...

Ella estrujó la esquela. Después rompió a llorar, y gritó varias veces:

—¡Julio! ¡Julio!

Y sus gritos resonaron en las habitaciones, como en el frío y pávido silencio de una casa por largo tiempo vacía.

L A S   D E S V E N T U R A S



1 2 5 6 9 10

A LOS NIÑOS LES INTERESA LEER LA PAGINA DE LOS GRANDES SORTEOS SEMANALES

DE MANECO

POR LINAGE



GRATUITOS DE JUGUETES PARA LOS PEQUEÑOS LECTORES DE "CARAS Y CARETAS".

Aprenda a reír

Aprende a reír. La risa es la mejor de las medicinas.

Aprende a contar bien un cuento. Este se recibe siempre con la alegría que un rayo de sol en el cuarto de un enfermo.

Aprende a soslayar todas esas pequeñas dificultades diarias que acarrean fricciones con los demás.

Aprende el arte de decir frases alentadoras.

Aprende a callar, a reservar para ti tus dificultades. El mundo está muy ocupado para que le importen tus problemas.

Aprende a ocultar tus dolores y sufrimientos bajo una bondadosa sonrisa.

Aprende a reprimir tus gruñidos. Si no puedes encontrar nada que te satisfaga en el mundo, guarda para ti todo lo malo que encuentras y no intentes amargar la vida de los demás.

Aprende a sonreír, hasta en tus peores días. La sonrisa es nuestro mayor testimonio del propio dominio.

La sonrisa es serenidad y la serenidad un hábito.

El gruñón podrá tener servidores atemorizados, pero nunca amigos leales.

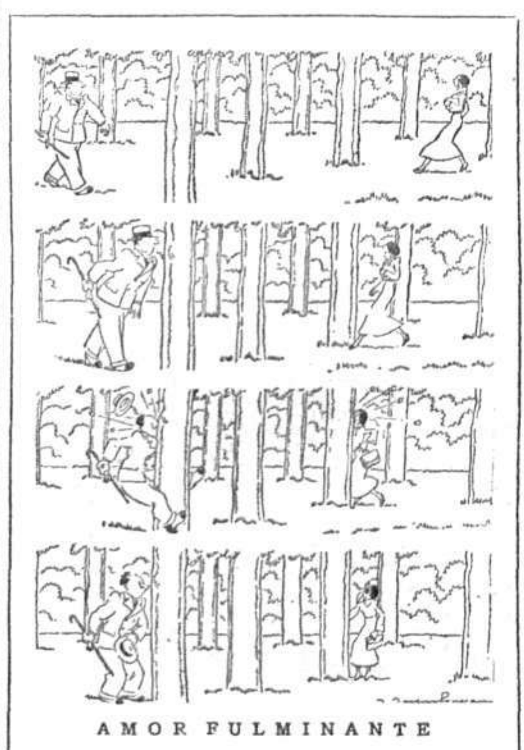
El optimista tendrá amigos y francos colaboradores.

Una orden dada con buen semblante es siempre mejor y más a gusto cumplida que dada con cara hosca.

Un gruñido en cada orden es un sentimiento de rencor que se levanta en el sirviente.

Una sonrisa en cada orden es un remache más puesto al respeto y la amistad del que nos sirve.

Y... por último, no olvides "que se consigue siempre más con miel que con vinagre".



AMOR FULMINANTE

(De *Le Journal Amusant*, París)



—A ver, niño: dígame una palabra aguda...
—La "crisis", señor maestro...
(De *El Universal Gráfico*, Méjico)

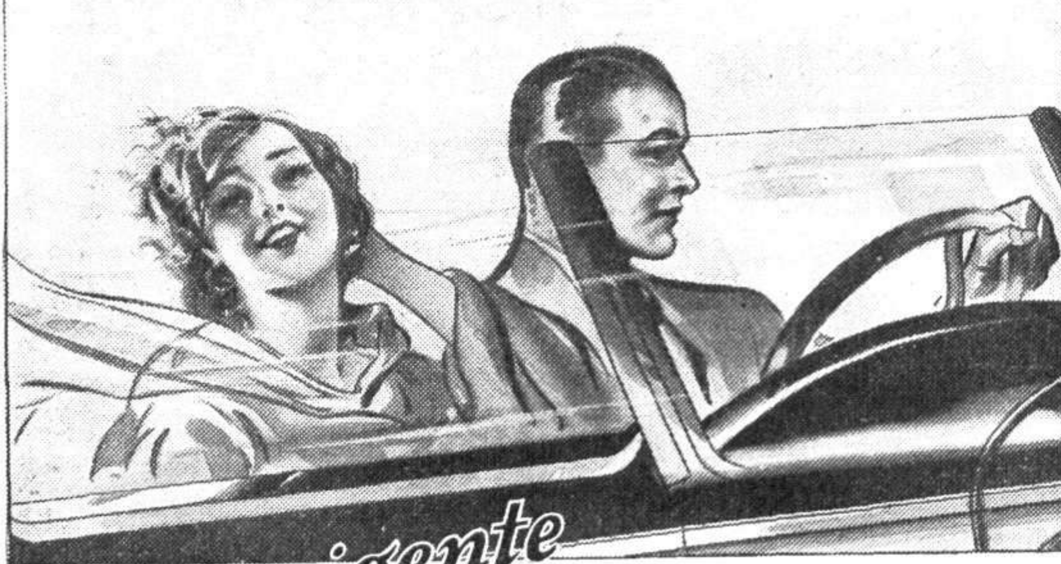
Juan Brahms

Desde la edad de seis años el padre lo había puesto en manos del maestro Otto Cossel, para que hiciese de él un pianista; pero no obstante la diligente aplicación que el niño manifestaba en el estudio del instrumento, una fuerza sobrehumana lo atraía irresistiblemente hacia la esfera superior de la composición. "Lástima — decía al principio Cossel — podría resultar un buen pianista, si se decidiese a dejar a un lado esa maldita composición". ¿Pero qué fuerza humana puede luchar contra la llamada de las musas y contra el decreto del destino? Bien pronto el mismo Cossel había de rogar a su antiguo maestro Eduardo Marxssen para que se tomara al joven discípulo bajo su guía. Fué una inspiración providencial. La concepción altamente idealista que Marxssen tenía de la vida y del arte, además de su devoción profunda hacia los grandes clásicos de la música, y especialmente hacia Bach y Beethoven, ejercieron sobre el discípulo una profunda influencia. Si el mundo tiene en Brahms otro sumo pensador de belleza pura, lo debe en parte al buen maestro hamburgués, que no sólo le plasmó con tan noble comprensión el carácter y el gusto musical, sino que logró evitar que se exhibiese prematuramente ante el público, y que se volviera así uno de aquellos "enfants prodiges" que invariablemente resultan adultos mediocres.



—Pero, hombre, ¿usted cree que ésa es forma de presentarse a jugar un partido de "liga"?...

(De *Estampa*, Madrid)



Sea exigente tratándose de su cutis

... ¡y más que nunca, en Verano!

ESTA prueba, más que todas las palabras revela la verdad sobre cremas para el cutis... Después de un paseo en auto, expuesta al sol y al aire que curten e irritan, póngase Crema de miel y almendras Hinds en el rostro, cuello y manos. ¡Refresca y suaviza al instante! Si una sola aplicación es tan beneficiosa, imagínese usted qué bien le hará usando Hinds a diario... y ¡compruébelo! Hinds antes de empolvarse, protege y embellece. Hinds al acostarse mejora su cutis durante la noche. Lo mantiene siempre hermoso y juvenil. Recuerde que Hinds no se altera y al contrario de preparaciones baratas que se secan sobre la piel, Hinds penetra y es absorbida, beneficiando así el cutis.



MAYON, Ltda.
(*Depto. Hinds*)
Av. de Mayo, 1257
Buenos Aires

INTERESANTE OBSEQUIO PARA USTED
"Sociabilidad y Belleza" es un pequeño Código de la Moderna Etiqueta, y trae además preciosas recomendaciones para la estética y la belleza. Pídalo: es *gratis*.

Sírvanse mandarme GRATIS el librito SOCIABILIDAD y BELLEZA.

Nombre ______________________

Dirección ______________________

Yo uso la CREMA HINDS principalmente para ______________

C. C.

CREMA
DE MIEL Y ALMENDRAS
HINDS

Tres tamaños:
$ 0.70, 2.40 y 4.30.



Felipe Trigo, por Bagaría.

FELIPE TRIGO ANTES DE SUICIDARSE SE DESPIDIO DE SUS AMIGOS

Diecisiete años se cumplieron en el pasado mes de septiembre. Fué una noticia que desconcertó a cuantos le estimaban y a todos los que le admiraban. Felipe Trigo, el novelista que hablaba en nombre de la vida, se había eliminado utilizando la bala de un revólver... La noticia de la tragedia cundió; pero, como siempre, a los pocos meses, el novelista y sus obras fueron olvidados. Tuvo, según verá el lector en esta página, mucho de fríamente premeditado y trágicamente calculado el final del escritor. Llegó al extremo de despedirse de todos sus amigos y conocidos, uno por uno, anunciándoles el gran viaje...

El dos del pasado mes de septiembre cumplióse el décimoséptimo aniversario del fallecimiento del novelista español Felipe Trigo. Fué uno de los más populares y de los más afortunados en los días anteriores a la guerra. Había creado hasta un estilo novelesco e, indudablemente, en la por entonces adormecida literatura española, fué de los que aportó a ella un soplo europeo y vivificador.

Toda la existencia de Felipe Trigo fué un drama. Joven, en los comienzos de su carrera, cuando prestaba servicios en el ejército español en las islas Filipinas, estuvo a punto de perecer en el asedio de una fortaleza en la que al final penetraron los rebeldes. De aquella acción conservó el recuerdo de un feroz machetazo tagalo en la mano izquierda y una herida en el rostro. Más tarde, las vicisitudes de la vida le llevaron al poco envidiable oficio de escritor. Felipe Trigo jamás lo había sido y, empero, de buenas a primeras, por la originalidad impresa a sus relatos, por el estilo y por los temas abordados, muy presto conquistó una inusitada popularidad con la consiguiente malquerencia de sus colegas desplazados, los que le amargaron los triunfos.

Felipe Trigo, no obstante, continuó escribiendo y fué así como llegaron a manos de sus lectores *Las ingenuas, La altísima, El alma en los labios, La de los ojos color de uva, De frío al fuego* y muchas otras novelas, algunas atrevidas en la expresión, pero en las que siempre aparecen algunos tipos masculinos y femeninos admirablemente tratados.

Hombre de mundo, el autor de *La bruta* residió en Madrid y fué allí también donde conquistó la amistad de algunos contados escritores, entre ellos Eduardo Zamacois, que es ahora uno de los que lo recuerda.

El final de Felipe Trigo correspondió a su inquieta existencia. Se suicidó. Se quitó la vida con toda premeditación, con una frialdad poco común. Y es, precisamente, el autor de *Punto negro*, quien, a la vez que se duele del injusto olvido en que se tiene el nombre de Trigo, recuerda sus últimos instantes.

Fué así como Trigo, la víspera de su muerte, estuvo en la casa editora de sus libros y, luego de abrazar al gerente, se despidió de todos los empleados, uno por uno, dándoles la mano:

—Señores, adiós — les decía. — Muchas felicidades; deseo que conserven ustedes de mí un buen recuerdo.

Aquello lo dijo el escritor con su acostumbrado buen humor, sonriendo, aunque no sin suscitar cierto resquemor en los que más lo conocían. Luego se encaminó a la Sociedad Fotográfica, de la que era uno de los miembros más activos:

—Vengo a darme de baja — les explicó.

—¿Cómo? ¿Se marcha usted?

—Sí, y para un viaje bastante largo...

Todavía, en la Puerta del Sol, donde tomó el tranvía que le conduciría por última vez a su casa de la Ciudad Lineal, saludó y se despidió de los muchos conocidos que encontró allí.

Para todos tuvo una palabra cariñosa. Para todos un apretón de manos...

Y al siguiente día, cuando en los puestos de periódicos de Madrid se ponía en venta una de las habituales novelas cortas de Felipe Trigo, en los titulares de los diarios se leía la noticia de su trágica muerte. Postrer capítulo de la historia de un hombre que jugó tan efectiva como temerariamente con la vida y con la misma muerte.

Los metales y el desarrollo de las plantas

Ha sido señalada y descrita por V. Ribera la acción que sobre las plantas superiores producen las superficies metálicas que las rodean.

Multitud de vegetales de desarrollo herbáceo y muchas leguminosas aceleran su período de crecimiento, si se cultivan en macetas metálicas. El desarrollo alcanza un máximo, si la maceta es de plomo; es menor en macetas de hierro y cinc. De modo que parece se puede afirmar que existe alguna relación entre el peso atómico del metal y el desarrollo de la planta.

Este efecto biológico de los metales es mucho más claro en los tejidos patológicos de los vegetales. Un cercado con plomo determina una rapidísima formación de masa neoplástica en *Bact. tumefaciens*, que de ningún modo se obtendría en el mismo tiempo en plantas colocadas en cajas de madera, y el volumen sería mucho más reducido, si las macetas fueran de otros metales y no de plomo.

Igualmente se demuestra que la acción de las macetas de plomo es mucho más eficaz que la del hierro y el cinc, al tratarse de los vegetales inferiores, por ejemplo, sobre el murgo *Penicillium glaucum*. En este caso, no sólo se observan colonias más numerosas en los cultivos hechos en recipientes de plomo que en recipientes de otros metales, sino también se nota que el plomo determina un notable adelantamiento en la fase reproductiva del musgo. A los tres o cinco días (esto dependerá de la temperatura), el musgo de los recipientes de plomo tomará un color gris, lo que indica la formación de los cónicos, órganos de la difusión de la especie; mientras que en los otros recipientes tendrá aún un color blanco, por hallarse todavía en el estado vegetativo micelio.

La acción del plomo aparece superior a la de otros metales en promover de todos modos el crecimiento, esto es: la multiplicación celular de los vegetales, tanto superiores como inferiores, cuando el recipiente con que se opera tiene determinadas dimensiones. Si el recipiente es de reducidas dimensiones, 11 centímetros de diámetro y 13 centímetros de altura, la acción excitante tiende a desaparecer y aun a ser sustituida en algún caso por la acción depresiva en el desarrollo de la semilla. En una palabra, los experimentos con recipientes pequeños dan resultados variables e inciertos. Pero sí se puede afirmar que, reduciendo la distancia entre el plomo y el brote, la acción depresiva es mucho más evidente.

Esta acción depresiva en los vegetales inferiores, como son las bacterias y sacaromices, la han demostrado los rusos Nadson y Stern; también en ella fundan algunos la eficacia del plomo contra el cáncer.



—Pronto nos vamos a mudar de casa.
—¿Por qué lo sabes?
—Porque ayer rompí ese vidrio y mamá no me dijo nada.

(De *London Opinion*, Londres)

Origen de las iluminaciones y de los fuegos artificiales

Las iluminaciones y los fuegos artificiales han sido siempre el complemento obligado y a veces la atracción principal de los festejos públicos.

Sin irnos muy lejos en la historia — porque los fuegos de artificio estaban ya de moda entre los chinos mucho antes de nuestra era — hay que recordar que esas prodigalidades de luz estaban reservadas — antes de la Revolución Francesa — a las fiestas reales, a las celebraciones de casamientos o bodas principescos, a saludar monarcas recién llegados o a exaltar las victorias.

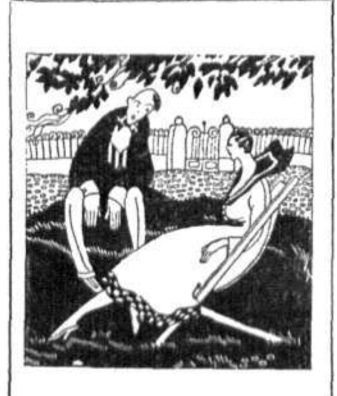
Técnicamente, los aparatos empleados para las iluminaciones eran antes, como puede colegirse, muy rudimentales. Los principales motivos eran las antorchas y las teas. Las antorchas tenían el gran inconveniente de provocar numerosos incendios. Lo mismo las teas. Había mecheros de aceite, y también de sebo, pero echaban demasiado humo y hacían irrespirable la atmósfera. Más tarde vinieron las linternas llamadas venecianas, alumbradas con velas.

En cuanto a la pirotecnia: fué durante mucho tiempo un arte misterioso. Con gran celo teníanlo en secreto los *iniciados* maestros: los alquimistas; aunque después comenzara a ser explotada por habilidosos industriales, para quienes los principios de la química y de la física eran misterios. Todas las piezas de los fuegos de artificio eran uniformemente blancas en otras épocas. Mas los descubrimientos debidos a Bertholet y a Gay-Lussac sobre las propiedades del clorato de potasa, permitieron a los artífices modernos la variación al infinito de los colores de los fuegos.

Fué en Extremo Oriente donde nació el alumbrado con transparentes de cuerno, de seda, de papel y de algodón.

La antigüedad griega y la romana estaban muy atrasadas a ese respecto, pues no conocían sino el papiro y el papel de cortezas, los dos muy opacos y fibrosos para dar resultados satisfactorios en tal género decorativo. Los chinos, por el contrario, desde dos siglos antes de la era cristiana, utilizaban el papel de algodón que, más fino y traslúcido, se prestaba admirablemente para la iluminación. En Oriente celebrábase hasta una fiesta llamada "de las linternas", cuya tradición pintoresca se ha sostenido hasta nuestros días.

La primera vez que se usaron linternas en París fué con motivo del matrimonio de la princesa Elisabeth, hija de Luis XV, con el infante de España, don Felipe.



UNA DECLARACION

El. — Señora, si alguien le dijese que la quiere, ¿qué le diría usted?

Ella. — Le diría que es un imbécil.

El, (titubeando). — Señora... ¡yo soy un imbécil!

INDICE SEMANAL DE

LIBROS ARGENTINOS ▼

El rosal de las ruinas, por Belisario Roldán. — Una nueva edición de la famosa obra de aquel cultor de "la límpida frase y de la metáfora luminosa". Muchos serán los reparos que se le hagan en lo futuro a esta obra del poeta y del orador inolvidable. No faltará quien asegure que ella no es teatro; que carece de esto y de aquello; pero, lo indudable, lo que no admite discusión, es que agrada al público y que, tanto como esto, lo emociona y emocionará aún por mucho tiempo.

La escuela laica, por Juan B. Terán. — Está en boga en el presente decir cuánto mal sea posible sobre la libertad y la democracia. La moda, necesariamente, como mancha de aceite, se ha ido ensanchando y esta es la hora de las censuras y los reproches para la escuela laica. El autor, en un brevísimo folleto, pretende esbozar un ataque que, se nos ocurre, más bien que contra la escuela laica, debiérase llevar contra los que no han sabido aprovecharse de sus enseñanzas o bien contra los que, pudiendo imponer a sus subalternos el fiel cumplimiento de las obligaciones a ella inherentes, todo lo descuidaron, prefiriendo caer en el pesimismo y la indiferencia.

Domingos del tiempo bueno, por Roberto Valenti. — "Señor: yo fuí feliz y tuve infancia — y aunque el recuerdo me haya vuelto triste — Señor: yo te agradezco íntimamente — la yapita de cielo que me diste..." Esta frescura y esta simplicidad de expresión es la que el poeta ha derramado en toda su obra para recordar los juegos infantiles, la bibliografía de Salgari y de Verne, el viejo zaguán cómplice, Chaplin y Max Linder... No falta el romancillo de la novia olvidada; pero, también en él, a la banalidad del tema imprímele emoción la sencillez y la sinceridad con que el poeta realiza su evocación.

La ganga, por José María Cantilo. — El autor de *Los desorbitados* ha reunido en un volumen varias novelas cortas. No carecen de interés y, además, como no es un novicio en materia literaria, los varios tipos que en ellas aparecen, sin llegar a ser extraordinarios, resultan correctos y hasta eficaces. Pero, en conjunto, a las cuatro novelitas que llenan el tomo, no se las puede comparar con la primera obra ya mencionada.

Poemas en prosa, por Antonio Burich. — El autor es de los que creen que para que exista poesía es imperiosa la forma poética... Como se las da de rebelde, nada quiere saber con los versos: se dedica a buscar la poesía en una prosa que le conduce a la factura de unos cuadros y siluetas muy intencionadas, pero en absoluto vinculadas a la poesía, malgrado las alusiones a las hadas y demás utilería de la poética fácil.

El problema social de la tuberculosis, por Julio A. Cruciani. — No son tantas las víctimas que causa el terrible mal como las que caen entre las manos de los cultores del charlatanismo científico. El autor, médico y estudioso, con encomiable valentía, pone de manifiesto el mal y en páginas llenas de amargas verdades llama la atención de las autoridades y previene a los enfermos contra las sugestiones de los que con uno u otro sistema pretenden anular la obra salvadora de la ciencia.

Bodas de oro del maestro Pini. — En un curioso folleto ilustrado se presenta al lector todo cuanto de interés se ha escrito sobre la popular figura del gran esgrimista.

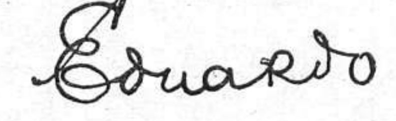
▼ LIBROS SUDAMERICANOS

Vida del ahorcado, por Pablo Palacio. — Este "novelista" ecuatoriano es de los que "sugieren" con derroche de puntos suspensivos y malabarismos tipográficos. La novela resulta un tanto confusa... Falta eso que el común de los lectores suelen encontrar en las piezas del género. Por momentos, incita a la franca hilaridad; también, en otros pasajes, suscita crueles dudas sobre la salud del autor. Y es que en un siempre justificado afán de renovación no se debe caer en el extremo opuesto que es el de la ingenuidad y lo irrazonable.

Historial genealógico de familias carorenas, por Ambrosio Parera. — Aun restan personas en nuestra América que se preocupan por los árboles genealógicos. Como curiosidad, en algunos casos, puede pasar este inofensivo afán de rebuscar antepasados de sangre azul; pero, emprendida la obra con tanto celo como amplitud, no merece más que reproches. Que algo es lo que hicieron los americanos de hace cien años para desterrar del suelo de América toda nobleza que no fuera la del talento y la del trabajo.

Sobre feminismo, por Carlos Vaz Ferreira. — El profesor uruguayo se dedica a exponer, y luego a hacer una meticulosa crítica del feminismo. Partidarios y enemigos de la libertad femenina han de encontrar abundantes argumentos en estas equilibradas páginas. Es una obra digna del autor de *Moral para intelectuales.*

Trozos de vida, por Belisario Porras. — Las actividades políticas no son un inconveniente para que la literatura produzca obras como ésta en la que al interés propio de lo anecdótico se agrega una comunicativa simpatía y un recomendable optimismo. Son páginas autobiográficas en las cuales el conocido político panameño intercala impresiones de viaje, observaciones sobre hombres y cosas, reflexiones sobre el presente y las luchas del pasado.





BIOGRAFIAS DE E. E. VIDAL, CARLOS MOREL y BACLE

Por Alejo B. González Garaño

Paciente y apasionado coleccionista de grabados antiguos, siempre ha sobresalido por su empeño en esclarecer muchos de los olvidados y confusos aspectos de los orígenes del arte argentino. Con dilección y esmero puso en manos de los coleccionistas modernos lo mejor de la obra de E. E. Vidal y, convencido de que el arte no debe ser privilegio de unos pocos escogidos, últimamente, en forma que hasta el presente no se había efectuado, preparó una exhibición de las obras de estos tres ilustradores de la vida argentina en los primeros años de independencia. En los salones de la asociación Amigos del Arte se efectuó la interesante y única exhibición y, para la misma, González Garaño preparó sendos catálogos ilustrados en los que intercaló las correspondientes notas biográficas sobre los artistas. Ha sido así como la dramática existencia de Bacle, el grabador martirizado por Rosas, las andanzas de Vidal, y, finalmente, la tragedia mental de Morel, con trazos desbordantes de emoción y minuciosidad de detalles, han llegado a manos de los lectores.

LIBROS Y AUTORES



PUBLICACIONES VARIAS

Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. — Aunque luchando con una injustificada reducción en lo que a recursos financieros se refiere, el instituto anexo a la Facultad de Filosofía y Letras continúa presentando a los estudiosos un abundante y cuidado material historiográfico. Los resultados de las pacientes investigaciones llevadas a cabo por el personal del Instituto en los archivos europeos y nacionales, aparecen expuestos en las páginas de este volumen que corresponde al primer semestre del año en curso. Entre los originales, presenta el sumario trabajos del director, Emilio Ravignani, Juan Canter, León Baidaff, Márquez Miranda, R. R. Caillet-Bois, Clemente Ricci, Enrique de Gandía y otros.

XXIII Salón Anual de Artes Plásticas. — El clásico catálogo contiene, además de las informaciones pertinentes, muchas reproducciones de los cuadros, esculturas y grabados expuestos en el pabellón de la calle Posadas.

Letras. — La revista literaria, dirigida por Arturo Cambours Ocampo y Arturo Cerretani, inicia con este número su segunda etapa. "Hemos aprendido a valorar las personas y las cosas — dice la Dirección. — La lucha, pues, nos ha servido para eso. Y ahora queremos construir apoyando a los mejores y con el apoyo de los mejores. Abandonamos nuestra actitud beligerante, pero no nuestra posición de combate. "Construir" casi siempre significa luchar".

LIBROS ESPAÑOLES

Las grandes riquezas de los jesuítas, por Amado González. — El historiador se ocupa de la leyenda de las fabulosas riquezas de los jesuítas, particularmente de aquellas que se aseguraba poseían en Misiones y en el Paraguay. La leyenda hace tiempo que comenzó a derrumbarse. En este libro se termina con ella. Además, se nos dan a conocer muchos aspectos hasta ahora poco conocidos de la organización de los hijos de Loyola, malgrado la casi clásica obra de Fulop Miller.

La ciencia del mar, por Victoriano Rivera. — En verdad, no son frecuentes las obras de divulgación científica que proceden de España. La negligencia de los editores abandona un género que en otros países, Inglaterra, Estados Undos e Italia, por ejemplo, es el más cuidado y solicitado. Que en España existen profesionales capacitados para producirlos lo demuestra esta obra de extraordinaria amenidad en la que, tanto como la conformación del mundo submarino, se estudia la vida de los "peces viajeros" cuyas migraciones parece que son provocadas por el amor. Es obra escrita para el gran público, despojada, por consiguiente de todo tecnicismo.

Doce monografías sobre el libro español. — Un grupo de escritores peninsulares estudia la actividad literaria y editorial de España y la relaciona con la exposición efectuada últimamente en Buenos Aires. Hay, también, un breve estudio de Guillermo de Torre sobre las letras hispanoamericanas.

Marruecos, por Juan Barrera Gómez. — Un álbum con fotografías y datos referentes a la zona española de Marruecos. La cámara ha sorprendido interesantes escenas en las calles así como nos muestra los más bellos y representativos edificios de la ciudad.

LIBROS FRANCESES

Wilson, apotre et martyr, por Lucien Lehman. — El presidente norteamericano, al que no se le escatimaron ni los elogios ni los ataques, es presentado ahora con la aureola del martirio. Fué un ignorado; fué un iluminado; fué un enigma. Y el autor, en una biografía bastante completa, nos recuerda con trazos dramáticos la existencia del fundador de la Liga de las Naciones.

Napoleón et l'amour, por Frederic Masson. — Los novelistas han disputado casi desventajosamente con los historiadores en esto de presentar al público las complicaciones amorosas del emperador francés. Algo, en realidad, ha debido existir; bien que, contemplada la labor enorme del corso en los escasos años en que estuvo en el poder, uno llegue a preguntarse qué tiempo le quedaba para enamorarse...

Dictateurs d'aujourd'hui, por Henri Béraud. — Un periodista inquieto y que no es de los que se caracterizan por la modestia, nos presenta a cuatro de las figuras dictatoriales que en estos momentos se empeñan en salvar a la humanidad de la bancarrota y la destrucción. El cronista se ha aproximado hasta ellos y, a la vez que nos conmueve con el drama del poder, nos muestra la parte humorística que él también posee.

LIBROS INGLESES

Action and passion, por P. C. Wren. — El autor de *Beau Geste* publica otra novela en la que el mar es el escenario principal.

Autobiography of Alice B. Toklas, por Gertrude Stein. — La escritora recuerda los episodios más salientes de su existencia y no olvida a los que fueron sus amigos: Picasso, Cocteau, Gide, María Laurencin, Hemingway y muchos otros artistas y escritores.

Suárez



LAPIZ ROJO
Por Salomón Wapnir

Existe, en realidad, una crítica literaria en nuestro país? Más que tal, ¿no será un amable comentario, una complaciente interpretación, un discreto glosar? ¿Cuántos y cuáles son los críticos que en la actualidad se dedican a "desmenuzar", como antaño se decía, las obras literarias que con tanta abundancia aparecen? Salomón Wapnir, bien que a su último volumen le adjudique el subtítulo de "Crítica literaria", no la ejerce ni con la severidad ni con el "ensañamiento" que demandan algunas de las obras a las cuales sólo dedica mesurados comentarios. Es más. Los llamados críticos de la hora actual, casi en su mayoría y posiblemente descontando a uno solo de ellos (el violentísimo Ramón Doll), dedícanse por entero a comentar obras que les son, de primera intención, simpáticas. Así, toda tendencia crítica queda sofocada, y sólo de esta manera se concibe que aparezca un libro como "Lápiz Rojo", realizado con prescindencia absoluta de toda obra que pudiera merecerle al autor un juicio contrario. Y es de lamentar, puesto que a Wapnir no le faltan condiciones para realizar algo más que esta simple exposición de escritores.

El cedro libanés en París

Se habla frecuentemente de la "frivolidad" del siglo XVIII, pero se olvida demasiado la actividad ardiente de los espíritus en aquella época. Entonces los sabios recorrían el mundo en busca de descubrimientos arqueológicos o científicos. Y lo que encontraban en Grecia, en Oriente, en la India, apasionaba al público europeo.

Así fué con la introducción del cedro del Líbano en Francia. Este hecho constituyó un acontecimiento sobre el que se han bordado no sabemos cuántas leyendas.



El poeta, a la musa. — En lugar de haraganear, podrías hacerme la comida.
(De *Le Rire*, París)

Cuéntase que Bernardo de Jussieu había llevado desde Siria una planta de cedro tomada en circunstancias conmovedoras. Para mejor guardarla, el botánico colocó la joven planta en su sombrero, y durante el viaje se privaba de su ración de agua para regar el arbolito.

Mas, la verdad es otra. Inglaterra ya poseía cedros del Líbano. Bernardo de Jussieu fué a Londres en 1734, y el director del jardín botánico de Kew le ofreció tres pequeños cedritos, cada uno en una vasija de barro. El viajero regresó a París, y residiendo muy cerca del Jardín de Plantas, fuése a pie llevando los cedros en brazos. Y mientras el portador atravesaba la plaza de Maubert, dió un mal paso y dejó caer una de las plantas. La vasija rompióse, naturalmente, y el botánico recogió el arbolito en su sombrero... camino del jardín. Así, los que lo vieron pasar hilvanaron a su antojo la leyenda que se ha propagado hasta nuestros días.

No obstante, Bernardo de Jussieu llegó al jardín y plantó los arbolitos felizmente. El que fué plantado junto al laberinto prosperó y es hoy el árbol admirable que los parisienses llaman: el Cedro de Jussieu.

Se asegura que este cedro es el mayor de Europa.

La altura, la amplitud, la belleza de los cedros los colocan en el primer lugar entre los coníferos del Viejo Mundo.

El majestuoso cedro del Líbano debe su aspecto decorativo a la colocación de sus ramas, regulares, horizontales, abundantes de follaje. El árbol está fuertemente agarrado a la tierra por sus raíces poderosas. La rama central superior termina en una especie de retoño que casi siempre se inclina hacia el norte. Es siempre un árbol majestuoso, a la vez que útil.

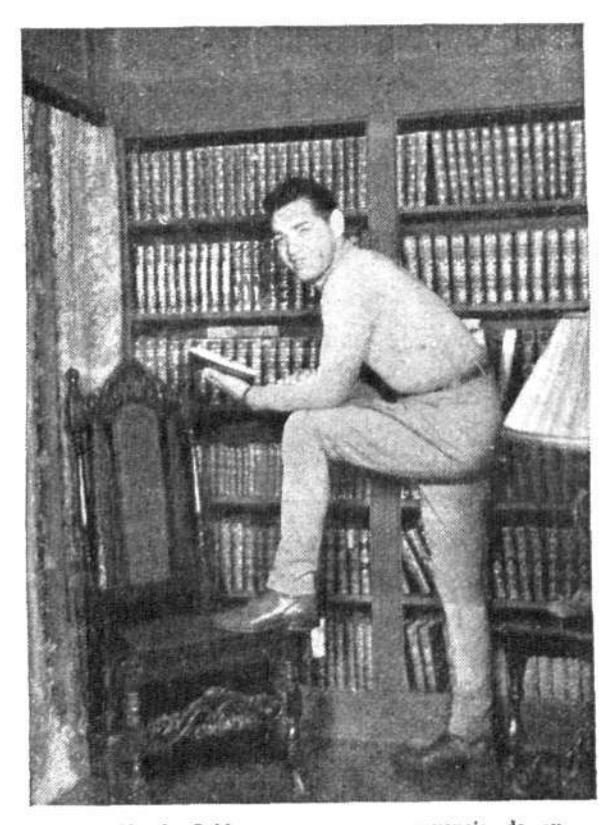


— ¿Cuántos años tienes?
— Menos dos.
— ¿Cómo, menos dos?
— Sí. Cuando yo nací mamá tenía 26 años y ahora no tiene más que 24.
(De *Karikaturen*, Oslo)

Los astros leen...

En Hollywood, afirma un vendedor de libros, es grande y original el núcleo de actores que se dedica a la lectura. Hay aficionados harto pintorescos y, además, no faltan los que adquieran libros nada más que por el placer de llenar con ellos las anaquelerías.

▼▼▼



Clarck Gable que, como consecuencia de su rápido encumbramiento, se ha dedicado a formar una biblioteca de clásicos a los que él muy seriamente asegura haber leído íntegramente.

Leen, en realidad, los actores cinematográficos?

A esta pregunta la contesta con algunos elementos de prueba uno de los más activos vendedores de libros de Los Angeles, un hombre que, semanalmente visita a los más famosos actores y a los más populares escritores de la colonia cinematográfica.

"En Hollywood — dice — se lee bastante. Así lo he llegado a establecer después de largos años de actuar como corredor de varias editoriales y tener entre mi clientela algunos de los hombres más famosos y algunas de las estrellas más bellas de la cinematografía.

"En general, puedo asegurar que son muy pocas las actrices que algo leen. Los más aficionados a la lectura son los hombres y, entre ellos, recuerdo algunos verdaderamente exigentes, como Clive Brook, quien, dada su condición de ex escritor, no se pierde novedad literaria alguna y me hace pedidos por sumas realmente elevadas. Le interesan las novelas, particularmente las de viajes, y ha pagado elevadas sumas por ejemplares raros y originales de José Conrad, por ejemplo.

"Edward G. Robinson, en cambio, tiene sus preferencias en el género humorístico y, en particular, se dedica a leer todas aquellas obras de "palpitante actualidad", escritas más bien por periodistas que por literatos. Le agradan los libros de estruendo y escándalo, los relatos de intimidades, de entretelones, los chismes sociales.

"Otro de los grandes aficionados al género policial es William Powell. La afición le ha quedado desde los días en que se debió documentar para encarnar al Philo Vance de los "crímenes" de Van Dine. Conoce cuánto ha escrito el autor de *El crimen de la Canaria*, así como lo mejor de Wallace y Fletcher.

"Siguiendo siempre con las inclinaciones literarias de los hombres, debo recordar a Richard Arlen. Este muchacho es otro apasionado por los libros de viajes y tiene una particularidad hasta cierto punto simpática. Cada obra la lee acompañándose con un mapa en el que realiza todo género de anotaciones. Es, indiscutiblemente, el hombre que más ha viajado sin salir de su casa.

"Algunos actores son pintorescos en sus aficiones literarias. Poseen bibliotecas rarísimas. Una de ellas es la de Arliss, en la que figuran todas las obras que se han escrito sobre Disraeli. Otra es la de Ramón Novarro, gran admirador de la Roma clásica.

"En general, puedo afirmar una cosa. Las inclinaciones literarias de la mayoría de los actores de la pantalla están de acuerdo con los papeles que ellos representan, y hasta no sería aventurado afirmar que ellas surgieron a raíz de las lecturas que debieron efectuar para documentar sus trabajos.

"De las mujeres habría mucho que decir —concluye el librero".





Edward G. Robinson es un gran aficionado a las obras humorísticas así como a aquellas otras en las que, en forma periodística, se narran historias y complicaciones de la vida social.

La moda del vidrio y del cristal

¡Es irreal y encantador! La más traslúcida porcelana no basta ya. La vajilla de vidrio, léase de cristal, si se quiere, cobra un gran prestigio actualmente.

Mas, ¿Por qué admirable procedimiento puede servirse en platos de vidrio? Se contempla esa flor de cristal que reposa sobre un rondelito de encajes, y uno se pregunta, no sin cierta inquietud: ¿Qué es lo que van a servirme en tan frágil vasija?

Pero el plato de cristal parece soportar sólidamente cuanto la porcelana más fuerte pudiera. La sopa, el queso, el asado, los espárragos, van bien en platos de vidrio.

En cuanto a las bandejas, siguen siendo de plata o de imitación... Ello tal vez por prudencia, debido a las puntas de los tenedores y al filo de los cuchillos. Pero ¡atención! Para los entremeses la cuchara es de vidrio y hasta el pequeño tenedor. Hay casos en que hasta el cuchillito de los entremeses es de cristal. Las más modestas dueñas de casa deben saber hoy que para la mantequilla y el queso se usa un cuchillo de vidrio.

La batería de los vasos delante de los platos se irisa de reflejos y copia el arco clásico.

La moda, digamos, actualmente impone los vasos altos, es decir, las copas de alta pata de ibis meditativo, tan frágil; pero tan elegante. Esas copas evocan los cálices de esas grandes flores armoniosas tan celebradas por los poetas en los festines de la antigüedad. Y la evocación se hace muy justa cuando esos vasos, esas copas, esos cálices, se llenan de vinos amables.

Las copas o floreros bajos son de moda también, en vidrio. Se disponen graciosamente sobre la mesa, ostentando la gracia de sus colores y sus perfumes.

Finalmente, recordemos que el vidrio esculpido está muy de moda. Con ese vidrio se ha llegado ya hasta hacer fuentes públicas, en las que la luz eléctrica suele dar efectos maravillosos por la noche.

El náufrago. — Ahora que recuerdo, estas señales quieren decir: "Déjame, en paz, amor mío".
(De *Lustige Blaetter*, Berlín)



— ¿Será una ballena?
(De *Gutiérrez*, Madrid)

Los rayos luminosos y el organismo

La ciencia se esfuerza cada día más en estudiar los rayos del sol y sus efectos en nuestro organismo, y cada vez se hacen más sorprendentes e inesperados descubrimientos.

Se ha comprobado que los rayos ultravioletas o salutíferos por excelencia, son más importantes para el tratamiento de ciertas enfermedades que muchas drogas. Y aun más: se ha demostrado que si los rayos solares tienen una importancia vital innegable, sin embargo, pueden llegar a envenenar y aun a matar al hombre.

En una serie de memorias recientemente presentadas en Londres, por sir Tomás Lewis, se explica la verdadera causa de las quemaduras de la piel producidas por el sol, y en ellas se dice que el color rojo y la sensación que causa la larga exposición a sus rayos se debe a que se desarrolla un veneno en la piel, parecido al veneno de las víboras. No es que los rayos solares inyecten el tóxico, es que su efecto hace que él se desarrolle en nuestro organismo.

El sistema característico de las quemaduras producidas por el sol, es el enrojecimiento de la piel, que aparece a las pocas horas, a veces menos, de exposición. Si ésta es prolongada, aparecen ampollas y un picor intolerable; y si no todo ello, en gran parte es debido al veneno que se desarrolla en la piel humana.

El nombre de esta toxina es la "histamina", muy parecido al de la serpiente de cascabel, por su composición química.

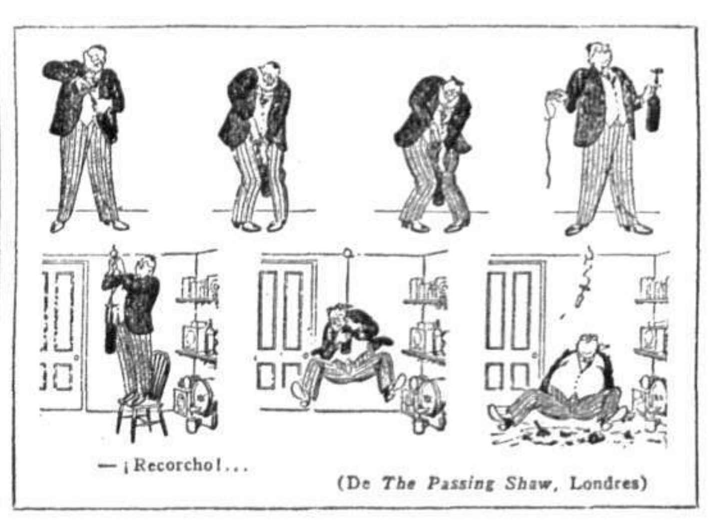
Su principio venenoso es, por extraña paradoja, muy parecido a esa salutífera y necesaria substancia llamada proteína, la más nutritiva de la carne fresca. Claro está que ambas substancias no son iguales; pero sí tan parecidas, que sólo la ciencia puede especificar sus ligeras diferencias.

La "histamina", a la que sir Tomás Lewis considera responsable de las quemaduras producidas por el sol, puede producirse con la proteína por la desintegración de la potencia contenida en los tejidos de la piel.

El primer efecto de los rayos del sol sobre la epidermis, o sea su coloración roja, se debe a la dilatación de millones de vasos capilares, venas y arterias, que forman intrincada red en la superficie de la piel, diminutos tubitos microscópicos que tienen la facultad de contraerse y ensancharse, mecanismo maravilloso que regula la circulación de la sangre.

Sir Tomás Lewis ha inyectado en el cuerpo de algunos animales pequeñas dosis de "histamina" y sus efectos han sido los mismos que los de las quemaduras del sol.

La aplicación de los rayos solares para la curación de numerosas enfermedades, es, en la actualidad, uno de los medios más poderosos con que cuenta la ciencia para ayudar a la humanidad. Sabido es la existencia del "solariums" en los grandes sanatorios e institutos médicos de las principales naciones de Europa y de los Estados Unidos. Alemania se ha distinguido en este sentido, habiendo aplicado principalmente la acción de los rayos solares para la curación de la tuberculosis.



— ¡Recorcho!...

(De *The Passing Show*, Londres)

La distinción del sportsman



Para fricciones y un perfecto peinado, ATKINSON es la Loción Colonia más tonificante que se conoce. Su uso sugiere la más cuidada higiene personal.

Vigoriza el cuero cabelludo, remueve la caspa y perfuma en forma pulcra, original e inconfundible. Es la delicia del sportsman distinguido.

LOCION COLONIA
ATKINSON

Precios en la Capital:

248 grs.	*$*	*4.60*
500 ,,	*,,*	*8.00*
Jabón	*,,*	*0.50*

Uno de los productos distribuidos por Mayon

Recuerdos de la vida literaria



"ESTE CORAZON ES JOVEN TODAVIA"

Por

ATILIO CHIAPPORI

♡

A fines de 1916, difundióse en los juveniles círculos literarios y artísticos una subyugante y enigmática personalidad femenina. Oriunda de un lejano país fronterizo, no era la primera vez que Thérèse *** llegaba en trances novelescos. Ya en dos ocasiones, tras melodramáticos "raids" venusinos, detuviérase fugazmente la increíble señora en las márgenes del Plata... Ahora volvía, presa de austeras inquietudes, para abrirse camino en nuestra maleza intelectual con el único e ilusorio bagaje de su gran apellido, su refinada sensibilidad y su ingenua leyenda temeraria... Buenos Aires, a la distancia — allende la Cordillera, la Selva o el Río — deslumbra a muchos espíritus impacientes de las patrias hermanas con un miraje de "Ville Lumière"... ¡Cuántos temperamentos enjundiosos pero indisciplinados — escritores, artistas, periodistas — en el afán de salvarse del ámbito enrarecido de las adormidas ciudades mediterráneas, levantaron vuelo con las pupilas absortas en la ruta ideal de Darío, de Jaimes Freyre, de Talero, para venir a quemarse las virtuales alas en esta enorme forja de prosperidad material!

Cuando aparezca el agudo, comprensivo y tolerante cronista de estos sucedidos sin trascendencia — algo así como el Gómez Carrillo de la vida literaria y mediomundana porteña — las sentimentales inquietudes de Thérèse ***, formarán, de seguro, uno de los capítulos más sugeridores de los "divinos males" y de la más expiatoria piedad...

Por aquellos días, "vagando y divagando" — en la realidad de uno de tantos episodios imaginarios que Carlos de Soussens publicara dedicados a Gando — iba nuestro poeta friburgués, mustio y moroso, por Florida hacia el norte. Contrastaba el aire irremediable con su habitual elegancia, de segunda mano, más atildada que de costumbre. Galerita gris, con franja negra; engolada corbata en "plastrón"; pardo chaqué, florido con clavel ardiente; pantalones de fantasía y charolados botines de caña cenicienta. En la mano lucía el curvo mango del no siempre pacífico "bambú", con los inalienables guantes de gamuza que una vez habían sido de color crema... Contrastaba, también, la mirada elegíaca con la empolvada rasura del rostro y la enhiesta prestancia del mostacho ¡ay! ya también ceniciento...

—¡Hola, "mon vieux"!... ¿Florideando?... — detúvele con su propio saludo ritual.

Levantó, lentamente, la pensativa cabeza; miróme como un hombre que ya no puede más, y repuso:

—¡Helás!... ¡no!... Desde hace tres meses, aunque transite por ella, Florida ya no existe para mí...

—Hombre... ¿Qué te pasa?... Ese tono trágico... ¿Habrás encontrado, acaso, un folletín "al centímetro"?

—¡Peor todavía!...

—¿Cómo, peor?...

—Sí, "mon vieux": ¡estoy enamorado!

Mi subitánea carcajada repercutió en la vidriera de Moen Hermanos e hizo volver la vista a los transeúntes que, en aquel primaveral atardecer, gustaban de la entonces todavía cordial distinción de Florida. ¡Y no era para menos! El platónico y siempre eufónico enamorado de cuanta dama o niña estuviese en evidencia, por su belleza o por sus galas de espíritu — enamorado congénito; enamorado de predestinación; enamorado lírico, en aventuras tan ilusas como las de su alucinante castillo; — ¿dudaba, ahora de la virtud seductora de su gentileza y de su estro?

—Pero veamos, ¿qué te pasa?

No contestó en seguida. Hurgóse los bolsilos del chaleco; extrajo medio "toscano", que encendió lentamente y saboreó la primera fumada.

—¿Qué te pasa?

—¡Que Thérèse me mata!

—¿Quién es Thérèse, si no es una indiscreción?...

—Pero, ¿dónde vives, tú, Atilio?... ¿En el "árido desierto del alma", como decía...?

—No, Carlos, en el Pabellón Argentino...

—¡Ah, sí! ¡En el cementerio de la belleza! ¡Me explico que no comprendas mi indeclinable pena!... Yo vivo la belleza viva...

—¿Otro "calembour"?

—¡No, la verdad!... ¡Mírame "esto"!...

Y, empujándome hacia la vidriera de los exclusivos "editores" de entonces, me señaló una magnífica "fotografía artística" que enmarcaban nutridos volúmenes extrañamente ilustrados por López Naguil.

—Es Ella...

Bajo la cabellera vaporosa — que, más tarde, pude comprobar de finísimos hilos rubiocobrizos, — la límpida frente remataba en suave comba los arcos superciliares de líneas perfectas. Y los ojos cándidos — que la fotografía presentaba solamente como claros, en su irremediable "blanco y negro", siendo, sin embargo, cambiantes, desde el angelical celeste al atribulado glauco, — y la fisonomía extasiada y la boca ácima y el aire de ingenuidad...

—¡Pero, Carlos!... ¿Será posible?... Si es una chica...

—¡No — irguióse — es una dama! ¡Y su divino y nefasto encanto ha inspirado mi soneto inmortal!

—...

—Ven, entremos... Quiero leértelo.

Junto a una de las mesas de los "vient de paraitre" — revistas de modas y novelas en camisa — con la entonación más ungida, leyó:

"Es-tu donc la Sorcière ou bien l'Enchanteresse?...
" J'ignore si je t'aime et suis pourtant jaloux!
" Mon coeur est comme un cerf harassé par les loups,
" Qui tremble et vent s'enfuir et brâme sa dètresse!

" Ce coeur es jeune encore, ideale Maîtresse,
" Quand je baise tes mains et tombe a tes genoux!
" Mais les ans vont bientôt sur tous mes rêves fous
" Laisser choir à jamais leur neige de tristesse...

" Mortelle Inquiètude: un ciel va-t-il s'ouvrir?
" Car mes yeux éblouis par tes nobles dèsastres,
" Même clôs, garderant l'âme du Souvenir!

" Et je retrouverai mes bonheurs disparús,
" Les songes de Beauté por un jour apparús
" Par tes bras enlacé dans la gloire des Astres!"

Secóse una lágrima al parecer auténtica y preguntóme enternecido:

—¿Qué te parece?

—¡Magnífico!... Menos el final del primer verso. ¿Por qué el retruécano? ¡Eres incorregible!

—¿Dónde?...

—No te hagas el distraído... El soneto es a Thérèse... ¿verdad?

—Sí.

—¡Qué coincidencia el calificativo de "Enchan-teresse"!

—¡Te juro que ni lo he pensado!

—Será la costumbre...

—¡No!; a punto de muerte...

—¿De muerte!...

—¡Como lo oyes! O la instalo a Thérèse en un "petit hotel" o me tiro en un dique. ¿Qué hago?

—Lo más fácil. Bajas por Corrientes hasta el puerto, dejas el bastón y los guantes en un guinche y... ¡paf!... la zambullida "en la gloria de los astros"...

Sujetóme, violentamente, de un brazo y, mirándome con ligereza en los ojos, me dijo:

—¿Ese es tu *consejo?*

—Sí.

Soltóme indignado, para apostrofarme al salir:

—¡Caín!

—¡Hasta luego!

Ya, años antes, en parecida irremediable malandanza, estando en París, habíale lanzado a Darío el mismo apóstrofe.

Cierta madrugada, al cruzar un puente del Sena, Soussens planteaba análogo dilema; Darío — quien, desde muchos meses era la única Providencia de Carlos, — no obstante su fraternal tolerancia de gran bohemio, quiso poner punto final a la eterna informalidad — o abulia — del poeta trashumante.

—¿Cien francos o el Sena?... Hombre, con saltar el parapeto...

—¡Caín!...

No ocurrió nada; por eso yo, esa tarde, me despedí con un tranquilo hasta luego, pese al aire granguiñolesco del querido vate.

....

Terminadas las tareas periodísticas, a eso de las 3 solíamos juntarnos Payró, Becher — a veces Bravo — en un pequeño bar de barrio que reunía, en su limpia humildad, estas dos grandes ventajas: la primordial de no ser un "refugio literario", y la subsidiaria de ser el propietario protegido nuestro — ex *mozo* del "Bartolomé", del que hablaremos en otra oportunidad.

Lazare—que así se llamaba—se había casado, un año antes, con una fornida muchacha de sus oriundos Pirineos; una de esas bearnesas sólidas y compactas, como la piedra de la montaña epónima, que se estaba de pie dieciocho de las veinticuatro horas del día, alternando los trabajos, del "mostrador" o de la cocina con los menesteres domésticos y la crianza del reciente vástago, gritón y voraz en la robusta salud que, acaso no tuvo antes ningún párvulo del mundo desde que existe memoria de la familia...

De medianoche a la madrugada — porque el "Bar Azcuénaga" no cerraba nunca las puertas — Lazare tirábase un par de horas en el cuchitril contiguo que constituía el aposento conyugal. Durante ese breve lapso, Mariette, asistida de un mozo somnolente y derrengado, atendía a la escasa clientela habitual. ¡Aquellos tiernos y jugosos "entrecôtes" con papas "a caballo", aquella fresquísima "tete de veaur a la vinaigrette", y la no menos famosa "omelette a la paysanne"!... Todo eso salía de sus ágiles manos, pulcras y hacendosas. De tiempo en tiempo, cuando el niño berreaba más de lo *consentible*, sacábalo de la primitiva cuna improvisada en uno de los estantes bajos, y le daba el pecho.

Aquella noche, como de costumbre, llegué a eso de las dos. Nadie, todavía, en "nuestra" mesa. El recinto, a media luz, estaba desierto y el mozo, rendido, por el trajín del día, dormitaba en un rincón... Solo, junto al mostrador, nuestro impenitente poeta, en su quijotesca obsesión del eterno femenino, mientras le servía su ginebra, con voz entre elegíaca y faunesca recitábale a la maritornes bearnesa, el verso sublime:

—... "Ce coeur est jeune encore, ideale Maîtresse!"

Esto ocurría en la madrugada del 21 de septiembre de 1916.

Atilio Chiáppori

▼ ▼ ▼ ▼

Calcio y fósforo

El calcio se encuentra ampliamente distribuído en el cuerpo humano; contrasta la rigidez de este material con la suavidad de otros tejidos y su presencia está fuertemente impresa en los huesos.

Los niños requieren mayor cantidad de calcio que los adultos, porque el trabajo de crecimiento y fortificación de los huesos así lo exige.

Los adultos, según las experiencias de C. H. Shermon, requieren un gasto de 0.45 gramos por día.

El fósforo es indispensable en todas las actividades de los tejidos del cuerpo y tiene relación, con la multiplicación de las células y con el mantenimiento del líquido contenido en los tejidos.

Dice Sherman: "Probablemente podemos determinar claramente que el fósforo que requiere la función de nutrición corresponde al 1.32 gramos al día o sea en equivalente de 0.019 *gramos por cada kilo de peso del cuerpo*".

Los niños consumen 1½ veces más que los adultos, por el movimiento celular más activo que origina el crecimiento.



—Yo le daría el puesto, si usted conociera algo de nuestro negocio.

—¡Y claro que conozco! Soy novio de su secretaria.

El estilo churrigueresco

Se da este nombre al estilo arquitectónico dominante en España desde mediados del siglo XVI al XVII. Tiene su origen en un concurso que para la construcción de un monumento a la reina María Luisa de Borbón, esposa de Carlos II, ordenó este monarca se levantara en la isla Encarnación; premiado el proyecto del arquitecto José Churriguera, obtuvo éste tal popularidad que acabó con las normas del estilo llamada Renacimiento español.

Se caracteriza este sistema por la cargazón de adornos, olvido del esquema constructivo y derroche de retorcidos, sobre los órdenes arquitectónicos. Ejemplos célebres de churriguerismo son: la fachada de San Telmo, en Sevilla, el frente del Hospicio Provincial de Madrid y el transparente de la Catedral de Toledo.

Dedos y uñas

Cada dedo tiene un carácter particular y significativo. Si la falange del pulgar es larga, significa energía, voluntad hasta la tiranía. Si es mediana, fuerza de inercia, resistencia pasiva. Si corta, indecisión, desigualdad de carácter, alternativas de entusiasmo, de ira y de melancolía, sin ninguna voluntad.

El pulgar en bola es propio del impulsivo. La otra falange es signo de buen sentido, si es larga, y de ilogismo si es corta. Un pulgar invertido hacia atrás denota generosidad hasta la prodigalidad.

Un índice largo significa orgullo, ambición, dominio, afición a la comodidad y al adorno. El medio largo señala tristeza, esplín, temor orgulloso y temeroso del ridículo, falta de confianza en sí mismo. Muy ancho y espatulado, escepticismo y rebeldía.

El anular largo es propio de artistas. Si es más largo que el índice, predomina el arte sobre la ambición. Si es tan largo como el medio, amor a los riesgos y a las aventuras maravillosas.

El meñique largo es el de los concienzudos, ávidos de instruirse; indica grandes aptitudes de concepción y asimilación, gran habilidad para todo, elocuencia y sentido comercial.

Las perturbaciones graves de la salud están grabadas en las uñas y en todos los dedos en forma de surcos. Esto se ve sobre todo en los neuróticos. Sin embargo, no deben confundirse estos surcos con las simples estrías, finas y superficiales, apretadas y longitudinales que son los estigmas del artritismo.

Las pretendidas necesidades de la credulidad humana no son, pues, despreciables, puesto que las vemos confirmadas en principio por la observación de los médicos.



BAUTISMO DE AIRE

El pasajero al piloto. — Ese indicador, ¿para qué sirve?
El piloto. — Es el cuentarrevoluciones.
El pasajero. — ¡Ah, muy bien! Entonces que me cuente la Revolución Francesa.



OCTUBRE 28

JERUSALEN. — En Haifa y en otras ciudades produjéronse choques entre los árabes y la policía. Murió un revoltoso, y 35 resultaron heridos.
MEJICO. — Fueron detenidos doce oficiales del ejército que trataban de apoderarse del comando de las tropas.
LA PAZ. — Produjose la crisis ministerial.
LA HABANA. — Cuba sigue siendo un vivero de conspiraciones, huelgas y planes terroristas.
BERLIN. — Conferenciaron los cancilleres ruso y alemán, señores Litvinoff y Von Neurath.
MENDOZA. — Renunció el ministro de Obras Públicas, ingeniero Emilio López Frugoni.

OCTUBRE 29

JERUSALEN. — Continúan las revueltas en Palestina. En Jaffa, a raiz de un encuentro, murieron 2 árabes. Los israelitas cierran sus negocios.
BERLIN. — Goering declaró que Alemania no posee un solo avión de guerra.
LA HABANA. — Proclamóse la huelga general por 72 horas.
VALENCIA. — Toda España tributó un gran recibimiento a los restos de Blasco Ibáñez.
PARIS. — Dejaron de existir el ex ministro Painlevé y el bacteriólogo Calmette, dos grandes exponentes de la sabiduría francesa.
VIÑA DEL MAR. — El gólfer argentino Marcos Churio ganó el campeonato abierto de Santiago de Chile.
AVELLANEDA. — Un grupo de fascistas disolvió a tiros una reunión socialista y dió muerte al ciudadano Matías Alvarez.
ANGORA. — Turquía celebró el 10º aniversario de la República.

OCTUBRE 30

WASHINGTON. — La Unión y el Brasil han comenzado los trabajos relativos a un tratado de reciprocidad arancelaria.
BUENOS AIRES. — Está parcialmente levantado el bloqueo de divisas con España.
GINEBRA. — Bolivia declaró que "ignorará las gestiones del Comité del Chaco". — Fué postergada hasta el 9 de noviembre la Conferencia del Desarme.
TOQUIO. — El ministro de Guerra propone una conferencia internacional sobre el lejano Oriente.
RUSSE (Bulgaria). — Entrevistáronse los reyes Boris y Carol, de Servia y de Rumania, respectivamente.
ROMA. — Realizáronse 3420 matrimonios simultáneos.
MADRID. — Terminó el congreso contra el cáncer. El doctor Roffo pronunció una interesante conferencia.
FLORENCIA. — Falleció el doctor Enrique Burci, eminente personalidad médica de Italia.

OCTUBRE 31

MADRID. — España suspendió el bloqueo de la divisa argentina.
GINEBRA. — El señor Gans Edler Zu Putlitz fué designado por el gobierno alemán observador en la Conferencia del Desarme.
ASUNCION. — Prosigue en Alihuatá Viejo el avance paraguayo.
JERUSALEN. — Fué decretado el estado de sitio en la Palestina.
CEUTA. — Llegó el presidente de la República Española.
LA PLATA. — Fueron convocadas a sesiones extraordinarias las cámaras provinciales.
DOLORES. — Fué celebrado el 94º aniversario de la Revolución del Sur.

NOVIEMBRE 1

WASHINGTON. — Comienza a ser objeto de censuras el plan restaurador de Roosevelt. — Siguen en estudio los pactos con Argentina, Brasil y Colombia.
WEIMAR. — En un discurso, Hitler declaró que no cederá en la cuestión de los armamentos.
ASUNCION. — Los bolivianos ceden en varios puntos del frente chaqueño.
LA HABANA. — Grau anunció que será reformado el gobierno cubano y modificada la constitución.
LONDRES. — La deuda flotante de Inglaterra ha sido reducida a menos de mil millones de libras.
RIO DE JANEIRO. — Inició su labor la conferencia perú-colombiana acerca de Leticia.
BARCELONA. — Los presos de la cárcel de Mataró intentaron incendiar el establecimiento.
CORRIENTES. — A los maestros provinciales se les adeudan dos años de sueldos.

NOVIEMBRE 2

NUEVA YORK. — Adquiere caracteres alarmantes la huelga agraria. En Wisconsin fué volado con dinamita una fábrica de quesos.
VALETTA (Malta). — Fueron disueltos el Parlamento y el gobierno, y suspendidas las garantías constitucionales.
JERUSALEN. — Con toda severidad se ha impuesto el orden en la Palestina.
ASUNCION. — Los bolivianos atacaron en Toledo, pero fueron rechazados.
LONDRES. — Los laboristas han obtenido un gran triunfo electoral. Conquistaron 176 bancas en las principales ciudades británicas. — Falleció sir George Henry Makins, famoso médico.
PAMPLONA. — Los derechistas provocaron un disturbio que causó la muerte de un guardia civil. Varias personas resultaron heridas.
SANTIAGO (Chile). — Prestaron juramento los nuevos ministros, señores Arturo Montesinos y Matías Silva.

NOVIEMBRE 3

MONTEVIDEO. — Llegó la comisión encargada de estudiar el conflicto chaqueño.
PARIS. — Se presentó a la Cámara el gabinete francés presidido por Sarraut.
MADRID. — Huyó el banquero Juan March de la cárcel de Alcalá de Henares.
ROMA. — Mussolini anunció que después de la Navidad disolverá las Cámaras.
SANTIAGO DE CUBA. — A raíz del desbordamiento del río Cauto fallecieron ahogadas 12 personas.

El hábito sí hace al monje

Monsieur Enrique Verdier, substituto del procurador de la república de C..., sur-Saone, trabajaba en su gabinete cuando fué interrumpido por dos golpecitos dados en la puerta. El viejo Frémies, guardián jefe de la prisión, apareció en ella.

—¿Qué le trae por aquí? — interrogó monsieur Verdier. — Estoy muy ocupado en este momento.

—Ya lo sé, señor, y no me atrevería a interrumpirle si no fuera un caso urgente. Se trata de uno de mis presos.

—¿Quién es?

—Se trata de Gramache.

—Gramache ha cumplido ya su pena y debe ser puesto en libertad.

—Justamente, señor... Pero no quiere irse.

—¿Qué me dices?

—La verdad, señor; Gramache no quiere irse.

—¿Y por qué razón?

—Porque dice que quiere ver al señor, al que conoce desde la infancia.

—Está bien — interrumpió vivamente Verdier. — Voy a verlo con usted.

—

Algunos segundos más tarde se dirigían hacia la prisión. Verdier y Gramache eran hermanos de leche, y juntos habían pasado su juventud. Pero mientras aquél había sido honrado y trabajador, éste se había entregado a una vida depravada.

—¿Qué queréis?... — preguntó Verdier, cuando unos minutos más tarde llegó a la celda de Gramache. — Queríais hablarme... ¿no es cierto?

—¡Oh!... Ya te has olvidado de mí.

Y al notar un gesto de disgusto en Verdier, al oír que lo tuteaba, prosiguió:

—No te preocupes. El guardián se ha ido; estamos solos.

—¡Está bien!—interrumpió secamente Verdier. — Se me ha dicho que no queréis salir de la prisión.

—Sí... rehuso.

—¿Por qué motivo?

Gramache señaló con un gesto su uniforme de prisionero.

—¿Es por causa de eso?

—Sí.

—¡Está bien! Dentro de una hora conocerá mi decisión.

Y salió de la celda.

—

Aquella misma tarde Frémines entregaba al preso un voluminoso paquete.

En él encontró todo lo necesario para vestirse de chofer.

Algunos instantes después, con la gorra de plato calada hasta los ojos, salía de la prisión, perdiéndose en la noche.

Monsieur Verdier se sintió más libre y respiró con tranquilidad. Pero no habían pasado veinticuatro horas cuando se enteró de que Gramache había sido detenido de nuevo. Preguntó a uno de los gendarmes que lo condujeron, el cual explicó que esta vez el delito era de robo, pues había querido, valiéndose de un traje de chofer, apoderarse de un automóvil estacionado delante de una oficina mientras su dueño se ocupaba en sus negocios.

Monsieur Verdier fué a tomar declaración a Gramache.

—No te preocupes, querido hermano — dijo éste. — Esta vez tengo buenas excusas que poner. Yo no soy el único culpable en este negocio, pues tú también lo eres.

—¿Yo?

—¡Naturalmente! Tú has contribuído a él, puesto que me diste el traje de chofer.

Y como el magistrado, comprendiendo la lógica de esta argumentación, levantara los brazos al cielo, Gramache le dijo, esbozando una sonrisa irónica:

—¿Y qué te quieres apostar a que cuando mi abogado explique la cosa en público a los jueces "lo entenderán todo, sacando las consecuencias", y me comprenderán las atenuantes de la ley?

EDMOND SEE

Cultivemos el entusiasmo

La idea, el pensamiento o la contemplación de la incertitud de las cosas humanas no deben romper nuestro brío o atenuar nuestra actividad. Por el contrario, debemos en la prueba dura, cumplir con nuestro deber presente, convencidos de la incertitud del porvenir.

La inseguridad, en efecto, tan contraria a las aspiraciones de la naturaleza humana que desearía saber de modo cierto, produce efectos muy diferentes, según los caracteres y los temperamentos. Ella paraliza a los unos, inflama a los otros, descorazona a unos en el esfuerzo, décupla la energía en los de más allá, y deja vacilante a un gran número...

Ciertamente la elección de una profesión, de una carrera, de un estado de vida, es cosa delicada y difícil. Bien puede uno, como dice el poeta: "consultar largo tiempo su espíritu y su fuerza"; pero se teme siempre la equivocación. Una falsa maniobra, en efecto, una falsa maniobra material, se repara; pero la que pesa sobre toda una vida, es irremediable.

Hemos leído en algún manuscrito que un hombre flotaba siempre entre el temor y la esperanza. Un día se entregaba a sus reflexiones habituales, cuando le pareció oír una voz que le proponía esta cuestión: "¿Qué harías si conocieras el resultado favorable de tal o cual gestión?" "Pues bien, ¡yo procedería sin demora! ¡Procede entonces como si así fuera!"

Feliz de escuchar esa inspiración, el hombre no vaciló más en proceder como si estuviera cierto del buen resultado de sus esfuerzos. Después comenzó a sentirse muy bien, no dejándose sugestionar ni por la incertidumbre ni por la indecisión.

He aquí el ejemplo que se debe seguir: dedicarse al deber presente y cumplirlo con toda la perfección de que es capaz, y con la persuación de que es el mejor medio de luchar contra la inseguridad del porvenir.

Recordemos al viejo de la fábula, que plantaba los árboles que no sabía si le darían sus frutos.

No sabemos lo que será el porvenir. Razón por la cual debemos dedicarnos al presente.

Todos y todas tenemos, aquí abajo, un deber que cumplir. Tratemos de comprender y gozar tal grandeza. Debemos aplicarnos a nuestra labor diaria, como si no debiéramos interrumpirla jamás.

¡Sintamos entusiasmo! Cultivémoslo. El entusiasmo es el gran preservativo contra la inseguridad y la vacilación. El entusiasmo es el vigor de la esperanza.



— ¿Qué es eso, mamá?
— Una trampa para cazar ratones.
— ¡Oh! No dejes que la vea el gato... ¡Se ofendería tanto!...
(De *London Opinion*, Londres)



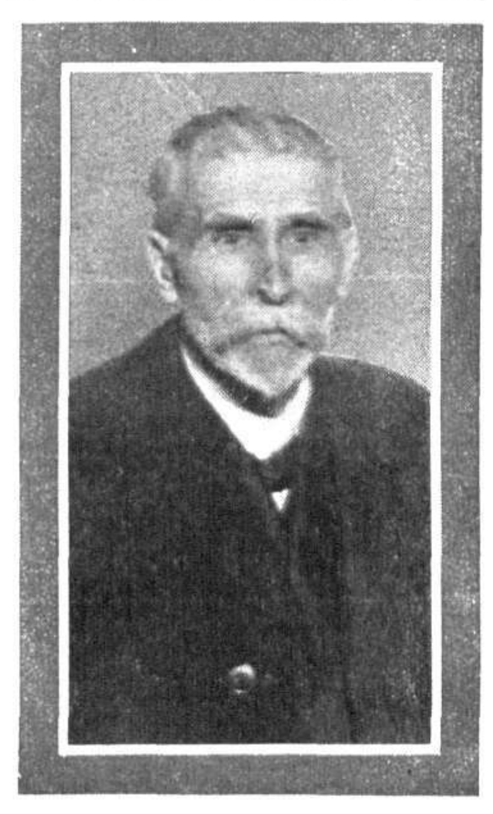
AIRE DE FAMILIA
— ¡Qué asombroso parecido! Es su hijo, ¿verdad?
— No, señora. Es mi padre.
(De *Estampa*, Madrid)

Ha muerto en París el sabio Pedro Pablo Roux

Después de una agonía lenta de quince días, provocada por la reagravación de una vieja afección tuberculosa, cerró para siempre sus ojos el doctor Pedro Pablo Roux, el bacteriólogo que halló el remedio a una de las enfermedades más terribles de la población infantil: la difteria.

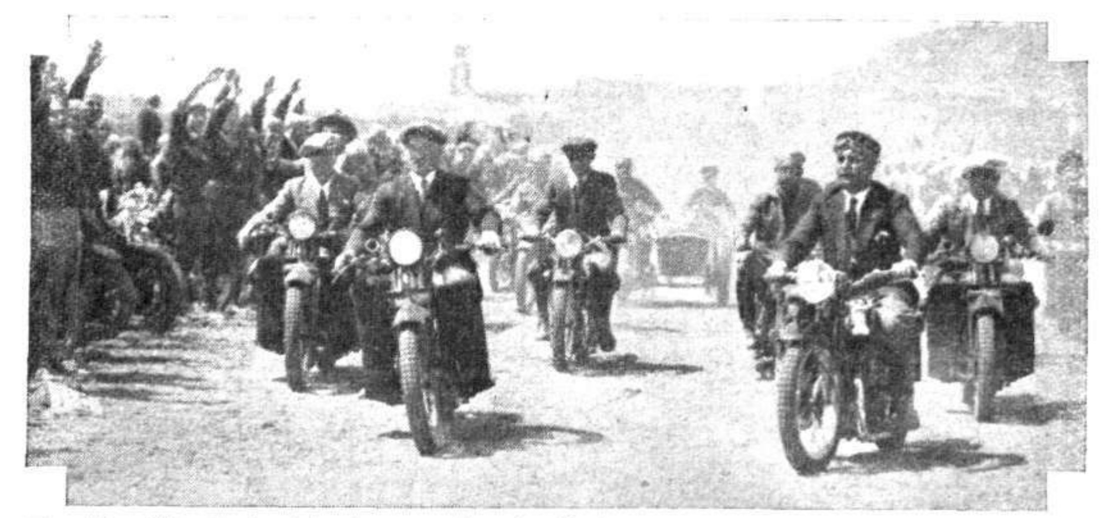
En 1877 era ya ayudante del químico Duclaux, en la Sorbona, y al año siguiente lo fué de Pasteur. A los pocos años presentó, junto con aquel otro gran sabio las primeras comunicaciones científicas a la Academia de Ciencias. Cuando por subscripción pública se levantó el Instituto Pasteur, Roux fué designado jefe de servicios del mismo.

Desde el año 1904 ejercía la dirección de la universalmente célebre institución de la calle Dutot.



Encerrado en su austero laboratorio, rodeado de sus hornillos, de sus balones y de sus probetas de ensayo, el hombre de ciencia olvidó al mundo y pretendió que el mundo lo olvidara. Pero la gloria llamaba continuamente a las puertas de su laboratorio. Tuvo que recibirla en varias ocasiones, a pesar de su voluntario aislamiento. En 1920, se le condecoró con la gran Cruz de la Legión de Honor.

Hace una semana había fallecido su amigo y compañero, el eminente Calmette. Los postreros esfuerzos de Roux fueron realizados para dirigir a la viuda de su gran camarada las siguientes líneas: "No puedo ya hablar, ni tampoco escribir, pero sepa usted que estoy consternado como usted misma". El profesor Pedro Pablo Emilio Roux había nacido en el año 1853.



Mussolini, animador de los deportes, y deportista él mismo, aparece aquí al frente de 10.000 motocicletas. Es saludado por una multitud entusiasta estacionada a lo largo de la Vía dell'Imperio.

"CARAS Y CARETAS"

LA PASION POR

POR RAFAEL

EL último decenio representa, para Italia, una serie de victorias hasta en el campo del deporte.

En verdad, bastan pocas cifras para demostrarlo.

En las olimpíadas de París — año 1924 — Italia obtuvo siete victorias, dos segundos puestos y tres terceros. En las de Amsterdam, del año 1928, siete victorias, seis segundos puestos y seis terceros. Hasta en el fútbol, del cual se había ocupado bien poco, obtuvo el tercer puesto, y puede esperarse que avance en los próximos campeonatos mundiales de 1934.

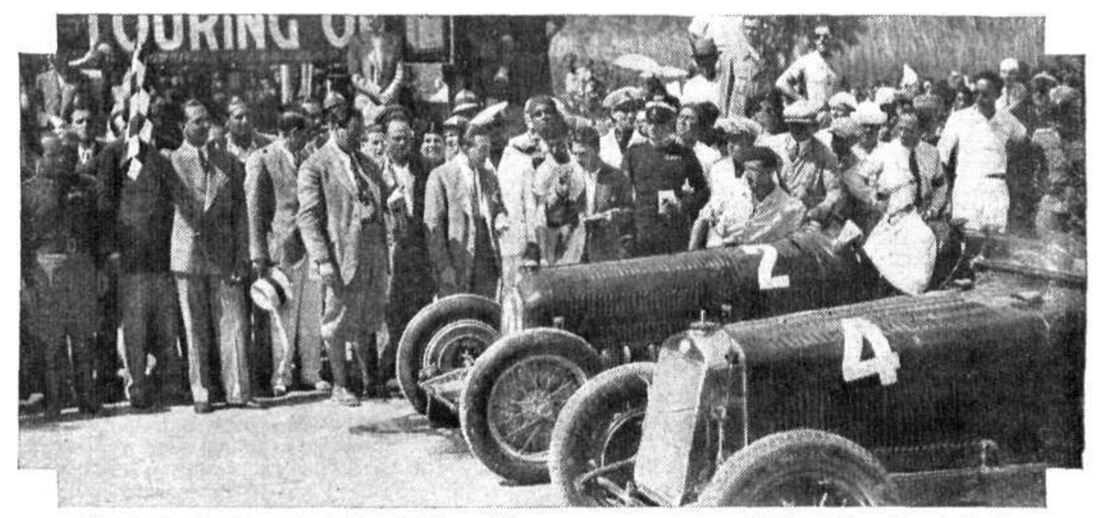
En las olimpíadas de Los Angeles de 1932, se lograron doce victorias, once segundos puestos y doce terceros. De ello se puede deducir que Italia avanza a grandes pasos y que hasta los formidables futbolistas argentinos y uruguayos deben tener en cuenta hoy más que nunca la formidable pasión deportiva de la más fuerte juventud italiana. Quien recorre, a lo largo y a lo ancho, la península, se sorprende rápidamente del prodigioso espíritu deportivo que anima a los tialianos de hoy. Hace una docena de años los deportes dormitaban y la pasión de la multitud por las luchas deportivas parecía amodorrada. La gente se reducía apenas a mirar, y casi siempre con ojos de compasión, a los jóvenes que corrían por las calles a la espera de entrenarse para tomar parte en cualquier modesta carrera de resistencia en carretera. ¡Quien tiene salud, la desperdicia! Así exclamaba irónicamente todo espectador.

La mujer italiana está presente en todas las lides deportivas, y su voz y su gesto son los mejores estimulantes de los atletas.

Los jovencitos que se dedicaban con ardor a los estudios, cuando se presentaban a la visita médica eran, por lo general, considerados inhábiles para el servicio militar; la cultura no parecía hecha para andar de acuerdo con el maestro de gimnasia, y tanto era verdad, que aquel que sobresalía en ejercicios físicos era, casi siempre, bochado en los exámenes; de modo que el antiguo dicho: *mens sana in corpore sano*, parecía a más de uno, una afirmación nada exacta. ¡Pero no era así!

El fascismo tuvo el gran mérito de poner de acuerdo al latino, al griego y la vida al aire libre. Se comenzó con los hijos del pueblo, y antes que hacerlos vivir como convalecientes entre las especialidades farmacéuticas, fueron conducidos, especialmente en los meses estivos, al mar, al sol, a la montaña. Así saborearon el placer de la vida física al aire libre y el de los ejercicios que afianzan los músculos y reavivan el organismo. Los *juegos deportivos*, en verdad, si se practican sin exageración, hacen bien igualmente al cuerpo y al espíritu. Todo consiste en equilibrar el esfuerzo físico y el intelectual, en reconciliar a los retrógrados con los *modernos*, desvaneciendo las exageraciones de uno y de otro. Naturalmente, las madres eran al principio las más llenas de dudas, las más vacilantes, las que más se resistían. Temían que sus pequeños perdiesen y no ganasen, hasta en el aspecto físico, pero cuando comprobaron personalmente que las enfermerías de las colonias veraniegas estaban casi siempre vacías, que sus hijos, hasta los más débiles y gráciles, resfriados permanentemente, volvían de buen humor, satisfechos, más gruesos y con poca tendencia a pescar resfríos, dejaron mano libre a los providenciales organizadores de la nueva juventud italiana, la cual ha, rápidamente, y sin acordarse de su principio, realizado una verdadera revolución. Hoy la pasión por todas las principales manifestaciones de los deportes ha tomado un poco a todos, y se tienen pruebas evidentes a cada momento.

Donde existe un pequeño hueco, los muchachos juegan al fútbol; otros imitan a los boxeadores, caricaturizándolos y cambiando puñetazos sonoros;



El príncipe Humberto dando la señal de partida en una carrera automovilística. El heredero de Italia es un cultor del deporte, y su presencia en canchas y pistas provoca manifestaciones de viva simpatía.

EN ITALIA

LOS DEPORTES

SIMBOLI

otros pretenden ser esgrimistas, o se entregan a la lucha grecorromana, a las carreras pedestres, con o sin obstáculos, a la bicicleta, etc. No existe deporte que los deje indiferentes. Son lectores ávidos de diarios deportivos, que tienen los mayores tirajes. Economizan hasta en las más pequeñas cosas — llegan a renunciar al cinematógrafo dominical — con tal de asistir a un importante partido de fútbol. Los nombres de los jugadores son populares. En el tranvía, en el bar, en el café, en los teatros, en los cinematógrafos, en los bancos, en las oficinas, en todos los lugares públicos se habla del deporte. No existe ciudad, pueblo o aldea que no tenga su campo deportivo. Y no hay palestra que no tenga alguna "promesa", es decir, alguno o alguna que pueda un día u otro hacerse un nombre. Roma ofrece, hasta en esto, frecuentes espectáculos inolvidables. Desfilan a veces millares y millares de atletas cuyo aspecto colectivo resulta fantástico. Imponen por la grandeza de las masas, por la perfección de los movimientos, por el efecto coreográfico.

Los diarios publican todas las semanas, por docenas, ejemplos de actos de coraje realizados por "balillas" y "pequeños italianos"; salvatajes heroicos, actos de abnegación, gestos llenos de audacia y de habilidad. Indiscutiblemente la raza mejora, se ejercita, vive un ambiente deportivo que electriza un poco a todos, hasta a los viejos, los cuales, perteneciendo a otras generaciones, se lamentan de haber nacido demasiado pronto. Ellos se conmueven fácilmente cuando ven partir o tornar, por los mares y los montes, las colonias helioterápicas, tantos miles de jovencitos...

Cada año, cerca de 500.000 niños son curados al aire libre durante los meses estivos. Esta es una obra poderosa que suscita entusiasmo, no sólo de los italianos, sino también de los extranjeros.

Todos los muchachos de cualquier escuela italiana están al corriente de cuanto sucede en todas las ramas del deporte. Naturalmente, cada uno de ellos se especializa y demuestra una particular competencia en esto o en aquello. Recuerdo con simpatía a un vivaz ítaloargentino de 15 años que conocía con rara perfección historia y milagros de todos los jugadores de fútbol venidos del Plata. Las discusiones entre los deportistas adquieren a veces un tono un poco vivaz y, como sucede en todas las partes del mundo, hasta los amigos más íntimos acaban cualquier día por encontrarse... No sé si en Buenos Aires los fanáticos del deporte son llamados "tifosi", como se les llama en Italia. En verdad, la palabra es bastante expresiva y eficaz. El tifo es una enfermedad que se manifiesta con fiebre alta, que tiende a crecer y que dura días y días.

Además el tifo es contagioso, precisamente como lo es "tifo deportivo", enfermedad ésta que puede calificarse de internacional. Es más fácil curar del tifo auténtico que del tifo deportivo. En las canchas, cada "tifoso" llama a grandes voces a sus favoritos, los exalta, los alienta, los loa y los critica.

Mujeres, hombres, jovencitos, vuelven a casa, después del match, sin voz, afónicos, rendidos, caídos si triunfa el adversario, felices y radiantes si vencieron sus favoritos. Sería cosa de contar centenares de episodios relativos a los "tifosi".

Cada tanto, ruido de tambores. Son muchachos que desfilan en perfectas escuadras; piernas desnudas y esbeltas, rostro broncíneo, ojos vivaces, boca y mentón apretados, contraídos en una expresión de fiereza. Tornan a veces de cruceros al exterior, donde fueron recibidos con todos los honores, como aconteció con los 500 vanguardistas italianos que regresaron recientemente de Alemania, a donde habían ido en viaje de instrucción. Una noche, en Berlín, mu-



Tres "tifosi" (hinchas, en nuestro país) sorprendidos por el dibujante en un momento de entusiasmo partidario.

chos de ellos estaban en un teatro de variedades. Un pequeño actor, sobrino de un famoso artista italiano, se presentó en el escenario para realizar su número. Hizo el saludo romano, gritó a los compañeros que también él era italiano e hizo milagros de destreza hasta hacerse exclamar ¡bravo! en su lengua. Aplaudieron todos: alemanes, italianos, extranjeros, conmovidos por el pequeño significativo episodio.

Todos los muchachos estudian, viajan, se divierten, se robustecen. En 1925 las colonias veraniegas eran apenas 60; después pasaron de 107 a 434, y en 1932 llegaron al número de 1621. Los datos del corriente año no están aún completos, pero se sabe que la última cifra ha sido sobrepasada, y por mucho.

Además, tres millones de jóvenes, entre mujeres y hombres, son perfectamente adiestrados, y porque los 7589 oficiales de la milicia no podían bastar para todos, se agregaron 22.000 instructores. He aquí por qué es posible organizar campos especiales, que pueden acoger, acampados bajo las tiendas, más de 50.000 muchachos.

Las casas de los Balila, como la magnífica inaugurada recientemente en Milán, en la calle Montevideo, casi al cruzar la de Valparaíso (hay siempre en Italia un poco de América, como siempre hay en el Plata un poco de Italia), son verdaderos modelos en su género, y férvidas colmenas de la adolescencia. Tienen palestras, baños, duchas, con agua caliente y fría, teatros de cuatrocientos asientos, consultorio para asistencia sanitaria, bibliotecas, refectorios, etc. Médicos y educadores curan en modo particular a los jovencitos y los vigilan a fin de que su desenvolvimiento sea constantemente equilibrado. Una de las innovaciones que dará óptimos frutos es la institución de la cartilla biográfica del escolar, que señala desde los orígenes todas las inferioridades físicas, de modo que se puedan combatir con tiempo las deficiencias. Naturalmente, el ambulatorio no se limita a diagnosticar, sino a curar y a dar medicinas gratuitamente.

Mientras estoy por firmar esta breve correspondencia, la radio transmite voces que tiemblan de conmoción.

Son niños de las colonias veraniegas que se suceden ante el micrófono. Dos veces por semana, cada colonia, por espacio de casi una hora, ofrecen un pequeño programa de variedades. Los niños que se encuentran cerca de Bolzano han enviado, por radio, un saludo colectivo a sus padres lejanos. Es como una esquela de amor filial confiada al espacio. Una treintena de ellos, extraídos por sorteo, llegan, por así decirlo, a firmarla, gritando al micrófono sus nombres, apellidos y lugar de origen. ¡Figuraos la conmoción de los padres que están escuchando!

Después de algunos días las partes se invierten. Son las madres de Roma las que salen al micrófono y lanzan sus saludos a los niños lejanos. "Mario, soy tu mamá. ¿Me escuchas? Están aquí, conmigo, todos tus hermanitos, y te mandan muchos besos".

Puedo asegurar a los lectores que aquellos que asistan a escenas de esta especie tienen lágrimas en los ojos: todos, sin excluir a nadie, desde los de 5 a los de 90 años, comprendido el popularísimo "Nonno Radio", es decir, el maestro César Ferri, que fué el ideador afortunado del pequeño diario radiofónico del niño, y de estas simpáticas conversaciones que avecinan a los pequeños a sus familias.

Raffaele Simboli

Las primeras carreras de caballos en Francia

Las carreras de caballos, tan populares hoy en Francia como en Buenos Aires, eran muy poco frecuentadas en otro tiempo. Fuera de un grupo de aficionados muy eruditos en cuestiones deportivas, los actos de los caballos no interesaban siquiera al público. No se hacían apuestas sino entre iniciados. Pero la Sociedad de mejora de la raza equina, en 1833, repartía entre los vencedores varias cajas de champaña.



El vendedor de bananas, enamorado. — ¡Me quiere mucho, poquito y nada!... Me...

(De *Le Journal Amusant*, París)

Era la edad de oro. Ya en 1836 las botellas de champaña estaban reemplazadas por premios en dinero.

Según Pablo Dienay, la primera carrera que mencionan las crónicas remonta a 1726. Fué, a decir verdad, menos una carrera que una apuesta entre el marqués de Saillans y el de Courtavaux. El primero había apostado seis mil libras con el segundo a que iría en treinta minutos de la reja de Versalles a la de los Inválidos.

Durante toda una semana la corte y la ciudad no hablaron sino de la apuesta de los marqueses, y sobre todo de un caballo, "exclusivamente alimentado con bizcochos y champaña". Los desocupados iban a ver preparar la larga pista, la que fué marcada con señales varias.

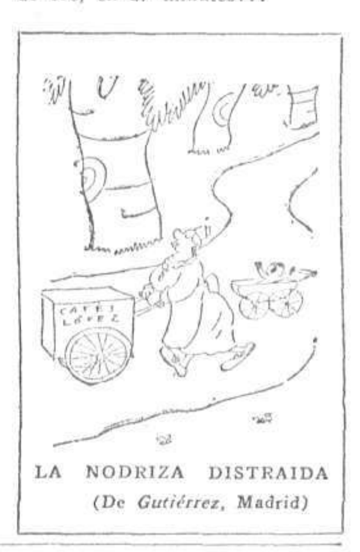
Señores y grandes damas, burgueses y burguesas, apostaban por uno u otro marqués. Y así llegó a jugarse una enorme cantidad de luises.

En el último momento, madama de Saillans se echó a los pies del rey Luis XV; y para calmar sus temores el monarca obtuvo que el marqués fuese reemplazado por un doméstico. La decepción fué grande; pero el tiempo era muy lindo y el novedoso espectáculo había interesado a las multitudes.

La carrera fué bien llevada. No obstante, el marqués de Saillans perdió sus seis mil libras, por una diferencia de dos minutos y treinta segundos.

Pero no tardó en tomar el desquite, a expensas del señor Dentrages. Se trataba esta vez de ir desde la Puerta de San Denis hasta Chantilly.

La señora de Saillans no se opuso entonces... y su marido ganó la bella suma de diez mil luises de oro, en 27 minutos...

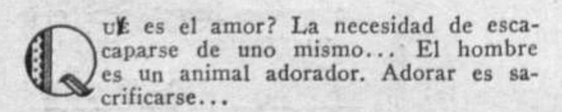


LA NODRIZA DISTRAIDA

(De *Gutiérrez*, Madrid)

EL AMOR Y LAS MUJERES, SEGUN LOS GRANDES AUTORES

BAUDELAIRE



QUÉ es el amor? La necesidad de escacaparse de uno mismo... El hombre es un animal adorador. Adorar es sacrificarse...

* Lo fastidioso del amor, es que es un crimen en el que no se puede prescindir de un cómplice...

* El hombre es siempre el animal adorador que se equivoca de ídolo.

* El amor quiere salir de sí mismo, confundirse con su víctima, como el vencedor con el vencido, conservando, sin embargo, privilegios de conquistador...

* El color violeta (amor contenido, misterio velado, color de canonesa)...

* Es bella y más que bella, es sorprendente. En ella abunda lo negro, y todo lo que inspira es nocturno y profundo. Sus ojos son dos antros en los que centellea vagamente el misterio y su mirada ilumina como el relámpago; es una explosión en las tinieblas. La compararía con un sol negro, si pudiera concebirse un astro negro derramando luz y dicha. Pero hace pensar más bien en la luna que la ha marcado indudablemente con su temible influencia; no la luna blanca de los idilios que parece una fría desposada, sino la luna siniestra y embriagadora, suspendida en el fondo de una noche tempestuosa y zarandeada por las nubes que corren; no la luna apacible y discreta visitando el sueño de los hombres puros, sino la luna arrancada del cielo, vencida y sublevada, que las Hechiceras Tesalias obligan duramente a danzar sobre la hierba aterrorizada... En su frentecita residen la voluntad tenaz y el amor a la presa. Y, sin embargo, en la parte baja de este rostro inquietante, en las que las aletas de la nariz aspiran lo desconocido y lo imposible, estalla con una gracia inefable la risa de una boca grande, roja, blanca, deliciosa, que hace soñar en el milagro de una flor soberbia abierta en un terreno volcánico... Hay mujeres que inspiran el deseo de vencerlas, pero ésta sugiere el deseo de morir lentamente bajo su mirada...

SELECCION DE BERNARDO MANUEL

DIBUJO DE ALICIA PEREZ PENALBA


Celosías de Hierro
EN 4 HOJAS
Construídas con zócalos de chapa 18, doble frente, tablillas encastradas en planchuelas, batiente de cierre tapajunta en una sola pieza y falleba de bronce niquelado. Las entregamos con una mano de antióxido, prolongando así la vida de la celosía.
Para Puertas o Ventanas de:
3.20×1.10 $ 47.60
3.00×1.10 „ 45.40
2.80×1.10 „ 43.15
2.60×1.10 „ 40.85
2.60×1.00 „ 38.20
2.40×1.10 „ 38.55
2.40×1.00 „ 36.30
2.20×1.10 „ 36.40
2.20×1.00 „ 34.20
2.00×1.00 „ 32.10
2.00×0.80 „ 28.10
1.80×0.80 „ 26.40
1.60×0.75 „ 24.05
Y MIL MEDIDAS MAS
Precios netos, ya efectuados los descuentos.
USTED GANARÁ DINERO
Si antes de comprar nos consulta.
43 años de experiencia nos autorizan a hacer esta afirmación.
PUERTAS
Nº 21103
En pino de 1½ pulg., con marco y herrajes colocados, de: 2.80 × 1.10
$ 48.88
Nº 11122
En pino de 1½ pulg., con marco y herrajes colocados, de: 2.20 × 0.80
$ 24.22
Nº 10158
En Cedro de 1½ pulg., con marco y herraj. colocados, de: 2.20 × 0.80
$ 59.—
CASILLAS
Casilla Nº 67
De metros 3.00×3.00. Construída con chapas canaleta galvd. y armazón de pino tea. Colocada, al contado
NETO $ 237.05
Casilla Nº 609
Compuesta de 2 piezas de mts. 400×4.00, cocina y baño de 2.00 por 2.00 y galería de 2.00×4.00. Construída con chapas canaleta galvd. y madera pino tea. Colocada, al contado
NETO $ 1.567.50
Casilla Nº 600
De 1 pieza de metros 4.00 × 4.00 y galería y galería de 1.50×4.00. Construída con chapas canaleta galvd. y madera pino tea. Colocada, al contado
NETO $ 712.50
PRECIOS NETOS
FACILIDADES DE PAGO
21103
11122
10158
$ 9.00 p. mes
Nº 67
$ 59.40 p. mes
Nº 609
$ 27.00 p. mes
Nº 600

Nueva vida da a su cutis

el Jabón Palmolive

que contiene aceite de oliva en abundancia



Este frasco muestra la cantidad de aceite de oliva que entra en cada pastilla.

DESDE hace muchos años el aceite de oliva se usó por primera vez para la belleza del cutis. Y sin embargo, en todo el tiempo transcurrido, no se ha hallado nada que lo suplante. Los aceites de palma y oliva usados en la antigüedad, son aún los mejores cosméticos del mundo. Hoy, en el Palmolive, una mezcla de estos aceites naturales ofrece a Vd. la más segura protección que puede ansiar un cutis encantador.

La espuma del Palmolive penetra en los poros, librándolos fácilmente de impurezas... dejando el cutis suave, aterciopelado, fresco y lozano.

Compre Vd. 3 pastillas y comience el tratamiento de belleza recomendado por más de 20.000 especialistas. Convénzase por sí misma que el Jabón Palmolive, por su contenido de aceite de oliva, conservará su cutis suave, terso, sano y juvenil.

Siga este tratamiento de belleza:

De mañana y por la noche dése un buen masaje en el cutis con la rica espuma del Palmolive. Enjuáguese bien. Séquese con suavidad. Observe en su cutis el efecto de este delicado cuidado diario.

BUENOS AIRES, 11 DE NOVIEMBRE DE 1933

AÑO XXXVI ◆ CARAS y CARETAS ◆ NUM. 1832

JOSE S. ALVAREZ
Fundador



CUADROS CELEBRES

SAN ANTONIO ABAD VISITA A SAN PABLO

VELAZQUEZ

MUSEO DEL PRADO - MADRID

Nuestros niños



MANUEL
ISLA
GREGORINI

♥ ♥



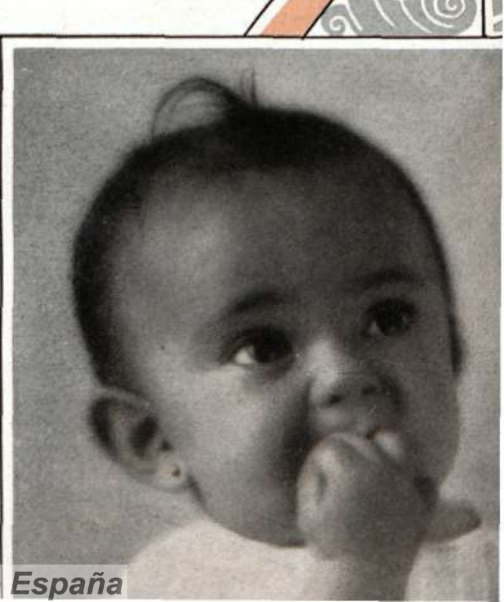
MARIA MATILDE
MANGUDO ESCALADA



GRACIELA
CASADO ♥



♥ BEATRIZ
MORIXE
GASCON



ERNESTITO
SILAS
JOHNSON ♥

Fotos de Vargas Machuca,
René Hardy, Bencic y Graf

Interesante aspecto del campo deportivo de la Farnesina durante una reunión de gimnasia colectiva, realizada bajo la dirección de instructores oficiales.

"CARAS Y CARETAS" EN ITALIA

LA PASION POR LOS DEPORTES

POR RAFAEL SIMBOLI

Lea en las primeras páginas el texto correspondiente a esta nota.

Durante una exhibición pública de gimnasia colectiva, en uno de los grandes estadios italianos, frecuentados en la actualidad por millares de jóvenes entusiastas.

ASOCIACION
COOPERADORA DE LA ESCUELA "ALBERDI"



Una clase al aire libre, por alumnos de segundo y tercer grados.

Un detalle de la clase de lectura.

Formados en el patio al iniciarse la distribución de pan.

Un alumno abstraído en la lectura de una página emocionante.

"HOGAR y ESCUELA"

SUPERIOR NUMERO 5 DEL CONSEJO ESCOLAR XV



Niños de cuarto grado en un reñido match de fútbol.

La hora del pan y de la copa de leche.

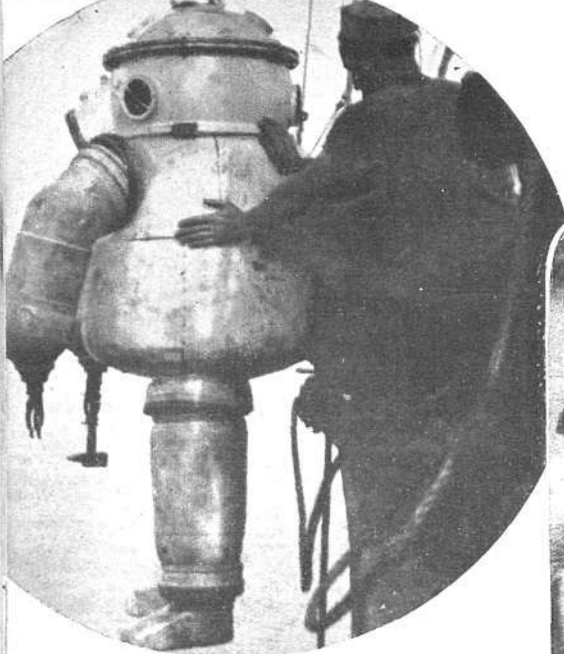
La profesora de tercer grado dictando una clase de historia.

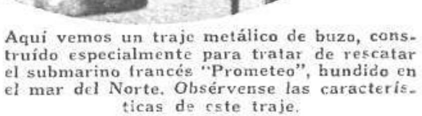
El saludable y delicioso ejercicio de las hamacas.

El cuadro de fútbol, con los jugadores titulares y suplentes.

CARAS Y CARETAS

NOTAS





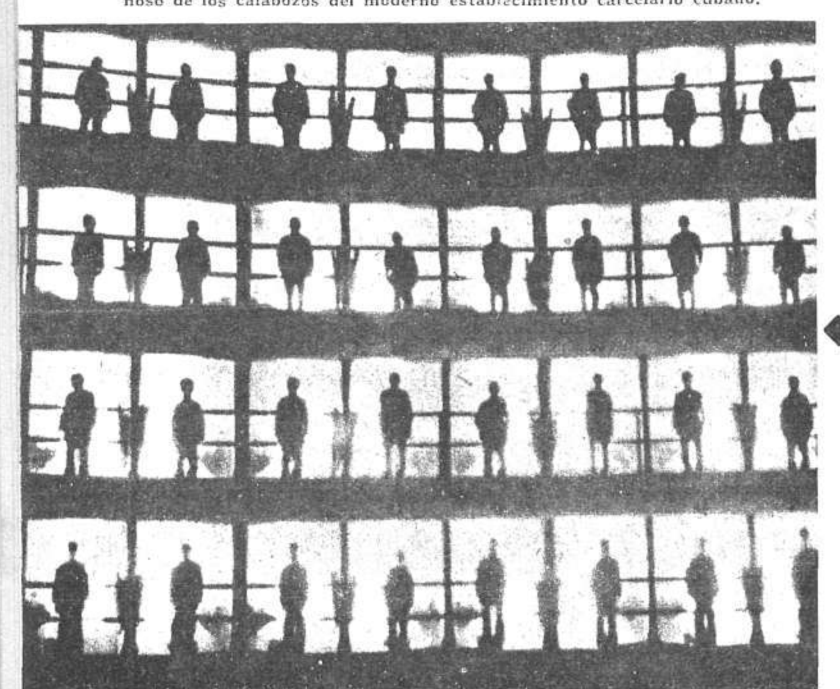
Aquí vemos un traje metálico de buzo, construído especialmente para tratar de rescatar el submarino francés "Prometeo", hundido en el mar del Norte. Obsérvense las características de este traje.

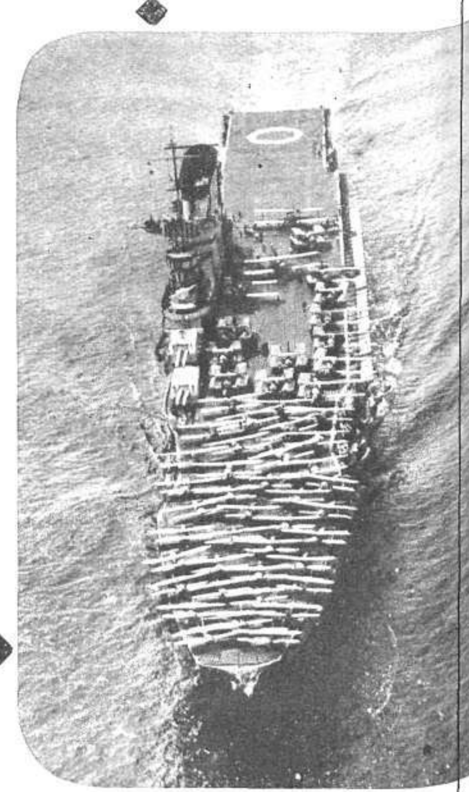


En Inglaterra el "camping" es una institución, y es común ver en las campiñas pintorescas estas pequeñas casas portátiles que se acoplan al automóvil y en cuyo interior se tienen todas las comodidades.

Interesante instantánea tomada en el momento en que fuerzas policiales norteamericanas arrestan a la mujer de Marvin Barrow, famoso saltrador de caminos. En el suelo se ve sentado al bandolero, que resultó seriamente herido en el combate con la policía.

Interesante fotografía de la "llamada a lista" en el presidio de La Habana. Las figuras de los presidiarios se destacan en negro sobre el fondo luminoso de los calabozos del moderno establecimiento carcelario cubano.





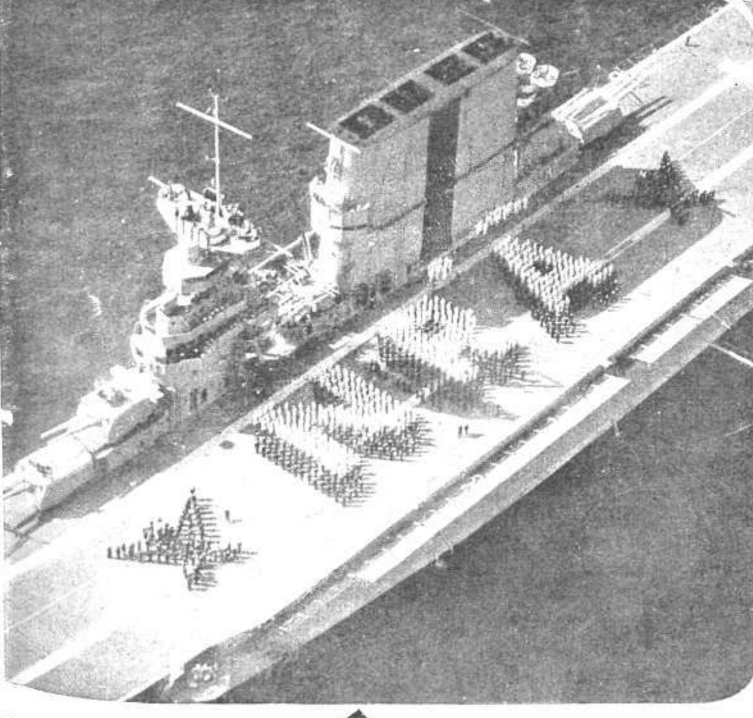
He aquí una interesantísima foto aérea de la cubierta del buque portaaviones "Lexington" de la marina norteamericana, durante las últimas maniobras.







Arco de entrada a la ciudad de Puno, Perú, situado en un extremo de la calle principal. Su origen se remonta a la época de la colonia.



Los norteamericanos han desarrollado una colosal propaganda acerca del plan de reconstrucción financiera del presidente Roosevelt. Aquí vemos a la tripulación de un portaaviones formando las letras N. R. A.



Estas parejas, unidas, no se sabe si a pesar de ellas, por los labios, están entregadas a la tarea de batir un récord de duración del beso. El concurso, claro está, se realizó en Norteamérica.



Arriba, un tripulante del portaaviones "Furious", y a la izquierda, el señalero del mismo buque, en sus respectivas funciones durante las últimas maniobras de la escuadra británica, en un simulado ataque con gases.



La gigantesca escalera del cuerpo de bomberos de Rosario. Fué exhibida en un reciente festival.



El profesor uruguayo doctor Carlos Negrotto, pronunciando su discurso al ser recibido en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires.



El rector de la Universidad, el decano de la Facultad de Medicina y el doctor Centeno con los médicos que fueron premiados por sus clasificaciones y sus obras.



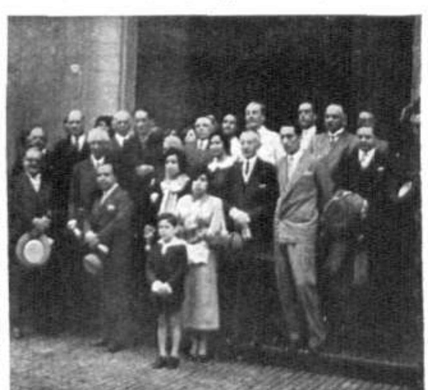
Personalidades argentinas y brasileñas que presidieron en la Facultad de Ciencias Económicas el acto a que dió lugar la inauguración de un busto de Ruy Barbosa.



El embajador norteamericano, míster Weddell, el ministro de Agricultura don Luis Duhau, y asistentes a la comida anual de la C. de Comercio de los E. Unidos.



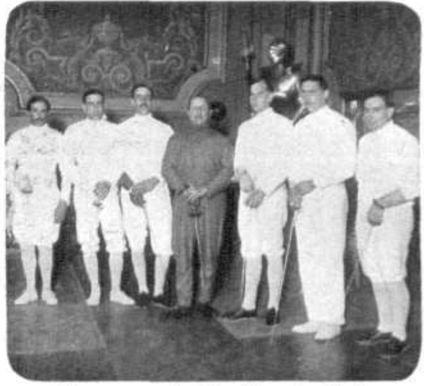
En uno de los salones del Círculo Argentino de Autores, durante la recepción en honor de los legisladores que confeccionaron la nueva ley de propiedad literaria.



Asistentes al acto de colocación de una placa en la terminación de la calle que lleva el nombre de don Gervasio Antonio de Posadas, cuya memoria recordóse.



El internacionalista limeño doctor Alberto Ulloa Sotomayor, con los caballeros bolivianos que lo obsequiaron con un almuerzo en el comedor del Jockey Club.



El gran esgrimista Eugenio Pini, con algunos de sus discípulos civiles y militares, en el homenaje que se le hizo al cumplir sus bodas de oro con la esgrima.



Asistentes al banquete ofrecido al doctor Monner Sans por el éxito de "Yo me llamo Juan García". Fué invitado de honor el doctor Gómez Masía, coautor de la obra.



NOTAS DE

Damas, señoritas y caballeros que concurrieron al Alvear Palace, a la inauguración de la exposición de retratos del estudio Schönfeld.



En la Mutualidad de Estudiantes de B. Artes. El ministro de Bolivia y el público, en la inauguración de la muestra de Reque Meruvia.





El Dr. Gonzalo Bosch, en compañía de damas de la L. de Templanza del C. N. de Mujeres, después de pronunciar su conferencia.





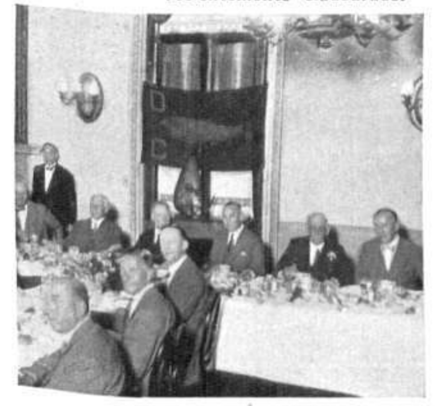
Caballeros que fueron comensales en el banquete servido en honor de los delegados al Congreso de Historia Nacional y Americana, recientemente clausurado.



Público que asistió, en la Facultad de Ciencias Económicas, a la recepción del nuevo académico doctor Ernesto Hueyo, que pronunció una conferencia.



Los doctores De Yriondo, Sagarna y Pico, presidiendo el acto inaugural del busto del doctor Antonio Bermejo en la Escuela Superior Comercial de Mujeres Nº 2.



Un aspecto parcial del comedor del Club Inglés durante el banquete de camaradería que celebran anualmente los componentes del Dorado Club.



Cabecera de la mesa servida en honor del escultor Arturo Dresco con motivo de la inauguración de la puerta historiada en homenaje al maestro.



El ministro del Interior, doctor Melo, y distinguidos jurisconsultos, todos ellos asistentes a la comida de abogados recientemente organizada.



Distinguido grupo de señoritas que participó en la fiesta a beneficio de las Obras de Asistencia Social de la Colectividad Italiana, a bordo del "Conte Grande".



El doctor Roca, el señor Chiappori y parte de la concurrencia en la inauguración de la Exposición de Pintura de la Escuela Francesa, siglos XIX y XX.



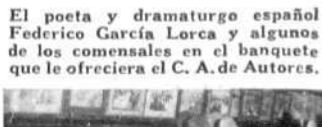
El senador nacional doctor C. A. Bruchmann, después de haberle entregado el señor A. Marguignot un pergamino firmado por 600 vecinos de la sexta circunscripción.

LA CAPITAL



El arzobispo de Buenos Aires, el embajador de España y parte de los concurrentes a la inauguración del nuevo Hospital Español.

Niños que participaron en la fiesta infantil realizada en honor de Jorge Adolfo Mazzinghi, que tomó la primera comunión.



El poeta y dramaturgo español Federico García Lorca y algunos de los comensales en el banquete que le ofreciera el C. A. de Autores.







Maniobras en Calamuchita



El regimiento 4 de Artillería vadeando el río San Pedro, durante los ejercicios realizados con éxito en Santa Rosa de Calamuchita.



Los servidores de dos baterías dispónense a emprender la retirada después de una tarde rica en incidencias militares.



Una de las carpas de oficiales, en el potrero de Tutser, donde acampan el 4 de Artillería y el 13 de Infantería.



Un conscripto comunicándose por señas con el compañero distante.



Una pieza de artillería cubierta por una red a fin de evitar que la divisen los aviones.



Después de una larga marcha, una compañía del 13 de Infantería renueva sus energías al borde de un camino.



El teniente coronel Badaró, jefe del 4 de Artillería, y sus oficiales, estudiando los planos del lugar donde se desarrollaron los ejercicios.



MADGE EVANS

ESTRELLAS
DEL • CINE

POSTALES FEMENINAS



Dora Casterán.

Lyda Marenco Lezama.

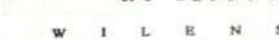


Estela Walter.



Zaida Gallo del Carril de Acevedo Díaz.

F O T O S   D E   W I L E N S K I

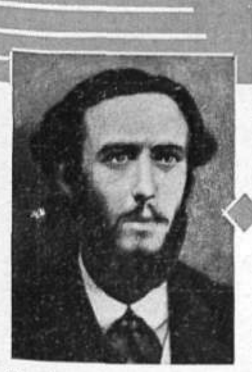


El jefe de la valiente "Escuadrilla Sol de Mayo", coronel Angel María Zuloaga, con su esposa María F. Martínez de Zuloaga y su hermano el prestigioso abogado y escritor doctor Manuel Antonio Zuloaga, comentan con Seiza Reilly las aventuras del heroico "raid" al Brasil, que pueden leerse en las primeras páginas.

Sargento mayor Manuel Antonio Zuloaga, compañero del general San Martín en los Andes, y abuelo de nuestro gran aviador.

Sargento mayor Alejandro Zuloaga, también del ejército de San Martín en la Cruzada Libertadora y tío abuelo del coronel.

La heroica hazaña criolla del coronel Angel María Zuloaga y de sus compañeros de aviación



Santiago Zuloaga, padre del coronel y miembro de una ilustre familia mendocina, dos veces centenaria.



El coronel Zuloaga con su valiente esposa, María Florinda Martínez de Zuloaga, y sus hijitas: Esther y Dolores Josefina.

Doña Primitiva Argumedo de Zuloaga, madre del coronel Angel María Zuloaga.

Leopoldo Zuloaga, tío del aviador y talentoso hombre de letras, fallecido en 1881.

La Biblioteca del Consejo celebrado su XXV

Acontecimiento de transcendental importancia que ha jalonado desde hace un cuarto de siglo el desenvolvimiento progresivo de la obra educadora realizada en nuestro ambiente por la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, su Fiesta del Libro ha sido incorporada con carácter oficial por el Gobierno de la Nación a las grandes manifestaciones de la cultura argentina.

Cabe recordar que la Fiesta del Libro es fundación exclusiva de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres e iniciativa de su ilustre fundadora, la matrona argentina doña Emilia Lacroze de Gorostiaga, y que su programa abarca el reparto profuso de libros a todos los ámbitos del país.

Entre los diversos actos realizados dentro del programa de la Fiesta del Libro, se ha destacado con éxito brillante la actuación del curso de arte escénico mixto, iniciado en el mes de abril del presente año, bajo la dirección de la señorita Clotilde Milano, diplomada profesora de declamación en la Biblioteca. La alta crítica ha consignado, en la prensa de reconocida autoridad, que la obra elegida para exponente del curso, "Marianela", de Pérez Galdós, teatralizada por los hermanos Alvarez Quintero, "tuvo una interpretación irreprochable, perfecta".

Señoritas Nenetta Troiani y señor Giácomo Franza, en la interpretación de "La Partida a Scacchi", de Giuseppe Giacosa.



Señoritas Haydee Stagnara, María Luisa García, María Teresa Durán, Margarita Bioy Lanusse, María E. y Marta Carlé Huergo, Amalia Vidal, Aurora Diez y Jeanine Velland, en "La Princesse Lointaine", de E. Rostand.



Señorita María Esther Carlé Huergo en la interpretación del segundo acto de "La Gloire", poema escénico del gran poeta francés Maurice Rostand.

Nacional de Mujeres ha Fiesta del Libro ▼

La señorita Suzanne Barrier, titular de la cátedra de dicción francesa, organizó el exponente de sus alumnas, rindiendo homenaje a la familia Rostand, gloria de las letras francesas. El curso de idioma italiano, bajo la dirección de su profesora, señora Silvia R. de Amadori, ha ofrecido a su vez una demostración de su capacidad, con la correcta interpretación de las comedias "Il Budino ai Funghi" y "La Partita a Scacchi", de Giacosa.

Se cerró la serie de los actos preparados para celebrar la Fiesta del Libro, con la disertación a cargo de la señora Emilia Coronado, diplomada profesora con medalla de oro, en los cursos de literatura castellana que dicta la doctora Gisberta S. de Kurth.

Al celebrar, pues, en forma tan brillante su Fiesta del Libro, la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, cuyos destinos ha orientado con tan claro talento y perseverancia su presidenta vitalicia doña Carolina Lena de Argerich, ha rubricado honrosamente la forma en que cumple la misión de progreso espiritual que la patria exige, labrando luminoso y profundo surco en el corazón y el pensamiento de las jovencitas que cursan sus estudios en el ambiente de cordial cariño que les ofrece el hogar intelectual de la institución.



Señora Sarah L. Olivari de Lagos y señor Ernesto P. Bustamante, que interpretaron los papeles principales de *"Marianela"*.



Señora Emilia Coronado, profesora egresada con medalla de oro de los cursos de literatura castellana de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres.



Alumnos del curso de arte escénico de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres que, bajo la dirección de la señorita *Clotilde Milano*, interpretaron "Marianela", adaptación escénica de la novela de Galdós, por los Quintero.



La señora Ana Bernal de Justo con sus tres nietos: Otilia Sánchez Justo, Eduardo Sánchez Justo y Virginia Segura Justo.

Impresiones de la señora Ana Bernal de Justo sobre el viaje al Brasil y al Uruguay

El extraordinario espectáculo de la llegada. – Una alegría inesperada. – Buenas amigas al servicio de la confraternidad. – El solemne tedéum oficiado en la iglesia de la Candelaria. – Bendición de los Himnos de la Paz.

(Lea en las primeras páginas el texto de esta nota, que firma Raúl Doria)



La actitud de expectativa de los nietitos del Presidente demuestra que todos los chicos creen todavía en las promesas de los fotógrafos.
FOTOGRAFIAS ESPECIALES PARA "CARAS Y CARETAS".

Las fiestas hípicas de Venado Tuerto

Señorita de Duggan y señor T. Ezcurra.



Señoritas de Duggan, Torney, Hearn y señor Elortondo y señora.



Señorita de Wiadkam y señores Duggan y Backhouse.



Señoritas de Cavanagh, Kenny y Murphy.



Señorita Cora Cavanagh y señor Duggan.



Señoritas de Scott, Sosa y Furcada.



Señorita de Kenny y señor F. Duggan.

Señorita Liana Wiadkam.



Señor Luis Duggan, ganador de la carrera de 1200 metros.

Señorita Cora Cavanagh

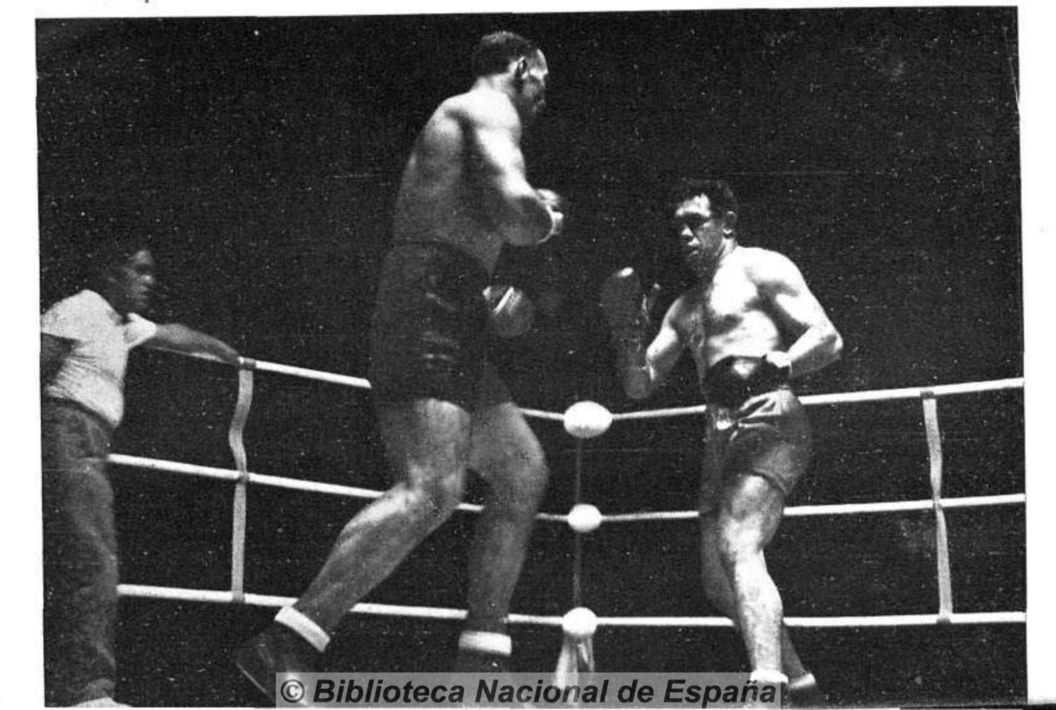


Primo Carnera, que dominó ampliamente, dobla al vasco, cuya resistencia le permitió no caer K. O. ante los feroces martillazos del campeón mundial.

El sensacional match Carnera - Uzcudún

Fotos enviadas especialmente por Rafael Símboli, nuestro corresponsal en Italia.

Paulino, acorralado en su ángulo, espera la arremetida del gigante italiano, que se empeñó, en vano, durante los quince rounds, en tender a su adversario sobre la lona.



Campeonato argentino de polo

Los delanteros de Los Indios, sobre el arco de Santa Paula, convierten uno de los tantos del partido entre los equipos nombrados, resultando vencedor Santa Paula por 12 goles a 5.

El gran partido de fútbol del domingo

Una interesante escena del gran partido que ganó San Lorenzo de Almagro contra Boca Juniors por dos goles contra cero, en la que se ve a Silveyra y Petronilo disputándose la pelota, mientras Benítez Cáceres se halla a la expectativa. La lucha fué presenciada por 60.000 personas.


A MI VOLUNTAD:
por EUGENIO · JULIO IGLESIAS
Desciende al alma paz de muerte
Cuando de mí se aparta tu presencia.

Y una inquietud de Dios en ansias de obra
Cuando a mí vuelves, Palas de acero nunca ocioso.

Hiéreme de continuo
Y no te marches:
Prefiero, con los pies desnudos,
Enrojecer las piedras más hostiles,
Por caminos que van a un mediodía.

(La llama de una hoguera que marchase
Me alegra más que un sueño de rigidez extática;
Difundir un vibrante haz solar sin ocaso,
Más que un palor nocturno).

Y tú eres la potencia
Capaz de conducirme
Desde mi soledad
— Mi oscuro punto de partida —,
Por sobre un bosque inmóvil, de naves sin destino,
Que arrojaron sus anclas pesadas de fracasos;
Por sobre un mundo triste de florecer espectros,
Hacia la Eternidad donde mi Yo me espera.

Anula en mí la paz y púnzame sin lástima.
Y dame esa inquietud estremecida
De más allá, esa pura razón de merecerme.

Y no te marches: para no hallar en mí reposo.
DIBUJO DE
EDUARDO
ÁLVAREZ
Eugenio Julio Iglesias

¡DE LAS ACADEMIAS, LIBRANOS, SEÑOR!

Un grupo de intelectuales franceses ha visitado recientemente al gran humorista Tristán Bernard, rogándole dé su nombre para el sillón que hay vacante en la Academia Francesa.

—Imposible, queridos — replicó el gran humorista; — sobradamente conocen ustedes mi opinión sobre este asunto.

—¿Y si le trajéramos el nombramiento, sin solicitarlo, en bandeja de plata?

—Pues les devolvería el nombramiento y me quedaría con la bandeja.

OPERA FLAMENCA

El notable recitador malagueño González Marín visita en su despacho al gobernador civil de Málaga para quejarse de desconsideraciones y atropellos perpetrados contra él por el alcalde de Cártama.

González Marín, fuertemente excitado, exclama:

—Señor gobernador: ¡si usted no mete en cintura al alcalde, voy a dar un espectáculo!

Fernández Mato interrumpe:

—¿Y a cómo pone las butacas?

ERA UN QUESO

Lectura de obra en un teatro de Madrid. Algunas escenas giran en rededor de un cuadro de Fragonard, preparando una situación con música, trajes y muchachas.

Se repite una y otra vez el nombre, y siempre que se pronuncia, la "vedette" lanza una carcajada.

El autor la mira un poco sorprendido al principio, inquieto después y, al fin, se dirige a ella tímidamente:

—No comprendo que le haga tanta gracia Fragonard.

—Es que está muy bien traído el chiste.

—¿Pero qué cree usted que es?

—Sé perfectamente — contesta picada la "vedette" — que Fragonard, en francés, es queso.

LOS ARGUMENTOS CONTUNDENTES

Presentaron a Paulino Uzcudun una señorita, quien le preguntó:

—Me va usted a sacar de una duda. ¿En qué consiste que todos los boxeadores son ñatos?

—Señorita — replicó el púgil, — muy sencillo. En nuestra profesión, al que no lo es de nacimiento, lo hacen.

Por los caminos del mundo
Anécdotas

BENAVENTINA

Un empresario teatral, muy conocido por la habilidad, un poco acrobática, con que sabía salvar las agresiones de los actores que dejaba abandonados en sus "tournées" desgraciadas, un día, actuando en Madrid, recibió un anónimo que decía:

"Es usted un ladrón".

Cuando, indignadísimo, trataba de descubrir al autor por la letra, hizo su aparición Benavente, al que el empresario pidió ayuda.

—Es extraño — murmuró don Jacinto, con el papelito entre los dedos y una fina sonrisa en los labios. — Parece la letra de un comisario amigo mío.

DUELO ECONOMICO

Dos literatos, después de una violenta discusión, se desafían y salen juntos a la calle.

—Supongo que no nos vamos a pegar aquí — dice uno en la puerta.

—Naturalmente — contesta el otro, al tiempo de detener un "taxi"; y, de común acuerdo, dan la dirección de un sitio apartado.

Después de unos minutos de mutismo dice uno en tono grave:

—¿Llevas dinero para el "taxi"?

—Yo no, ¿y tú?

Ahí acabó el desafío y el chofer pasó al primer plano.

ORNITOLOGIA

Le decía don Miguel de Unamuno, en Fuerteventura, a un señor que había ido de Tenerife a visitarle:

—Ustedes, los hijos de las Islas Afortunadas, no son muy dados a hacerles el caldo gordo a los políticos de oficio.

—¡Ca! — le contestó el visitante. — ¡Buenos pájaros somos los canarios!

ANEMIA ISRAELITA

Se lamentaba la mujer de un gran violinista israelita alemán, muy "snob" ella:

—¡Qué vergüenza, haberle expulsado de Alemania! Y le advierto a usted que tiene muy poca sangre judía en sus venas...

Entonces, un correligionario del virtuoso, que había escuchado la conversación, terció para añadir:

—Es la primera vez que oigo decir que su esposo de usted estuviera anémico...

LA VACUNA DE DON PIO

Sí, sí, desde luego — decía don Pío Baroja a un visitante que le censuraba su aislamiento. — Yo también considero esto un defecto, pero como me preserva de la estupidez endémica, lo acepto como acepto las vacunas, que también son un defecto, pero evitan la viruela.

Suplemento femenino de "Caras y Caretas"

Por BIJOU

LOS PEQUEÑOS GRANDES DETALLES DE LA ELEGANCIA

LA moda actual brinda una variada selección en guantes y carteras de hilo y de algodón para acompañar los vestidos realizados en esta misma clase de telas. El grabado de la parte superior muestra un elegante estilo de guantes y cartera en piqué rayado, acentuándose en esta última la originalidad de un gran moño que la adorna y su cierre de galalit azul.

También esta temporada, como en la pasada, predomina el uso de los monogramas cromados o en esmalte, buscándose que su tono armonice o contraste con el del vestido que se lleva. En esta página pueden observarse dos prendedores que se prestan para ser colocados indistintamente en los moños, en el sombrero, en las echarpes o en las corbatas.

Los modistos no sólo se preocupan de consultar el aspecto elegante y original de sus creaciones, sino que a la vez procuran estar a ritmo con las estrecheces económicas. Así lo prueba la realización de la novedosa cartera que muestra el grabado de la parte inferior, que puede usarse jugando con el tono del vestido que luzcamos, para lo que basta cambiarle las manijas, que también ilustramos, mediante unos tornillitos de que vienen provistas.



La "toilette" que conviene

DEDICAMOS esta página a un conjunto de trajecitos y delantales que se prestan admirablemente para que los niños los luzcan en sus juegos, en los jardines y en los parques. Son muy prácticos y sencillos, y pueden confeccionárselos indistintamente en algodón — bonitamente diseñados en diagonales, — en hilo, piqué o cualquiera otra tela que, como éstas, permita el lavado con frecuencia y sin inconvenientes.

La niña que toma la regadera se muestra muy coquetita con su delantal de hilo escocés, en el que no falta un amplio bolsillo que le sirve de caja de caudales de todas sus chucherías.

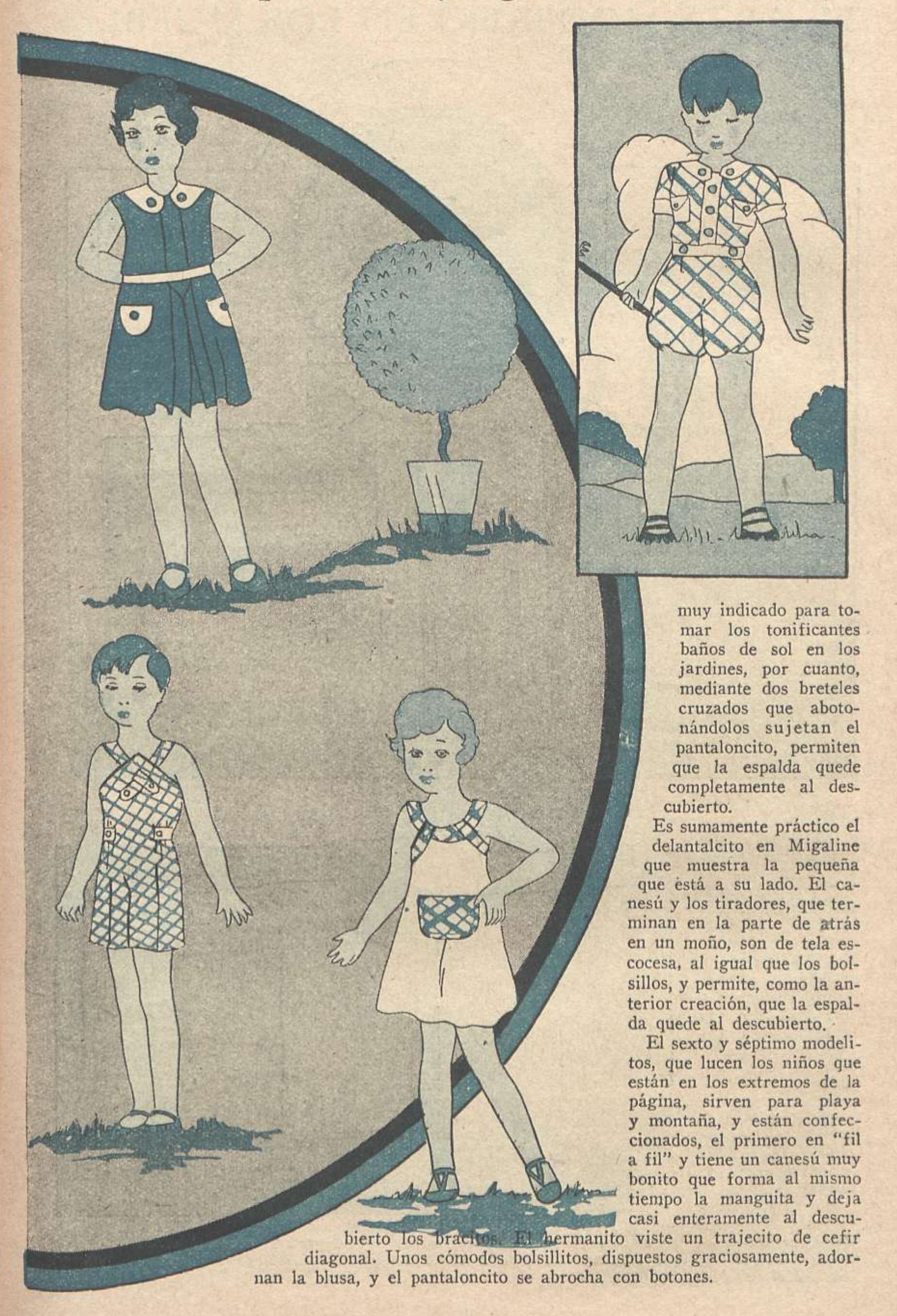
La que está a su lado no tiene por qué mostrarse menos presumida, pues luce un bonito vestido en linón azul en el que pone su discreto toque blanco el cuellito y los bolsillos que son en este tono.

La niña de la parte de abajo está también diciendo toda su alegría, porque la mamita tuvo el buen gusto de enjoyarla con ese trajecito de batista de hilo, adornado con menudos pliegues que permiten a un mismo tiempo concederle mayor amplitud a la creación.

El cuarto modelito está confeccionado en piqué a cuadritos y es



a los niños para sus juegos

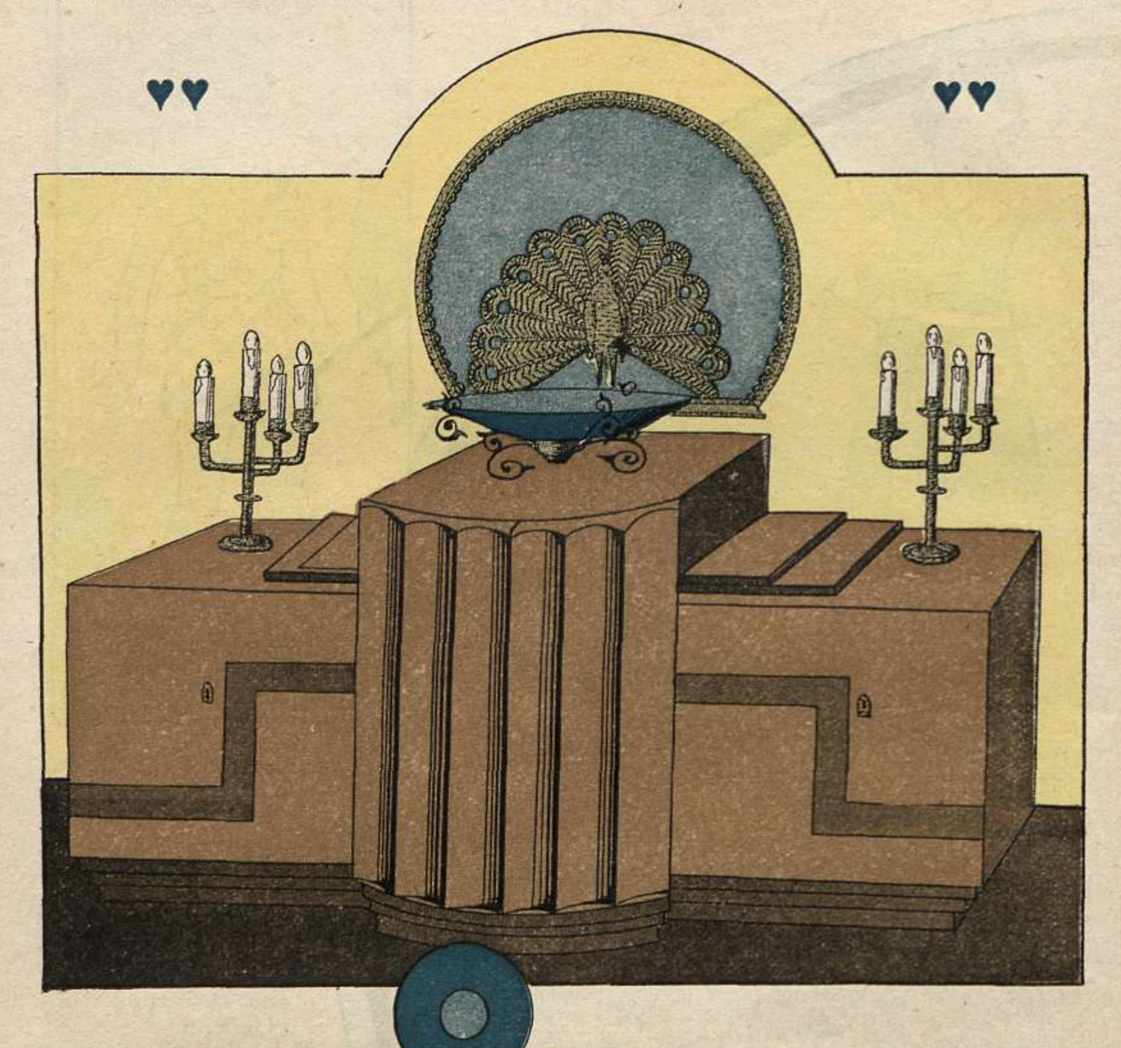


muy indicado para tomar los tonificantes baños de sol en los jardines, por cuanto, mediante dos breteles cruzados que abotonándolos sujetan el pantaloncito, permiten que la espalda quede completamente al descubierto.

Es sumamente práctico el delantalcito en Migaline que muestra la pequeña que está a su lado. El canesú y los tiradores, que terminan en la parte de atrás en un moño, son de tela escocesa, al igual que los bolsillos, y permite, como la anterior creación, que la espalda quede al descubierto.

El sexto y séptimo modelitos, que lucen los niños que están en los extremos de la página, sirven para playa y montaña, y están confeccionados, el primero en "fil a fil" y tiene un canesú muy bonito que forma al mismo tiempo la manguita y deja casi enteramente al descubierto los bracitos. El hermanito viste un trajecito de cefir diagonal. Unos cómodos bolsillitos, dispuestos graciosamente, adornan la blusa, y el pantaloncito se abrocha con botones.

EL ARTE MODERNO EN LOS MUEBLES



El arte moderno se impone por su sencillez de líneas. Los muebles que ilustran esta página, un aparador y un trinchante, enchapados en nogal y que pueden ser adornados con candelabros, centros de mesa de Murano, platos de porcelana o potiches, son dos realizaciones magníficas en las que predomina la más neta tendencia de estilización.

Por sus dimensiones y su practicidad, se prestan admirablemente para adoptarlos en los departamentos modernos, donde siempre hay que consultar el espacio como condición esencial para su amueblamiento.

Correo de Bijou



Teresa, Marcos Paz. — De acuerdo con su pedido, me ha sido particularmente grato diseñarle una bonita echarpe de Shantung rayado que se sostiene por medio de una presilla abotonada y que le sentará muy bien con su vestido verde.

Una dama, San Juan. — Esa cantidad de tela que posee es suficiente para confeccionarse la falda. No le aconsejo, empero, que a la blusa que va a usar con ésta le ponga encajes. Adórnela más bien con la misma tela con la diferencia solamente de que sea en un tono más oscuro. Sus cordiales palabras de estímulo y de elogio comprometen mi gratitud hacia usted, y por lo mismo, se las agradezco muy sincera y cariñosamente.

Lolita, Capital. — Dado el carácter de confianza que ampara esa vieja amistad, lo correcto es que, además de la invitación por escrito, le reitere usted personalmente su placer de contar a esa familia entre los invitados a la fiesta.

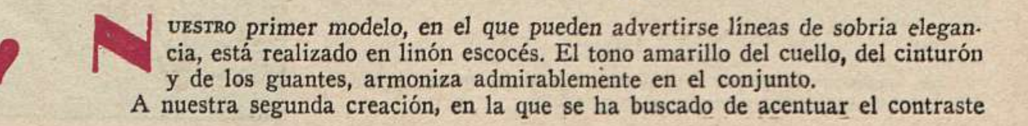
Una recién casada, Capital. — Antes que nada, permítame que la felicite por sus buenos propósitos y sus mejores tendencias, pero eso de que una mujer guste de causarle buena impresión a su esposo presentándose ante él con todos los secretos de conquista que usara cuando novia, es muy loable y digno de aplauso, pues a la par que una satisfacción personal le brindará a él la seguridad de estar junto a una buena compañera. Deduzco, pues, por su carta, que es usted muy hacendosa y de buen gusto, y le aconsejo persevere siempre en esa misma línea de conducta.

Y ahora, pasando a su pedido, le he creado ese bonito delantal, que está realizado en cefir, y que asimismo puede hacerlo en hilo, si lo prefiere, en escocés o a lunares. Esos dos tiradores que van cruzados se abrochan en la cintura. Además, esos tablones le permitirán darle una pequeña amplitud con lo cual tendrá, en resumen, una prenda útil, práctica y no exenta de graciosa y discreta elegancia.

Polola. — En este mismo número encontrará usted los modelos de vestidos que desea.

Rosarina inquieta. — Tengo la seguridad, amiguita mía, que esa blusa le sentará bien, siendo de esa clase de tela, que, por lo demás, se usa muchísimo. También estoy muy de acuerdo con ese estilo de mangas que es lo más moderno en ese sentido.

EN LOS MODELOS AC



NUESTRO primer modelo, en el que pueden advertirse líneas de sobria elegancia, está realizado en linón escocés. El tono amarillo del cuello, del cinturón y de los guantes, armoniza admirablemente en el conjunto.

A nuestra segunda creación, en la que se ha buscado de acentuar el contraste

TUALES PREDOMINA LA SOBRIEDAD



del tono claro y del obscuro y que está confeccionada en "Shantung bleu", le prestan valiosos ornatos los tablones de la falda y la monísima echarpe, de la misma tela que la del vestido, pero en color mucho más obscuro, que forma a la vez un gracioso moño. El cinturón, los zapatos y el sombrero hacen "pendant" con la echarpe.

En tela de algodón y adornada con vainillas blancas es el tercero de los vestidos que ilustran esta página y en el cual puede observarse la simplicidad de la pollera que no tiene más que una tabla encontrada.

El cuarto de los modelos es un elegante vestido en "marrocain" estampado. Lleva un cansú de un solo lado que termina en un gracioso moño y forma cintura drapeada.

De "viole" verde con pequeños pliegues en la pollera y formando un canesú vainillado a trechos es la quinta de las creaciones que hoy presentamos a nuestras lectoras, en la que se ha consultado por igual la sencillez de sus líneas y la discreción de sus detalles.



Por CHEF

COCINA ESPAÑOLA

PONCHE DE JEREZ

2 naranjas cortadas.
1 limón en rebanadas.
Todo en un recipiente.
Rociar con azúcar.
Cubrir con hielo picado.
2 vasos de jerez.

ALMUERZO

Cabeza de ternera a la vinagreta.
Sopa de cabellos de ángel.
Huevos empanados.
Caracoles.
Compota de ciruelas.
Frutas. Café.

CENA

Sopa de puré de papa.
Espárragos en salsa blanca
Bacalao en manteca requemada.
Filetes a la cordobesa.
Torta de manzanas.
Frutas. Café.

RECETAS

CABEZA DE TERNERA A LA VINAGRETA

Quitarle los pelos sumergiéndola en agua hirviendo, deshuesarla ligero y dejarla durante una hora en agua. Enjuáguese y úntese con limón. Envuélvase en un lienzo. Póngase en una cacerola harina, pedacitos de tocino, dos zanahorias, sal, dos cebollas, dos clavos de olor y echar agua hasta llenar la cabeza. Déjese cocer durante tres horas. Una vez a punto, colocarla sobre un plato y dejarla escurrir bien. Se abre el cráneo para quitarle los huesos que cubren los sesos, tapándolos con un manojo de perejil. Adornar la fuente con perejil. En una ensaladera hágase la siguiente salsa: Cebolla y perejil machacados, pimienta, sal, aceite y vinagre.

CARACOLES

Dos o tres días antes del indicado *para ser comidos, se empiezan* a lavar cada dos o tres horas en agua con abundante sal para que echen toda la baba. Luego se depositan en seco. Al momento de cocinarlos, se ponen en agua fría sobre el fuego vivo, hasta que estén algo cocinados. Aparte se hace una salsa como para tuco, es decir: Se pica cebolla, se hace dorar, se agregan hongos picaditos, salchicha picada, zanahorias ralladas, una hoja de laurel. Se hace cocinar bien y se añade bastante pimentón, y aji molido. Para espesar la salsa se agrega pan rallado según la cantidad de salsa que haya. Se incorporan los caracoles. Se hacen hervir en la salsa y se sirven.

REPOSTERIA

TORTA DE MANZANAS

Con buena mermelada de manzanas, bátanse más yemas que claras de huevos. Añádase suficiente cantidad de azúcar, nuez moscada raspada y extiéndase sobre una capa de masa de hojaldre de seis o siete vueltas (explicada anteriormente). Levántense los bordes y póngase en una lata o sobre una hoja de papel, al horno, hasta que esté dorada.

CHEF ACONSEJA

Asar a la parrilla, a fuego fuerte, la mitad de una costilla, durante 10 minutos; el bistec, 7 minutos; una chuleta de carnero, 6 minutos, así como las chuletas de ternera o cerdo; empanadas, 12 minutos.

Colocar la parrilla para asar sobre una superficie plana de cenizas y brasas que rebase de dicha parrilla unos cuatro dedos todo alrededor.

Evitar que la grasa se enrancie, preservándola del aire, vertiendo sobre la superficie una capa de alcohol fino.

CHEF CONTESTA A SUS LECTORES

Una lectora de la Capital. — Ensaye de colocarlo lentamente por papel de filtro. El almíbar debe hacerlo para 6 naranjas: una taza de azúcar molida y medio litro de agua. Le basta con dejar en el alcohol sólo tres días.

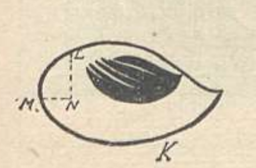
A Rosaura, Entre Ríos. — En un lunch puede servirlo. Creo será de su gusto la receta de ponche que hoy doy en lugar del cóctel.

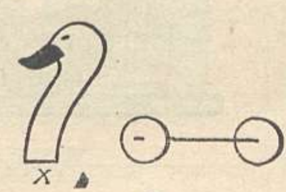
Chef

RINCON INFANTIL

PASATIEMPO

EL PATITO







Por MAMA ABUELITA

A un corcho dadle la forma K. Por el frente recortadle MNL, donde calzará el cuello X recortado en cartón grueso. Cortad un trocito de alambre y colocadle en un extremo una ruedita de corcho, pasadlo por el punto S y colocadle la otra ruedita. Pintadlas de rojo igual que el pico, el resto amarillo y las alas y los ojos negros. Haced varios chiquitos y una más grande y serán la pata con sus patitos.



ADIVINANZAS

Envuelto siempre en un cobertor, que haga frío, que haga calor.

Respuesta: el carnero.

—En alto vive, en alto mora, en alto teje, la tejedora.

Respuesta: la araña.

—¿Qué es lo primero que hace un burro cuando sale el sol?

Respuesta: hace sombra.

"COCHINILLO" Y SU FAMILIA

Fig. 1 — Fig. 2 — Fig. 3 — Fig. 4 — Fig. 5 — Fig. 6

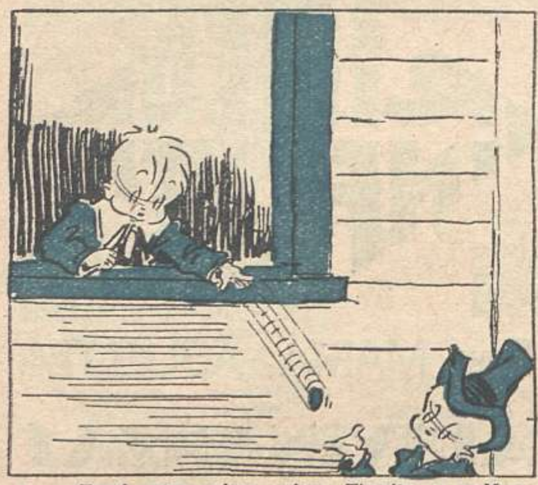
CHANCHÍN da mucho trabajo, muchísimo trabajo a su mamá, por lo que han resuelto con el señor Cochinillo, tomarle una niñera para que lo cuide, lo eduque y le enseñe a hablar el inglés. Hoy nos ocuparemos de fabricarla y vestirla, y la llamaremos "Mis Chimpán". Haréis el cuerpo como el de la señora Cochinilla, en color oscuro como la parte posterior de la cabeza. Haced ésta recortando la figura 1 sobre tela color rosa para la cara y oscura la otra para la parte posterior. Dibujadle las facciones y bordadlas con negro. Los labios con lápiz rojo, los bordes de los anteojos serán más gruesos. Cosed la cara con la parte oscura dejando abierto AB, para dar vuelta. Rellenadla. Cortad la silueta 2, sobre género doble, cosed todo alrededor menos CD. Dad vuelta, fruncid todo este lado. Estas orejitas cosedlas a los costados y a la altura de los ojos. Cosedla al cuerpo. Cortad en papel la figura 3. Colocando éste entre dos telas blancas, recortad en la misma forma. Cosed con el papel dentro para que quede armado, la parte delantera de la cofia. Del género que haréis el vestido, recortad la silueta 4. Cortad por EF. Haced el dobladillo todo alrededor. Hacedle el vestido con el molde de la señora Cochinilla, pero que los puños, el cinturón y el cuello sean blancos igual que el delantal, que lo haréis recortando la figura 5. Hacedle el dobladillo inferior de 3 centímetros de ancho, el de los costados más angostos, igual al del escote, y las tiras. Fruncid un poco IJ y CH. Cortad de la misma tela dos tiras de 9 centímetros de largo por 4 centímetros de ancho. Dobladlas por la mitad y esconded dentro de ellas los fruncidos. Haced un ojal y colocad un botón en V en el que se abrocharán los ojales de las tiras. Haced la bolsa de cretona para llevar los pañales de Chanchín, recortando la figura 6 doble, cosiendo los costados y haciendo los dobladillos.

Con un alfiler sujetaréis el colgante de la cofia, sobre la frente, encima el triángulo blanco, sujetándolo a los costados con alfileres. Luego le pondréis el vestido y por último el delantal. Pintadle los zapatos color marrón o negro.

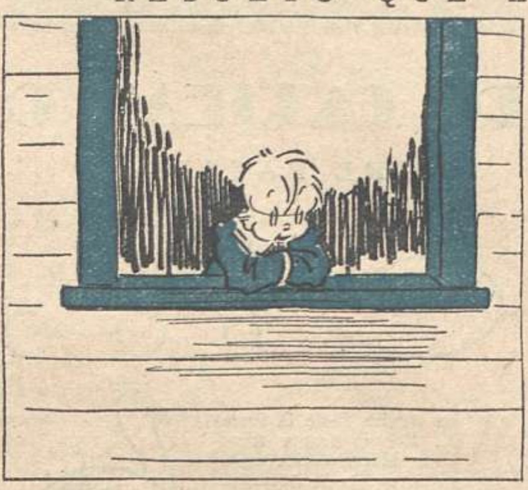
* Queridos nietitos, os hago recordar que Mamá Abuelita enviará a quien lo solicite, enviando una estampilla de 10 centavos para franqueo, el molde de tamaño natural para fabricar a "Cochinillo", su familia o sus ropitas. Cada estampilla vale sólo para dos moldecitos. Dirigid la carta a Mamá Abuelita de Rincón Infantil CARAS Y CARETAS, Chacabuco 151, Buenos Aires.

Las aventuras

RESULTO QUE EL



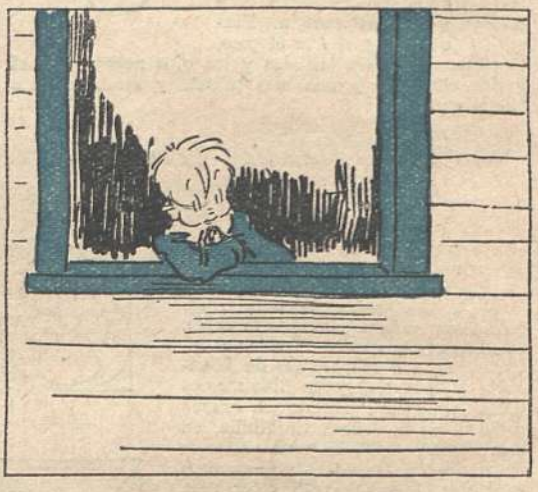
1 —Tomá estas veinte guitas, Tierrita, y andá a comprarme un helado. Yo no puedo salir. Después te dejo lamer el vasito.
—Bueno, Chingolo.



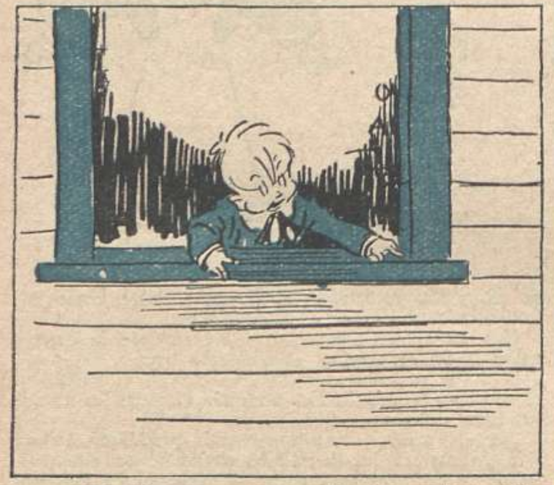
2 —¡Qué suerte que pasó Tierrita por aquí! Tenía unas ganas bárbaras de comer helado...



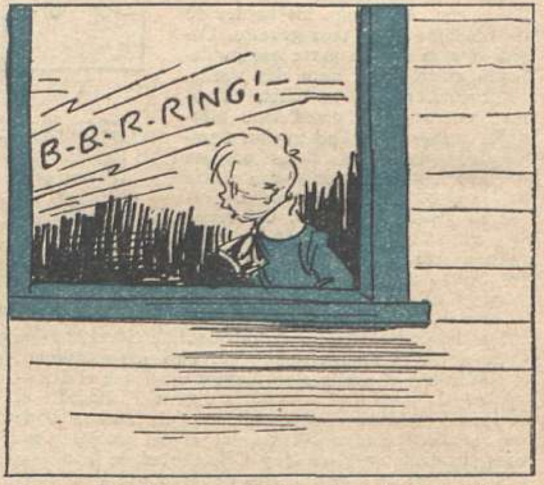
5 —En este momento se para ante la vidriera: mira la moneda: la moneda está.



6 —Entra a la recta, digo al boliche: pide un helado: ¡hurra, Tierrita!



9 —Tierrita emprende la vuelta, ¡la vuelta que le voy a dar al helado con la lengua!



10 —Tierrita se acerca: ya está a la vista. ¡Suena el gong!

A LOS NIÑOS LES INTERESA LEER LA PAGINA DE LOS GRANDES SORTEOS SEMANALES

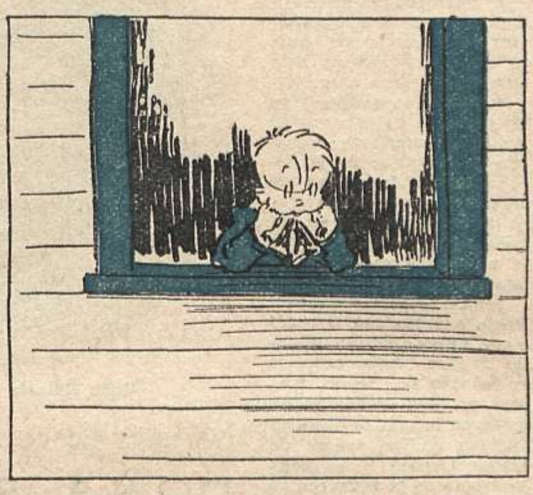
de Chingolo

Por PERCY CROSBY

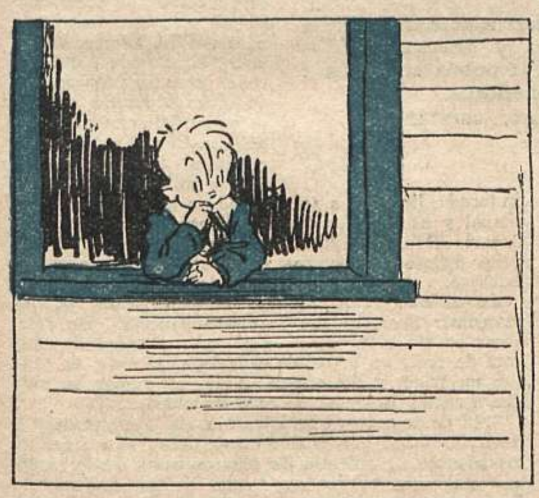
COLCHON NO TENIA LANA...



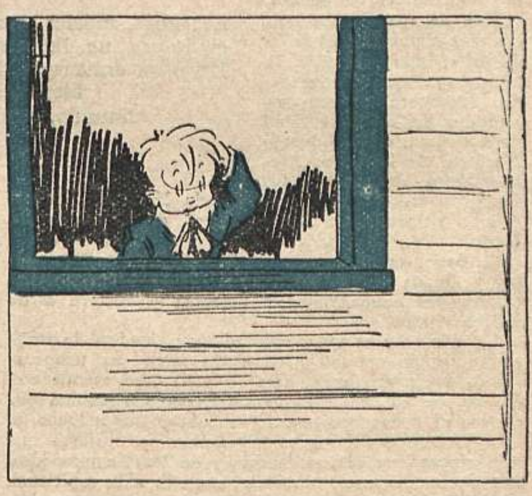
3 —Ahora Tierrita está por llegar. Le falta una cuadra para llegar al boliche de don Giacumín...



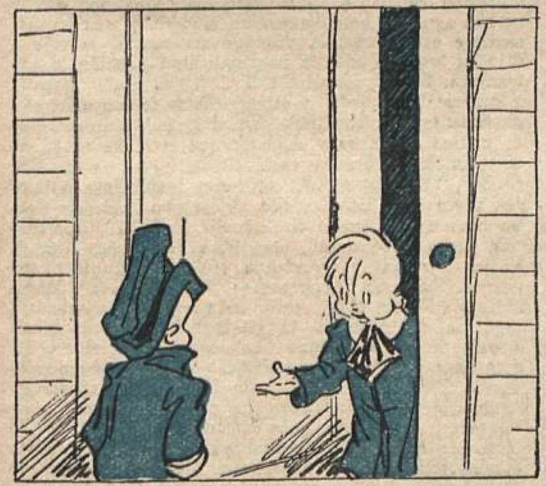
4 —Ahora le faltan veinte metros para llegar al disco. ¡Tierrita solo, sin levantar ídem!



7 —Don Giacumín pone bastante crema: una montaña de crema. Tierrita se queda bizco...



8 —Tierrita paga y se retira vencedor de la balanza, llevado por la rienda... de la alegría...



11 —¿Y el helado?
—¡Helado estoy yo, Chingolo!



12 —Pero ¿qué pasó?
—¡Don Giacumín agarró la moneda y dijo que estaban pagas las masitas que le robaste ayer!

GRATUITOS DE JUGUETES PARA LOS PEQUEÑOS LECTORES DE "CARAS Y CARETAS".



Doña Rosario Beltrán Núñez.

Mujeres de actuación destacada

DOÑA ROSARIO BELTRAN NUÑEZ

Escritora, música, conferenciante, recitadora, profesora de literatura y declamación. — Difusora entusiasta de la poesía argentina e hispanoamericana.

Estudio, trabajo, constancia.

Por ADELIA DI CARLO

Vive su vida plena de juventud y de entusiasmo, trabajando siempre y ansiosa de superación. Toda pasión y toda ternura, su alma asoma espontánea en la palabra y en el gesto. Despojada de egoísmos inferiores, Rosarito se complace en el reconocimiento de la obra femenina y respeta el esfuerzo de las luchadoras en las lides del pensamiento que le precedieron o que le siguen.

Jamás le hemos oído un juicio adverso con respecto a un libro de mujer. Aquello de que "todos cabemos en la viña del Señor", parece ser una verdad hecha carne en la vida de Rosario Beltrán Núñez, señora de García Orozco. Si el mérito propio no la envanece, el ajeno halla eco en su corazón dispuesto a experimentar impresiones de belleza.

Una de sus características más simpáticas es la de difundir, interpretándola, la poesía nacional y americana. Innumerables son sus recitales. En la Universidad de La Plata, en el Consejo Nacional de Mujeres, Ateneo Ibero - Americano, La Peña, Asociación Cultural Clorinda Matto de Turner, Ateneo Femenino de Buenos Aires, en el diario "La Razón", Rosario Beltrán Núñez, con voz armoniosa y bello decir, ha hecho conocer la obra de nuestros poetas y de los hispanoamericanos. Trabajadora y artista, nuestra compatriota es hormiga y cigarra a un mismo tiempo.

En ella todo es vida, movimiento; siembra de rosas en su propio camino y en el de otros. Su temperamento dramático en el arte recitativo, se atenúa con el raso de su suavidad de mujer, muy femenina por cierto en todas sus manifestaciones, trayéndonos el recuerdo de esa minoría selectísima de mujeres que aún restan con las modalidades de los tiempos idos, que fueron mejores, sin duda, para la vida espiritual.

Rosario Beltrán Núñez ha ilustrado con sus recitales artísticos conferencias de Arturo Capdevila, María Raquel Adler, Oscar Beltrán, de su esposo Juan García Orozco, etc., etc. Ha actuado en la Liga Pro-Unión Americana, en los aniversarios patrios de naciones americanas.

Desde pequeñita le gustó escribir. Su afición al verso — refiere ella misma — es uno de los recuerdos lejanos de su niñez que la animan en el presente promisor a luchar y a perseverar.

Fué y continúa siéndolo lectora incansable. Conoce literatura clásica española e italiana y ha demostrado algunas veces la influencia que los grandes de una y otra han ejercido sobre su mentalidad y su espíritu.

Pocas mujeres que se destacan en nuestras letras han recibido los estímulos y alientos que Rosario Beltrán Núñez en el hogar de sus padres. Estos, sin conocer la verdadera vocación de su hija, la dedicaron al estudio de la música y de la pintura. En la primera persistió, en cuanto a la segunda, la abandonó a poco de comenzar su aprendizaje. Tuvo por maestro a don Alberto Williams, figura respetable y respetada en nuestro mundo musical, llegando a ser una de sus discípulas más distinguidas. Obtiene el título de profesora superior de piano, sigue interpretando las obras maestras, pero advierte su marcada tendencia por las letras y cediendo a esa tendencia comienza a trabajar sus primeros poemas y a reflejar sus primeras inquietudes. Por encima de la valla que le oponían y le oponen dificultades de diverso orden, triunfa su pasión literaria que presta a su vida el más grande interés.

Estudia para aumentar su bagaje intelectual y es así como alcanza su título de profesora de literatura, otorgado por la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres. El premio "Duque de Amalfi", embajador que fué de España ante nuestro gobierno, fué creado expresamente para Rosario Beltrán Núñez, quien rindió brillantemente su examen final de literatura. Sus trabajos literarios como estudiante, merecieron también el premio "Albina Van Praet de Sala", creado para la alumna más destacada del curso.

Rosario Beltrán Núñez de García Orozco habla con acendrado cariño de su padre; nos informa, que su vocación literaria le viene de su progenitor, quien en su juventud fué periodista. Fundó el primer diario de Santiago del Estero, intitulado "El Pueblo", que alcanzó gran difusión no sólo en dicha provincia sino en todas las del norte de la República. El padre de nuestra escritora, fué también un orador político de actuación destacada, llegando a ser diputado a la legislatura provincial y nacional en diversas épocas. De él aprendió Rosario Beltrán Núñez los primeros versos; él fué quien dirigió sus lecturas y la alentó en sus primeros trabajos.

En el año 1927, Rosario Beltrán Núñez publica su primer libro titulado "Sol de amanecer". Un amanecer en las cumbres y en el valle e "hizo de cada gota de rocío un astro, de cada lago un cielo, de cada ave un trino, y del silencio todo, un rumor de vida que ascendió despertando ecos dormidos..."

"Sol de amanecer" besó los ojos de la escritora y la llevó fascinada por sendas campesinas; se internó en los bosques... ¡alegría de pájaros canta desde entonces canciones optimistas dentro de su corazón!... Los poemas en prosa de este libro hablan de ilusión, de amor, de serenidad, alegría de vivir, de fuerza que empuja siempre adelante movida por la voluntad, de imitación constante de la naturaleza que nos ofrece en sus aspectos cambiantes, un ejemplo y una lección siempre provechosa. A "Sol de amanecer", la crítica dijo su loa. No sólo la nacional, sino también la extranjera. En España el "A B C", "El Sol", "España y América", "Toledo" y otras revistas se ocuparon elogiosamente de dicho libro. En el Brasil, el renombrado crítico Medeiros y Albuquerque escribió un juicio encomiástico sobre la obra citada. Los diarios "El Globo", "El Comercio", emitieron igualmente opiniones favorables. En Ecuador, Alejandro Andrade Coello hizo un excelente comentario. En 1929, apareció "La llama en éxtasis", otro libro de poemas, que la crítica nacional y americana recibió igualmente con elogios. Tiene en preparación: "Tierra brava" (cuentos), y "Rascacielos", serie de poemas de estructura moderna dedicados a la ciudad de Buenos Aires. Varios de estos poemas han obtenido recientemente el primer premio en el concurso literario organizado por la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres.

Rosario Beltrán Núñez ha dado numerosas conferencias, siendo la más sonada "Psicología de la mujer moderna", que fué publicada en un folleto por el Ateneo Ibero - Americano. En las estaciones de Radio Fénix, Prieto y Nacional, su nombre es familiar por sus numerosos recitales de versos. Merece la simpatía cordial y el afecto de que disfruta.

Adelia di Carlo



CUIDADOS PARA CON LOS NIÑOS

PARA los niños que han adquirido la mala costumbre de roerse las uñas, se les aconsejaba últimamente la administración de vitaminas y más especialmente las vitaminas contenidas en la levadura de la cerveza y en el aceite de hígado de bacalao.

Es indudable que esta mala costumbre viene a ser una especie de enfermedad y hay que tratarla como tal. Pero también hay que pensar que bien pudiera ser un mero capricho que degenera en costumbre y pronto hay que buscar un remedio y ayudar a curarla. El remedio es muy sencillo: hay que cortar las uñas al rape de la carne de manera que el niño no tenga nada que roer.

Es un vicio feísimo, y toda madre tiene que vigilar con sumo cuidado al niño desde el momento que nota su tendencia en llevarse sus deditos a la boca bajo cualquier pretexto. Hoy quizá lo haga por casualidad, mañana lo repetirá porque sí y después, insensiblemente, se enviciará y acabará por ser una necesidad eso de chuparse y roerse las uñas.

Vuestro pequeño Juancito tiene una fiebre muy alta; el médico os indicó envolverlo dentro de una sábana mojada. ¿Cómo vais a proceder para evitar todo enfriamiento? Difícil es resolver ese problema para muchas de vosotras. Vais a ver cómo se procede.

Empezad por extender sobre una cama un impermeable, encima una frazada de lana y después la sábana o toalla de baño mojada en agua, a la temperatura prescripta por el médico, y luego torcida; poned al niño desnudo encima y envolvedlo con ella y después ligerito dentro de la frazada.

Después del tiempo prescripto por el médico, desenvolved el niño de la frazada y de la sábana mojada para envolverlo dentro de otra frazada suave y bien seca que se tendrá extendida de antemano y dentro de la cual se hará la reacción deseada.

Esta operación debe ser hecha con rapidez, a puertas cerradas, para evitar toda clase de enfriamientos que pudieran ser mortales para el pequeño enfermito. Esos son pequeños detalles que en sí no son nada, pero que a veces tienen una importancia vital para el curso de la enfermedad.

Es bien triste ver a un niño desganado y rehusar todo alimento, y más sensible aún es tener que hacércelo tomar a la fuerza porque así lo requiere su salud.

¿Habéis probado, queridas madrecitas, hacerle tomar azúcar bajo cualquier forma? Es cierto que una sopa de leche es lo que más conviene para su edad; pero si la rehusa, probad un plato de postre bien azucarado cuya composición y preparación sea sencilla, tal como sémola de arroz con leche. Lo principal es hacer que tome un alimento cuyo valor nutritivo se encuentra duplicado por el azúcar.

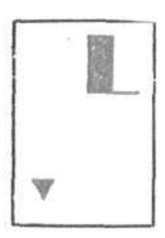
En el transcurso del día hacedle tomar un vaso de agua bien azucarada. En general todos los niños son golosos y gustan mucho del azúcar, lo que permite sin que lo noten, hacerles tomar unos alimentos que no les apetecen cuando les falta el apetito.

De esta manera se impide que su organismo se debilite y a veces se llega a asegurar su crecimiento y el desarrollo de todo su organismo. A los niños que echan los dientes dicen los médicos que es necesario darles a chupar un trozo de azúcar, pues ayuda a la dentición y da fortaleza a sus tiernos huesos.



Tilde y Lacho

Por MADOUKA



ACHO está frente a la señorita Fanny, la profesora particular. Lacho escribe al dictado en su cuaderno nuevo forrado con papel madera. Lo hace con dificultad, muy lentamente, mientras va repitiendo las frases a medida que escribe:

—El... pájaro... pía. La... vaca... muge. Esta flor... es linda...

Tilde está junto a su hermano; juega con los lápices de colores, muerde la goma de borrar, mete un papelito dentro del tintero, borronea un libro. Después va hacia la ventana, empaña el vidrio con el aliento y dibuja sobre él, con el dedo, figuras extrañas. Pronto se cansa y se tira al suelo, da vuelta sobre la alfombra, y, por fin, se deja caer con fuerza sobre los sillones.

Lacho se distrae con la bulla, y la señorita Fanny ruega a Tilde que vaya a jugar a otra habitación.

Mamá ha salido con abuelita; Tilde no sabe qué hacer, ni con quién hablar; está aburrida. Va a la cocina; la cocinera está amasando, la niña pide un trozo de masa cruda y con ella hace una tortita que pone a cocer al horno.

—¿Y Carola?

—No está — dice la cocinera; — ha ido al almacén a comprar pasas.

¡El almacén!... Es ése el lugar adonde jamás la llevan; donde mamá se opone a que ella vaya. ¡Qué lindo ha de ser!... ¡Cuántas cosas ricas habrá allí dentro! Ella ha visto muchas veces, en la vidriera, las cajas alineadas, los tarros con etiquetas de colores, los frascos conteniendo caramelos... ¿Y si aprovechara la ocasión para ir al almacén? ¡Es tan cerca! La feliz idea pronto es puesta en práctica. Tilde abre cautelosamente la puerta, baja corriendo las escaleras, llega a la planta baja. El portero del departamento pregunta a dónde va. Tilde dice que en busca de Carola. El portero no se opone e, indiferente, la deja pasar. Tilde sale; titubea un momento y, por fin, se dirige hacia el almacén, que queda a pocos pasos de allí.

¡Cuánta bulla!... El agente de la esquina dirige el tráfico; hay varios tranvías y automóviles detenidos. Tilde se siente orgullosa, se cree una persona mayor, se cree fuerte, poderosa. Está sola, sola en la calle sin que nadie la lleve de la mano, sin que la dirijan; puede hacer cuanto le plazca.

Se detiene un momento ante la vidriera de un pequeño negocio donde se venden toda clase de chucherías; juguetes de lata pintada, trompos, pelotas, bolitas y algunos libros. Después continúa su camino y llega al almacén; en él penetra y mira por todas partes, pero no ve a Carola. Un hombre se adelanta hacia ella y le pregunta qué es lo que desea. Tilde sólo acierta a decir: "¿Dónde está Carola?" El hombre del delantal blanco lo ignora y vuelve a preguntar: "¿Quién es?" "Es la Carola de mi casa y ha venido a comprar... ya no me acuerdo..." Tilde comienza a inquietarse; a su alrededor sólo ve caras desconocidas, y su alarma va en aumento. "¡Carola!", dice, con voz entrecortada. Varias personas que están haciendo compras se acercan a ella y la interrogan. "¿Cómo se llama? ¿Dónde vive?" Tilde está asustada; nada sabe ya; nada oye; se siente perdida; llora y repite siempre: "Carola, Carola..."

Está junto a unas bolsas enormes que contienen café; esas bolsas se le antojan horribles monstruos. Un muchacho dependiente se le acerca; lleva una gran cuchilla en la mano. Tilde se asusta aún más y va dando pasos hacia atrás hasta donde hay una alta pila de barras de jabón amarillo, junto a unas bolsas repletas de arroz. En su desesperación continúa retrocediendo hasta rozar las barras, que se desmoronan ruidosamente y, a su vez, voltean las bolsas de arroz. Tilde también cae, y allí queda en el suelo, rodeada de jabón amarillo, los cabellos llenos de arroz, que se le ha introducido por el cuello del delantal y en los zapatos. Varias personas se precipitan a auxiliarla. Tilde llora, cierra los ojos... mas, en ese instante, se siente sacudida de un brazo y levantada violentamente del suelo; cree reconocer la voz que ordena: "¡Vamos!" Abre los ojos y ve a Carola ante ella, con la cara roja y el gesto severo; parece un ángel exterminador... Ha llegado en el mismo instante en que se produjo la catástrofe.

Sin preguntarle nada y sin soltarla del brazo, la mucama se lleva a la niña. Van en el ascensor. Tilde se atreve entonces a decir con voz temblorosa: "No se lo cuentes a mamá..."

Llegan. Carola refiere todo a la cocinera, y tanto gritan las dos mujeres, tanta bulla hacen, que la señorita Fanny y Lacho aparecen en la puerta de la cocina. También ellos se enteran de la travesura de Tilde.

La niña, contrita, arrepentida, piensa en la reprimenda que le espera cuando mamá se entere de todo, y del castigo que le impondrá papá. Es la primera vez que desea que sus papás no lleguen a casa. Tilde se echa sobre la cama. ¡Si pudiera olvidarse de lo ocurrido!...

Lacho ha vuelto al escritorio con su profesora. Hasta Tilde llega la voz de su hermano que está leyendo...

—Por... el cami...no van... los... pas...tores con... sus... o...ve...jas; una... de... ellas se... ha... que...da...do... rezagada...

Los canarios, en sus jaulas, cantan alegremente despidiendo los últimos rayos del sol.

Madoukâ





POR RUBBER

Técnica del remate

El remate es, a mi juicio, la fase más importante del bridge contrato y quizá la más difícil. Es el planteo de un problema que luego habrá que resolver.

La iniciación del remate corresponde al dador. Este jugador, después de considerar las cartas que ha recibido, el puntaje que marca el anotador y el estado de vulnerabilidad en que se encuentra su pareja, hace una declaración de un cierto número de tricks con un determinado triunfo o ST, siempre que no juzgue más conveniente pasar, por falta de valores suficientes.

Después del dador corresponde continuar el remate al jugador situado a su izquierda, quien, a su vez, tiene tres caminos a elegir:

1º Pasar.

2º Sobredeclarar, si el dador ha declarado o, en caso de que éste haya pasado, hacer una declaración inicial.

3º Doblar. En este caso el doble puede tener dos objetivos completamente distintos, a saber:

a) hacer que el juego de esa mano se haga al doble de su valor para que la multa que se consiguiera aplicar al adversario — si se cumpliera su vaticinio de que la declaración es excesiva — sea también mayor que su valor corriente.

b) invitar a su compañero — que aun no ha declarado — a que le indique el palo en el que se encuentra más fuerte, anunciándole así, que, por su parte, le puede prestar eficiente ayuda.

En el primer caso es un *doble penal* y en el segundo un *doble informativo*.

El tercer jugador hacia la izquierda puede, a su vez, optar por:

1º Pasar.

2º Apoyar a su compañero haciendo una declaración en el mismo palo elegido por aquél. En una palabra: aumentar.

3º Hacer un saque — si juzga que su ayuda en el palo elegido por su compañero será demasiado débil — eligiendo otro que considere más ventajoso o menos peligroso. Este saque puede ser:

a) un *saque mínimo,* si cree que con el nuevo triunfo que él elige ahora, el juego es solamente un poco mejor que con el triunfo elegido por su compañero.

b) un *saque saltante,* si, por el contrario, considera que en el nuevo palo el juego es bastante superior o, no siéndolo, si calcula que con los otros valores que posee contribuye a vigorizar más el juego de su bando.

4º Doblar. En este caso, como en el del jugador anterior, el doble puede ser penal o bien informativo si su compañero aun no ha declarado.

5º Redoblar, siempre, como se comprende, que el adversario haya doblado.

Le corresponde, por último, rematar al cuarto jugador, el de la derecha del dador, el cual análogamente al tercero, elegirá por cual de las cuatro sendas le conviene rumbear, amén de la facultad de redoblar cualquier doble que pueda haber hecho la pareja contraria.

Así continúa el remate, por rigurosa rotación hasta que *tres jugadores pasen consecutivamente,* quedando en ese momento adjudicado el contrato a la pareja a la cual pertenece el que formuló la última declaración. A este jugador se le designa con el nombre de *declarante,* a menos que su compañero ya hubiera hecho una declaración en el mismo palo, en cuyo caso este último sería el declarante.

Considero oportuno advertir que los jugadores para formular estas declaraciones con cierta chance deben poseer cartas que reunan cierto poder para que conjuntamente con las de su compañero puedan armonizar un juego bien combinado; pero tal condición *no es reglamentariamente obligatoria* sino *conveniente* para alcanzar el fin perseguido. Procediendo, pues, metódicamente, postergaré su estudio para cuando trate el largo capítulo de los consejos para orientar ventajosamente el remate.

Normas de conducta

Conocida la forma cómo se desarrolla el remate, juzgo necesario indicar normas destinadas a purificar el ambiente de la mesa de juego, eliminando todo acto o manifestación que no esté dentro de la mejor conducta.

Así, todo jugador que se precie de correcto debe *evitar* entre otras muchas cosas:

a) hacer una declaración en tono enfático y con especial entonación de voz que pueda llamar la atención en cualquier forma:

b) demorar al delarar un tiempo excesivo o imprudente;

c) demostrar urgencia o aversión por doblar o pasar;

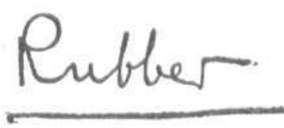
d) recordar intencionada y maliciosamente el estado en que se encuentra la anotación;

e) insinuar cualquier indicación que pueda dar idea de las cartas que le han correspondido;

f) hacer cualquier comentario indiscreto;

g) valerse de palabras o convenciones especiales que, por no ser comprendidas por los adversarios, puedan considerarse como señas disfrazadas.

h) iniciar cualquier conversación ajena al juego que pueda distraer o desviar la atención de los jugadores.



NECROLOGIA








Señora Concepción Amado, viuda de Pecci, fallecida en Lanús.

Señor José Castro, fallecido recientemente en Villa Luro, F. C. O.

Señor Salvador Ritacco, cuyo fallecimiento se produjo en Lanús.

Señor Lorenzo Arrieu, cuyo deceso acaba de ocurrir en 25 de Mayo.

Señorita Josefa Irma Trucco, fallecida en la localidad de Pardo, F. C. S.

Señor Antonio Perino, ex agente de "C. y Caretas", fallecido en Godeken.

Señora María Mary, viuda de Trebucco, fallecida en Carmen de las Flores.

PENSAMIENTOS

A medida que la división del trabajo recibe una aplicación más completa, el obrero está más débil, más limitado y más dependiente. El arte progresa, pero el artesano decae. — *Tocqueville.*

No debe existir ningún error privilegiado ni sancionado; el pensador debe atacarlo, aunque la humanidad, cual un enfermo cuyas llagas toca el médico, lance el más agudo grito. — *Schopenhauer.*

A pocos podríamos calificar en la tierra de grandes hombres si no se concediese este título más que a los hombres de bien.

El hombre no debe ser amado por la mujer que se conozca superior a él; que el amor sin veneración no entusiasma, no es más que amistad. — *Jorge Sand.*

Los hombres admiran en otros las cualidades cuyo germen llevan en sí, y a cada uno le está fijado un límite más allá del cual no es respirable para él la atmósfera. — *César Cantú.*

Nada puede engrandecernos como un dolor extremado. — *De Musset.*

Nada despierta más la curiosidad que la censura, siendo achaque y castigo de la malquerencia sacudir del letargo la opinión; pero no se atraviesa la envidia entre los que a sí propios se estiman y saben que en lo infinito de la verdad o de la belleza nadie estorba y hay espacio para que no crucen los rayos de un sol con los de otro. — *José de Carvajal.*

¡Los pueblos pasan, los tronos se derrumban y la Iglesia permanece! ¿Qué fuerza es, pues, la que mantiene firme a esta Iglesia, combatida por el furioso océano de la cólera y del desprecio del siglo? ¿Cuál es el brazo que hace mil ochocientos años le está preservando de tantas borrascosas tempestades como han amenazado destruirla? — *Napoleón I.*

Después que un cambio continuo en los hombres ha hecho necesario un cambio en las cosas, hagamos al menos que las escenas revolucionarias no resulten tan trágicas. ¡Que el hombre sea respetado por el hombre! — *Duport.*

A LOS ANIMALES TAMBIEN LES GUSTA EL ALCOHOL

El estudio de la naturaleza tiene sus aspectos pintorescos. Las costumbres de los animales y de los vegetales llegan a ser tan curiosas como interesantes. Algunos investigadores se han dedicado a analizar las inclinaciones alcohólicas de muchos seres inferiores. Y, en verdad, los resultados no han sido de los más edificantes.

INVENTARON los animales el alcoholismo antes de la aparición del hombre? Es muy posible. Los investigadores han encontrado muchos seres inferiores entre cuyas costumbres está la de buscar materias vejetales en fermentación alcohólica. Los hay, particularmente, entre los insectos. De suerte que es muy posible que entre ellos la afición a la bebida fuera anterior a la misma inclinación demostrada por el titulado rey de la creación. D'Orbiny refiere que fué la cabra la que reveló al hombre otro de sus pequeños vicios: el del café: Parece ser que los pastores de la Abisinia habían comprobado la pronunciada inclinación que las cabras sentían hacia ciertos arbustos de las montañas. Aquella alimentación tornábalas más vivaces e inquietas. Casi se embriagaban después de haber probado aquella alimentación. Los pastores no quisieron ser menos. Gustaron de aquellos granos y fueron, por consiguiente, los primeros bebedores de café.

ES así como otros insectos y animales mamíferos, muy bien han debido llamar la atención del hombre en la antigüedad sobre los efectos producidos por las frutas muy maduras y en estado de fermentación. Esto ha podido inducirles a buscar con interés y avidez tales frutos, seleccionarlos y provocar su madurez artificial. A lo mejor fueron las abejas las inspiradoras de Noé... Cosa incuestionable es que los animales no han aguardado la aparición del ser humano para conocer el alcoholismo. Y, sobre todo, para apreciarlo.

Porque lo aprecian verdaderamente. Tanto aquel que les procura la naturaleza como el que fabrica el hombre. Son innumerables las observaciones que así lo demuestran. Lawson Tait, el gran cirujano inglés, ha comprobado la predilección que las avispas sienten por las frutas en estado de putrefacción, es decir, fermentadas. Algunos campesinos europeos aprovechan de esta "debilidad" de los molestos insectos para alejarlos y evitar sus daños. Otros naturalistas han notado que llegan a embriagarse verdaderamente en el interior del cáliz de ciertas flores, de manera que, para destruirlas, no hay más que sacudir la planta y hacerlas caer en el interior de un recipiente. De esta manera, uno de estos observadores ha logrado dar muerte a varios centenares.

¿Se trata, en efecto, de alcoholismo? Si no lo es rotundamente, por lo menos, no cabe duda de que los insectos buscan ciertos vegetales que en ellos producen los mismos efectos que el alcohol.

ES fácil, por otra parte, comprobar esta "inclinación" de los insectos hacia la bebida. Abejas, avispas, moscas y moscones inmediatamente dan cuenta del alcohol que se les coloque al alcance.

¿Creerá alguien que un ser tan plácido como la vulgar babosa se cuenta entre los bebedores más empedernidos? Pues, la cerveza es, en efecto, su debilidad...

Las gallinas y los pollos se embriagan con extraordinaria facilidad. Hace unos años, en Inglaterra, tuvo lugar un largo proceso entablado por varias personas contra los propietarios de una destilería de alcoholes que habían pervertido, materialmente hablando, a todas las gallináceas del contorno. Las aves bebían con fruición los residuos líquidos que de la destilería arrojaban a un arroyo y se llegó a observar que tanto las gallinas como los patos estaban ebrios todos los días de la semana menos los domingos, que eran los que permanecía la fábrica inactiva. Ese día las muestras de tristeza y languidez eran evidentes y contrastaban con la embriaguez manifestada los lunes, en que, para compensar el día de abstinencia, bebían más de lo común. Las gallinas, los gallos y los pollos se arrojaban al arroyo dispuestos a competir con patos y gansos, y el criador tenía que utilizar a varios muchachos para que las salvaran de las aguas.

CARAS Y CARETAS

UN hecho análogo se produjo en los Estados Unidos en época en que todavía no había entrado en vigor la ley seca. Pero, esta vez, no se trató de aves sino de vacunos. Un granjero se percató de que sus animales zigzagueaban y tropezaban como si estuvieran beodos. Esto le intrigó y, examinándolos, notó que exhalaban un pronunciado olor a whisky. Un pequeño arroyo atravesaba el prado donde él los llevaba a pastar y, como en el caso anterior, en el curso de agua iban a parar los residuos de una destilería vecina. Las vacas habían bebido una vez y, agradándoles aquello, habían estado repitiendo las "libaciones" a diario.

Un periódico francés, *El Criador*, hace algún tiempo, como una novedad, citaba el caso de un equino que se había convertido en un bebedor consuetudinario. Bebía hasta treinta vasos de cerveza para terminar con una buena copa de bíter. Cada vez que su propietario se detenía en un café él debía participar de la consumición. El régimen no presentaba mayores inconvenientes que los económicos; pero, como el caso era curioso, no faltaban los que invitaban al caballo a beberse unas copas. Y hasta parece ser que, cuando no bebía la cantidad acostumbrada, mostrábase cansado y difícil en su trabajo. Aunque falta saber cuánto tiempo duró aquéllo...

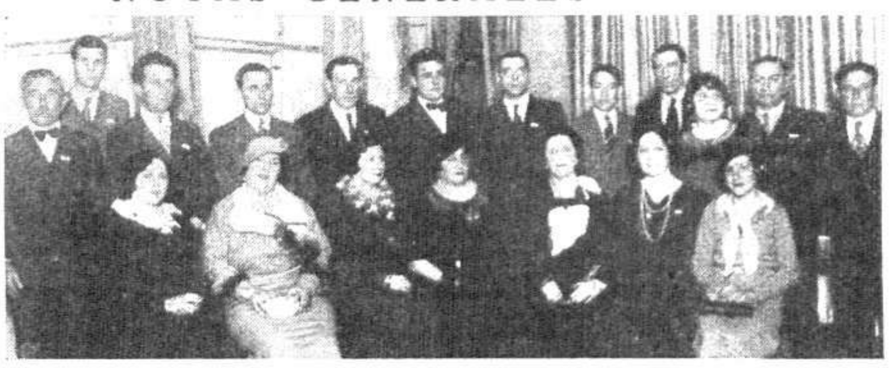
Los perros se habitúan al alcohol y algunos domadores, igualmente, han presentado el caso de elefantes que bebían como tales.



NOTAS GENERALES

FESTIVAL ESCOLAR

Comisión directiva y personal docente de la Escuela Nº 4 del Consejo Escolar 12, que organizaron el festival efectuado en el Teatro Fénix de Vélez Sársfield, a beneficio de la Sociedad Cooperadora "Por Nuestros Niños", y en el cual se destacaron los pequeños intérpretes del cuadro "Fusiles y Muñecas".





RETRATOS DE ACTUALIDAD



Señor Juan Emilio Grisolía, que fué nombrado director de la Escuela Nº 8, Consejo Escolar 19.



Doctor Adolfo Elías, nuevo jefe de Química Nacional, nombrado recientemente de Rosario.



El niño Pedro Carrara, de Totoras, que a los 13 años ha obtenido el diploma de dibujo arquitectónico.



Doctor Domingo Larocca, que acaba de ser designado intendente municipal de la ciudad de Concordia.

BAHIA BLANCA



Reunión familiar realizada en casa de los esposos Rahe, festejando un grato acontecimiento íntimo.

OPEN-DOOR

El Dr. Alberto Jürnkorn, en su visita a la C. N. de Alienados, en compañía del Dr. Gonzalo Bosch, director del establecimiento.

"Caras y Caretas" en los territorios nacionales

QUEMU-QUEMU (Pampa Central)



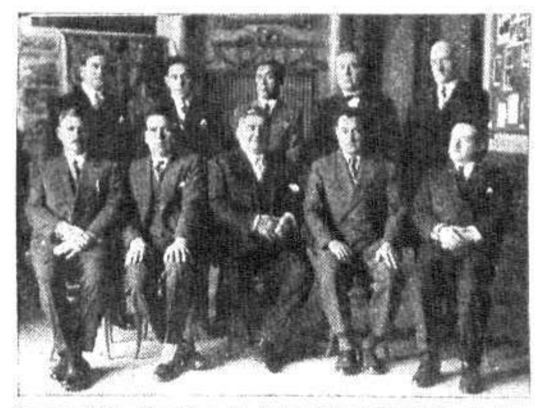
Concurrentes al baile social realizado por el Club Recreativo Cultural Unión, al inaugurar sus actividades.

REALICO (La Pampa)

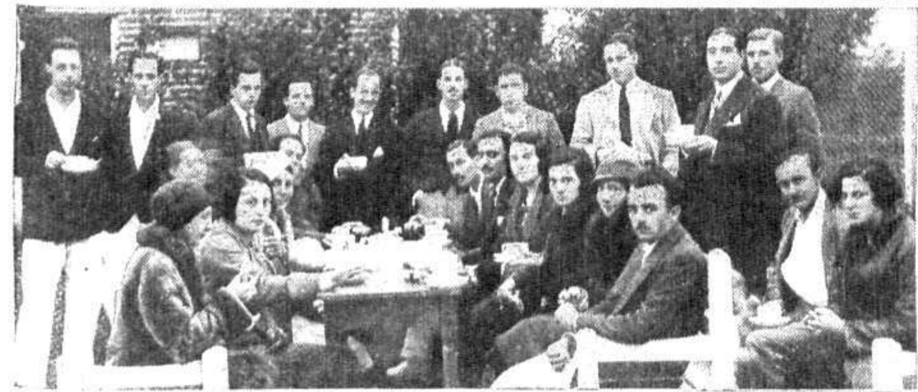


Niños que tomaron parte en el festival efectuado por la Asociación Cooperadora de las Escuelas "San Martín" y "Belgrano" de la localidad.

TRELEW (Chubut)



La comisión directiva de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, de la localidad, bajo cuya actuación se ha construído el edificio del Casino Español.



POSADAS (Misiones)

Grupo de socios del Itapuá Tennis Club en el té con que fué obsequiado el señor P. Manzano, con motivo de ausentarse para Córdoba.



RESISTENCIA (Chaco)



Grupo de niñas que tomaron la primera comunión en el Colegio de Nuestra Señora de Itatí, a cargo de las hermanas de Caridad.

Excavaciones en el Agora de Atenas...

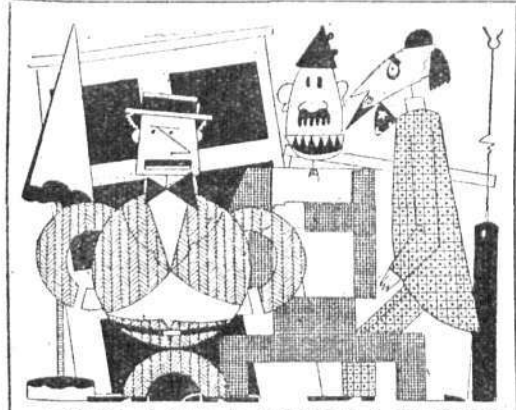
En las excavaciones que se llevan a cabo en el Agora de Atenas, la antigua sede de la asamblea pública, se han hecho hallazgos de excepcional interés y al parecer han de hacerse otros aún más interesantes. Las excavaciones se realizan por la "Escuela Americana de Estudios Clásicos en Atenas", en colaboración con arqueólogos griegos. El profesor Leslie Shear, de la Universidad de Princeton, director de los trabajos, refiere últimamente detalles sobre los hallazgos más interesantes que han hecho.

En el Agora, donde solía reunirse el famoso tribunal ostracístico ateniense, se han encontrado gran número de trozos de cerámica en los que se hallaban escritos los nombres de los condenados. Los pedazos de terracota, como es sabido, servían de papeletas para la votación. Cuatro de esos fragmentos llevan el nombre de Arístides: documentos del juicio según el cual Arístides el Justo fué desterrado de Atenas. En otro fragmento se lee el nombre de Hiparco: este fragmento fué utilizado en la votación por la cual el pueblo, en enero del año 487 antes de Jesucristo, desterró al primero de los Pisistratas. Once trozos más llevan nombres de personas bien conocidas en la historia de Atenas.

En los alrededores del Agora se encontraron los archivos del Estado ateniense, con el texto original de las leyes, decretos y tratados. Las excavaciones ya han traído a la luz numerosos documentos de ese género. Estos y los ulteriores hallazgos que se vayan haciendo contribuirán en gran escala a ampliar los conocimientos sobre la historia de la antigua Grecia.



EL MUÑECO IRROMPIBLE



—Tengo el gusto de presentarle a mi hermano político.
—¡Hombre, tan joven!... ¿Y a qué partido pertenece?
(De *Gutiérrez*, Madrid)

Táctica peligrosa

No hay un elogio más certero para la mujer a quien se ama, que rebajar el mérito de otras mujeres.

La mujer a quien se ama puede ser discreta y puede no serlo. En el primer caso, las ofensas inferidas a otras mujeres solamente le probarán que hay hombres capaces de ofender al sexo débil, capaces de enviar a la vanidad por mediadora para lograr sus propósitos. Y quien tiene que estimular una pasión para conseguir un afecto da muy escasa idea de sus propios merecimientos. En el segundo caso, si la mujer no es discreta, es inútil el artificio, porque o no comprenderá la intención del que murmura, o creerá, de buena fe, como simple verdad histórica, las apreciaciones que escucha. De todas suertes, la complacencia que produzca en una mujer la enumeración de las faltas que otra tiene, no es un paso de gigante para interesarla en favor de quien las enumera. Una pieza de música es agradable, si es buena, aunque proceda de las manos de un jorobado; la armonía del instrumento podrá causar entusiasmo y desagrado la figura del que toca el instrumento. No olviden este símil los que se proponen llegar a la conquista de una belleza sobre las ruinas de otras bellezas ausentes.



ENTRE BORRACHOS
—Tiene cara de bueno el dueño, ¿verdad?
—¡Oh, mucho! A mí todas las tardes me lleva en hombros a casa. (De *Gutiérrez*, Madrid)

CINCO MINUTOS

EL CASO DE SYLVIA SIDNEY

En forma fragmentaria se ha informado al público sobre el conflicto provocado en Hollywood por el retiro inesperado de la bella estrella, la que, interrumpiendo su trabajo en la versión de la novela de Dreisser, "Jenny Gerhardt", en la que la acompañaba Mauricio Chevalier, salió de Los Angeles y se embarcó con rumbo a Nueva York. Conjuntamente con ella, uno de los más conocidos directores de la misma empresa que la tenía contratada, siguió el mismo camino. Y, naturalmente, al amanecer del siguiente día, el escándalo estuvo en su punto más culminante. Una vez en Nueva York, la estrella que se revelara en "La calle" — aquella excelente obra de King Vidor, — comenzó a recibir telegramas de sus empresarios, primero conminándola a regresar, luego rogándole que no abandonara el trabajo, que se tomara todo el descanso que quisiera, pero que no les dejara con la obra a medio terminar. Todavía se recurrió a un argumento: el de los compañeros de trabajo, a los cuales — siempre según la empresa — dejaba sin posibilidades de ganarse unos cuantos dólares más. Sylvia Sidney no se molestó en contestar a tan insistentes requerimientos. Tampoco hizo caso de las amenazas. Porque se le previno que, al no cumplir con su compromiso, las otras empresas filmadoras la pondrían en la lista negra. Es decir: se le presentó el fantasma de su total eliminación del mundo de la cinematografía. Pero, como si nada. La joven estrella, de Nueva York salió con rumbo a Europa y, ahora, en París, se encuentra perfectamente instalada, mientras en Hollywood las habladurías aumentan y sus empresarios agitan el ambiente... con gran beneficio de las secciones de propaganda. Un periodista francés ha interrogado a Sylvia y ella no ha tenido inconveniente en declarar lo siguiente: "Han deformado las cosas en grado extremo — dijo. — He aquí lo que en realidad ha acontecido. Acabo de sufrir una operación a la garganta. Siempre la he tenido delicada. En cuanto esté bien reanudaré mi trabajo al lado de Chevalier. El médico de mis empresarios se resistía a reconocer la gravedad del caso y la necesidad de reposo. Pensando en mi salud, todo lo abandoné. Y, los resultados son evidentes: ya estoy casi mejorada. No ha habido nada de aventuras amatorias. Una simple coincidencia ha dado argumentos a los gacetilleros para condimentar toda una tragedia. Pronto regresaré..."



Sylvia Sidney, a la que se ha presentado como en grave conflicto con sus empresarios, pero de cuya actitud comienza a sospecharse considerando al asunto como un hábil recurso de publicidad.

(Y a nosotros, luego de lo acontecido con Marlene Dietrich, se nos ocurre preguntar si toda esta pequeña tra-

DE INTERVALO

gedia de Sylvia Sidney, su pleito con la empresa, su posible amor... no será un golpe de publicidad, más o menos hábilmente preparado, para interesar al público y reconcentrar su atención sobre la agradable persona de la estrella. Motivos tenemos para sospecharlo...)

EL DESPERTAR DE UNA NACION

WALTER Huston, bajo la dirección de Gregory La Cava, nos ha presentado otra de sus magistrales interpretaciones. Ha hecho una vez más de presidente de los Estados Unidos de Norte América y ha puesto, como anteriormente con la caracterización de Lincoln, algo de iluminado, de personaje tocado con el dedo divino. El presidente Hammond que esta vez nos ha brindado es, como el anterior, un iluminado. Es un nuevo salvador de la democracia y es, también, el gobernante con que muchos millones de hombres de nuestro siglo han soñado. La obra, tendenciosa, destinada a servir como indudable y efectivo vehículo de propaganda para el plan del presidente Roosevelt, exhibida así, entre nosotros, resulta un tanto desconcertante. No todo el público llega a interpretar el significado de las angélicas trompetas que, en sus raptos geniales, escucha el extraño personaje. Pero, como posee el mérito de poner de manifiesto las intimidades de un mundo al que no siempre se llega, termina por interesar. Está, además, el trabajo de Huston.

UN MERECIDO FRACASO

UNA empresa cinematográfica nacional, engañada por el pasajero éxito de un actor que intervino en otro deplorable film que no viene al caso mencionar, lo convirtió en personaje central y rodó una obra que el público — que sabe discernir más de lo que se sospecha en materia de cinematografía, — rechazó ruidosamente. La lección ha sido merecida. Una cosa es en el escenario y otra en la pantalla. Con argumentos arrabaleros y chistes del peor gusto no se engaña a espectadores habituados a contemplar el trabajo de verdaderos genios de la cinematografía mundial. Si algo puede disimular las fallas de la naciente industria argentina, será una manifiesta buena voluntad y un evidente decoro artístico. Esto incitará, — y ha incitado, — hasta a que se vean con simpatía algunos esfuerzos. Lo otro no: equivale a ofender al público y esto no tiene perdon ni es tolerable.



Walter Huston y Karen Morley en "El despertar de una nación". Figura también en el reparto Franchot Tone, uno de los galanes que más pronto se han consagrado y al que el público conociera al lado de Joan Crawford en "Vivamos hoy".

Tapones de cerumen

Se conoce con el nombre de cerumen, un producto que segregan las glándulas sudoríparas del conducto auditivo. Este producto tapiza las paredes de dicho conducto, protegiéndolo de cuerpos extraños y saliendo una parte hacia afuera.

A veces, sin embargo, el cerumen se segrega en exceso y su acumulación determina una obstrucción del conducto auditivo, lo que constituye el tapón de cerumen.

Esta afección se encuentra generalmente en las personas adultas. Los enfermos casi siempre lo atribuyen a la falta de limpieza, sin embargo, esto no tiene importancia etiológica. En efecto, distintas conformaciones anatómicas, tales como la presencia de pelos en la entrada del conducto, o bien la estrechez del mismo en la parte media, puede impedir que se llegue hasta el lugar donde se acumula el cerumen, al proceder a la limpieza de dicho conducto.

La introducción de un cuerpo extraño en el oído puede ser el punto inicial de un tapón de cerumen. Pueden serlo también todas las inflamaciones de la piel del conducto; todas las causas de irritación determinan una doble secreción de cerumen.

Al formarse uno de estos tapones casi siempre se siente un malestar en el oído; otras veces, en cambio, no se experimenta nada de particular. La persona afectada se queja a veces de una sordera más o menos completa y si se le pregunta cómo se ha presentado, dice que de una manera rápida. Muchas veces se establece después de lavarse el oído o después de un baño, también sobreviene con motivo de un movimiento, al levantarse por ejemplo.



RETRASO

—¡Qué fastidio! Si hubiera venido una hora antes podía haber oído mi conferencia.

La sordera va acompañada a menudo de zumbidos y otros síntomas molestos: neuralgias, la resonancia de la voz, vértigos, reflejos, etc.

Un tapón de cerumen debe considerarse como un cuerpo extraño en el oído y su extracción se asemeja mucho a la de dicho cuerpo.

El lavado es el que resolverá este problema, pero para que resulte es preciso que el tapón no se adhiera a las paredes y que su consistencia no sea muy dura.

Si el tapón es duro, es indispensable reblandecerlo antes de extraerlo; para ello se harán unos baños de agua oxigenada, que lo disgregan bastante bien, y para extraerlo solamente se empleará una jeringa cargada con agua alcalina disolvente.

Hecho el lavado, séquese el conducto y déjese un tapón de algodón a la entrada del meato.

Muerte de Valdivia

Valdivia, como llevaba tan buen caballo, pudo pasar algo más adelante, siguiéndole un capellán que consigo traía, clérigo llamado el padre Pozo. Llegado a una ciénega, atolló el caballo con él. Acudieron los indios que la estaban guardando, y como estaba en aquella necesidad fatigado, lo derribaron del caballo a lanzadas y golpes de macanas. Teniéndolo en su poder, lo desarmaron y desnudaron en carnes, y ataron las manos con unos bejucos, y así atado lo llevaron a pie casi media legua sin quitarle la celada borgoñona que llevaba, que aunque lo probaron muchas veces no acertaron a quitársela; y como era hombre gordo y no podía andar tanto como querían, llevábanlo algunas veces arrastrando, diciéndole muchos vituperios y burlando de él, hasta un bebedero, donde llegados con él, se juntaron todos los indios y repartieron toda la ropa y despojo por su orden entre los señores, y al yanacona Alonso, que después se llamó Lautaro, y salió en ser belicoso más que indio, porque les dió la orden de pelear, le dieron la parte que él quiso tomar. Allí le trajeron a Valdivia su yanacona Agustinillo, el cual le quitó la celada. Viéndose con lengua les comenzó a hablar, diciéndoles que les sacaría los cristianos del reino, y despoblaría las ciudades y daría dos mil ovejas si le daban la vida. Los indios, para darle a entender que no querían concierto alguno, le hicieron al yanacona pedazos delante de él. Viendo el padre Pozo que no aprovechaban amonestaciones con aquellos bárbaros, hizo de dos pajas que a par de sí halló, una cruz y persuadiéndole a bien morir, diciéndole muchas cosas de buen cristiano, pidiendo a Dios misericordia de sus culpas. Mientras en esto estaban, hicieron los indios un fuego delante de él, y con una cáscara de almejas de la mar, que ellos llaman pello en su lengua, le cortaron los lagartos de los brazos desde el codo a la muñeca; teniendo espadas, dagas y cuchillos con que poderlo hacer, no quisieron por darle mayor martirio, y los comieron asados en su presencia. Hechos otros muchos vituperios, lo mataron a él y al capellán, y la cabeza pusieron en una lanza juntamente con las demás de cristianos.

Este fué el fin que tuvo Pedro de Valdivia, hombre valeroso y bien afortunado hasta aquel punto. ¡Grandes secretos de Dios que debe considerar el cristiano! Un hombre como éste, tan obedecido, tan temido, tan señor y respetado, morir una muerte tan cruel a manos de bárbaros. Por donde cada cristiano ha de entender que aquel estado que Dios le da es el mejor; y si no le levanta más es para bien suyo; porque muchas veces vemos procurar los hombres ambiciosos cargos grandes por muchas maneras y rodeos, haciendo ancha la conciencia para alcanzarlos; y es Dios servido que después de haberlos alcanzado los vengan a perder con ignominia y gran castigo hecho en sus personas, como a Valdivia le acaeció cuando tomó el oro en el navío y se fué con él al Perú.

GONGORA MARMOLEJO



Señora Sofía Lenoir Sarmiento de Klappenbach, matrona de grandes virtudes, cuyo fallecimiento ha sido hondamente lamentado en esta capital y en la sociedad sanjuanina que mucho estimaba sus altos valores.



Para el estudio de nuestros orígenes

El federalismo argentino es el resultado exclusivo de nuestro desarrollo histórico, una mera evolución de nuestro propio organismo político y no el resultado de una servil imitación.

El presente es el producto de una larga generación de causas; y si es así, al estudiar la historia argentina no debemos partir de una época reciente, de lo que podríamos llamar período argentino o independiente, porque entonces no sería más o menos brillante y divertida, sin objeto práctico alguno ni importancia social en cuanto no tenga por objeto los hechos mismos. Debemos, por el contrario, insinuarnos en su más remoto pasado, rastreando las causas verdaderas de su fisonomía actual y detenernos allí donde la casualidad cesa. Por eso debemos remontarnos a la historia de España para escribir la nuestra y determinar los factores y su influencia relativa en este compuesto que se llama República Argentina actual.

Los factores principales de nuestro organismo social debemos buscarlos en la España que es el principio natural, forzoso y fecundo de todo estudio de nuestra sociabilidad, bajo el punto de vista histórico y político.

Por eso, la historia de la edad media española es tan argentina como lo es la que arranca del descubrimiento o de la conquista, con esta ventaja; que sería más historia porque sería más científica. Estudiar la historia de España es estudiar historia argentina...

Francisco Ramos Mejía

El lenguaje que desaparece

Decía el inolvidable Clemente Onelli en una conferencia: "Otra cosa hay que lamentar en la baraúnda de la capital; es el lento desaparecer del lenguaje criollo, aquel lleno de colores y de imágenes, que recordaba un poco el gracejo andaluz, atenuado en sus chispas violentas por el sobrio compás del carácter ponderado y cauto de la vieja estirpe criolla. Surge en Buenos Aires un vocabulario nuevo, despreciable a mi oído como el chasquido de una escupida, cuando yo oigo decir a un niño decente: "Mangiá, ahí viene el chafe" — "Largá la guita" — "Spiantá Otamendi". Es la deplorable confusión de la raza nueva que cree acriollarse manejando el argot resabio de la Suburra..."

A la salú de Sarmiento

Alrededor de 1844, Sarmiento le regaló en Montevideo su retrato a Hilario Ascasubi, quien veintitrés años después, en un banquete que tuvo lugar en París, el 4 de julio de 1867 le presentó el mismo retrato con estas palabras gauchas:


Hilario Ascasubi.

Caballeros y madamas;

Un cuarto de siglo hará
a que cerca de la Pampa
me dió un amigo su estampa
como prenda de amistá;
pues ese amigo aquí está;...
y en prueba de que les cuento
la verdá, velay, presento
su figura con placer,
para lucirla y beber
a la salú de Sarmiento.

En ese mismo banquete, Ascasubi le dirigió a don Emilio Castelar las décimas que siguen, en razón de que Castelar había tardado algo en devolverle un paraguas que le prestó el famoso coronel:

Con el cuchillo en la mano
y ojo listo a una botella
por si acaso me atropella
cierto petiso gitano,
voy a echarle a lo paisano
un brindis, sin recelar
que me quiera desafiar
enseguida don Emilio...
contra el cual no pido auxilio
si me saliera a peliar.

Señores; mucha salú
le deseo a Castelar,
y no volverle a prestar
ni el güeso de un caracú;
porque tiene la habitú
mesma de un tal Olascagua,
vizcaino que era en Rancagua
un rigular pagador...
pero muy empacador
para volver un paragua.

Liberato Pérez es el personaje de la novela "Painé" del doctor Estanislao S. Zeballos, y puede personificar a cualquiera de los innumerables criollos que han sufrido hartas penurias en la Pampa que azotaba el salvaje antes de la llamada "Conquista del Desierto".

El valor higiénico del mate, está en que ejerce influencia sobre los centros nerviosos.

Exalta la sensibilidad y por consiguiente, la ex-

citabilidad refleja mucho menos que el té y el café. "Sólo en altísimas dosis produce vigilia y sobresaltos tendinosos que se observan tan a menudo bajo la acción del café. En cambio, el mate excita la inteligencia mucho más que el té y cuando es de buena calidad, más que el café. Con probabilidad se puede asegurar que el mate, como hermano legítimo de los demás cafeicos, disminuye bastante el trabajo de regresión orgánica, porque el hombre, bajo su acción, resiste mejor el trabajo y a todas las influencias alterantes o destructivas. Por eso, el gaucho puede, con un trozo de asado y muchos sorbos de mate, recorrer a caballo y durante semanas enteras, "cien millas por día" mientras que cuadruplicando el alimento plástico y privado del mate, no soporta el trabajo y se rebela".

"El que está habituado al mate, experimenta un malestar insufrible y una tristeza que puede llegar al grado de melancolía, cuando se ve privado de él por algún tiempo".

¡Es que el mate es querendón como él solo!...

Las más famosas décimas

Entre los pastos tirada
Como una prenda perdida,
Y en el silencio escondida
Como caricia robada,
Completamente rodeada
Por el cardo y la flechilla
Que, como larga golilla
Van bajando a la ladera
Está una triste tapera
Descansando en la cuchilla.

Allí, en ese suelo fué
Donde mi rancho se alzaba,
Donde contento jugaba,
Donde a vivir empecé.
Donde cantando ensillé
Mil veces el pingo mío,
En esas horas de frío
En que la mañana llora,
Cuando se moja la aurora
Con el vapor del rocío.

Donde mi vida pasaba
Entre goces verdaderos,
Donde en los años primeros
Satisfecho retozaba.
Donde el ombú conversaba
Con la calandria cantora.
Donde en noche seductora
Cuidó el sueño de mi cuna,
Con un beso de la luna
Sobre el techo de totora.

Donde resurgen valientes
Mezcladas con los terrones,
Las rosadas ilusiones
De mis horas inocentes.
Donde delirios sonrientes
Brotar a millares vi,
Donde palpitar sentí
Llenas de afecto profundo,
cosas chicas para el mundo,
pero grandes para mí.

Donde el aire perfumado
Está de risas escrito,
y donde en cada pastito
Hay un recuerdo clavado;
Tapera que mi pasado
Con colores de amapola
Entusiasmada enarbola
Y que siempre que la miro,
Dejo sobre ella un suspiro
Para que no esté tan sola.

ELIAS REGULES

Vocabulario

"Mandarse cambiar" — igual a mandarse mudar, irse.

"Torear", — los perros torean, ladran.

"Latón" — así se llamaba al sable de los milicianos (milicos).

"Yaco" — la bolsa hecha con la piel de un nonato.

"Chapalear" — andar, caminar, deshacer barro.

"Chapotear" — como el anterior, de origen araucano, — andar en el agua a las zancadas.

"Castillo" — carreta rústica usada en la Pampa, y que eran distintas a las llamadas "carretas tucumanas".

Coplas

La vieja que tiene una hija
viene un gaucho y se la lleva,
áhi se queda pataliando
como lechuza en la cueva.

De la trompa de esta vieja
sabiéndola trabajar,
salen riendas y cabestro,
y también sale bozal...

Amigo: cultive las virtudes criollas.

Los primeros inmigrantes

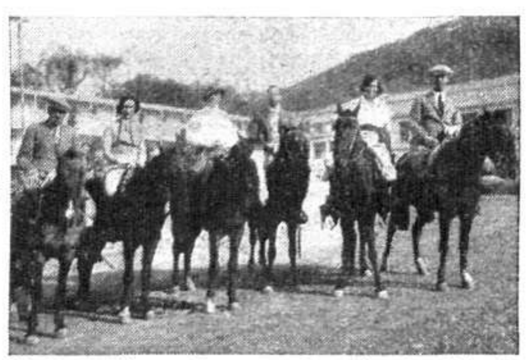
El rey tenía prohibida la admisión de inmigrantes sin su expreso permiso. El gobernador de Buenos Aires, Negrón, tuvo conocimiento de que se infringía el real mandato. Venían los navíos hasta la costa y echaban a tierra los inmigrantes, que iban a esconderse a las chacras o estancias, existiendo quienes los ocultaban en la ciudad, facilitándoles luego la huída hacia el interior del país. El 25 de marzo de 1610 se dió un bando imponiendo la pena de muerte a los ocultadores o facilitadores de pasajeros introducidos sin licencia. Al año siguiente se reforzó la prohibición, no permitiéndose dar alojamiento a persona alguna que viniera a la ciudad sin que se presentase con sus correspondientes permisos al señor gobernador.



Rosario de la Frontera



Los doctores Imaz, Beretervide, Tiscornia, Uriburu, Bravo y Zavaleta y un grupo de practicantes del Hospital Nacional de Clínicas, que visitaron las termas.



El doctor Alberto Hueyo y señora, el señor Eduardo Tornquist y su esposa, el doctor Juan J. Beretervide y la señorita Mínima Rodríguez, en una sesión de equitación.



El doctor Ignacio Imaz y señora, en las galerías del hotel.



Señoritas de Jániz, de Rodríguez y de Harrington y los doctores Devoto, Beretervide y Repetto, sorprendidos por el objetivo.



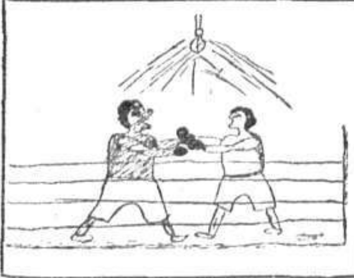
Señorita Luisa M. del Forno, en su cotidiano paseo.



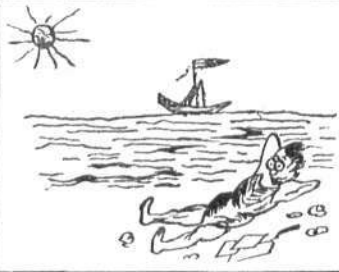
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, y de tamaño de postal. Deberán tener el título de lo que representan, y al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: "Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS, Chacabuco 151".



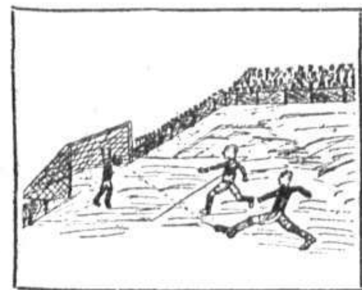
432. — En el ring.
Manuel Díaz.



433. — Maneco tomando baño de sol.
M. E. Acasuso.



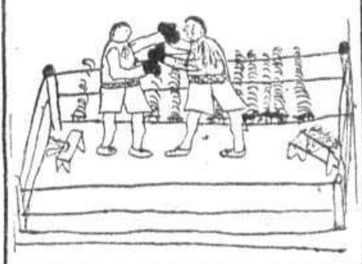
434. — Una mañana de lluvia.
Miguelito Manzo Sal.



435. — Un partido muy interesante.
Felicia Vía Pilar.



436. — Festejando el Día de la Raza.
Ricardo T. Díez.



437. — Un match de box.
Oscarcito Díaz Gil.

De los dibujos publicados durante el mes de septiembre último resultaron premiados los correspondientes a los siguientes números: 397, 398, 409, 410, 411, 414, 415 y 417.

De cómo basión bor sañurita Bilar Balacios llevó a cumesaría a bobre turquito Alí Muisés

Por FELIX LIMA

PERMISO, señor.

El comisario de policía con asiento en uno de los pintorescos pueblos del oeste bonaerense suspende el sesudo estudio del programa de carreras a realizarse el próximo sábado "yoni" en La Plata, y apestilla:

—¿Que hay, sargento?

—El turquito detenido a indicación de una pebeta, esta mañana, al bajar los dos en la estación San Antonio de Padua, desea hablar con usted. ¿Qué le contesto?

—Bueno, che; hacelo pasar.

Cabellera negra ensortijada por naturaleza y resistente a los pases de engominada aplanadora con extracto de cemento armado; alzada de pingo de polo, y pinta, en cuanto a elegancia, en segundo grado atrasado. Tal el envase que encierra la personalidad sirio-libanesa de Alí Muisés, mercero ambulante y tenorio ídem.

—*¿Bermite, sañur cumesario?...*

—¿Qué desea?

—*Yo, sañur, bobre turquito, inocente, brefiero bagar, ¡bagar, sañur!, blata no me falta, gracias a Dios, antes basar breso a La Blada, sumariado, como vulgar delincuente, y de yaba, va bierde barte clientela, sañur. Rebito: bago multa que me la biden, bor grande ella sea, sañur.*

—¿A qué hora lo detuvieron?

—*Manda breso sañurita Bilar, llegar a San Antonio de Badua, tren las 11.38, sañur.*

—¿Así que lleva unas cuantas horas de encanastamiento?...

—*Brecisamente, sañur.*

—¿Sus antecedentes?

—*Sembre trabaja, sañur, desde la llega la bais, año 1924, tudavía bantalón corto, sembre nigocio mircería, Cabital Federal y Brovincia, mucho fiado, yo vender bor cuotas semanales y mensuales.*

—¿Soltero?

—*¡Ay, sañur cumesario!... Brecisamente bir bretender entrega hoy una carta conteniendo mi formal declaración amor no bladónico y bromesa sincera matrimonio, ¡balabra, caballero!, estoy breso en su cumesaría, sañur, ¡breso!, como una tibo batibulario que la merece vinte años temborada encierro en cárcel biniteinciaría Sierra Chica.*

Los dedos de las manos de Alí Muisés se sepultaron en su cabellera negramente ensortijada; segundos después, echó a llorar, largo y tendido, netamente "regadera".

—*¡Badre y mama mía, quiridos! ¡Biedad tu hijo, breso!*

El comisario provincial, tipo que se ablanda como asfalto en verano ante el calor de una sinceridad hondamente afectiva, se enancó en el flete de la tolerancia, para ordenar, previos dos puntos de campanilla eléctrica:

—El sargento.

Y éste no tardó en hacerse presente.

—Ordene, comisario.

—Este hombre...

—*Alí Muisés, sañur cumesario, desde año 1924 en la bais, llega bantalón corto...*

—Fué detenido, en la estación San Antonio de Padua, a pedido de una señorita que dijo llamarse Pilar Palacios.

—*Sañurita Bilar Balacios, brecisamente, sañur.*

—La pebeta, al parecer, tiene para mucho de menor de edad, quedó en ratificar personalmente su denuncia hoy, después de las 18, al regreso de su empleo.

—¿En qué basa la acusación?

—Gajes del ascenso de la temperatura... En que... que le faltó al respeto; en que... ¡planto, señor comisario!, porque, de lo contrario, me corro hasta Chivilcoy, sobre esta línea ferroviaria del Oeste.

—¿Y usted, qué dice? — inquiere el "mayorengo a la gurda".

—*Barte mínima, cierto; barte máxima, mintira. Bremieramente, sañur cumesario, que con la temberatura día la fecha, yo no quedar igual que pan manteca la boni sobre sartén la fuego vivo.*

—Veintiocho a la sombra.

—*¿Acaso, yo bordo dirrito con esa temberatura de bremer grado?*

—Conforme, pero eso de... de que usted le faltó al respeto...

—*Está estrechar calurosamente mano engoantada, sañurita Bilar...*

—Yo no lo condenaría por semejante performance.

El sargento, que había en tal emergencia sentado plaza de acusador fiscal, se conformó con echar otra lingadita de leña a la hoguera.

—Eso, tal vez, pase; pero es que se le fué al humo, señor, con una carta.

—*¡Mintira, sañur! ¡Balabra honor, turquito sembre dice la verdá!*

—¿Y la carta en cuestión? — averigua el señor comisario.

—*Brecisamente, yo la tine en mi bolsillo, documento vale no boca blata, ¡sellada, sañur!*

—Le ruego que me la lea.

—*No bierdo tiembo, sañur.*

El turquito exhuma y lee:

"Sañurita Bilar Balacios. — Bresente.

"Basión volcánica bor usté:

"He resuelto su bajada diaria en estación San Antonio de Badua, bara entregarle la carta declaración amorosa de que le hablé, bromesa segura casamiento, si la quiere, iglesia Bilar, calle Jonín, altar mayor tudo iluminación."

—Hasta ahora es una carta en extremo inofensiva. ¡Continúe, Alí!

"Berdono deudas, tudas deudas familia, tanto suyas, sañurita Bilar, como de futuras cuñadas, sañuritas Bolonia y Betrona."

—¿Deudas de honor?...

—*No, sañur; deudas mircería.*

DIBUJO DE Félix Lima CABALLÉ



DEJAME EL VOLANTE

Por BERNARD GERVAISSE

La escena, en el interior de un automóvil, que corre alegremente por la carretera de París a Brest.

Lulú. — ¿Sabes, querido, lo que harías si fueses amable?

Jorge (desconfiado). — No.

Lulú. — Dejarme el volante.

Jorge (como si no hubiera oído. — ¡Qué carretera más mala!

Lulú. — Exageras; no es tan mala como dices. Hasta me parece que para aumentar un poco la velocidad no encontraríamos camino mejor. Anda, déjame el volante.

Jorge. — ¿Para qué?

Lulú. — ¡Toma, para conducir yo! Eso me divertirá.

Jorge. — Aquí no estamos para divertirnos.

Lulú.—¡Qué estúpido eres! ¿Por qué no quieres? Tengo mi licencia para conducir. El que me examinó me felicitó y me dijo que tenía excelentes condiciones para coducir.

Jorge. — ¡Desde luego!

Lulú. — ¿Cómo desde luego? ¿Qué pretendes insinuar?

Jorge. — Nada, hijita.

Lulú. — Estoy segura de que iba a decir alguna grosería. Más valía que en vez de contrariarme me dejaras el volante. Mira, aquí es recto el camino.

Jorge. — ¡Otro idiota que se divierte en cruzar la carretera sin fijarse!

Lulú. — No me hables. Asi estuve a punto el otro día de atropellar a uno con el auto de Enriqueta en el camino de Fantainebleau.

Jorge. — ¿Y Enriqueta está bien?

Lulú. — Está bien; pero no se trata ahora de eso. ¿Quieres dejarme el volante? ¿No? Te advierto que no me extraña. Te complaces en negarme todo cuanto te pido.

Jorge. — ¡Pero Lulú!

Lulú. — ¡No hay Lulú que valga! Sé lo que digo. La semana pasada aquel abrigo de pieles...

Jorge. — No digas tonterías, hijita. Demasiado sabes que si no te compré el abrigo fué porque era muy caro. Tú misma lo reconociste.

Lulú. — Admito lo del abrigo: pero ¿y el volante? No te cuesta dinero dejármelo. Sé amable, Jorge. Un momento.

Jorge. — Está bien; sea.

Lulú. — ¿Quieres?

Jorge. — Quiero.

Lulú. — Entonces pásame el volante. Para; vamos a cambiar de sitio.

Jorge. — Un poco de paciencia. Te dejaré el volante, pero no ahora.

Lulú. — ¿Ahora no?

Jorge.—No. Dentro de unos minutos. Te prometo que te dejaré el volante.

Lulú. — ¿Cuándo?

Jorge. — Cuando lleguemos a Ploum la Ville.

Lulú.—¿Por qué en Ploum la Ville?

Jorge. — Porque en Ploum la Ville hay estación.

Lulú. — ¿Y qué?

Jorge. — Que en Ploum la Ville tú tomarás el volante y yo regresaré en el tren.

Bodas de plata de la Droguería Americana



Miembros del directorio de la Droguería Americana reunidos con motivo de la celebración del 25º aniversario de la empresa.

Parte del público que participó en el "lunch" con que fueron festejadas las bodas de plata de la Droguería Americana S. A.

Visita de los marinos ingleses a La Plata



El cónsul de Inglaterra, señor H. Pulestón, presidiendo el lunch ofrecido a la oficialidad del crucero "Durban", en los salones del Jockey Club.

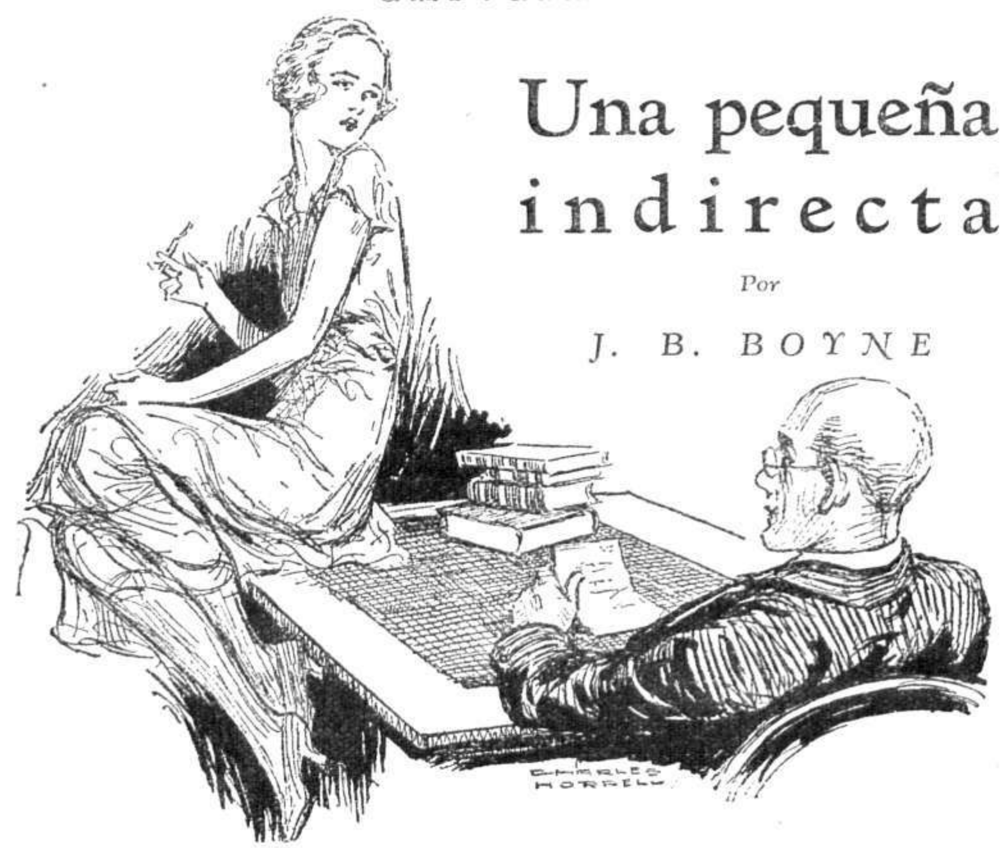


▲ Marineros del mismo crucero saboreando el asado criollo que les fué servido en las dependencias del Hipódromo platense. ▼

Una pequeña indirecta

Por

J. B. BOYNE



Abrió la puerta del estudio de su tío, el doctor Herbert, y fumando avanzó hasta la mesa-escritorio; se sentó sobre ella, cruzó sus finas y bien torneadas piernas y recién entonces saludó al anciano.

Era bellísima, de ademanes sueltos, y fluía de su personita un encanto que subyugaba. Sus diez y ocho años brillaban triunfantes en el rostro de nuestra horoína, la señorita Jane Carter.

—Tío, vengo a pedirte... no te asustes; no es dinero... sólo se trata de un consejo... Me refiero a Fernando Bingley.

El viejito abandonó la lectura del libro que tenía en las manos, alzó la vista y sonrió. Le halagaba que le solicitasen consejos, y los daba con abundante generosidad.

—¿Se declaró ya?

—No; y mucho me temo que no lo haga nunca; es de una timidez desconcertante. Presiento que se me escapará.

Dijo esto la niña de tan mal talante que tío Herbert la miró sorprendido.

—Perdóname tío. Estoy muy nerviosa. Olvidaba el recato propio de tu época — dijo Jane, — pero me he jurado atraparlo en mis redes. Si mañana no realizo mis propósitos, abandono estos lugares y retorno a casa de mis padres.

El viejo la contempló con ternura.

—¿No podrías quedarte unos días más con nosotros? ¡Nos alegra tanto tu compañía!

—¿Para qué? — dijo ella sin darse cuenta de que su egoísmo afectaba a su tío — le he dado todas las oportunidades; durante un mes nos hemos visto día a día y sin embargo nada adelantamos. Ni cien años le serán suficientes para reunir el valor que le requeriría una declaración.

—Dime, ¿crees que te quiere?

—¡Uf! Es mi sombra; por todas partes me sigue; lunes, miércoles y sábados me envía flores; bombones y fruta el resto de la semana. Se emociona si lo miro y su alegría es indescriptible cuando le sonrío. Me ha retratado en todas las poses imaginables... y...

—Basta... basta — interrumpió el viejo abogado, — eso es más que una semiplena prueba, — aquí dejó escapar un término de su profesión, — y, ¿tú lo quieres?

—Ese es el dilema... — dijo Jane sonrojándose, — creo quererlo. ¿Debido a qué? Sólo Dios tal vez lo sepa. ¡Ni yo misma me comprendo! A veces siento un irresistible impulso de darle unos cachetes.

—Fernando Bingley — argumentó tío Herbert, — es un hombre que debe casarse; buen mozo; serio, laborioso, de una buena familia y sólida fortuna. Cualidades que no se desprecian en esta época. Sí, sí, es lo que se llama un gran partido. Ambos se quieren, — continuó muy pensativo — pero su extraordinaria timidez, pusilanimidad, o... llámale como tú quieras, lo encierran en este tonto silencio. ¿No te animarías tú, aunque no lo creo, a hacerle una... este... una insinuación o una pequeña indirecta?

—¿Una indirecta, tan sólo una? Pero si lo he mirado durante horas enteras con ojos tiernos y suspirando emocionada; en el cine me le he acercado tanto que por poco lo he sacado de su asiento, y además...

—Eh, eh, niña; no continúes, veo que lo has intentado todo, pero es preciso no desesperarse; ¡qué diablos, ya encontraremos alguna solución para este asunto!

—Sí, tío sí; no puedo continuar ya esta vida tan incierta — quejóse Jane, — no soy la mis-

ma desde que Fernando se cruzó en mi camino. Y lo peor es que no sirvo para hacerme la romántica. Las muchachas de hoy no nos contentamos con suspiros.

Tío Herbert meditaba mientras escuchaba, y con actitud doctoral comenzó:

—¡Craso error! ¿Crees que es lo más acertado fingir? Me parece que en los asuntos del corazón es mejor mostrarse al natural, espiritualmente digo, se entiende ¿no? De todos modos, creo que tú sabrás algo más que yo de estas cosas. Pero dime, este... no has ensayado... este, cómo diré... ¿desmayarte? — dijo el viejo con sonrisa picaresca.

—¿Desmayarme? Francamente ni se me ha ocurrido. Pero, ¿para qué?; ¿cómo y dónde desmayarme? ¡Eso tiene mucho aspecto a 1830!

—Sin embargo — observó tío Herbert convencido — creo que deberías intentarlo. En mis tiempos, para una niña, desmayarse en los brazos de un joven era un recurso infalible. Lo importante es obtener que te abrace. Por más Fernando Bingley que sea no podrá resistir un argumento de esa calidad.

—¿Qué no podría? — musitó más que dijo la hermosa Jane.

—Estoy pensando — querida sobrina, — que no has dirigido el asunto con el debido tacto, que no has sido todo lo expresiva que tú crees, y...

—¿Qué no he sido lo bastante expresiva, dices, después de todo lo que te he contado? ¡Pero tío! — y se levantó bruscamente del escritorio.

—Discúlpame, voy a caminar un poco, pues necesito serenarme; no sé lo que me pasa.

Y un tanto ofendida al comprobar que dudaban de su poder de seducción salió airosamente del estudio de su tío.

Una vez en la calle comenzó a marchar maquinalmente, sin rumbo determinado, sumergida en el mar de sus pensamientos. Hablaba y gesticulaba sola de tal suerte, que varias personas se dieron vuelta a observarla. Un joven le dijo:

—¿Son penas de amor?

Ella lo miró despectivamente y apresuró su marcha. Y así llegó a orillas del río donde un cartelito rezaba: "Se alquilan botes".

Acercóse al embarcadero, alquiló un bote, saltó ágilmente a él dispuesta a olvidarlo todo por un instante, remando. Cuando alcanzó la mitad de la corriente levantó los remos y dejóse llevar a la deriva; mas no pudo alejar su pensamiento de lo que a ella se le antojaban tristezas irremediables y amarguras de su vida. A tal altura de sus reflexiones, oyó un golpetear de remos en el agua y miró hacia atrás; era otro bote que avanzaba.

—¡Qué veo! No... pero sí. Es Fernando. Acaso me habrá seguido el muy tonto, ¿cómo podría hacer para escapar a su mirada?...

Se había propuesto, según declaró a su tío, no pasar el día sin obligar a Fernando a que se le declarara; comenzó a pensar cómo podría poner en práctica el sistema sugerido por el señor Herbert.

—¡Es claro; eso es!. Se recostaría en el fondo de la canoa. ¿Pero si él ya la hubiera visto? — Eso es — volvió a decir, y pensó luego que Fernando vendría atropelladamente como de costumbre y produciría el choque; después, naturalmente, ella fingiría su desmayo, él solícito, procuraría hacerla reaccionar y lo demás correría por cuenta de Bingley a no ser que fuera un verdadero infeliz. Si su plan fracasaba ¡adiós su dorado ensueño de amor! Arrojaba sobre el tapete su carta brava. Se sentía seductora como nunca, retocóse con mano experta su sencillo maquillaje, y acomodó los pliegues de su vaporoso y delicado vestido, un costoso modelito que estrenara esa misma mañana. Pero ¡ay! su plan de batalla estaba destinado a fracasar en toda línea; eso resultó un desastre. El tímido Fernando Bingley, reconoció a Jane, y suspiró con tal fuerza que parecía un fuelle de fragua y pensó:

—La chocaré suavemente con mi canoa, y le haré dar un gran sobresalto.

Dicho y hecho. Comenzó a remar enérgicamente a impulso de su entusiasmo, pero aquello no fué un suave choquecito, sino una catástrofe, un formidable encontronazo. Jane lanzó un grito, pues por la violencia del topazo perdió el equilibrio; hizo un esfuerzo desesperado por recobrarlo y no lográndolo cayó de cabeza al agua. A fuer de excelente nadadora ganó rápidamente la superficie. En ese pequeño intervalo; pensó en su situación ridícula; en su ondulación Marcel echada a perder; en su vestido arruinado totalmente y hasta en el naufragio del "Principessa Mafalda". Quiso hablar pero le fué imposible por dos razones poderosas; una, que había tragado más agua que la conveniente y deseaba; otra... ¡ah! ¡esa otra! esa otra por sentir dos férreos brazos que la alzaban en vilo, depositándola con suavidad y ternura sobre un banco de la canoa.

—Por fin mi amado — pensó ella, — ha sido menester un baño para que te decidieras.

El la atrajo amorosamente contra su pecho, y ella — conforme al plan trazado — entornó los párpados y simuló un desvanecimiento.

—Querida — oyó que decía Bingley con voz alterada por la emoción, — mi dulce bien, cómo y cuándo podré perdonarme tamaña imprudencia?

La pícara Jane entreabrió los ojos, se arrimó mimosa contra el pecho de Bingley y con un suspiro — que en lo que se refiere a fuerza la llevaba de sobra — le dijo sonriendo:

—¿Perdonarte? ¿Y de qué?... ¡Oh, mi Fernandito, si tú pudieras comprender cómo!... — y calló.

¡Qué barbaridad! O Fernando es de carne y hueso o es de tierra refractaria, o es sencillamente un imbécil. Pasó un segundo... y otro... y nada; la ansiada declaración no llegaba.

—¡Oh! Se ha desmayado nuevamente la pobrecita — murmuró Bingley. — ¿Me atreveré a besarla? ¡No, mil veces no! Sería una vileza imperdonable que abusara de la situación; ella me cobraría un odio intenso para toda su vida... ¡la perdería para siempre!

Y mientras así pensaba abandonó su intento y con toda la suavidad imaginable la depositó sobre el piso de la canoa. Jane se enderezó; el desmayo había desaparecido como por arte de magia.

—¿Qué vas a hacer ahora? — preguntó abriendo desmesuradamente los ojos.

—Pues llevarte inmediatamente a tu casa para que no pilles un resfrío a causa de la zambullida — contestó Fernando humildemente; — te ruego que me perdones por la torpeza que he cometido. Mi sola intención era darte un pequeño susto, nada más.

Jane se puso furiosa, pero disimulándolo alzó su graciosa naricita y le preguntó:

—Cuando me desmayé, ¿me besastes?

—No, no, por Dios — tartamudeó él con

timidez, — estuve en un tris de hacerlo, pero afortunadamente me contuve. ¡No hubiera sido caballeresco! ¡No!

Jane, llena de despecho y rabia al comprender que su plan había fallado se limitó a sonreír casi con desprecio y se sentó a contemplar su precioso vestido totalmente estropeado; entre tanto él, cohibido, acomodaba los remos adoptando, al agacharse, una postura poco digna, pero que a Jane se le antojó tentadora. Se incorporó un tanto, alzo un pie y... ¡zas! se lo aplicó con inusitada fuerza al desdichado Fernando, al par que le dirigía estos improperios, mientras él se hundía de cabeza en el río:

—Idiota... grandísimo imbécil... cretino... tenorio de papel... — y ya desahogada se sentó tranquilamente esperando los acontecimientos.

Fernando, también buen nadador, se sobrepuso de inmediato y tomándose de la borda del bote, miró boquiabierto a Jane:

—¿Pero has sido tú la que me empujaste?

—Sí, idiota, no creo que haya aquí otra persona.

—Y dime, ¿has sido tú que me has llamado idiota, imbécil, cretino y tenorio de papel?

—Y bastante que lo eres — le contestó ella, pero como sintiera próxima una crisis nerviosa se cubrió la cara con ambas manos.

Fernando trepó ágilmente al bote, se sacudió un poco para quitarse el agua, y postrándose de hinojos ante Jane comenzó a decir:

—Mi adorada, mi querido tormento, ahora eres mía, nadie, tendrá el poder de apartarte de mí. Te casarás conmigo. Jane, aunque tenga que arrastrarte hasta la iglesia. ¡Y yo que te creía un angelito con tus miradas tan tímidas! ¿Pero qué digo?... ¡Sí, eres realmente un ángel, pero hermoso y salvaje! — y la abrazó fuertemente, besándola con pasión.

—¿Me perdonas, querido, lo que acabo de hacer? Estaba muy rabiosa porque no te animabas a declararte ni a besarme.

—¡Qué embrollo hemos hecho! — dijo Fernando riendo a carcajadas; — pero, felizmente, todo se ha aclarado. Desde hoy serás ¡la señora de Bingley! No sabes cuánto te quiero.

—Y yo también a ti, mi tonto adorado.

Y ahora, ya olvidados del mundo, con un remo cada uno, comenzaron a bogar lentamente hacia el muelle, unidos en un interminable beso.

Fernando, feliz y radiante, y Jane bendiciendo interiormente a su tío, viejo, pero buen consejero.

Cuando desembarcaron, Fernando dijo al botero:

—¿Cuánto le debo?

—Veinticuatro pesos — contestó el otro, malhumorado.

—¡Cómo! ¿Y por qué?

—¿Acaso no sabe leer? ¿No ve ese letrero?

Efectivamente, en un poste había un cartelito con la siguiente inscripción:

"Se aplicarán veinte pesos de multa a los que se abracen en los botes".

J. B. BOYNE

La muerte de Agamenón

Casandra. — ¡Ay!, ¿qué fuego es éste que llega hasta mis entrañas? ¡Oh, dolor! ¡Apolo Lyceo! ¡Ay, ay de mí! ¡Infeliz que yo soy! Esa misma leona de dos pies, que yace con el lobo en ausencia del generoso león, me dará muerte. Como quien confecciona venenosas hierbas, ella está afilando el puñal para herir al esposo, y en tanto se gloria de que ha de satisfacer su rencor, y me ha de dar el pago, y a él muerte por haberme traído. ¿A qué guardar ya estas insignias para mi propio escarnio; este cetro, y estas ínfulas de profetisa que ciñen mi cuello? Yo te haré pedazos antes de morir. *(Arroja el cetro).* Andad en mal hora y caed en el polvo. *(Arroja las ínfulas).* Este es el pago de vuestros servicios. Enriqueced a otro y no a mí con vuestros tesoros de maldición. Helo ahí, Apolo; tú me despojas de mis vestiduras de profetisa. Tú me veías con estos ornamentos, y así y todo, hecha la burla de los míos, que eran unos a odiarme los insensatos. ¡Y cómo sufría que me motejasen de loca y vagabunda, cual mendiga hambrienta y miserable que va de plaza en encrucijada diciendo la buena ventura! ¡Y ahora, dios profeta, después que me hiciste tu sacerdotisa, me arrastras a tan fiero trance de muerte! En lugar del ara de mi padre, me espera un tajo de carnicero donde seré degollada con cruel golpe, y correrá mi sangre humeante. Mas, gracias a los dioses, no quedará nuestra muerte sin venganza. Vendrá a su vez el que nos ha de vengar; un hijo que matará a su madre, y castigará el asesinato de su padre. Hoy anda errante y fugitivo y desterrado de su patria; pero él volverá para dar cima a la total perdición de los suyos. Porque los dioses hicieron solemne juramento de que le ha de traer la sombra de su padre muerto y tendido en tierra. ¿A qué llorar así al entrar en esa casa? Yo contemplé antes la desolación de Ilión, y ahora aquellos que cosquistaron mi patria son a su vez sentenciados por los dioses. Entraré, sí; sufriré mi destino. Tendré valor para morir. Puertas del Orco, ya os veo. Yo os saludo. ¡Así reciba golpe tan certero, que entre arroyos de sangre me dé súbita muerte, y sin estremecerme siquiera cierre mis ojos!

Coro. — ¡Oh, infelicísima y sapientísima mujer! ¡Mucho es lo que nos has revelado! Pero si de cierto sabes tu muerte, ¿cómo con firme paso te encaminas al ara, tan animosa como becerrilla a quien los dioses llevan al sacrificio?

Casandra. — No hay huída posible, amigos. Nada haría con retardarlo.

Coro. — Pero a lo menos, la muerte, cuanto más tarde es mejor.

Casandra. — Ha llegado el día; huirle sería de poco provecho.

Coro. — Tu temeridad te pierde. Considéralo.

Casandra. — ¡Nunca tales cargos se le hacen al dichoso!

Coro. — Si fuera morir con gloria... entonces cualquier mortal pudiera graduarlo de ventura.

Casandra. — ¡Ay de ti, oh padre! ¡Ay de tus generosos hijos!

E S Q U I L O



Señor Juan Jürgens, cuyo fallecimiento, ocurrido en esta capital, ha sido muy lamentado en los círculos sociales y del comercio a los que se hallaba vinculado.

El desarrollo de la aviación francesa

Estado de la aviación en Francia al estallar la guerra. — aviones y motores en el primer año de guerra.—La "crisis"



El destacado piloto y constructor Nieuport, que produjo los famosos aparatos de caza que llevaron su nombre.

De todas las invenciones modernas, la aviación es por cierto la que ha hecho más progresos durante la guerra 1914-1918 aunque sufrió algunos períodos de estancamiento a los que se dió en llamar "crisis" de la aviación.

¿Cómo explicar que por una parte la aviación marchara a pasos agigantados y en determinadas épocas ella se encontrara en el marasmo y la desorientación más completa?

Existe un fenómeno que se concibe bastante bien cuando se ponen en presencia la realidad concreta de las cosas y el influjo que ejerce la aviación sobre el público, siempre deseoso e impaciente de ver acrecentar sus progresos.

Las "crisis" de la aviación son aquellas que se las podría llamar "enfermedades del crecimiento" — como lo expresara el coronel Dorand, director de la Sección Técnica de Aeronáutica — que se manifiestan por un estancamiento aparente después de una fuerte jornada y que corresponde a períodos en los cuales el ingeniero vuelve a tomar un nuevo estudio para llevarlo más tarde a la realización.

El establecimiento de la aviación de guerra en Francia ha representado un trabajo sin precedentes y cuya inmensa labor es difícil describir en pocas líneas. Precisaremos, pues, los factores principales que han caracterizado su desarrollo.

Al estallar la guerra, el estado de la aviación era por demás precario y aunque se había ya previsto su utilización como arma, su aplicación como tal era un problema todavía por resolver.

Los motores, pesados e imperfectos, tenían potencias que no sobrepasaban los 100 HP. Hoy es corriente el de 500 y 700, y es sabido que en aviones de carrera se ha llegado a realizar el de 2.000 HP.

La ciencia aerodinámica, bien que ya algo avanzada, no había develado todavía sino una mínima parte de sus secretos. La experiencia y sobre todo aquella efectuada en pleno vuelo estaba en sus comienzos; la técnica de construcción y en particular la aplicación al avión de las leyes de resistencia de materiales estaba todavía en la infancia.

En una palabra, el avión estaba todavía en pleno período "sportivo" y experimental y no podía ser considerado sino eventualmente como una máquina de guerra.

El año 1915 ha sido el de mayor preparación en materia de aviación de guerra y a ello contribuyó la disparidad que existía entre las máquinas de los aliados y las de sus enemigos; los alemanes tenían aviones menos rápidos a nivel del suelo pero que alcanzaban altura con mayor rapidez.

Las necesidades y exigencias de la guerra eran cada vez más apremiantes: la noción del combate aéreo se iba precisando día a día, la cooperación del avión y del cañón se iba imponiendo y la realización del bombardeo aéreo preocupaba ya seriamente.

Pero los constructores no permanecían inactivos. En lo que respecta a los motores, particularmente, el esfuerzo realizado sobrepasó todas las esperanzas.

Renault llevó su motor refrigerado por aire de 80 a 130 HP., y creó su 220 a 12 cilindros refrigerados a agua. De Dion contribuyó con su 130 HP., Peugeot estableció su 200 HP., Panhard el 220. Canton aumentó la potencia de su motor fijo en estrella de 120 a 150 HP. En fin, los rotativos Gnome, Le Rhone y Clerget pasaron de 80 a 110 HP.

Durante el mismo año el trabajo de los constructores de aviones no fué menos fructífero que el de los constructores de motores. Este esfuerzo representa nada menos que el estudio y la construcción de 24 aparatos nuevos de tres categorías ya bien definidas en la clasificación general: caza, observación y bombardeo.

Es así como al finalizar el año 1915 los hermanos Caudron produjeron su bimotor G-4 (dos Le Rhone de 85 HP.), Farman su monomotor F-40 motor Renault 130, Nieuport y Morane sus biplazas 110 Clerget y Le Rhone. Estas máquinas dieron a la aviación de observación aparatos biplazas armados de una ametralladora y que alcanzaban 2.000 metros de altura, velocidades entre 125 y 135 kilómetros y una altura máxima de 4.000 a 5.000 metros.

Para la aviación de persecución Nieuport y Morane produjeron monoplazas equipados con livianos motores Le Rhone de 85 HP. y armados de



Los hermanos Jacques y Louis Breguet, constructores de los primeros aparatos de bombardeo utilizados por la aviación francesa en la guerra. En la presente fotografía aparecen con el famoso capitán Pelletier D'Oisy y el capitán Le Maitre.

durante la guerra 1914-1918

Las "crisis" de la aviación. — La evolución de los de 1916. — La labor de la Dirección del Servicio Técnico.

▲ ▼ *Por ICARO*



León Morane, constructor de los aparatos de escuela y persecución que marcaron una época en la contienda europea.

una ametralladora que desarrollaban 165 kilómetros y un "plafond" próximo a los 5.000 metros.

En bombardeo, Vosin produjo su bimotor así como Breguet, ambos a hélices propulsoras que podían llevar bombas o cañón de 37. Su poco poder ascensional y su falta de protección hacia atrás, debido a sus hélices, los hacían muy vulnerables durante el día.

Todos los esfuerzos hechos con vistas a la realización del avión de bombardeo a gran capacidad fueron infructuosos sino negativos y ello fué probado en el gran concurso instituído en 1915 para obtener máquinas de este género.

Cualquiera fuese la visión que se tuviera del porvenir, los esfuerzos se estrellaban contra las posibilidades técnicas del momento; es así como se pasó una época en que los motores muy pesados y medios de construcción todavía mediocres (el empleo por ejemplo, de alas de poco espesor) colocaba a los constructores en la alternativa de realizar aviones demasiado pesados o de emplear motores demasiado frágiles.

Pero no todos se detienen a meditar sobre las dificultades que hay que vencer para producir un avión que responda a fines preestablecidos. Debe contarse al menos tres meses para la confección del anteproyecto y tres meses para la realización de un avión prototipo. Se llega así a seis meses — nunca menos — antes de la presentación a los ensayos.

Es entonces cuando comienza para los servicios técnicos como para el constructor, un período erizado de dificultades de toda naturaleza: ir puliendo — por así decir — los detalles que hayan podido escapar a los cálculos y previsiones para llegar a un todo homogéneo y que satisfaga el propósito perseguido.

Este período dura largas semanas, a veces meses, en los cuales los constructores y el Servicio Técnico veían aumentadas sus dificultades por la impaciencia de todo el personal de aviación, por las apremiantes necesidades del frente de batalla, por las críticas anticipadas, etc.

Si las pruebas daban resultado comenzaba la producción en serie. Si la nueva máquina no marcaba un progreso real era seguro que se estaba en un período de "crisis" de la aviación con las críticas severas y las campañas de prensa.

Al comenzar el año 1916 se registró en Francia la "crisis" más aguda por falta de organización técnica. Los pocos expertos en construcciones aeronáuticas que existían un poco dispersos ya antes de la guerra, estaban en evidente desventaja: una enorme labor y falta absoluta de coordinación en la importante obra a realizar. El resultado fué el que fácilmente puede preverse: la "crisis" de 1916.

Felizmente, Francia encontró un ministro de Aeronáutica y un director de la Sección Técnica que con clara visión de las necesidades reconstituyó aquel mecanismo sobre sólidas bases que permitió conjurar el peligro que se cernía sobre su aviación de guerra y resistir ventajosamente hasta la firma del armisticio.

Esta Dirección Técnica, que hasta entonces había faltado a la aeronáutica en Francia y cuya ausencia se manifestaba entre las vistas y los deseos del Comando y las posibilidades materiales de ejecución fué establecida entonces bajo una severa y bien meditada organización que abarcaba las oficinas y laboratorios de estudio, investigaciones y experimentación.

El rol del Servicio Técnico hasta el fin de la guerra fué triple:

1) Tomar la iniciativa del estudio de los programas técnicos estableciendo concordancia entre las vistas del Comando y las posibilidades materiales, en forma de dar cabida a esos programas en un cuadro tal que existiera el máximo de posibilidades de llegar a una solución por un trabajo sostenido de los constructores.

2) Determinar con una exactitud lo más rigurosa posible el valor real y las "performances" de los aparatos presentados.

3) Equipar y armas los aparatos conciliando los deseos del Comando y las posibilidades técnicas en forma de transformar aquellos vehículos aéreos en verdaderas máquinas de guerra.

El método empleado fué el no trabajar sobre modelos sino sobre los mismos aparatos con experimentados pilotos de prueba, instrumentos de medida bien a punto, métodos de cálculo seguros, multiplicando los ensayos a altitudes y velocidades distintas, con hélices diversas, etc. Este método aseguró a la Dirección una documentación precisa, alejó las hipótesis aventuradas y dió bases ciertas para la apreciación del valor comparado de los aparatos.

Es así como a mediados de 1916 la "crisis" había sido netamente conjurada y la aviación francesa comenzó a marchar sobre bases seguras merced a la ímproba tarea del Servicio Técnico.

Tarea pesada, múltiple, llena de complicaciones, desarrollada en medio de dificultades materiales de toda naturaleza, que se las ignora cuando no se las afronta directamente; en medio de recriminaciones, impaciencias, ataques injustos — aunque también excusables — de aquellos que, como los pilotos de prueba, veían su vida amenazada constantemente y que debían llevar a pleno cielo el campo de las investigaciones, confiados en los cálculos de los ingenieros sin saber si a miles de metros se iba a producir el desmembramiento, la rotura de la futura máquina infernal que inevitablemente los arrastraría a una muerte atroz...

Icaro

Festival a beneficio de la sociedad protectora de la infancia "María Errasquín"



La niña Luz María Galup Lanús, que interpretó el monólogo "En penitencia".



Niñas Beatriz Raynelli, Lidia Alberti, Noemí Alegre y Angélica Moicello, en el ballet "Niñas y flores".



La niña Josefina Roldán, que dijo el monólogo "Con mi perro".



Niñas Aída Spivacow y Susana Rome, que bailaron "Sueño de primavera".



Niña María Rodríguez, una graciosa vendedora de chocolatines.





— ¿Está su marido en casa, tía Sinforosa?
— Ahí lo tiene usted, en el corral; es el del sombrero.

(De *Gutiérrez*, Madrid)

Características de la lengua china

Esta lengua, cuyo origen nos es desconocido, no cuenta más que palabras de una sola sílaba. Estos monosílabos permanecen siempre invariables; es decir, que no se pueden conjugar ni declinar, y sus relaciones se indican por la colocación de la frase.

En la escritura, poseen una forma particular, un signo especial. Este signo se halla constituído por dos elementos. El primero, que recuerda la forma primitiva de la escritura, análoga a los hieroglíficos de los egipcios, es ideológráfico; es decir, representa la idea con un dibujo del objeto al cual se aplica. El segundo elemento que añade siempre al primero, es fonético; es decir, que expresa el sonido. Existen muy pocos caracteres ideográficos, pero gran cantidad de caracteres fonéticos. Los chinos forman también palabras diferentes según el tono con que pronuncian las sílabas. Uno de sus diccionarios contiene, bajo una primera división de 214 signos ideográficos, 44.449 signos distintos.

Se comprende que el mayor honor que pueda ostentar un escritor chino, es saber simplemente leer y escribir su lengua, que comprende muchos millares de caracteres.



— ¿Dice el señor que quiere tomar un baño de sol?
— Sí; prepáramelo. Pero que no pase de los 28 grados.

(De *La Voz*, Madrid)

BODAS DE ORO Y DE PLATA

MERCEDES (Buenos Aires)

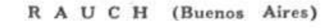


El señor Lorenzo Rebagliati y su esposa, doña Carmen Real de Rebagliati, distinguidos vecinos de la ciudad mercedina, en compañía de sus familiares el día que festejaron sus bodas de oro.

HUCAL (Pampa Central)



Los esposos López, rodeados de sus hijos, nietos y bisnietos, al festejar sus bodas de oro.



RAUCH (Buenos Aires)



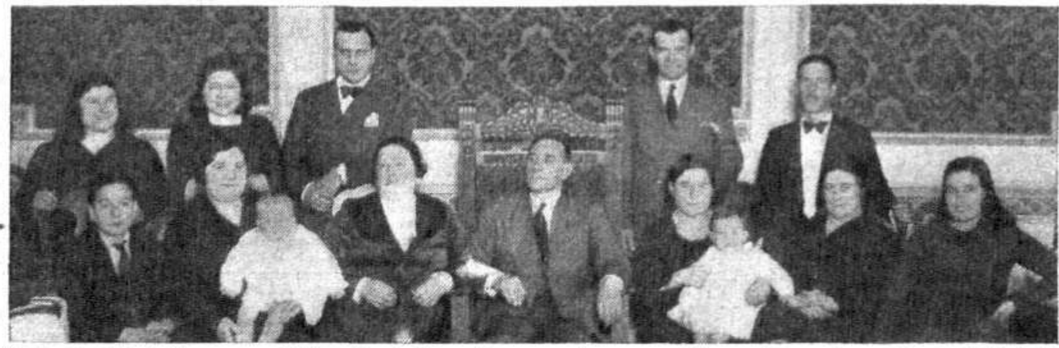
Señor José Cambiazo y señora L. Penedo de Cambiazo, en compañía de sus hijos, en sus bodas de plata.

SALTA



Fiesta efectuada en la residencia del doctor Vicente Tamayo y ofrecida por éste y su señora esposa a sus familiares y a sus numerosas relaciones, al celebrar sus veinticinco años de casados.

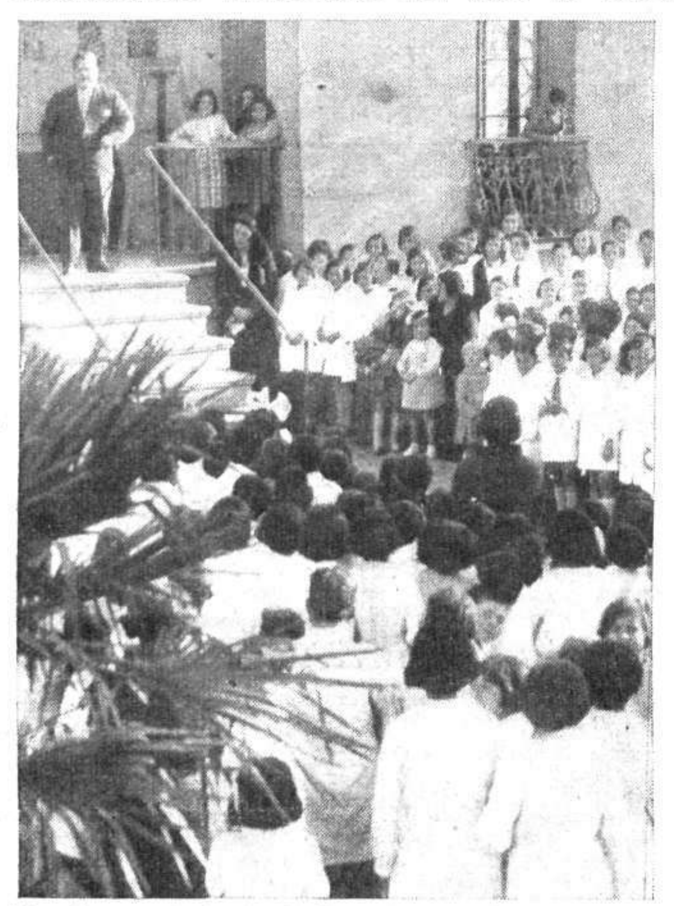
PIÑEYRO (Buenos Aires)



Bodas de plata de los esposos Collazo-Fernández, quienes reunieron a sus hijos y nietos en tan grato acontecimiento.

"Caras y Caretas" en la provincia de Buenos Aires

ENSEÑANZA PRACTICA EN LAS E. NACIONALES DE PERGAMINO



El agrónomo regional, señor B. Castro Arroyo, hablando a los alumnos y al personal docente sobre temas agrícolas relacionados con las características de la zona.



El agrónomo Castro Arroyo dando una clase práctica en una escuela de Francisco Ayerza.



Un alumno del Club Avícola, de Ayerza, castrando un pollo.

QUILMES



Concurrentes al baile realizado últimamente en el Club de Pelota Quilmes.



Señoritas que concurrieron a la reunión danzante del Club Argentinos de Quilmes.



Niñas Lía y Hebe Mancedo, que intervinieron en el festival de la Sociedad Española.



En el Dorado Club

La semana pasada tuve el honor de asistir, gentilmente invitado por la comisión directiva, al banquete anual de camaradería organizado por el Dorado Club. En un agradable ambiente se reunieron más de treinta socios de la institución con el propósito de estrechar vínculos y cambiar opiniones acerca del deporte. Se hizo gala de buen humor, de auténtico "humour" británico, menudearon las chanzas pero no se permitió pasar de cierto límite la aguja de la balanza... de pescador. La nota destacada estuvo a cargo del socio, señor Juan Riedel, quien hizo una erudita disertación sobre el dorado y pasó una interesante película de su último viaje por el río Paraná en la que pudo apreciarse momentos culminantes del deporte. En fin, una "soirée" extraordinaria que dejará gratos recuerdos en el ánimo de todos cuantos a ella asistieron.



He aquí el reel con su correspondiente sostén que se usa en la pesca del gran atún o del pez espada en las aguas del Atlántico norte y tropical, respectivamente. El pescador, además, debe atarse sólidamente a la banqueta del chinchorro para evitar desagradables sorpresas. El reel admite hasta quinientos metros de fuerte línea.

Más sitios para pescar

En números anteriores me referí a los inconvenientes que las autoridades crean al aficionado que desea probar su "muñeca" o simplemente su suerte, en las cambiantes aguas del estuario. Con tal motivo he recibido infinidad de cartas alentándome en esta pequeña campaña que podríamos titular "más sitios para pescar". Es que aquí, en este país, debemos luchar contra un serio prejuicio que nos viene desde los tiempos de la colonia: me refiero a la "vox pópuli" de que la pesca es una afición de haraganes y vagos. Nada más erróneo Es un deporte tan digno como el que más y mucho más sano que otros. El que haya visto el trabajo que realiza un pescador, no puede concebir haraganería en él: la pesca requiere constante actividad y los sentidos bien agudizados. Los pescadores merecen la simpatía de las autoridades y tienen derecho a gozar de ciertas comodidades. Y no me cabe duda de que si nuestro gobierno viera los muelles británicos, franceses y alemanes atestados de pacientes caballeros de caña y peel que olvidan el juego en los días feriados para interrogar el misterio de las aguas: cambiaría de opinión y se apresuraría a dar realidad a esta aspiración legal: *¡más sitios para pescar!*

La pesca en Montevideo

Parece que la temporada de pesca se ha iniciado con gran éxito en la vecina orilla. Los muelles de Montevideo, Punta Gorda, Punta del Este y otros sitios de pesca, se han visto concurridísimos, y lo que es mejor, la concurrencia de aficionados se ha retirado con la bolsa llena y no ha tenido necesidad de exagerar el número de las piezas cobradas... Especialmente, en Punta Gorda, unos aficionados en 3 horas de pesca sacaron 200 peces, entre pejerreyes y bureles. En la bahía, en la escollera, en la rambla sur, abundaron igualmente los pejerreyes, los bureles, las borriquetas y las roncaderas. Para ilustración del aficionado de esta orilla, diré que en Montevideo a las anchoas les llaman bureles o burelones, según tamaño, y roncadera a la corvina blanca pequeña. Estos datos sobre la abundancia de pesca en Montevideo, pueden interesar a los aficionados nuestros que ya preparan sus útiles para actuar en Mar del Plata, pues el deporte en ambos puntos, es muy parecido.

Cuando no hay pique

(CONTESTANDO PREGUNTAS)

A Mojarrita, Capital. — Desdichadamente, no existe ningún manual sobre el arte de la pesca en nuestro país. Parece mentira, pero es así. Contamos con cientos de aficionados distinguidos, de larga y provechosa experiencia en el deporte, pero a ninguno de ellos se le ha ocurrido fijar en un libro o en un pequeño folleto los frutos de sus andanzas para ilustración de los pescadores noveles. Carecemos, pues, de tradición escrita: sólo tenemos la oral, como las tribus salvajes.

A Juan Sosa, Córdoba. — ¿Se propone usted, por lo visto, pescar pejerreyes en laguna con anzuelo? Le voy a dar un dato, desinteresado: no pierda su tiempo y pésquelo con red. En las lagunas suele haber una fauna de pequeños peces que revientan la paciencia del más pescador de los pescadores, comiendo la carnada destinada a los pejerreyes, tales las mojarras, los dentudos, las boguitas y las chanchitas. Pero si, a pesar de todo, insiste en usar anzuelo en ese medio, le recomendaré la línea para pejerreyes (con pequeñor corchos y tanzas de cerda de 30 centímetros), que se usa en el río y se venden en las casas del ramo. Elija el centro de la laguna para situarse y use farol de luz fuerte de noche, que es cuando la mojarra come menos.

Capitán Reel

Nº 1
Locución comprimida, por A. Vercesi (hijo) (Bahía Blanca)

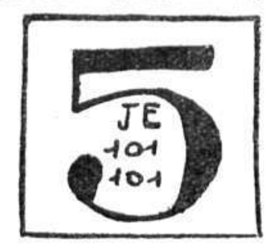
A
E
T
∴
C
U

LOCOMOTORA

Nº 2
Refrán interpretativo, por A. Vercesi (hijo) (Bahía Blanca)

FURIOSO	POESIA
INSANO	CANTOR
DEMENTE	MILLONARIO

Nº 3
Comprimido, por "Moro" (Villa Ballester, F. C. C. A.)



Nº 4
Frase compromida, por Nicolás García Pereiro (La Violeta, F. C. C. C.)



Nº 5
Frase comprimida, por Nicolás García Pereiro (La Violeta, F. C. C. C.)



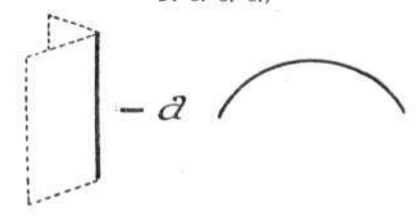
Nº 6
Comprimido, por Nicolás García Pereiro (La Violeta, F. C. C. C.)

Z Z I A

Nº 7
Metátesis, por Julio A. De Seta (Burzaco, F. C. S.)

1234567	INSTRUMENTO MUSICAL
2367451	PAJARO

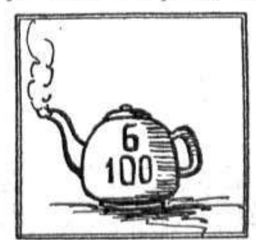
Nº 8
Comprimido, por Nicolás García Pereiro (La Violeta, F. C. C. C.)



Nº 9
Frase comprimida, por "Centauro" (Ernestina, F. C. S.)



Nº 10
Comprimido, por Germán Loperena Vernet (Ciudad)



Nº 11
Logogrifo-jeroglífico, por "Certificado" (Ciudad)

D E F E C T O

4 1 2 3

Nº 12
Comprimido, por "Certificados" (Ciudad)

PRONOMBRE N ANIMAL

Concurso de octubre. — Se reciben soluciones hasta el 15 de noviembre próximo inclusive.

Concurso de noviembre. — Se reciben soluciones hasta el 15 de diciembre próximo inclusive.

Véanse las bases en el primer número de cada mes (con premios).

CONCURSO DE PASATIEMPOS
NOVIEMBRE DE 1933
CUPON Nº 1832

AUTO-MOTO-CICLISMO

Por PEDRO FIORE

Los raids territoriales

Una excelente iniciativa del Automóvil Club Argentino, fué la de organizar una serie de raids territoriales en automóvil a través de los caminos del país. El primer raid llevó a los arrojados automovilistas hasta Mendoza; el segundo a Jujuy, y el tercero a Resistencia. Los Andes, el Chaco y el norte, alcanzando en contadas horas por los entusiastas aficionados de la capital o del interior. Son ellos, sin duda, los mejores conductos de propaganda modernista, y el Automóvil Club Argentino, que obtuvo un éxito sin precedentes en estos certámenes, ha obtenido ya el premio que le corresponde por su obra filantrópica de difusión automovilista en el país.

La marcha de los automovilistas que han participado en estos raids territoriales ofrece altibajos que a veces sorprenden. Los caminos, sin duda, son el factor primordial, y, en efecto, veremos cómo un raid acusa un alto promedio que llega a ser extraordinario, y el otro arroja sobre la planilla de tiempos un promedio que francamente nada tiene de automovilístico. ¡Vamos de 25 a 75 kilómetros por hora! Dos extremos fantásticos, que reflejan el estado de los caminos, antes y después de las lluvias de primavera.

Si alguien dudara aún, sería el caso de decir una vez más que el país necesita caminos, pero esto ya lo saben todos.

Es menester, mientras tanto, consignar los tiempos y los ganadores, para tenerlos presentes en los próximos concursos. Son ellos: Alberto Castilla, de Mendoza, que ganó el raid de Buenos Aires a Mendoza y viceversa, en 62 horas y 25 minutos; Drazen Thierry, de la Capital, que se adjudicó el raid a Jujuy, en 120 horas, y José Lecoent, de Pergamino, que venció en tiempo récord el raid a Resistencia, en 41 horas y 25 minutos. Pero cabe tener presente que en este último raid un récordman, que fué Legrand, quien marcó en un viaje de ida 16 horas y 40 minutos, con un promedio de 75 kilómetros por hora.

El juego de equipo entre los ciclistas

Corridos por todas partes, los ases del ciclismo argentino se han refugiado en el circuito K. D. T. para disputar la primera carrera oficial de la temporada. Es este un tema interesante que apasiona y que dibuja también en los labios de todos los cultores del ciclismo una mueca de desagrado.

Pero vi a los ases en el K. D. T. y entre ellos, como si se tratara de una carrera de libres, vimos marchar a un buen promedio al campeón Arredondo, a García, a Sánchez, a Maturana, a Moras, Alessandre, Barcia y otros.

Aquellos "routiers" de la famosa carrera a Mar del Plata dieron cuarenta vueltas al circuito marcando un promedio de 33 kilómetros por hora. Surgió un hombre: Oscar García... Diré que no surgió asombrando, porque tenía de él excelentes impresiones sacadas a través de su brillante actuación en otras importantes pruebas. Pero García peca por ser modesto y nadie sabe a ciencia cierta lo que dará el día de la prueba. Debo, sin embargo, antes de entusiasmarse por el Criterium de Apertura y por sus ganadores, García, Maturana y Doldán en sus respectivas categorías, recalcar un hecho insólito, para que los ciclistas del interior hagan tesoros del dato: se trata del "juego de equipo". Esta vez el equipo Bianchi hizo su juego contra todos en forma tan perfecta, que no les quedó a los adversarios más remedio que aceptar la derrota y a la vez la lección.

Escuchad: a mitad de la carrera se escapó González del equipo automoto. Sacó 150 metros de ventaja. Los hombres de la Bianchi lo persiguieron y sin "echar el resto" lo alcanzaron... Allí terminó el asunto, ¿no?... No, empezó el juego. En el mismo momento que un hombre del equipo Bianchi alcanzaba al fugitivo y todos respiraban satisfechos previendo un descanso, García, del equipo Bianchi, se escapaba a toda marcha. Entonces sus compañeros, engañando al pelotón, se colocaron al frente del mismo haciendo como si corrieran detrás del fugitivo, pero en realidad aminoraron el tren de marcha. Y García se fué y sacó una vuelta de ventaja, es decir, 1150 metros. Buen juego de equipo y perfecta organización. Excelentes estos compañeros que defienden los colores de la Bianchi y supieron sacrificarse en beneficio de uno de ellos.

Luchas emocionantes

Han quedado en la mente de los aficionados a los deportes mecánicos algunas alternativas llenas de emoción que caracterizaron las batallas deportivas en nuestros caminos y pistas. Por ejemplo: nadie olvidará aquel fantástico duelo entre el malogrado Bucci y el joven Víctor Pangaro en el circuito de Mercedes y el final sorprendente que se tradujo en números en la ínfima cantidad de escasos 15 segundos... Nadie olvidará aquel Gran Premio Nacional, que cambiaba de puntero cada cien kilómetros y que a cuarenta de la llegada aún no había definido su final. ¿Será Paris Giannini?... ¿Será Gaudino?... ¿Será Bucci?... Y el teléfono, como el alma y el corazón de cien mil almas, clamaba datos y más datos y se desdecía cada rato...

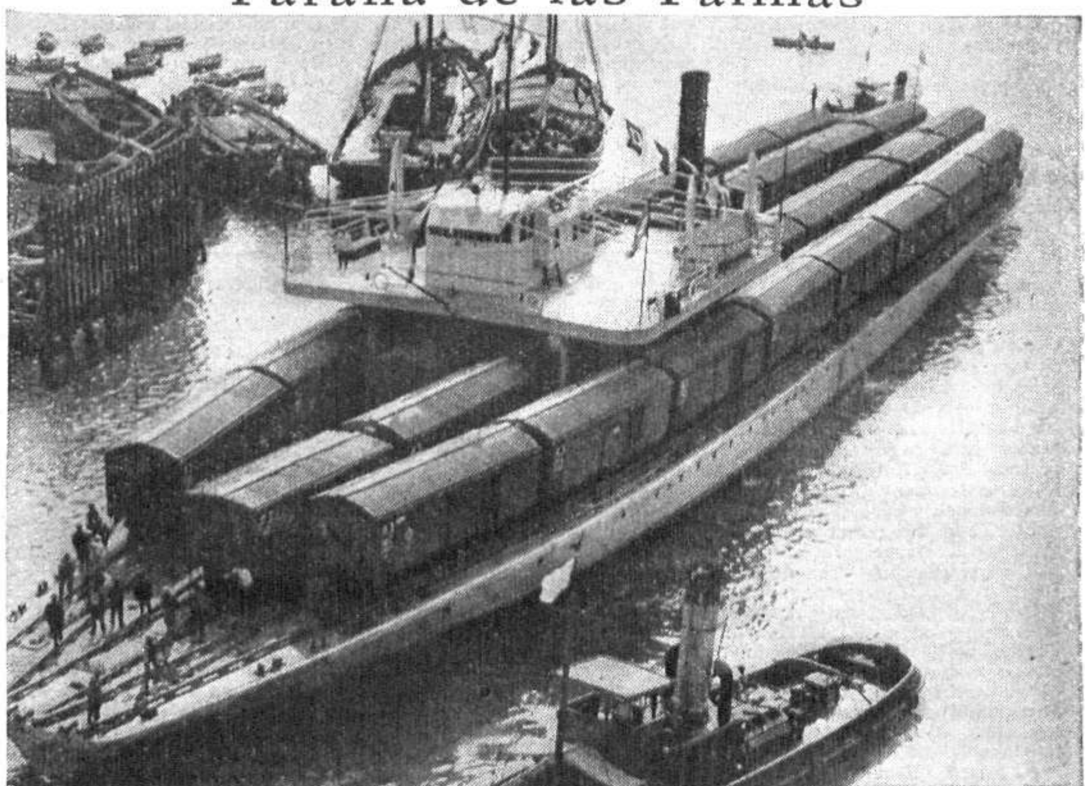
¡Gret!... ¡Guzzo!... ¿Quién de los dos había ganado aquella carrera ciclista a La Plata?... Dos centímetros de diferencia "robados" — en el sentido figurado de la palabra, — en el último metro de la carrera, por Guzzo a Gret.

¿Y el famoso match por el campeonato de Buenos Aires, en el cual estuvo en juego el Casco de Oro, en la pista de "speedway" de Huracán? ¿Se acuerda el lector? ¡Quién lo olvidaría!

Es necesario que volvamos a vivir aquellas emociones. Debemos revivirlas, nosotros y los de tierra adentro. Todo parece prestarse hoy para que esto acontezca. El "speedway" de Sportivo Palermo por un lado y el Autódromo por el otro, han de proporcionarnos estos espectáculos.

Pedro Fiore

Espectacular siniestro fluvial en el Paraná de las Palmas



El ferry-boat "Delfina Mitre", que conducía un tren de Zárate a Ibicuy por el Paraná de las Palmas y que en el lugar denominado Zanja del Mercadal embistió a los buques "Pensamiento" y "María Terzito", que navegaban acoderados, hundiendo a ambos y ocasionando la muerte de un tripulante.



Juan B. Bertolini, patrón del "María Terzito".



Angel Llopis, capitán del ferry-boat.



Cayetano Costa, patrón del "Pensamiento".



Ramón Costa, tripulante del "María Terzito"



Félix Domingo Costa, cocinero del "Pensamiento".



Leopoldo Ayala, tripulante del "María Terzito".



Vicente Russo, tripulante del "María Terzito".



Francisco Russo, tripulante del "Pensamiento"

Juan Schmidt

Hace algunos meses, falleció el profesor Juan Schmidt, de Copenhague, a los 56 años de edad.

El profesor Schmidt empezó sus investigaciones por unos estudios bacteriológicos; más tarde fué encargado de una misión botánica a Siam, de donde trajo los primeros ejemplares de la flora de aquel país.

En un viaje al mar Rojo, estudió las algas pelágicas microscópicas, y éste fué el origen de sus memorables trabajos sobre el *plankton*.

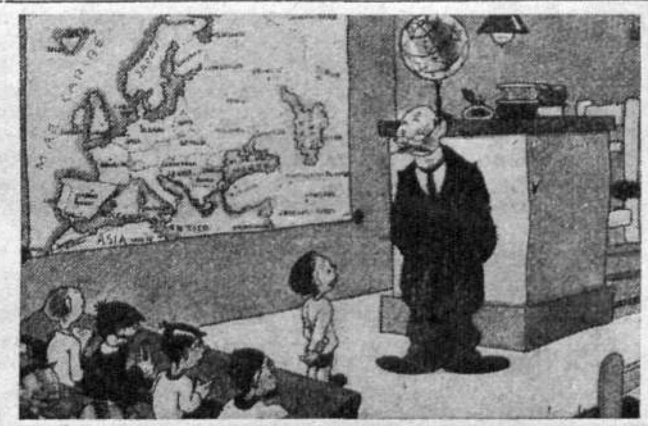
Después le fué encargada la dirección del Instituto Carlsberg; durante 20 años llevó a cabo trabajos de zoología pura y aplicada a la biología de diferentes peces. El buque oceanográfico "Thor" realizó bajo su dirección nueve cruceros a las Antillas danesas y a los mares europeos, incluso al Mediterráneo.

El "Thor" fué reemplazado por un buque de mayor porte, el "Dana", en el cual hizo Schmidt, entre 1920 y 1922, un crucero memorable por el Atlántico; durante este crucero se puso por fin en claro el problema secular del desarrollo, metamorfosis y emigraciones misteriosas de las anguilas. Recogió materiales abundantes de toda clase, que han sido objeto de numerosas notas.

El primer "Dana" fué sustituído en 1928 por otro buque mayor que llevó el mismo nombre y que fué arreglado de acuerdo con los planos dados por el mismo Schmidt. Durante los años 1928 a 1930, lo condujo por todos los mares del globo, volviendo con una increíble cantidad de material de máximo interés, que ahora se está estudiando por gran número de especialistas.

Los descubrimientos y reputación mundial del profesor Schmidt le abrieron las puertas de diversas academias y sociedades científicas.

Formaba parte de numerosas comisiones científicas internacionales; era vicepresidente del consejo internacional para la exploración del mar. Su prematura desaparición ha sido vivamente sentida en el mundo científico.



—El gran escritor Miguel de Cervantes, era manco. Esto no es difícil de recordar. Fíjate bien. ¿Cuál era la desgracia de Miguel de Cervantes?

—La de ser escritor.

(De *Estampa*, Madrid)

Orientación marítima

Con la introdución de la telegrafía inalámbrica fué posible determinar irreprochablemente la situación o lugar en donde se encuentra un buque, no importando que el tiempo sea bueno o malo y sin que lluvias o tempestades ejerzan la menor influencia. Esto se efectúa por medio de la llamada orientación inalámbrica.

Una antena de bastidor colocada sobre el puente superior está dispuesta de manera giratoria. El aparato receptor acoplado a dicha antena averigua la dirección de las ondas eléctricas irradiadas por una estación lejana. Según la posición que tenga la antena de bastidor respecto a la estación emisora varía la intensidad de la recepción. La intensidad más insignificante del sonido, o sea la cero, que resulta cuando el plano de la antena es vertical a la dirección de la emisora, es, según muestra la experiencia, la más segura de percibir por el oído humano. Una vez establecida ésta, entonces se lee la posición del bastidor respecto al plano longitudinal del buque en una marca o ficha movible frente a un círculo graduado, y, teniendo en cuenta determinadas correcciones, se obtiene la orientación geográfica que puede seguir aprovechándose después en la carta o mapa marítimo. Con ayuda de dicha orientación inalámbrica es también posible tomar rumbo hacia los vapores que se encuentran en situación apurada y prestarles auxilio cuando lancen sus llamadas SOS.

Hasta el más excelente material de carta marítimas sólo podrá aprovecharse con ventaja cuando en todo momento puedan determinarse irreprochablemente las profundidades del mar. Para dicho objeto ya no se recurre hoy a la sonda ordinaria de plomo, cuyo empleo no es muy fácil tratándose de grandes profundidades y de buques en marcha, sino que se usa la llamada sonda de eco, que mide el tiempo transcurrido desde la emisión hasta el retorno de un sonido lanzado al agua.



EL ESPECIALISTA EN DIVORCIOS

Por VICTOR JUAN GUILLOT

Es una señora joven, doctor; manifiesta tener urgencia en hablar con usted.

El abogado especialista en divorcios sonrió con displicencia un tanto cínica.

—Todas las señoras que acuden al estudio de un abogado no dejan nunca de expresar la necesidad apremiante de ser escuchadas sin pérdida de tiempo. Esta dama — arrojó una mirada sobre la tarjeta que retenía en la mano, — la señora de Rivero, según parece, observa escrupulosamente la norma del sexo. ¿En dónde espera, Leoncio?

—En la sala de la derecha, doctor.

El abogado meditó un instante.

—Perfectamente — articuló al fin. — Llamaré cuando me sea posible atender a esa apresurada señora.

Alejábase el empleado cuando el abogado le hizo una seña que lo obligó a aproximarse nuevamente.

—A propósito, Leoncio; si se presentara el señor... — vaciló un tanto, consultando otra vez la tarjeta que había dejado sobre el escritorio, — el señor Rivero, lo hará usted esperar en...

—En la sala de la izquierda, doctor.

El abogado lo observó un instante, mientras su diestra jugaba distraídamente con una plegadera de bronce, ancha y aguda como la hoja de un puñal. La perplejidad se reflejaba en su semblante.

—¿Le parece?

Fué esta vez el empleado quien dudó, evidentemente turbado por la pregunta:

—Yo creía, doctor... Ya sabemos que la experiencia aconseja en estos casos mantener separadas a las partes. Un encuentro inesperado entre personas que llegan con el ánimo cargado de indignación y cólera resulta habitualmente peligroso y nada propicio a soluciones conciliadoras...

Se detuvo por algunos segundos y añadió con acento significativo:

—Recuerde, doctor, que es la primera vez que vienen aquí y aun no han conversado con el abogado.

Pero el especialista en divorcios no parecía recordar nada; su atención estaba concentrada en la persona de su interlocutor a quien contemplaba con esa mirada curiosa y un tanto irónica que aplicamos ordinariamente a los allegados que nos sorprenden con una faceta desconocida de su carácter.

El empleado resistió impasible el examen. Era un hombre cuya edad excedía la cuarentena; delgado y alto, de una figura más distinguida que la del abogado, a pesar de sus ropas cuyo corte delataba el bazar de confección. En su cara magra y escrupulosamente afeitada, dos largas arrugas corrían desde las alas de la nariz a las comisuras de la boca. Ni su expresión ni su aspecto brindaban el paradigma de un hombre feliz; pero había en sus ojos pequeños y penetrantes una serenidad tranquilizadora, como si el alma de la cual eran ventanas hubiese adquirido el reposo definitivo que da la conformidad con su destino.

—Bien raro, Leoncio. Después de tantos años que trabaja usted a mi lado, sólo ahora descubro que la sagacidad y la finura mental que me adjudican por ahí — se encogió indolentemente de hombros — es la constante e ignorada contribución que usted ha venido prestando a mi labor profesional. Es posible que yo entienda un poco de las complicaciones más enredadas que profundas de la geografía moral de las mujeres, pero la verdad es que no sabría desenvolverme si no tuviera siempre a mi disposición su inagotable archivo de experiencias psicológicas...

Se interrumpió de golpe, cambiando de tono:

—Pero ya volveremos sobre eso. Quedamos en que si aparece el señor Rivero...

—A la sala de la izquierda — insistió el pasante.

—Exactamente, Leoncio.

Y el abogado se engolfó en la lectura de un grueso legajo, tarea que sólo interrumpía eventualmente para tomar a lápiz rápidas anotaciones. Hasta el despacho silencioso llegaba el acelerado martilleo de una máquina de escribir.

Reapareció cautelosamente Leoncio, informando con voz queda:

—El señor Rivero, doctor.

El especialista en divorcios mordisqueó, meditabundo, el extremo del lápiz, mirando fijamente a su pasante.

—Hágalo pasar — empezó lentamente. — El rostro del empleado se animó. Hágalo pasar — repitió con mayor firmeza.

Con aire embarazado penetró en el despacho un hombre bastante joven, bien vestido y ya con "l'embonpoint" que proporciona la vida holgada cuando no está disciplinada por un buen y sistemático régimen de ejercicios físicos. Paseó por la habitación una mirada sorprendida, como si le extrañara no descubrir algo o alguien que esperaba encontrar allí; después se dirigió al abogado, balbuceando ligeramente, como lo hacen siempre las personas a quienes las circunstancias colocan en situaciones desviadas de las rutas ordinarias de su existencia:

—Buenos días, doctor... Naturalmente, yo pensaba... Pero quiero explicarle ante todo el objeto...

Al mismo tiempo que le indicaba un asiento en sitio aproximado al escritorio, el abogado lo interrumpió secamente, con cierta calculada rudeza:

—La señora está ahí al lado; hablemos concretamente, señor... Rivero. Ella quiere, probablemente, pedir el divorcio y usted, desde luego, se opone a ello por considerar que no hay motivo. Además, usted está dispuesto a jurar que quiere a su esposa, que no ha faltado jamás a la fidelidad conyugal y que la actitud de ella es la resultante de un mal entendido atroz, pérfidamente explotado por personas que la aconsejan movidas de inexplicable odio hacia usted...

Rojo hasta la congestión y redondos los ojos de asombro, el señor Rivero manoteó agitadamente en su sillón al responder con voz sofocada:

—Precisamente, doctor; las cosas ocurren tal como usted las expone. Yo quiero explicarle puntualmente todo... Es maravilloso como ha podido usted comprender... — calló como asaltado por una sospecha y prosiguió, cambiando el tono y mirando al abogado con expresión descontenta y recelosa: — Aunque ya me doy cuenta. Mi mujer acaba de hablar con usted; y ella le habrá informado, claro...

—No he hablado con su esposa. Mi práctica profesional, en casos como éste, consiste en escuchar primeramente a la parte que ha de ser querellada.

—Siendo así — aceptó el otro, — no comprendo entonces cómo ha podido usted conocer tan a fondo esta situación desdichada que se me ha creado sin saber de qué manera. Verdaderamente, doctor, usted justifica su envidiable reputación.

El especialista en divorcios rió con genuino buen humor; tomó una cigarrera de sobre la mesa, la ofreció a su interlocutor, quien rehusó con un gesto, encendió un cigarillo, arrojó hacia arriba una bocanada de humo y habló después reposadamente:

—Agradezco, mi querido señor; pero aquí no hay nada de extraordinario y no tengo inconveniente en descubrirle mis pequeños trucos. Es cuestión de edad.

—¿De edad? — interrogó el otro con sorpresa.

—Naturalmente. Usted no ha cumplido treinta años.

—No; veintinueve y...

—Su esposa es más joven que usted.

—Efectivamente, doctor, veintiséis...

—En cuanto puede usted saberlo, claro. Ustedes no llevan cinco años de casados.

—Cierto; cuatro años hizo el mes pasado. La verdad, si alguien entonces me hubiera dicho

que...

—Bueno — y el especialista en divorcios expulsó lentamente de la boca una larga y fina columna de humo. — El hombre que lo introdujo a usted en este despacho le dirá que cuando el divorcio es pedido por cónyuges que no cuentan más de treinta años y no llevan más de un lustro de unidos, siempre hay de por medio una apariencia condenatoria, un equívoco atroz, pérfidos consejos de allegados malévolos... y ningún propósito serio de separación. Le agregaré que yo pienso exactamente como ese hombre.

Hubo una pausa. En el semblante del señor Rivero reflejábase ese estado mental tan halagador para las personas que gustan de ser admiradas sin ser muy exigentes en cuanto a la calidad de la admiración. Habló, por fin, con tímido respeto:

—Entonces, doctor, ¿qué me aconseja?

El especialista en divorcios paseó su mirada desde la frente hasta los pies de su interlocutor:

—Yo no le aconsejo nada, señor, porque usted no me ha explicado todavía el objeto de su visita. Sé que en la sala contigua está una esposa que viene a pedirme la patrocine en una demanda de divorcio contra su marido. No es difícil que el propósito de usted sea solicitarme igualmente que lo asista como letrado; aun cuando lo probable es que haya querido exponerme solamente su caso para demostrarme lo irrazonable de la actitud asumida por la señora, confiando en que mi intervención amigable consiga persuadirla de que debe regresar al domicilio conyugal en donde usted se encargará de provocar una reconciliación. ¿No es así?

Evidentemente abrumado, el señor Rivero asintió una vez más:

—Precisamente, doctor, mi intención era ésa. Esperaba que, impuesto de la realidad de los hechos, usted encontraría medios de demostrar a Esther — ella se llama Esther — que su conducta originaría un escándalo estéril, disolviendo un hogar que he formado lleno de ilusiones, cometiendo, al mismo tiempo, una tremenda injusticia conmigo, porque yo, doctor... le juro a usted que yo... a pesar de las apariencias... quiero a Esther más que nunca...

Obeso y cándido, el joven señor Rivero respiró ruidosamente, pestañeando con rapidez para dejar caer las gruesas lágrimas que desbordaban de sus ojos.

Un poco molesto, el abogado tendió hacia el cliente una mano larga y prieta como un instrumento:

—Contenga las explosiones de su naturaleza demasiado emotiva, señor. Los hombres no nos conmovemos ante lágrimas masculinas y es probable que el recuerdo de haberlas vertido en mi presencia lo mortifique alguna vez. Le ruego que tenga la paciencia de esperar en la sala inmediata. Tengo que oír a su esposa.

Tratando de reasumir el empaque de un varón en lucha con la adversidad, el señor Rivero se puso de pie. Los ojos brillantes y los enrojecidos pómulos daban a su redondeada cara una lastimosa expresión de animal castigado.

Habló ansiosamente antes de salir:

—Usted me promete, doctor...

—Nada puedo prometerle, señor. Solamente le diré que en diez casos análogos el resultado ha sido invariablemente satisfactorio para ambas partes... y para mí.

El señor Rivero desapareció, sonándose la nariz, por la puerta de la izquierda, al mismo tiempo que por la opuesta entraba el pasante.

—¿Y bien, doctor?

El abogado esbozó un gesto vago:

—Ruegue a la señora de Rivero que pase a mi despacho y esté atento a mi llamado. Leoncio... Si la señorita ha terminado la copia del escrito, puede autorizarla a retirarse.

—¿Y si no lo ha terminado, doctor?

—En ese caso — el abogado consultó su reloj, — puede anticiparle la hora de salida. Estoy seguro de que la muchacha no lo tomará a mal.

—Pienso lo mismo, doctor.

Entre pasante y abogado se cambió una mirada de inteligencia.

Mientras el otro se retiraba, el especialista en divorcios, las manos en los bolsillos, comenzó a pasearse entre el escritorio y la ventana frontera, silbando suavemente el aire más conocido de la más popular de las óperas.

Al regresar desde la ventana quedó enfrentado con una elegante persona que se había introducido quedamente y quien lo contemplaba con expresión a la vez osada y confusa.

—La señora Rivero, supongo.

Estaban los dos detenidos casi en el centro de la habitación. El abogado la observó curiosamente, con calculada insistencia, como si no advirtiera la turbación que su inquisitorial mirada causaba en su visitante.

Bien ceñido el busto en el traje "tailleur", encantadoramente tocada con menudo sombrerito que dejaba caer sobre los ojos un velo coquetamente colocado al sesgo, la señora Rivero tenía un aspecto juvenil y una fina cara de adolescente, cuyos ragos, demasiado suaves, estaban corregidos por la endiablada firmeza de dos grandes ojos verdes, acostumbrados a mirar sin miedo el espectáculo de la vida.

A pesar de su dominio de sí misma, estaba singularmente nerviosa y sus enguantadas manos aferraban el bolso con energía verdaderamente desesperada, como quien oprime un brazo amigo en un momento de peligro.

Apenas sentada, y mientras el abogado permanecía de pie, negligentemente apoyado contra el escritorio, la señora se expidió con una fluidez que demostraba un largo y cuidadoso estudio de la tirada.

—Vengo a verlo porque quiero divorciarme, doctor. Aun cuando no nos hemos encontrado en el mundo, tenemos amistades comunes que me han decidido a confiarme a su saber y caballerosidad. Quiero advertirle de antemano que mi propósito es firme e inflexible. Soy joven — una leve sonrisa se insinuó en sus labios, — pero hace rato he dejado de ser una niña. Sé lo que hago y doy este paso convencida de que es la medida que corresponde en defensa de mi dignidad de esposa ofendida.

Hizo una rápida pausa, un tanto desconcertada por el silencio de su interlocutor y añadió, ya con menos aplomo:

—Deseo su patrocinio en una demanda de divorcio contra mi marido. En cuanto a las causas...

El abogado la interrumpió con un gesto:

—El código civil le permite elegir entre siete, señora. No es poco, si bien se considera. Sería raro que su situación no encuadrase dentro de alguna de ellas. Veamos. ¿Se trata de un caso

de sevicia?

Su interlocutora lo contempló con la extrañeza reflejada en el semblante:

—¿Sevicia? Excuse mi ignorancia, doctor; pero desconozco por completo...

—Es un eufemismo técnico. Quiere decir... vías de hecho entre cónyuges.

Roja de indignación y vergüenza la señora protestó enérgicamente.

—¿Cómo ha podido usted suponer doctor?... No creo que entre personas de nuestra condición social puedan producirse esas cosas de... de... sevicia. Además — y aquí su voz se suavizó, — cualesquiera sean los agravios que pueda tener contra mi marido, jamás dejaré de reconocer su corrección, la delicadeza con que se ha conducido siempre conmigo...

El abogado estiró el labio inferior en un gesto de duda:

—Se dan casos, sin embargo... y con bastante frecuencia... Prosigamos: ¿Incitación a cometer delitos?

—Pero, doctor — protestó nuevamente la señora, — mi esposo es una persona tan honorable como puede serlo usted mismo.

—Excuse usted, señora. Estas preguntas son enojosas, pero imprescindibles; profesionalmente debo precisar la situación de mi cliente antes de lanzarla por las vías siempre azarosas de una acción judicial.

La señora asintió sin mucha convicción.

—Comprendo, doctor, aunque si usted me dejara explicarme.

—Un instante, señora — respondió el abogado con didáctica entonación. — Permítame usted que insista en mi método, el buen excelente método de eliminación de las causas inoperantes. Por lo demás, trataré de abreviar. Vistas sus anteriores respuestas, parece inútil presumir que el señor Rivero haya atentado contra la existencia de su cónyuge, que la haga objeto de malos tratamientos o de injurias incompatibles con su educación y posición social...

La joven señora se puso de pie con vehemencia y estalló en frases que subrayaba con miradas fulgurantes y enérgicos movimientos de las manos:

—¡Pero, doctor! No quiero ni oír semejantes cosas... Si usted conociera al señor Rivero compredería lo ofensivo de esas suposiciones. Jamás pensé que habría de escucharlas. ¿De dónde saca tales horrores?

El abogado no se inmutó.

—Del artículo 67, numeración vieja, o 224, numeración nueva, del Código Civil, señora. Debo advertirle que no son horrores sino previsiones humanas muy humanas de las circunstancias que pueden sobrevenir aun entre personas de la más alta posición social. Pero tenga usted la bondad de volver a su asiento.

La señora se opuso con decidido ademán.

—Permítame, doctor. Mi caso es desgraciado, muy desgraciado; pero no tiene relación alguna con esas... hipótesis que usted acaba de enunciar. Soy una víctima de ofensas irreparables inferidas a mi decoro de esposa. El mío es un problema — ¿cómo le diré? — moral, verdaderamente espantoso y que sólo admite una solución: el divorcio. Ni siquiera puedo comprender todavía — y su acento pareció desmayarse en una languidez precursora del llanto — cómo ha podido ser que un hombre dulce, bueno, cariñoso, haya llegado a...

Su voz se ahogó en un sollozo que no consiguió afearla y se detuvo, pugnando por contener sus lágrimas con un apresuramiento que acaso denunciaba el temor de repetir dolorosas experiencias con el "rimmel" que ensombrecía sus pestañas.

Gravemente, el abogado la tomó de la mano y consiguió hacerla sentar de nuevo en el sillón que ocupara anteriormente. A su vez, instalóse en su asiento, frente al escritorio, y tomando el lápiz por hábito profesional, se dirigió a ella con solemnidad de palabra y gesto, desmentida, quizás, por cierto recóndito fulgor malicioso que vagaba por los ojos, emboscados bajo las espesas cejas.

—Tranquilícese usted, señora, y oiga. Coincido con usted en apreciar el carácter de su esposo. El señor Rivero parece ser un hombre caballeresco, honorable y, sin duda, tan dulce y cariñoso como usted lo describe sin dejarse ofuscar por su legítimo apasionamiento. He hablado con él...

—¿Ha hablado usted con él? — interrogó ella como si se le hiciera la más inesperada revelación.

—Sí; hace media hora me hablaba desde ese mismo asiento que ocupa usted ahora.

La mujer hizo un movimiento para ponerse de pie.

—No tendría objeto — observó el abogado con una sonrisa. — Quédese usted donde está; es más cómodo para los dos.

—Pero... — empezó la señora desconcertada.

—Unos minutos de paciencia — impuso el abogado con acento autoritario. — Le repito que ha estado aquí el señor Rivero. Se informó, ignoro por qué medios, de que usted vendría a verme para solicitar mis servicios profesionales a los efectos de entablar una acción de divorcio; y me visitó para hacerme saber que no desea poner obstáculo alguno a sus propósitos. Reconoce...

Perdida por completo la serenidad, la esposa del señor Rivero estalló agudamente, entre un torrente de lágrimas:

—¿He oído bien, doctor? Reconoce su falta; se confiesa culpable. Y yo que tenía la ingenuidad de esperar aún... ¡Esto es relamente monstruoso!

Más juvenil que nunca, retorcíase las manos con desesperación.

El abogado explicó sin apremio:

—Entendámonos, señora. El señor Rivero no se confiesa culpable de ningún delito de lesa fidelidad conyugal. Por el contrario, a pesar de su delicada reserva sobre las intimidades de su desacuerdo, deja entrever la existencia de una confusión verdaderamente inexplicable...

—Y entonces... ¿qué confiesa? — interrogó ella, sorprendida.

—Sencillamente, su evidente incapacidad, malgrado su amor por usted... malgrado su amor por usted, repito, para proporcionarle la felicidad que usted merece y que él quisiera asegurarle a costa de cualquier sacrificio. Lleno de noble desinterés, el señor Rivero me ha significado su designio de aceptar en silencio cuanto usted resuelva a fin de que la mujer que él no ha podido hacer dichosa recobre su libertad y pueda reconstruir su vida, encontrando la ventura a que la hacen acreedora — estoy repitiendo sus palabras, señora mía, — su belleza,

su bondad, todas las bellas prendas que la adornan.

Hizo una pausa, mirando a su oyente con expresión interrogante.

Esta permaneció un instante en silencio. Después alzó la mirada de sus hermosos ojos llorosos hasta su interlocutor y habló con profunda amargura:

— Quiere decir que él no se defiende; que lo acepta todo; la destrucción del hogar común, todo lo vivido y soñado en un pasado lleno de alegrías y dulzuras. Quiere darme una nueva oportunidad, ¿no es así? — concluyó sonriendo con doloroso sarcasmo. Y su fina mano enjugó una lágrima bajo el ligero velo.

— Es un carácter generoso y sólo se preocupa de usted, señora. Si tuviera un adarme de egoísmo lucharía por recobrar una dicha que pierde para siempre... Aunque, ¡quién sabe!... no se puede hablar de infortunios definitivos a los treinta años...

Ella se sobresaltó, interrumpiéndolo con vivacidad:

— No entiendo, doctor. ¿Qué quiere usted decir?

Reflexionó algunos segundos el abogado y respondió al fin:

— Por desgracia, señora, la existencia de un hombre no es una novela romántica donde el héroe vive muriendo de un amor infortunado hasta la edad en que se pueden tener biznietos. Actualmente, el señor Rivero está anonadado por la inmensa desdicha que ha caído sobre él. No sé lo que ha ocurrido entre ustedes — ya me lo referirá usted para preparar el escrito de demanda, — pero tengo algún conocimiento del corazón humano y puedo asegurarle que su marido conserva un ardiente y profundo amor por usted. De ese amor saca el valor necesario para someterse a sus designios, por injustos y duros que los juzgue. Pero es posible y natural que ese estado sentimental no se prolongue indefinidamente. El tiempo, excúseme la vulgaridad de la receta, todo lo cura y cicatriza las heridas más crueles. Hay que suponer entonces, y esto debe serle grato a usted misma, que algún día, ese hombre, a quien usted reconoce bueno y caballeroso, ha de encontrar un corazón amigo, un alma de mujer, se entiende, que acoja su desolación moral y con los restos de su naufragio levante una nueva morada de felicidad...

— Por favor, doctor — imploró la señora de Rivero con voz desfallecida. — No estoy en condiciones de proseguir esta entrevista. Disculpe tal debilidad en una mujer que se creyó más fuerte de lo que es para afrontar esta situación. Le ruego...

El especialista en divorcios se inclinó ceremoniosamente:

— Lo comprendo perfectamente, señora. Trances como éstos son muy dolorosos para una sensibilidad femenina. Si usted necesita auxilios...

— Sólo deseo aplazar unos momentos esta conversación. Me siento desfallecida.

— Estoy a sus órdenes, señora, y lamento...

Siempre con aire grave, el abogado apretó el botón de un timbre adosado al escritorio, mientras la mujer, inclinada en su asiento, enjugábase los ojos con un minúsculo pañuelo.

De inmediato el alto y magro pasante franqueó la puerta del foro. Sin mirarlo, con aire indiferente, el especialista en divorcios indicó:

— Leoncio; haga pasar a la señora a la sala...

— ¿De la izquierda, doctor? — interrogó el otro con discreto acento.

— En efecto — asintió el abogado; y tomó la plegadera, examinándola con tanta atención como un detective que busca las impresiones digitales de un criminal desconocido.

Con una graciosa inclinación de cabeza, la señora se dirigió a la puerta, seguida del pasante que la cerró cuidadosamente tras de ella. Este volvió en seguida, plantándose frente al abogado, quien abandonó el examen de la plegadera. Una expresión curiosamente expectante se retrataba en los semblantes de ambos, vueltos hacia la puerta y un tanto estirados los cuellos como cuando se trata de escuchar a la distancia.

Una exclamación de dos voces llegó de la habitación contigua. Después sólo se oyó el timbre de un habla femenina en rápido y agitado fraseo.

— Aria de la soprano — comentó el pasante con mayor desenvoltura que la admitida por su posición jerárquica.

Escucharon durante algunos instantes hasta que distinguieron los acentos de una voz masculina que precipitaba atropelladamente ininteligibles palabras.

— Romanza del tenor — anotó seriamente el abogado.

Un minuto después se filtró a través de la cerrada puerta una animada conversación a dos voces.

— El dúo inevitable — insinuó el pasante con timidez.

El abogado hizo una seña con la mano, como reclamando silencio.

No tardó en cesar el coloquio, en una interrupción brusca como un corte. Abogado y pasante se miraron con cierta ansiedad, como si esperasen el resultado incierto de un experimento. Como el silencio se prolongaba, una sombra de desaliento empezó a nublar la cara de ambos.

En eso, distinto e inconfundible, se dejó oír el ruido de una puerta que se cierra con cuidado.

El rostro del abogado cobró una expresión victoriosa. En dos largos pasos el pasante desapareció por la puerta de acceso a la sala de la izquierda, reapareciendo al cabo de un instante con aire desolado y un trozo de papel en la mano derecha.

— Nadie, doctor — informó gravemente. — Sólo he encontrado este cheque sobre la mesa de la dactilógrafa.

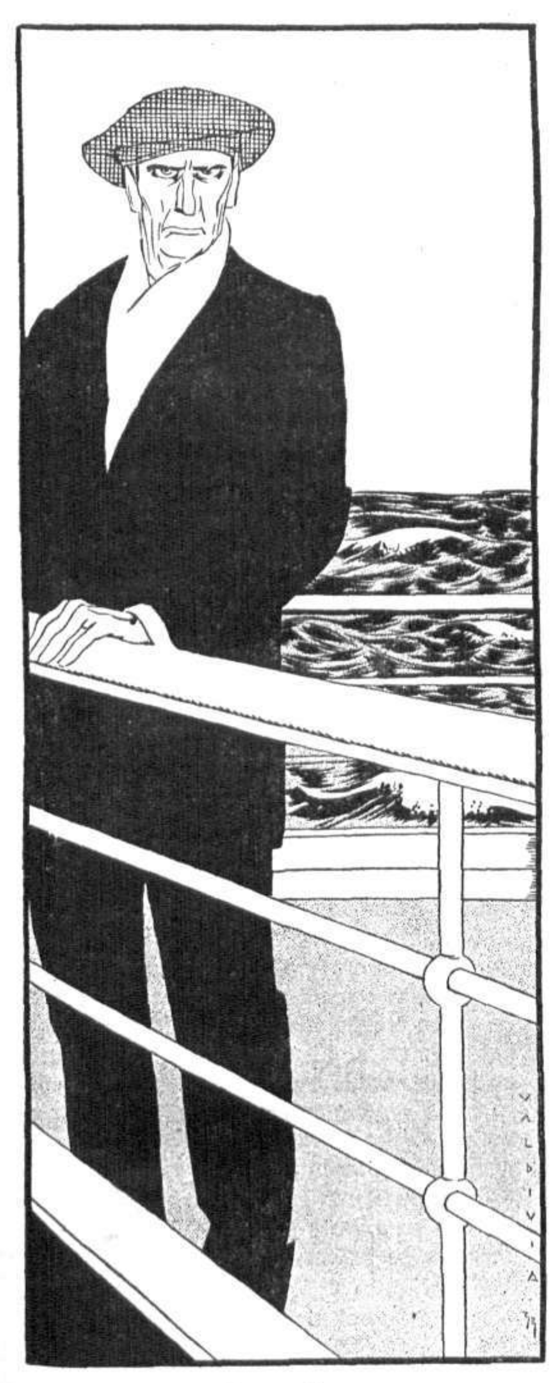
El abogado lanzó una alegre carcajada, mientras una parva sonrisa asomaba a la austera cara del pasante. Recobrada su seriedad, el primero habló al mismo tiempo que guardaba el cheque en su cartera:

— Ahora, Leoncio, vámonos a almorzar. Cuando nos sirvan el café conversaremos respecto a su situación en el estudio. Tengo un proyecto que deseo someter a su consideración.

DIBUJO DE VALDIVIA

LA NOVELA DEL JUEVES

TRADUCIDA ESPECIALMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"



LA JUSTICIA DE SWANE

Por JACK HULICK

En el momento de embarcarse en Ciudad del Cabo, Gregory levantó la mirada y vió que un sujeto de rostro moreno y descarnado, inclinado sobre la barandilla del puente de primera clase, lo miraba fijamente.

Gregory se detuvo, tratando en vano de recordar aquel rostro, tal vez visto en otra parte; después siguió subiendo la planchada.

No hubiera vuelto a pensar en el incidente si no hubiera visto al desconocido. Esa noche, al entrar en el comedor, lo vió, sentado a la mesa que le fué indicada. El desconocido se levantó cortésmente.

—Caballeros, — dijo el mayordomo, — como ustedes son ingleses, viajan solos y se dirigen a Zanzíbar, voy a presentar el uno al otro si me lo permiten. El señor Gregory, el señor Swane.

Ambos viajeros se inclinaron, se estrecharon las manos y tomaron asiento. Gregory era un hombre de unos cuarenta años, bien proporcionado, de penetrantes ojos azules y de expresión inteligente y enérgica. Era ingeniero naval y, actualmente, agente especial de una compañía de seguros; su viaje tenía por objeto examinar, en el puerto de Zanzíbar, un pequeño vapor costanero que requería una nueva avaluación.

En cuanto a Swane, su edad era dudosa; tanto podía tener treinta y cinco años como cincuenta; era excesivamente delgado, y sus cabellos comenzaban a encanecer hacia las sienes; su rostro demacrado y su color amarillento parecían indicar que estaba convaleciente de alguna grave enfermedad. Sus ojos eran notables, oscuros, y de una extraña intensidad; parecían ocultar un fuego secreto pronto a revelarse.

Durante la comida habló poco de sí mismo, diciendo solamente que no tenía familia ni vínculos de ninguna clase. Dónde había estado antes de ir a Ciudad del Cabo, dónde iría después de Zanzíbar, eran cosas que quedaban en el misterio.

Sin embargo, Gregory recibió la impresión de que Roberto Swane no erraba sin objeto por el mundo. Algo en su lenguaje sobrio y firme, en su reserva cortés, indicaba que era hombre de propósitos definidos.

Casi llegaron a hacerse amigos a medida que los días transcurrían. Swane refería con ironía historias de audaces aventuras, dando a entender que suprimía de-

talles; aunque las narraba impersonalmente, Gregory adivinaba que algo de experiencia personal prestaba tanta exactitud e interés a esos relatos. Lo único que Swane admitía era que él conocía perfectamente esa parte del mundo.

A los seis días de viaje, el buque enfilaba el canal de Mozambique. Swane pareció cambiar de expresión y hasta de lenguaje.

Los dos viajeros estaban sentados bajo la tolda, sobre cubierta, durante una tarde calurosa. El sol caía a plomo sobre el mar, produciendo una reverberación enceguecedora. El monsón soplaba como un aliento de fuego.

Sobre el lado oriental del horizonte se dibujaba, borrosa, la extraña isla indicada en los mapas como "Juan de Novo", que los marineros llamaban San Cristóbal, y que algunos otros llaman La Isla de los Perros.

Es tal vez única en el mundo, pues sus excelentes habitantes son una horda de salvajes perros mestizos, descendientes de los perros dejados allí más de medio siglo antes, cuando Madagascar era una plaza fuerte de los piratas, y San Cristóbal uno de sus principales sitios de aprovisionamiento de agua.

Es un pequeño sitio extraño y solitario, pues ni aún los salvajes pescadores indígenas se aventuraban a aproximarse a Juan de Novo.

Swane, tendido en su sillón, con los ojos cerrados, tenía un aspecto cadavérico. Cuando rompió repentinamente el silencio, Gregory tuvo la extraña impresión de que oía una voz venida de otro mundo.

— Gregory — dijo Swane, — usted es un hombre inteligente que ha recorrido el mundo y ha visto el lado bueno y el malo de la vida. Además, usted es persona equilibrada. Dígame, ¿cuál debe ser el destino del hombre que ha asesinado a sangre fría a una mujer inocente, con el deliberado propósito de obtener una ventaja material?

Gregory encendió un cigarrillo antes de contestar. Adivinó algo insólito en estas palabras y no quiso dar un juicio precipitado.

— Depende de las circunstancias — contestó. — La mujer pudo ser inocente y el hombre culpable, y, sin embargo, las circunstancias pudieron atenuar el crimen.

Swane guardó silencio, impasible, con los ojos cerrados.

— ¿Tiene presente algún caso? — preguntó Gregory, para interrumpir el embarazoso silencio. Swane abrió súbitamente los ojos y fijó en Gregory una intensa mirada.

— Sí — contestó. — ¿Quiere oír la historia?

— Ciertamente, si usted quiere referírmela.

Swane titubeó, ya fuera por indecisión, o por elegir el punto de partida.

— Muy bien — dijo finalmente. — Se trata de dos hombres y una mujer, pero no es éste el "triángulo" corriente. En la ciudad de Beira vivía un sujeto llamado Dubroc, aventurero y casi un bribón; por estar complicado en una intriga política, fué condenado a prisión; se trataba de un asunto trivial, pero en aquella época se atribuía importancia a los delitos políticos en el Africa Portuguesa. Dubroc huyó de la cárcel y, cruzando la frontera, se refugió en Rhodesia, y de allí pasó al Transvaal, donde descubrió un terreno aluvial sembrado de diamantes. Estos no eran de los mejores en tamaño y calidad, pero eran bastante valiosos.

"También fué en el Transvaal donde conoció a una joven francesa de quien se enamoró. Era una buena muchacha llamada Celeste. Dubroc se casó con ella, sin ocultarle su situación ni su pasado. Pero ella lo amaba, y esta circunstancia contribuirá a hacer comprender lo que sigue. Esto ocurrió hace cuatro años. Durante algún tiempo, Dubroc y Celeste fueron felices; la suerte favorecía a Dubroc, y ambos proyectaban vender lo que poseían y retornar a Francia. Pero, siendo él lo que era, no había sacado autorización para explotar su mina de diamantes. Cuando los funcionarios supieron esto, Dubroc y su mujer tuvieron que huir precipitadamente.

"No pudiendo ir a Ciudad del Cabo, a Durban ni a Port Elizabeth, no tenían esperanza de embarcarse, y decidieron huir hacia el este, a territorio portugués. Era el menor de dos males, o ellos lo creían así. Más allá de Pretoria bajaron sigilosamente del tren y, durante la noche, traspusieron la frontera. Todo esto era fácil para quien tenía tanta experiencia como Dubroc.

"Pero su buena suerte cesó. Dubroc cayó enfermo de fiebre, y no pudieron pasar más allá de Lorenzo Marques. También Celeste estaba enferma, pero podía mantenerse en pie. Ella no conocía el idioma portugués, y no se atrevía a pedir ayuda a las autoridades, sabiendo que Dubroc era buscado por la policía de Beira. Fué entonces que conoció casualmente a un fran-

cés; un aventurero, pero muy diferente de Dubroc; ella confió en éste compatriota que le demostraba amistad y le ofrecía su ayuda. Celeste le expuso su situación y le ofreció algunos diamantes para que los sacara de Lorenzo Marques, a ella y a su marido.

" En el puerto estaba fondeado un vaporcito costanero que debía zarpar rumbo a Mombasa. El compatriota y amigo trató con el capitán y éste prometió recibir en secreto en su buque a los dos fugitivos. Pero el francés no pensaba en Dubroc sino en Celeste. Simulando tomar precauciones, convenció a Celeste de que debía ir sola a bordo, y que un poco más tarde, él llevaría a Dubroc a reunirse con ella.

" Tan pronto como Celeste estuvo embarcada, el francés amigo hizo llevar a Dubroc en una carreta a la cárcel. El, temeroso de la fiebre contagiosa, no intervino personalmente sino en comunicar a las autoridades la identidad del fugitivo Dubroc, y en dar la señas de la casa donde estaba oculto.

" No intentó verlo, y poco le importó que Dubroc fuera francés o chino. Dubroc estaba desvalido, delirante, y apenas se dió cuenta de lo que ocurría. Más adelante se enteró, en la policía, de los detalles de su captura.

"El vapor zarpó esa noche llevando a Celeste y al francés."

El cigarrillo de Gregory se había consumido entre sus dedos, mientras él, inclinado hacia adelante, fijaba sus penetrantes miradas en el rostro demacrado de Swane.

" Estos son los hechos — prosiguió Swane. — Ahora llegamos a las conjeturas, que creo lógicamente encadenadas. Es fácil imaginar lo que habría sucedido a bordo esa noche, y durante los días siguientes. Es probable que el francés le hubiera dicho a Celeste que su marido había muerto, lo cual sería muy posible dado el estado de gravedad en que ella lo dejó. También es posible que él la exhortara a seguir viaje y a sacar partido de los diamantes.

" Uno se imagina a la pobre muchacha, anonadada de pena y de horror, incapaz de recurrir a nadie en busca de protección o de consejo. El capitán queda descartado; he sabido que era un canalla. No es aventurado suponer que el traidor intentara seducir a su víctima. Era capaz de eso, aun en tales circunstancias. Pero ella era de otra categoría moral."

Gregory vió un brillo siniestro en los extraños ojos de Swane.

" Ahora retornamos a los hechos — continuó el narrador. — A los tres días de viaje el francés se puso terriblemente colérico. Celeste se mostró muda y sorda ante sus exhortaciones, sus ruegos y sus amenazas. También desoyó todas sus exigencias de que le entregara los diamantes. Una tarde la arrinconó cerca de la barandilla, a una hora en que no había nadie sobre cubierta, estando en sus cabinas los otros dos pasajeros, y fuera de su puesto la indolente tripulación. La amenazó con matarla si no le entregaba las piedras.

" Supongo que más bien por desesperación y por cansancio que por miedo, Celeste le indicó un escondite en su cabina. ¿Cree usted que este compatriota y amigo se dió por satisfecho con despojar a su víctima?"

Gregory vió que los labios de Swane se crispaban, y que se ponían tirantes los músculos de su cuello.

"No — dijo Swane, contestando a su propia pregunta. — Creyendo que ella le había dicho la verdad y que era dueño del tesoro, la levantó en vilo y la arrojó al agua. Después, con diabólica astucia, gritó pidiendo auxilio, y hasta se arrojó al agua. ¿Para salvar a Celeste, en un arranque de humano impulso, creerá usted? ¡No! Simulando ayudarla, la ahogaba para asegurar la impunidad de su crimen. El era un hábil nadador, y no corría ningún peligro. Cuando el vapor se detuvo y mandó un bote de auxilio, solamente el francés fué recogido. Celeste había desaparecido".

Swane se calló bruscamente y fijó la mirada en un islote que aparecía en el horizonte, mientras Juan de Novo desaparecía a estribor.

— No dudo de la exactitud de su relato — dijo Gregory, — y no le pido detalles. Pero no extrañe que le pregunte cómo han llegado a saberse tan bien los hechos que nadie presenció. Dubroc estaba en el cárcel y Celeste se hundió en este brazo de mar. No es de creer que el francés se haya acusado a sí mismo. ¿Se sospechó de él?

— Celeste no figuraba en la lista de a bordo, así es que no se hizo ninguna investigación; pero hubo un hombre que adivinó la verdad.

— ¿Y ese hombre?

— Esa es otra historia. Lo que le he referido, Gregory, es la verdad. Si en mis

conjeturas hay algún error, carece de importancia ante los hechos reales. ¿Qué contestación da usted ahora a mi primera pregunta? ¿Qué castigo merece ese hombre?

Gregory no se apresuró a contestar. Este era un caso grave, y Swane no hacía una vana consulta. Gregory adivinaba que su respuesta tendría un alcance decisivo. Después de un largo rato, dijo gravemente:

—Creo que en ese caso ese hombre merece un castigo peor que la horca o el fusilamiento.

—Me felicito de que usted me diga eso, Gregory. Yo deseaba oír la opinión de un hombre imparcial y equilibrado. Algunas veces temo no estar en mi sano juicio.

Durante el resto del viaje no volvieron a hablar del horrible drama.

Cuando el vapor fondeó en Zanzíbar los dos viajeros se separaron sin citarse para algún encuentro futuro.

Gregory creyó terminado el episodio en cuanto a él.

En esto se equivocaba. Diez días más tarde, subiendo la planchada de un barco costanero de aspecto pesado y sucio, tuvo la sorpresa de ver a Roberto Swane inclinado sobre la barandilla, mirándolo fijamente, tal como lo había visto cuando subía la planchada del buque de pasajeros en el puerto de Ciudad del Cabo.

Swane le hizo un somero saludo, sin hablar ni sonreírse.

A los dos minutos, mientras se estrechaban las manos, Gregory exclamó:

—¡Qué sorpresa, Swane!

—En efecto — dijo Swane sin entusiasmo.

Gregory creyó leer alguna desconfianza en los ojos de Swane, y frunció el ceño.

—Este es el barco que he venido a avaluar — dijo. — Tiene algo de raro que no alcanzo a determinar, y he decidido hacer un corto viaje en él antes de hacer la avaluación.

La desconfianza de Swane desapareció.

—Comprendo — dijo. — Lamento verlo aquí, pero quiero que me dé su palabra de que no intervendrá en nada.

—No comprendo...

—Pronto comprenderá. ¿Me da su palabra?

—Por cierto que sí. No tengo por qué intervenir en los asuntos de usted.

Swane tendió la mano, y una extraña sonrisa dilató sus labios pálidos.

—Es grato encontrar un hombre como usted después de...

—¿Otro misterio? — preguntó Gregory, viendo que la frase quedaba trunca.

—Sea — replicó Swane. — ¿Quiere beber algo? He traído algunas botellas.

Mientras bebían pequeños tragos de un coñac superior, el barco, con su sentina infestada de ratas y su casco recubierto de caracoles, soltaba amarras y zarpaba del puerto de Zanzíbar. Llevaba un variado cargamento para obscuros puertos hacia el sur de Mozambique, y también para la otra costa del canal, hasta Nueva Maintirano, sobre la costa occidental de Madagascar. El barco pertenecía a unos comerciantes árabes; lo único bueno que tenía eran sus máquinas. En cuanto a su oficialidad y tripulación eran de la hez de la raza blanca.

Viajaban esta vez otros tres pasajeros además de Swane y Gregory. Uno era un empleado británico de aduanas que iba a un punto de la costa sur de Tanganyka; otro era un alemán, agente viajero de una fábrica de máquinas de coser. El tercero era un francés, representante de un sindicato de aceites vegetales.

Este último, llamado Bonnier, fué el único que mereció una segunda mirada de Gregory. Era alto, de hombros anchos, musculoso y atlético. Sus facciones marcadas, su mentón cuadrado, sus labios firmes y sus ojos de expresión alerta y vivaz, indicaban una índole indómita. Sus labios denotaban crueldad, y en su mirada se leía la astucia. Su corta barba obscura hacía resaltar la palidez lívida de su rostro.

A Gregory le llamó la atención esta palidez enfermiza, que contrastaba con el aspecto vigoroso del individuo.

Gregory había notado un cambio sutil en Swane desde su desembarco en Zanzíbar; mostraba una vitalidad inusitada, y toda su actitud hacía pensar en la del gato apostado a la entrada de una cueva ratonil.

¿Sería Bonnier el ratón?

Por otra parte, Swane no ocultaba que se sentía atraído hacia Bonnier, y sus avances amistosos eran hechos con tan consumada habilidad, que el objeto de ellos, astuto y precavido como era, no se apercibió de la maniobra.

Pronto se calmó la inquieta desconfianza de las miradas de Bonnier. Su actitud era de reposo, su conversación flúida y amena llegaba a disimular la evidente dureza de su alma. El y Swane referían episodios interesantes y mencionaban sitios que ambos conocían bien. Era fácil ver que Bonnier había llevado una

vida agitada, dura y a veces peligrosa.

Gregory, preocupado por la terrible historia de Celeste y Dubroc, trataba de asociarla con la presencia de Swane a bordo y con su conducta actual. A pesar de la forma impersonal en que Swane relató la historia, Gregory adivinaba su íntima relación con el narrador. Al tercer día de viaje se aclararon inesperadamente sus dudas.

Había notado varias veces que el contramaestre, un hombre turbio, de cara ratonil, miraba con profunda atención a Bonnier. Durante la comida, el contramaestre señaló con su tenedor a Bonnier y le preguntó con expresión de malicia:

—Diga, ¿dónde lo he visto yo a usted antes de este viaje?

Bonnier arqueó las cejas y contestó cortésmente:

—No sé; yo viajo continuamente, en especial desde Dákar hasta la bahía de Lobto.

—¡No! — replicó el contramaestre. — Hace diez años que no viajo en la costa occidental.

—En ese caso es probable que usted me confunda con alguien — dijo Bonnier.

—¡Hum! Yo juraría haberlo visto a bordo de este mismo barco, hace poco más de tres años — dijo el otro con terquedad. — Era como usted, y también era francés, un hombrón que mató aquí a bordo a un portugués. Recuerdo que ese mismo día, casi a la misma hora, una pasajera cayó al agua y se ahogó.

En medio del profundo silencio que siguió a estas palabras, todas las miradas se fijaron en Bonnier. Todos se asombraron al ver que éste echaba hacia atrás la cabeza y se reía.

—Eso no fué cosa de broma — insistió obstinadamente el hombre; — usted no me entiende. Yo no digo que usted fuera un asesino, porque lo ocurrido no fué exactamente un asesinato...

—¡Cállese usted! — ordenó el capitán.

—No me doy por ofendido, capitán — interpuso Bonnier sonriendo.

Gregory sabía ahora lo que antes se había limitado a sospechar.

Después de la comida, él y Swane se encontraron solos sobre cubierta, absortos en sus pensamientos, mirando cómo el sol bajaba hacia el horizonte.

—Yo no sabía, ni podía saber, que usted iba a embarcarse en este barco — dijo Swane; — si lo hubiera sabido no le hubiera contado... Pero el capitán no le conviene que se recuerde aquella historia en presencia de los pasajeros. El intervino en algo al no anotar a Celeste en la lista. No lo olvide.

—Swane, aun en el caso de que Bonnier sea aquel francés, ¿qué pruebas tiene usted de que él fué un asesino?

—Tengo la intuición de lo ocurrido, Gregory, y además la convicción moral del crimen de Bonnier. Lo conocía por su fama y por su género de vida, y durante los días pasados he sondeado hábilmente su carácter y sus principios. No me cabe la menor duda de su crimen.

—¡Pero usted no puede condenar y ejecutar a un hombre sin más pruebas que las que usted menciona, Swane!

—Tiene razón. Bonnier será debidamente juzgado. El será el acusado, yo el fiscal y usted el juez.

—¡Yo no tengo nada que ver en este asunto! — protestó Gregory.

—Le ruego que me ayude a hacer justicia, no a ejercer una venganza.

—Está bien, con la condición de que se me presenten pruebas concluyentes, y de que mi decisión será definitiva.

—Acepto esa condición — dijo Swane sin vacilar.

Transcurrieron dos días de aparente indolencia y despreocupación de parte de Swane. Sin esfuerzo, con bien simulada naturalidad, se hacía simpático a los oficiales como se había hecho a Bonnier. Como si le fastidiara la lentitud del viaje, comenzó a mostrar algún interés por los detalles del barco, preguntando todo lo referente a la navegación y a las maniobras. El personal, halagado, se complacía en contestar a sus preguntas.

Algunas veces, Gregory se preguntaba qué sería lo que Swane se proponía, y no acertaba con ninguna solución aceptable.

—Hoy Bonnier me ha preguntado a dónde voy — le dijo a Swane un día, — y cuando le dije que a Zanzíbar, noté una expresión de contrariedad en su semblante.

—¡Ah, muy bien! — dijo con vivo interés Swane. — Ese es otro eslabón de la cadena que estoy uniendo. La cabina que usted ocupa fué la que ocupó Celeste.

—¿Y bien?

—Los diamantes de Dubroc están ocultos allí, probablemente. Celeste no creía que sería asesinada, y los había puesto en sitio seguro, en su cabina; Bonnier, después de la muerte del portugués, tendría que ser prudente. Por eso ha vuelto a embarcarse aquí, pasado algún tiempo. Y

ahora la presencia de usted en la cabina le impide hacer la pesquisa, que es, sin duda, el objeto de su viaje. ¿Quiere que busquemos ahora los diamantes?

— Muy bien, si usted cree que estarán allí.

— Lo creo por deducción lógica, y conociendo la modalidad y la dura experiencia de Celeste.

La cabina era pequeña, con paredes de acero, con dos angostas camas superpuestas, el lavatorio, el ventilador enrejado, la claraboya, dos salvavidas y la puerta. La minuciosa pesquisa no duró mucho tiempo, y después de un momento de descanso, Swane volvió a recorrer pacientemente todo lo que había examinado ya. Por último vió el extremo casi imperceptible de un alambre muy delgado que sobresalía del ángulo inferior del ventilador. Lo asió con la punta de los dedos, tiró hacia sí suavemente y sacó un largo resto de alambre en cuyo extremo opuesto estaba asegurada una bolsita de gamuza cubierta de hollín.

Swane tenía la respiración acelerada, y sus manos temblaban cuando volcó sobre la mesa el contenido de la bolsa. Gregory, contagiado por la emoción de Swane, miraba azorado aquellas piedras opacas, de aspecto grasiento, que habían sido la causa de la traición de un hombre, del encarcelamiento de un enfermo y de la muerte de una mujer indefensa.

— ¿Y ahora? — le preguntó Swane.

— Esto comprueba su historia, pero no prueba nada contra Bonnier.

— ¿Y si sorprendemos a Bonnier registrando esta cabina?

— Sería comprometedor para él, pero no probaría que haya asesinado.

— Eso se probará de manera concluyente, tal como lo exige usted — dijo Swane, todavía presa de profunda emoción.

Al día siguiente, los dos amigos desembarcaron en Mozambique "para estirar las piernas", según dijo Gregory.

Swane tuvo la precaución de esparcir una fina capa de polvos de talco en la cabina de Gregory; al regreso del paseo, ambos pudieron constatar que había impresiones digitales en todos los objetos contenidos en el reducido recinto.

— Esto prueba que el francés aquel es Bonnier, Gregory. A bordo nadie conocía la existencia de tales diamantes; Celeste era prudente, y al francés le convenía guardar el secreto. Por otra parte, los hombres de aquí no hubieran dejado transcurrir tres años sin buscar un tesoro, si hubieran sospechado que podía estar oculto en el barco.

Esa noche, entregado el cargamento, emprendieron viaje.

Gregory estaba desvelado pensando en la responsabilidad que había asumido, y escuchando el sordo e isócrono ruido de los pistones de la máquina.

Al día siguiente Gregory, Swane y Bonnier se encontraron sobre cubierta, bajo la raída tolda. El descuidado capitán todavía no se había levantado; el contramaestre anotaba los bultos que debía desembarcar en San Maintirano; el timonel, en su puesto, estaba absorto en su tarea. No había nadie más a la vista.

Gregory no podía menos de admirar la concentrada energía y el dominio de sí mismos que demostraban Swane y Bonnier.

El sol subía lentamente sobre el horizonte. Swane, aparentemente absorto en su meditación, observaba el horizonte, el sol, y su reflejo en el mar. Dos veces miró la hora en su reloj.

También Bonnier miraba el horizonte, pero sin atención ni interés.

De pronto Gregory notó una súbita tensión en la actitud de Bonnier y su pulso se aceleró. Adivinaba que había llegado el instante esperado por Swane durante tres largos años.

Swane encendió un cigarrillo, y cuando guardó la cigarrera, su mano permaneció en el bolsillo.

— Bonnier — dijo con su lenta cortesía usual; — el año pasado estuve en Beira con un sujeto que lo conoce a usted.

— ¿Beira? No tengo amigos en Beira — replicó el francés.

— No dije que fuera su amigo. Hasta habló bastante mal de usted. Se llamaba Galvao.

— ¡Ah, sí! Creo recordar. ¿Es un portugués? — dijo Bonnier. — ¡Es extraño!

— Muy extraño. Es por esas cosas que creemos en la suerte, en el destino y en la providencia.

Bonnier se encogió de hombros, y Swane siguió fumando.

Gregory pensó que su amigo ya no tenía la actitud de un gato apostado a la entrada de una cueva, sino la de un gato con su presa entre las manos.

— Usted vió a Galvao por última vez en Zanzíbar, hace tres años — dijo Swane, sin alterar su voz tranquila ni su actitud indolente; — él se ganaba la vida haciendo chantajes; pero decidió cambiar de profesión y se fué al sur a vender drogas. Los portugueses lo atraparon y lo encerra-

ron en la cárcel. Allí fuimos compañeros de calabozo.

¡Swane en la cárcel! Gregory empezó a comprender.

—Las cárceles portuguesas son terribles —prosiguió Swane. —Galvao y yo preferimos ir a afrontar la muerte en la selva y no quedarnos a aguardarla en la prisión. Huímos y nos internamos en territorio británico. Mi compañero contrajo la fiebre de los pantanos; él murió y yo me salvé, pero quedé como estoy ahora. Yo había sido un hombre fuerte y arrogante como es usted. Las cárceles de Zanzíbar no son tan malas, ¿eh?

Bonnier tenía una inmovilidad de estatua.

—Galvao y yo nos habíamos hecho muy amigos —prosiguió Swane. —Me refirió lo ocurrido a bordo de este barco hace tres años. Viajaban usted, una joven francesa, él y otro portugués llamado Díaz. Galvao subó a cubierta en el instante preciso en que usted levantaba a la joven y la arrojaba al mar; él se apoderó de un catalejo y vió cómo usted la ahogaba, dominando los esfuerzos a que la infeliz hacía para salvarse.

Reinó un instante de terrible silencio.

—Galvao después quiso hacerle a usted un "chantage", pero usted estaba furioso por no haber encontrado los diamantes, y le disparó un tiro. La bala fué a matar a Díaz, que aparecía en ese momento. Usted fué procesado por homicidio y sentenciado a tres años de cárcel.

Bonnier parecía paralizado, y su rostro tenía un color grisáceo.

—Yo llegué a Ciudad del Cabo, y allí traté de recobrar mi salud. Por los diarios me enteraba del itinerario de este barco, y supe que debía llegar a Zanzíbar un día de la semana pasada. En esos días debía salir usted de la cárcel, y seguramente se embarcaría para buscar los diamantes que en aquel viaje no pudo encontrar. Aquí están.

Swane sacó del bolsillo y levantó la bolsita de gamuza. Bonnier se libró de la parálisis e hizo un involuntario movimiento para apoderarse de la bolsa.

Swane hizo un brusco ademán, y la arrojó al mar.

—¡Nombre de Dios! —exclamó Bonnier. ¿Usted es?...

—Roberto Swane, pero hace tres años yo me llamaba Raúl Dubroc; en esa época usted se hacía llamar Miguel Lebaron. A los hombres como nosotros les conviene cambiar de nombre de vez en cuando. Usted cometió un gran error al mandar a la cárcel al moribundo Dubroc. Más le valía haberse expuesto al contagio de la fiebre que yo tenía, y no encontrarse con esto...

"Esto" era un revólver.

Al verlo, Bonnier se levantó como la cobra al oír la aguda flauta del faquir.

—He estado hablando con el capitán —dijo Swane, y también con el contramaestre, y les he dicho que usted está desequilibrado, hablando siempre de suicidarse. Parecían alegrarse al oírlo. Atribuirán al suicidio la muerte de usted, y así lo anotarán en el libro...

Las miradas de los dos hombres se cruzaron, y en seguida se apartaron.

—Gregory, ¿cuál es su veredicto? —preguntó Swane.

Todo en Bonnier delataba al culpable, pero Gregory no hallaba palabras para pronunciar la fatal sentencia.

El instinto de conservación impulsó a Bonnier a aprovechar un descuido de Swane para derribarlo de un puñetazo, y saltar al agua.

Swane se levantó sonriendo.

—¡Hombre al agua! —gritó al cabo de un instante.

Toda la tripulación se puso en movimiento al toque de la campana de alarma. Swane, siempre tranquilo, le pasó sus binóculos a Gregory, y señaló la ancha franja luminosa que el sol trazaba sobre la rizada superficie del mar. Bonnier, con grandes brazadas, se dirigía hacia un islote.

—No lo pueden ver en medio de ese cabrilleo de luz solar sobre el agua —dijo Swane.

—Se salvará en aquel islote.

—¡Oh, no! Es la isla de Juan de Novo, habitada por una jauría de perros feroces y famélicos.

Gregory palideció. Swane había dejado de sonreír.

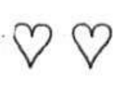
Mostrando el puño y apretando los dientes, exclamó:

—¡Nada, maldito, nada!

Gregory levantó el revólver y vió que estaba descargado.

Swane lo tomó y lo arrojó al agua.

—Su propia conciencia lo ha castigado —dijo, mirando a Gregory.



JACK HULICK

TRADUCCION DE TELMA LEARES

DIBUJO DE VALDIVIA



La Liga Patriótica Argentina saluda cordialmente a "Caras y Caretas" en su 36 aniversario

Hemos recibido de la patriótica entidad el cordial mensaje que transcribimos, y, al agradecerlo públicamente, nos complacemos en asegurar que su palabra es una voz de estímulo que, como en otras oportunidades, nos halaga y nos impulsa a luchar tesoneramente.



PRESIDENCIA

Señor

Director de "CARAS Y CARETAS"

D. Juan Alonso

Presente

Distinguido Señor Director:

Por especial encargo de la Honorable Junta Central de Gobierno de la LIGA PATRIOTICA ARGENTINA, tengo el agrado de dirigirme a Vd. haciéndole llegar la sinceridad de sus plácemes y el caluroso voto de sus mejores augurios para el ilustrado semanario de su digna Dirección, al cumplir un nuevo aniversario.

"CARAS Y CARETAS" es, sin disputa, una revista eminentemente argentina por la sana aspiración con que surgiera y por los nobles impulsos que provocara.

Exaltó la tradición en la penetrante virtud de su señorío y puso a menudo al espíritu en fiesta con la gracia chispeante de un ingenio feliz.

Fué fiel exponente de nuestra cultura y gran propulsora de las artes gráficas.

Si no tuviera cien títulos más, bastarán esos para haber labrado legítimamente la honda simpatía en que han transcurrido sus 36 años de vida.

La LIGA PATRIOTICA ARGENTINA, que en más de una oportunidad contó con su desinteresado e ilustrado concurso, siente una verdadera satisfacción en declararlo.

Sírvase el Señor Director aceptar, con la expresión de nuestros mejores sentimientos, el testimonio de nuestra respetuosa consideración.

Buenos Aires,
Octubre 27
de 1933.

SECRETARIO GENERAL

PRESIDENTE

Grandes sorteos semanales gratuitos de juguetes para los pequeños lectores de "Caras y Caretas"

En combinación con la importante firma J. ROGER BALET, propietaria del "Bazar Dos Mundos", hemos organizado Grandes Sorteos Semanales Gratuitos de Juguetes.

Para dicho objeto, todos los ejemplares de "Caras y Caretas" llevarán, en esta página, un cupón numerado.

Los cupones cuyas tres últimas cifras correspondan a las del número que obtenga el primer premio de la Lotería de Beneficencia Nacional del sorteo que indique el precitado cupón, obtendrán un premio consistente en juguetes por valor de CINCO pesos moneda nacional, al precio de venta fijado para el público y a elección del favorecido entre el vasto y novedoso surtido del "Bazar Dos Mundos".

La entrega de juguetes se hará mediante la presentación de esta página completa de "Caras y Caretas" que contenga el cupón premiado, en la casa central del "Bazar Dos Mundos", Carlos Pellegrini, 302, esq. Sarmiento, o en cualquiera de sus casas situadas en:

Corrientes, 3102.
Rivadavia, 3002.
San Juan, 1099.
Carlos Pellegrini, 270/72.
Carlos Pellegrini, 302, esquina Sarmiento.
Almirante Brown, 1246.
Independencia, 3601.
Cabildo, 2000.
Av. San Martín, 1771.
Belgrano, 2399.
Cánning, 299.
Constitución esquina 9 de Julio (San Fernando, C. F. C. A.).
25 de Mayo, 755-65 (Morón, F. C. O.).
Laprida, 201 (Lomas, F. C. S.).
José C. Paz, 200 (Lanús, F. C. S.).
Triunvirato, 4400.
Rivadavia, 308 (Quilmes, F. C. S.).
Carlos Pellegrini, 163.
San Lorenzo esq. Mitre, (San Martín, F.C.C.A.).
Entre Ríos, 1199.
Av. Mitre, 702 (Avellaneda, F. C. S.).
San Martín esq. Francia, (Luján, F. C. O.).
Administración: Salta Nº 1451.

Los cupones premiados podrán canjearse por juguetes dentro de los treinta días posteriores a la fecha del sorteo correspondiente, y pasado dicho término carecerán de valor.

Siendo la circulación de "Caras y Caretas" muy superior a los 21 millares que intervienen en la Lotería Nacional, repetiremos la numeración tantas veces como sea necesaria.

Nuevos Premios de $ 50.- m/n.

Desde el "Cupón Serie I" en adelante, todos los cupones cuyo número sea igual al del primer premio de la Lotería de Beneficencia Nacional del sorteo que se indica en los mismos, obtendrán un premio extra, en juguetes, por valor de CINCUENTA pesos moneda nacional, además del que les corresponda por las tres últimas cifras.



CUPON Serie U

Grandes Sorteos Gratuitos de Juguetes de "CARAS Y CARETAS". Sorteo de la Lotería de Beneficencia Nacional del 15 de Noviembre de 1933.

Nº 007067

AÑO XXXVI. — Nº 1832
11 DE NOVIEMRBE DE 1933

TALLERES GRÁFICOS DE CARAS Y CARETAS